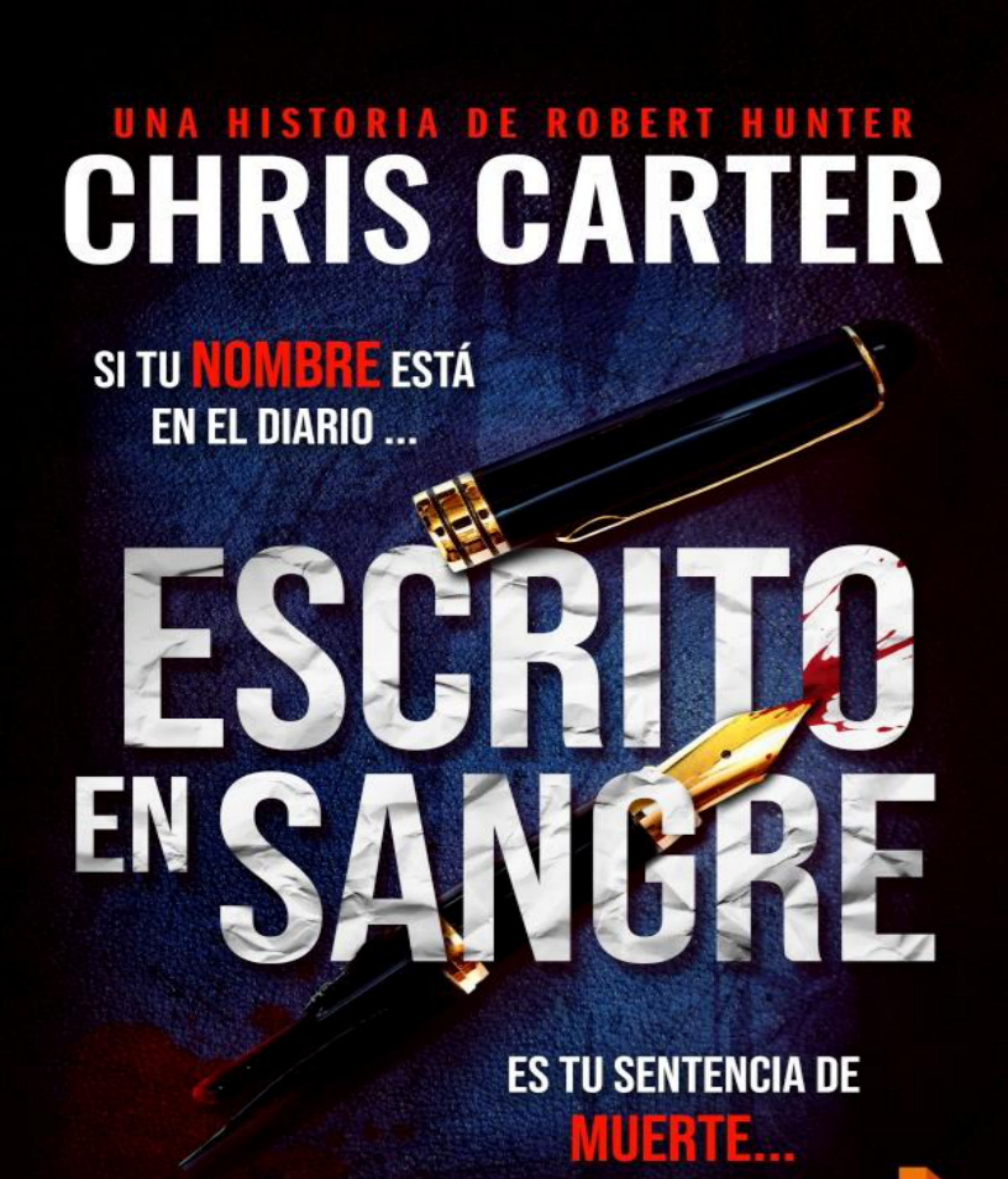
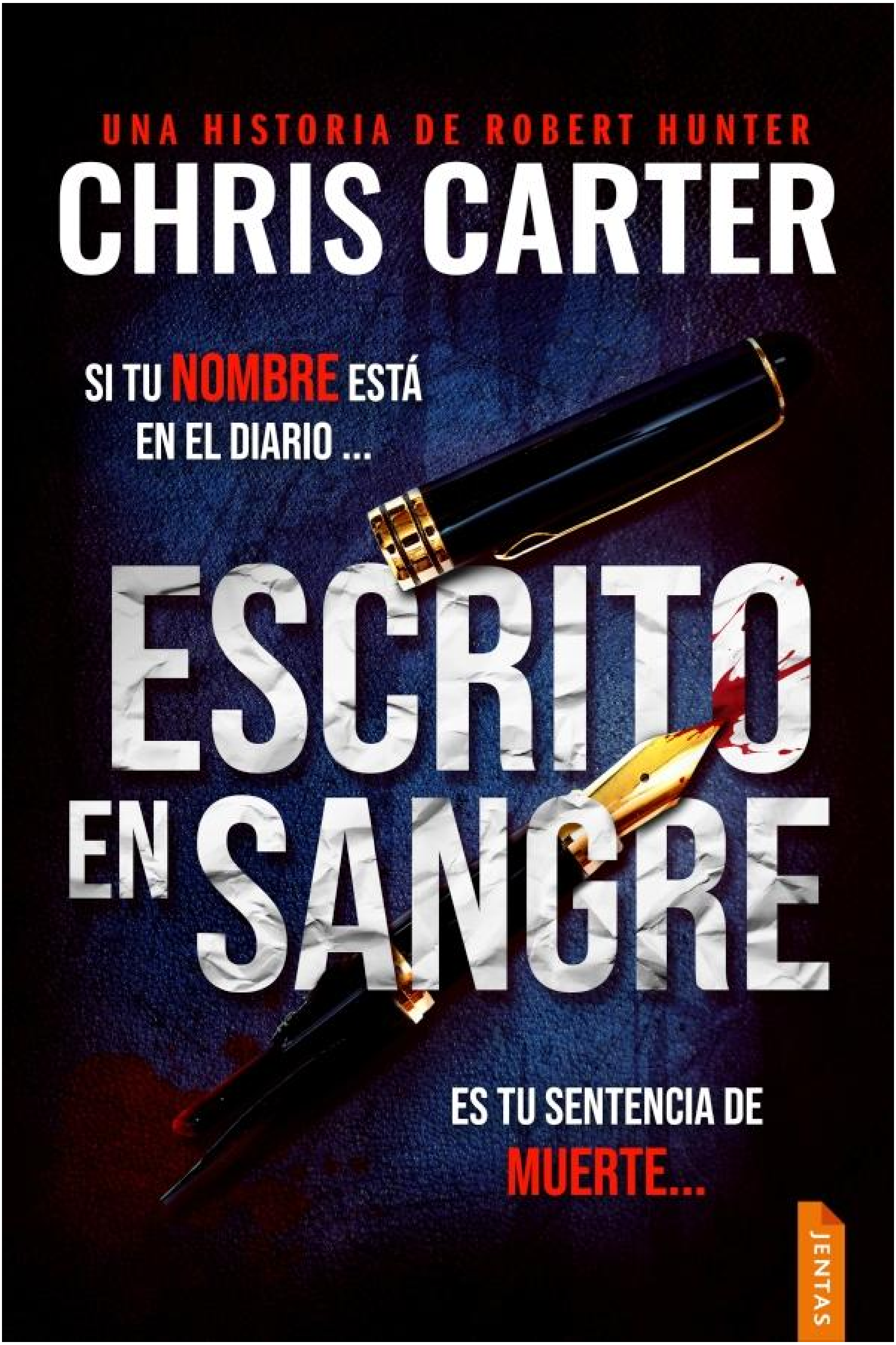

UNA HISTORIA DE ROBERT HUNTER
CHRIS CARTER
SI TU NOMBRE ESTÁ
EN EL DIARIO ...
ESCRITO
EN SANGRE
ES TU SENTENCIA DE
MUERTE...
JENTAS


UNA HISTORIA DE ROBERT HUNTER
CHRIS CARTER
SI TU NOMBRE ESTÁ
EN EL DIARIO ...
ESCRITO
EN SANGRE
ES TU SENTENCIA DE
MUERTE...
JENTAS

Escrito en sangre

Escrito en sangre
Título original: Written in Blood © 2020 Chris Carter. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Ana Fernández,
© Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-4281406-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

This edition is published by arrangement with Darley Anderson and Associates Ltd.

UNO

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA
SÁBADO, 5 DE DICIEMBRE

Faltaban exactamente tres semanas para el día de Navidad. Para Angela Wood, ese sábado marcaba oficialmente el comienzo de lo que ella llamaba «temporada alta». Los centros comerciales, las calles principales e incluso las pequeñas tiendas de barrio ya estarían cubiertos de nieve artificial, luces parpadeantes y adornos de colores, todos ellos llenos de gente ansiosa por gastar, en busca de los regalos perfectos. Era el único momento del año en el que, encogiéndose de hombros, la mayoría hacían la vista gorda ante el estado de sus finanzas y se decían a sí mismos: «Oh, qué demonios, es Navidad», y con esa excusa, tiraban la casa por la ventana, gastando más —a veces muchísimo más— de lo que sus cuentas bancarias les habrían permitido.

Para Angela, temporada alta significaba gente feliz con carteras llenas de dinero en sus bolsillos y bolsos, porque cuando se acercaban las Navidades, durante un periodo limitado, el dinero en efectivo solía reaparecer. En la actualidad, la mayoría de los habitantes de Los Ángeles no llevaban dinero en efectivo encima, ni siquiera calderilla: todo se pagaba con tarjeta o móvil, ya fuera un paquete de chicles en la tienda de la esquina o una fortuna en Rodeo Drive. Sin efectivo, sin líos, sin complicaciones. La era de las compras electrónicas había llegado para quedarse. No es que les importara mucho a los dependientes o a los propietarios de las tiendas. Pero Angela no era dependienta. Tampoco era dueña de un negocio. Era carterista, y de las buenas, y para alguien como ella, los pagos con tarjeta o móvil no servían de mucho. Claro que sabía sacarles partido a las tarjetas de crédito y a los móviles cuando caían en sus manos, pero, en su mundo, el dinero en efectivo era el rey, y por eso la temporada alta siempre le hacía sonreír.

Ese año Angela decidió empezar su temporada alta haciendo una visita a una encantadora calle comercial en Tujunga Village.

Situada cerca de Ventura Boulevard, en Studio City, Tujunga Avenue estaba enclavada entre los barrios de Colfax Meadows y Woodbridge Park. The Village era un tramo de una manzana, moderno y lleno de vida, donde se podía encontrar una gran variedad de tiendas, *boutiques*, restaurantes, bares y cafeterías. No era de extrañar que The Village atrajera a un número considerable de compradores durante todo el año, sobre todo los fines de semana. Durante la

temporada alta, esa cifra se multiplicaba exponencialmente, inundando la calle con una marabunta de gente feliz con las carteras llenas.

Siempre que podía, Angela prefería trabajar de noche, otra de las razones por las que le gustaba tanto la época navideña. Para atender al aluvión de clientes, la mayoría de las tiendas abrían hasta más tarde de lo habitual durante todo el mes de diciembre. Sabiendo esto, Angela llegó a Tujunga Village justo cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, y al acercarse a The Village por el lado de Woodbridge, se alegró de ver que el número de compradores que abarrotaban la calle parecía haberse duplicado en comparación con el año anterior.

—Me encanta la Navidad —se dijo Angela mientras se crujía los nudillos contra las palmas de las manos, antes de ponerse un par de finísimos guantes de cuero rojo.

Con el sol a punto de despedirse de la ciudad de Los Ángeles, la temperatura en las calles había descendido hasta los ocho grados, nada mal para una noche de invierno en el lugar de donde procedía Angela, pero en una ciudad donde el calor y el sol eran considerados residentes honorarios, ocho grados eran más que suficientes para que cualquier angelino orgulloso buscara en su armario el abrigo más grueso y cálido que tuviera. Para alguien como Angela, los gruesos abrigos de invierno eran una bendición disfrazada, porque la mayoría de las personas usaban los bolsillos exteriores. Ese tipo de prendas ofrecían una capa más gruesa de aislamiento entre el cuerpo de la persona y los bolsillos exteriores, lo que significaba que ni siquiera hacía falta ser un carterista experto para despojar a una víctima de sus pertenencias. En un entorno abarrotado, donde chocar con otra persona en la calle o dentro de una tienda era sin duda excusable, robarle una cartera a alguien resultaba una tarea aún más fácil. Para una experta como Angela, un Tujunga Village abarrotado, donde el ochenta por ciento de la gente llevaba gruesos abrigos, era como una tienda de regalos gratis.

—Vamos allá —dijo Angela mientras se unía a la multitud, buscando con la mirada un objetivo, como un halcón en busca de su presa.

Antes de haber recorrido la mitad de la manzana, Angela ya había robado tres carteras. Podrían haber sido más, muchas más, pero en temporada alta Angela no tenía por qué «elegir a ciegas», es decir, robar una cartera sin tener una idea clara de lo que se iba a encontrar.

Su método era sencillo y sin complicaciones: observar a un cliente mientras pagaba un artículo en una tienda o en la calle. Esa estrategia tan simple tenía dos ventajas. Por un lado, Angela podía identificar quién llevaba efectivo y quién no. Por otro, podía ver dónde había

guardado el objetivo su cartera: en el bolsillo del abrigo, en la chaqueta, en el bolso… A partir de ahí, solo le quedaba seguir al objetivo y esperar el momento adecuado para actuar, y nunca se precipitaba. En esta ocasión, le bastaron quince minutos para llegar a lo que Angela llamaba «el momento de la comprobación».

Angela nunca dejaba que la codicia le nublara el juicio. Ya no. La única vez que lo hizo fue su perdición y le costó una breve estancia en la cárcel, un sitio al que había jurado no volver jamás. Desde entonces, solo cogía un máximo de tres carteras por ronda, y luego comprobaba si tenían efectivo y tarjetas de crédito. Si había conseguido lo suficiente, daba por terminado el día. Si no, se deshacía de las carteras antes de volver a las calles para una segunda ronda.

Después de sustraer su tercera cartera, Angela necesitaba un lugar seguro donde comprobar el contenido de su botín. Escondido justo detrás del histórico y siempre concurrido restaurante Vitello's, en pleno corazón de Tujunga Village, estaba Rendition Room, un bar de cócteles ambientado en los años treinta, cuyo baño sería perfecto para lo que necesitaba hacer.

Angela había estado en Rendition Room un par de veces, pero nunca había visto aquel lugar tan abarrotado. En el aseo de señoras, tuvo que hacer cola durante más de cinco minutos antes de poder entrar en uno de los cubículos. Una vez dentro, comprobó cuánto dinero había en las carteras, y no pudo estar más satisfecha.

«Seiscientos ochenta y siete dólares por menos de quince minutos de trabajo», pensó mientras se guardaba la mayor parte del dinero dentro del sujetador. No estaba nada mal para ser el primer día.

Durante una fracción de segundo, consideró la posibilidad de volver a The Village para una segunda ronda. «Hay mucho más ahí fuera —le susurró al oído Angela la Temeraria—. Podrías hacer la recaudación de un mes en una noche».

Pero Angela la Sensata también estaba ahí y, en un santiamén, mandó esa idea al olvido.

«Ya está bien por hoy. En vez de hacer una tontería, ¿por qué no vas a celebrarlo y te tomas una copa? Después de todo, estás en una coctelería».

Angela sabía que eso era lo más inteligente. Desde que había estado en la cárcel, ya no discutía con la voz de la razón.

Antes de salir del cubículo, y puesto que ya había terminado por esa noche, Angela se quitó la peluca negra que llevaba puesta y las lentillas oscuras, y lo guardó todo.

En la concurrida zona del bar, tardaron varios minutos en atenderla. Tras echar un vistazo a la carta de cócteles, Angela se decidió por un clásico: el sidecar. En cuanto a la mesa, tuvo suerte enseguida. Justo cuando se apartó de la barra con su bebida, una mesa alta y circular

quedó libre a pocos metros de ella. Angela se acercó con rapidez.

Mientras daba pequeños sorbos a su cóctel, sus ojos empezaron a recorrer a la multitud. No es que estuviera reconsiderando su decisión de dar por terminada la noche. Para Angela, estudiar a la gente de su alrededor, estuviera donde estuviera, se había convertido en algo natural, un reflejo, una costumbre. Lo hacía sin darse cuenta. En menos de veinte segundos, había localizado a tres de las presas más fáciles que había visto nunca.

Cuatro mesas a su derecha había dos hombres de unos cuarenta años. Ambos iban muy achispados. El que llevaba gafas se había metido la cartera en el bolsillo de la chaqueta y luego la había dejado doblada sobre el taburete vacío de su derecha, con el bolsillo de la cartera hacia arriba.

Tres mesas por delante de ella, dos chicas de unos veinte años tomaban margaritas. La que estaba de espaldas a Angela tenía el bolso abierto colgando del respaldo de la silla.

En la mesa de al lado, a su derecha, un hombre alto estaba absorto en su móvil. Había dejado un elegante bolso de cuero en el suelo, a varios centímetros de sus pies. Angela no había visto el contenido del bolso, pero apostaba a que sería algo valioso.

«La gente no tiene ningún cuidado —pensó Angela, mientras sacudía ligeramente la cabeza—. Es como si nunca aprendieran».

Cuando volvió a fijarse en el bolso del suelo y después otra vez en el hombre y su móvil, un hombre mayor, de unos sesenta y cinco años, se acercó al hombre alto. Angela pudo oír su conversación.

—Disculpe —dijo el más mayor. Llevaba un vaso de *whisky* en la mano—. ¿Le importa si dejo mi bebida en su mesa? Hay bastante gente esta noche.

El hombre alto no despegó los ojos de su teléfono.

—Preferiría que no lo hicieras.

Angela frunció el ceño al oír la respuesta, como si no la hubiera entendido bien.

El hombre mayor también estaba sorprendido.

—Solo usaré una esquinita de la mesa —insistió—. Para dejar mi bebida. No le molestaré.

—Ya lo estás haciendo —respondió el hombre alto, que por fin levantó la mirada y la fijó en el hombre mayor—. Búscate otra mesa para tu bebida, viejo. Esta está ocupada.

Angela abrió los ojos de par en par mientras miraba al hombre alto con incredulidad. «Menudo gilipollas», pensó.

Sin palabras, el hombre mayor se quedó inmóvil un momento, sin

saber muy bien qué hacer.

—He dicho que te vayas a la mierda, viejo —dijo el hombre alto, con voz firme.

Sorprendido, el hombre mayor se dio la vuelta y se alejó.

Angela estaba a punto de ofrecerle su mesa cuando Angela la Temeraria le susurró al oído: «Ese tipo con el teléfono es un total y absoluto idiota, Angie. Podrías darle una lección».

Los ojos de Angela volvieron al bolso de cuero en el suelo.

El hombre alto había vuelto a concentrarse en su móvil.

Angela se terminó su bebida y rodeó la mesa por el otro lado. Ahora estaba de pie justo detrás del hombre alto. Se llevó el móvil a la oreja para pasar desapercibida. Mientras fingía mantener una conversación telefónica, adelantó el pie derecho lo justo para alcanzar la punta de la correa del bolso de cuero que estaba en el suelo.

El hombre tecleaba furiosamente algo en su móvil.

Mientras Angela fingía hablar por teléfono, giró el cuerpo alejándose del hombre y dio dos pasos en esa dirección. Alargó el cuello y miró a su alrededor, como si buscara a alguien más dentro del bar. Mientras lo hacía, su pie derecho arrastraba sigilosamente el bolso de cuero del hombre.

El hombre estaba demasiado concentrado en su móvil como para darse cuenta de que su bolso se había desplazado más de medio metro, pero, aunque lo hubiera hecho, con el local tan lleno, Angela podría excusarse con facilidad diciéndole que su pie se había enredado con la correa por accidente. Sin más, un simple error.

Angela dio otro paso, otra vez arrastró el bolso, y entonces la suerte le sonrió. Unas mesas más allá, alguien tiró al suelo una bandeja de bebidas. El estruendo de los vasos y botellas al romperse atrajo todas las miradas, incluida la del hombre alto. Para cuando su atención volvió a centrarse en su teléfono, apenas unos segundos después, Angela ya estaba saliendo de Rendition Room con el bolso de cuero escondido bajo su abrigo. Cinco minutos después, estaba sentada en el autobús 237 de camino a casa.

Estaba deseando mirar dentro del bolso, pero, a pesar de haber conseguido un asiento en la parte trasera del autobús, resistió la tentación. No quería que nadie viera el contenido.

Desde Tujunga Village, tardó algo más de cuarenta y cinco minutos en llegar a su casa, un pequeño apartamento de un dormitorio al sur de Colfax Avenue. En cuanto cerró la puerta, se quitó los zapatos y se sentó en la cama. Con las piernas cruzadas, en postura de yoga, Angela dejó el bolso de cuero delante de ella y por fin abrió la cremallera.

Decepción.

Quizá fuera por el tamaño y la forma del bolso, o quizá por lo

mucho que pesaba, pero Angela estaba casi segura de que contendría algo como un ordenador portátil o una *tablet*. Y no era así. El único objeto que contenía era un diario negro encuadernado en piel de veinte por veinticinco centímetros, sorprendentemente pesado.

—Genial, en vez de un portátil, me llevo un diario. Estupendo.

Angela se rio de su desgracia, contenta de que la única razón por la que había robado aquel bolso fuera darle una lección a aquel gilipollas del bar.

—Capullo maleducado —dijo, sacudiendo la cabeza—. Espero que este diario sea importante para ti.

Instintivamente, lo abrió y lo hojeó sin cuidado. Lo primero que le llamó la atención fue que las páginas estaban repletas de una letra densa y ordenada. No todas las páginas contenían texto. Algunas estaban llenas de dibujos y bocetos toscos, a los que Angela no prestó demasiada atención. En otras había fotos Polaroid grapadas. Cuando sus ojos se posaron en la primera fotografía que encontró, el corazón le dio un vuelco.

Pasó a otra página… otra foto Polaroid. Esta vez, su corazón dejó de latir. Con manos temblorosas, levantó la foto para ver si había algo escrito en el reverso o en la página de detrás. No había nada.

—Pero ¿qué demonios es esto? —Las palabras salieron solas, en un susurro, y de forma automática sus ojos se dirigieron al texto que había justo debajo de la foto. Solo fue capaz de leer unas pocas líneas antes de que todo su cuerpo empezara a temblar.

—¡Oh, Dios! ¿Qué coño has hecho, Angie? ¿Qué coño has hecho?

Dos

LUNES, 7 DE DICIEMBRE

La oficina de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos del Departamento de Policía de Los Ángeles estaba situada en un extremo de la planta de la División de Robos y Homicidios, dentro del famoso Edificio de la Administración de la Policía, en el centro de Los Ángeles. El detective Robert Hunter, jefe de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, acababa de regresar de su descanso para comer cuando sonó el teléfono de su mesa.

Contestó al segundo tono.

—Detective Hunter, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Robert, soy Susan —anunció la persona que llamaba—. ¿Tienes un minuto?

La doctora Susan Slater era una de las mejores agentes forenses de California. Había trabajado en estrecha colaboración con la Unidad de Crímenes Ultraviolentos en varios casos.

—Por supuesto, doctora —respondió Hunter—. ¿Ocurre algo?

—No estoy segura —dijo la doctora Slater antes de una breve pausa —. Puede que sí.

Intrigado, Hunter se recolocó en su asiento.

—Vale, te escucho. —Sus ojos se dirigieron a la agenda que tenía sobre el escritorio y pasó unas cuantas páginas hacia atrás, solo para asegurarse de que su unidad no estuviera esperando los resultados de algu na prueba forense.

Tenía razón.

—Es una historia curiosa —empezó la doctora Slater—. Esta mañana, cuando salía de casa para venir al laboratorio, abrí el buzón, como hago todas las mañanas. Además de la propaganda habitual de los fines de semana, encontré un sobre alargado normal y corriente. Tenía mi nombre escrito en letras grandes en la parte delantera, pero eso era todo.

—¿Cómo que eso era todo? —preguntó Hunter.

—No tenía la dirección de mi casa, Robert —explicó la doctora—. Solo mi nombre. Tampoco había sello, marca del servicio postal ni dirección del remitente.

—Lo que significa que alguien lo metió en tu buzón.

—Exacto —coincidió la doctora Slater.

—¿Ya lo has abierto?

—Sí, pero, por supuesto, después de tomar todas las precauciones

necesarias. Dentro había un libro.

—¿Un libro? —Hunter frunció el ceño.

—Bueno, para ser más específicos… es una especie de diario, en realidad.

—¿Qué tipo de diario?

Hubo otra breve pausa.

—Del tipo que creo que Carlos y tú deberíais venir a ver.

Tres

El compañero de Hunter desde hacía mucho tiempo en la Unidad de Crímenes Ultraviolentos era el detective Carlos Garcia. Compartían el mismo despacho: una claustrofóbica caja de hormigón de veintidós metros cuadrados con una única ventana, dos escritorios y poco más. Aun así, estaba completamente separado del resto de la planta de la División de Robos y Homicidios, lo que al menos mantenía alejadas las miradas indiscretas y el interminable zumbido de voces.

Mientras Hunter hablaba por teléfono con la doctora Slater, Garcia estaba sentado en su mesa, revisando unos documentos en el ordenador.

—¿Te vienes al laboratorio de criminalística de la FSD? —le preguntó Hunter, nada más colgar, ya con la chaqueta en la mano.

El laboratorio de criminalística de la División de Ciencias Forenses (FSD) del Departamento de Policía de Los Ángeles, estaba compuesto por ocho laboratorios de unidades especializadas, que prestaban servicios de apoyo a las investigaciones llevadas a cabo por los distintos departamentos del cuerpo. La mayoría de esos laboratorios estaban en el Centro de Ciencias Forenses Hertzberg-Davis, situado en el campus de la Universidad Estatal de California en Alhambra, en la zona occidental del valle de San Gabriel.

—¿Al laboratorio de criminalística? —preguntó Garcia, entrecerrando los ojos—. ¿Tenemos algún resultado pendiente?

—No —respondió Hunter, antes de contarle rápidamente la conversación que acababa de mantener con la doctora Slater.

—¿Un diario?

—Eso es lo que ha dicho —confirmó Hunter.

—¿Y no te ha dicho nada más? —Garcia se levantó y también cogió su chaqueta.

—Solo que tenemos que echarle un vistazo.

—Sí, claro que me apunto —dijo Garcia—. Siempre me ha gustado el suspense.

Cuatro

Con el tráfico de la ciudad, un lunes por la tarde, Hunter y Garcia tardaron unos veintiocho minutos en recorrer los casi diez kilómetros que separan el Edificio de la Administración de la Policía, en West 1st Street, del campus de la Universidad Estatal de California, en Alhambra. Tras aparcar en la zona reservada a los agentes de policía, los dos detectives se dirigieron al Centro de Ciencias Forenses Hertzberg-Davis, un impresionante edificio de cinco plantas situado en el cuadrante suroeste del campus universitario. Una vez pasaron la recepción, Hunter y Garcia subieron por las escaleras hasta la segunda planta, donde se encontraba el laboratorio de la Unidad de Análisis de Rastros y donde la doctora Slater le había dicho a Hunter que se reuniera con ella.

—¿Tienes ganas de ir al baile de mañana? —preguntó Garcia mientras subían el primer tramo de escaleras.

—¿Te refieres al baile de Navidad del Departamento? —respondió Hunter, con una expresión carente de entusiasmo—. ¿Y tú?

—Sí. —Garcia, en cambio, parecía genuinamente emocionado—. Tengo listo mi traje de Papá Noel zombi.

—¿Papá Noel zombi? —Hunter frunció los labios en una fina línea —. ¿En serio?

—¡Claro que sí! Esas fiestas son muy aburridas. Hay que animarlas un poco.

—¿Y un traje de Papá Noel zombi es tu idea de animar una fiesta? —preguntó Hunter.

—Tienes envidia porque tú no puedes disfrazarte — contraatacó Garcia—. Tú y la capitana Blake estáis en la mesa del alcalde, ¿no?

Hunter asintió mientras ponía los ojos en blanco.

—Va a ser muy divertido.

Garcia se rio entre dientes.

—Sí, seguro.

La Unidad de Análisis de Rastros era una de las ocho unidades que formaban el laboratorio de criminalística de la FSD. Su función principal, como su nombre indicaba, consistía en realizar análisis de rastros que pudieran haberse producido como resultado del contacto físico entre el sospechoso y la víctima durante un crimen violento. También analizaba cualquier material, orgánico o no, que pudiera haberse encontrado en la escena de un crimen.

Frente a las puertas dobles del laboratorio, que permanecían cerradas en todo momento, Hunter pulsó el timbre y esperó. Un par de segundos después, las puertas se abrieron con un leve silbido.

El laboratorio, que fácilmente era del tamaño de toda la planta de la División de Robos y Homicidios, estaba a un par de grados por debajo de lo confortable, pero seguía siendo cálido en comparación con la temperatura de la calle. Varios agentes forenses, todos ellos con largas batas blancas de laboratorio, estaban ocupados en diferentes puestos de trabajo. De fondo sonaba música clásica a un volumen muy bajo.

—Por aquí, chicos.

Ambos detectives oyeron a la doctora Slater llamarlos justo cuando las puertas se cerraban lentamente tras ellos.

La doctora estaba sentada frente a un microscopio invertido, no muy lejos de donde se encontraban Hunter y Garcia.

Susan Slater, de unos treinta y tantos años, medía un metro setenta y tenía un cuerpo esbelto y tonificado, pómulos altos y nariz delicada. Llevaba el pelo largo y rubio recogido en un moño despeinado en lo alto de la cabeza. Su maquillaje era discreto y resaltaba el azul claro de sus ojos.

—Gracias por venir tan rápido —dijo, mientras saludaba a ambos detectives con una leve inclinación de cabeza.

—Bueno, en realidad, esa misteriosa llamada nos ha dejado intrigados —dijo Garcia con una sonrisa—. Y bien, ¿qué es lo que tienes?

—Justo lo que le he dicho a Robert por teléfono —respondió la doctora Slater. Su voz era suave y jovial, pero también llena de conocimientos y experiencia—. Alguien dejó un paquete en mi buzón durante el fin de semana, probablemente anoche a última hora o esta madrugada. Solo el sobre ya llamó mi atención.

—¿Por qué? —preguntó Garcia—. ¿Qué tenía de raro?

—No tenía dirección ni sello, para empezar. Solo mi nombre. Tampoco había remitente. —Señaló una bolsa de pruebas grande y transparente que estaba sobre la mesa, junto al microscopio invertido, delante de ella. Dentro había un sobre marrón. En la parte delantera, escrito a mano en grandes letras mayúsculas negras, estaba su nombre: Susan Slater.

—¿Puedo? —preguntó Hunter, señalando la bolsa de pruebas.

—Adelante.

Hunter la cogió para que él y Garcia pudieran examinar el sobre que contenía en su interior.

—Supongo que ya lo habrás analizado en busca de huellas, ¿verdad? —preguntó Garcia.

La doctora Slater asintió.

—Solo están las mías.

—¿Y la caligrafía? —preguntó Hunter.

—Todo está en mayúsculas y no hay nada destacable. Se escribió con un rotulador barato de punta fina. No vale la pena intentar rastrear la tinta hasta una marca concreta, ya que el resultado nos llevaría con toda seguridad al tipo de rotulador que venden en cualquier supermercado.

Hunter asintió mientras dejaba la bolsa de pruebas sobre la mesa.

—Mencionaste algo sobre un libro.

—Sí —dijo la doctora Slater, señalando hacia el fondo del laboratorio—. Y ahí es donde la cosa se pone interesante. Venid, que os lo enseño.

Hunter y Garcia la siguieron y pasaron junto a un grupo de agentes forenses, que estaban tan concentrados en lo que estaban haciendo que ni siquiera se percataron de la presencia de los dos detectives. Cuando llegaron a uno de los dos recintos situados al fondo del laboratorio, esperaron a que la doctora Slater introdujera un código de ocho dígitos en un teclado metálico situado en el pomo de la puerta.

El recinto medía unos ocho metros de largo por seis de ancho. En su interior, en tres mesas de trabajo independientes, había cinco pantallas de ordenador y seis microscopios diferentes: dos de barrido láser, dos estereoscópicos, uno invertido y uno con focal láser. La temperatura en esa sala era uno o dos grados más baja que en el resto del laboratorio. La doctora Slater guio a Hunter y Garcia hasta una mesa de trabajo vacía a la izquierda de la puerta.

—Esta mañana —explicó—, cuando revisé mi buzón y cogí el sobre, estuve a punto de abrirlo allí mismo. —Juntó el pulgar y el índice, dejando apenas un espacio entre ellos—. No recordaba haber pedido nada por internet, pero reconozco que a veces pido cosas y luego me olvido por completo de ellas, sobre todo si tardan más de tres días en llegar. Además, a veces, la FSD o algún otro laboratorio forense del país me envía muestras, material o lo que sea sin que lo haya solicitado, simplemente porque… —se encogió de hombros— hacen ese tipo de cosas. En fin, estaba a punto de abrir el sobre cuando mi cerebro reaccionó. Nadie de la FSD, ni de ningún otro laboratorio forense del país dejaría un paquete sin avisar en mi buzón. Si lo hicieran, sería porque se trataba de algo urgente y llamarían al timbre para entregármelo, no lo dejarían en mi buzón. Con esa idea en mente, lo he traído directamente aquí, y esta mañana el paquete ha pasado por tres escáneres diferentes: el normal de rayos X, que ha revelado que el contenido era un libro; el de detección de explosivos, que ha dado negativo; y el de sustancias venenosas o peligrosas, que también ha dado negativo. Así que, después de sentirme como una completa idiota por haber sido tan paranoica y haber malgastado los recursos del Gobierno, finalmente abrí el paquete. —Señaló otra bolsa

de pruebas que estaba sobre la mesa, justo detrás de ella. Dentro había un libro encuadernado en cuero—. Y eso de ahí es lo que había dentro. No olvidéis poneros los guantes antes de abrir la bolsa de pruebas.

De un dispensador que había en la pared junto a la puerta, Hunter y Garcia cogieron cada uno un par de guantes de látex azules y se los pusieron.

Con el libro todavía dentro de la bolsa de pruebas, lo primero que notaron ambos detectives fue que la cubierta de cuero negro era más gruesa de lo habi tual. No había ningún diseño, inscripción, grabado ni marca de ningún tipo ni en la portada ni en la contraportada.

Lo segundo que les llamó la atención fue que el diario pesaba bastante más que un libro normal, aunque solo parecía tener unas ciento veinte páginas, quizá un poco más. Si se miraba de perfil, era evidente que las páginas no quedaban bien asentadas entre las dos tapas. La mayoría estaban combadas, lo que indicaba que, o bien se habían mojado, o tenían algo pegado, o ambas cosas.

Hunter y Garcia se recolocaron alrededor de la mesa de trabajo antes de que Hunter sacara el libro de la bolsa de pruebas. Luego lo dejó sobre la mesa y lo abrió por la primera página.

Contrariamente a lo que cabría esperar de un diario personal, no se abría con una página de datos del propietario. Tampoco había nada en la contraportada. Ni nombre ni dirección ni número de teléfono ni correo electrónico… nada.

Hunter y Garcia revisaron rápidamente la primera página.

La entrada también difería de la de un diario normal en que no había fecha ni ningún otro tipo de marca temporal en la parte superior ni en ninguna otra parte de la página. Tampoco había saltos entre párrafos ni divisiones claras, solo una palabra tras otra, formando una línea tras otra en un bloque de texto aparentemente interminable. Pero al menos el autor del diario había utilizado signos de puntuación, lo cual ayudaba a separar sus pensamientos y a hacer el texto menos confuso.

La letra de todo el libro era cursiva y relativamente clara, en tinta negra. Cualquier error se corregía con una sola línea sobre la palabra o la frase equivocada: sin típex, sin borrones, sin tachones… Las páginas y los bordes tampoco estaban amarillentos, lo que indicaba que el diario no podía ser muy antiguo. A pesar de que no había rayas, Hunter quedó impresionado por lo recto que el autor había escrito el texto.

Garcia estaba a punto de empezar a pasar páginas cuando Hunter le puso una mano en el brazo derecho, deteniéndolo. Sus ojos se habían posado sobre la primera línea de la página y había empezado a leerla.

Se llamaba Elizabeth Gibbs, nacida el 22 de octubre de 1994. No es que me importen en absoluto sus nombres, quiénes eran o cualquier otro aspecto de sus vidas. Después de tantos, no son más que rostros sin sentido perdidos en la oscuridad. Uno se transformará en otro… que se transformará en otro… y así sucesivamente. El ciclo nunca termina. Mi memoria ya no es tan buena. Olvido cosas. Olvido muchas cosas, y cada vez es peor. Esa es una de las razones por las que decidí llevar este diario. La segunda es por seguridad. Debería haber empezado a escribir todo esto hace tiempo, cuando oí las voces por primera vez, pero ya es tarde para lamentarse y el diario está aquí ahora. Intenté recordar los hechos…, detalles de lo que ocurrió, pero mi memoria ya no es tan buena y no va a mejorar, sino a empeorar. Una vez más, las voces fueron muy específicas con respecto al objetivo. Mujer. Altura mínima: 1,70 m. Pelo: negro, largo y liso. Ojos: oscuros. Peso: no más de 75 kilos. Etnia: blanca. Tardé solo unos días en encontrarla. No fue difícil. Después de seguirla por la ciudad, la oportunidad de cogerla finalmente se presentó. Fecha y hora: 3 de febrero de 2018, 19:30. Lugar: aparcamiento del Albertsons, en Rosecrans Avenue, La Mirada. Foto: la misma noche, unas horas después del secuestro.

Hunter pasó la página. No había nada escrito en el reverso. El autor había decidido utilizar solo el anverso de cada hoja. En la siguiente, el texto empezaba tras un espacio de unos cinco centímetros, unas quince líneas en blanco. Dos pequeños agujeros en la parte superior de la página indicaban que algo había estado grapado ahí. A la derecha, más cerca del borde de la página, había una mancha de lo que parecía sangre. Los ojos de Hunter se dirigieron a la doctora Slater.

—¿Había una foto? —preguntó.

—Sí —respondió, mientras se dirigía a otra encimera para coger otra bolsa de pruebas, que le entregó a Hunter. En su interior había una fotografía tipo Polaroid instax-mini de sesenta y dos milímetros de largo por cuarenta y dos de ancho. Mostraba a una mujer de unos veinticinco años. El pelo negro, largo y liso, le caía suelto sobre los hombros. La mirada de sus ojos oscuros reflejaba la expresión de su rostro: puro terror. Había llorado y las lágrimas habían arrastrado consigo la mayor parte del rímel y el delineador de ojos, dejando un entramado de líneas negras y acuosas hasta la barbilla. El pintalabios rojo claro que se había puesto aquella noche se le había corrido por los labios y parte del rostro. El cuello y los hombros de la blusa azul pálido que llevaba estaban empapados por el sudor. La foto había sido tomada contra una pared de ladrillos.

—Todas están embolsadas —añadió la doctora Slater—. Listas para

ser llevadas a analizar.

—¿Todas? —preguntó Garcia, moviendo los ojos de la foto a la doctora.

Ella asintió mientras tomaba aire.

—Había un total de dieciséis fotos grapadas en ese diario. Dieciséis «objetivos» diferentes.

Tanto Hunter como Garcia se habían fijado en la pequeña pila de bolsas de pruebas que había en la mesa, justo detrás de la doctora Slater, pero habían supuesto que se trataba de pruebas pertenecientes a casos distintos.

—¿Y esta mancha en la parte inferior de la página? —preguntó Hunter—. ¿Es sangre?

—Lo es —confirmó la doctora Slater—. Todas las fotos que he sacado de ese cuaderno venían acompañadas de una mancha similar. La conclusión lógica es que la sangre pertenece al sujeto de la foto. He hecho un frotis de esa en concreto que estás viendo y ya se ha enviado a la Unidad de ADN para que lo analicen. —Cruzó los brazos delante del pecho—. Pero, por favor, seguid leyendo. Lo más interesante está solo unas líneas más abajo.

Hunter dejó la bolsa de pruebas en la mesa, junto al diario, antes de volver a centrar su atención en la escritura, que continuaba justo después del espacio en blanco. En esa página, había un dibujo de una caja rectangular. Debajo estaba escrita la palabra *madera*. Todas las dimensiones de los paneles de la caja, incluida la tapa, estaban claramente anotadas.

> *A diferencia del último objetivo, que resultó ser un asunto terriblemente desastroso, la preparación y ejecución de este fueron bastante sencillas. Sin sangre. Sin tortura. Sin humillación. Sin degradación. Oí las voces alto y claro: «Tienes que enterrarla viva».*

Cinco

Hunter hizo una pausa. Su mirada llena de inquietud volvió a la foto Polaroid que había dentro de la bolsa de pruebas antes de dirigirse de nuevo a la doctora Slater.

—¿Esto va en serio? —preguntó Garcia, con una expresión escéptica en el rostro—. ¿Estás segura de que no es una broma?

—Bueno —empezó la doctora—, por eso os he llamado. No quería haceros perder el tiempo, así que me tomé la libertad de comprobar el nombre y la foto en la base de datos de personas desaparecidas. —Alzó las cejas mientras metía la mano en el bolsillo de su bata—. Elizabeth Gibbs —leyó en la hoja que tenía en la mano—, nacida el 22 de octubre de 1994 aquí mismo, en Los Ángeles. Residente en La Mirada. Su desaparición fue denunciada el 4 de febrero de 2018 por su novio, Phillip Miller, con quien vivía no muy lejos del lugar citado en ese diario: el aparcamiento del complejo comercial Albertsons, en Rosecrans Avenue. Su coche, un Nissan Sentra blanco, fue encontrado abandonado por el Departamento del Sheriff justo en ese lugar. No se encontró nada en su coche, ni huellas ni pistas. Elizabeth Gibbs nunca fue localizada. Sigue apareciendo como desaparecida. —La doctora Slater se guardó la hoja en el bolsillo—. Por si no os habéis dado cuenta, la fecha coincide con la entrada de ese diario.

—Sí, me he dado cuenta —dijo Hunter. Tenía el ceño fruncido, pensativo.

—¿En esa hoja aparece el nombre del detective asignado al caso? —preguntó Garcia.

La doctora sacó de nuevo el papel.

—Detective Henrique Gomez —les informó—, de la Unidad de Personas Desaparecidas de la Policía de Los Ángeles. ¿Lo conocéis?

Hunter y Garcia negaron con la cabeza.

—Como era de esperar —continuó la doctora Slater—, el novio de la señorita Gibbs fue investigado, pero su coartada era sólida.

Garcia se rascó la frente, incómodo, mientras exhalaba.

—Estoy teniendo un *déjà vu* de los gordos. —Miró a Hunter con los ojos abiertos de par en par—. ¿Otro diario describiendo víctimas y cómo fueron asesinadas?

Hunter sabía que su compañero se refería a Lucien Folter, sin duda el asesino en serie más peligroso y perturbado al que se habían enfrentado jamás, pero, gracias al trabajo en equipo, la nueva residencia permanente de Lucien era la prisión federal de máxima

seguridad de Florence, Colorado.

—No es lo mismo, Carlos —respondió Hunter.

—No digo que lo sea —aceptó Garcia—. Solo digo que un diario en el que se describen víctimas y cómo fueron asesinadas me trae recuerdos bastante horribles.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó la doctora Slater, con la curiosidad reflejada en el rostro—. ¿Qué recuerdos?

—Es un caso en el que trabajamos hace un tiempo —respondió Hunter, pero no dio más detalles. Volvió a centrar su atención en el libro que había sobre la mesa para terminar de leer el resto de la entrada.

Construir la caja donde yacía el objetivo fue fácil. Las voces no me dieron ninguna especificación en cuanto al contenedor en sí, así que tuve libertad para hacer lo que quisiera. Unas cuantas tablas resistentes y una bolsa de clavos fue todo lo que necesité. No tenía sentido hacer cómodo el interior. La parte técnica de la petición me llevó un día entero, pero al final todo funcionó sin problemas. El objetivo nunca fue recuperado de su lugar de descanso: 34° 15’ 16.9” N, 118° 14’ 52.4” O.

Garcia se quedó boquiabierto.

—¿Es eso lo que creo que es?

Hunter sintió que la adrenalina le recorría el cuerpo. El autor había terminado la entrada con unas coordenadas de longitud y latitud.

—Eso parece —respondió.

Ambos detectives volvieron a mirar a la doctora Slater, que asintió casi disculpándose.

—Llamadme curiosa, pero no pude esperar. Introduje esas coordenadas en una aplicación web de mapas.

—¿Y? —preguntó Garcia con impaciencia.

—Y lo que obtuve fue una ubicación algo remota junto a un grupo de árboles cerca de unas colinas, a un kilómetro y medio de la entrada del Parque Natural Deukmejian, en Glendale. Aunque el lugar está algo aislado —añadió la doctora—, es accesible.

Por un momento, la sala quedó en completo silencio.

Garcia vio la expresión de Hunter y fue el primero en hablar.

—Vale. —Señaló con la cabeza a su compañero—. Conozco esa mirada, Robert. Sé lo que estás pensando, pero, antes de hablar con la capitana Blake para pedirle luz verde para una operación de exhumación, ¿no crees que deberíamos esperar a los resultados de

ADN de ese frotis de sangre? El ADN de Elizabeth Gibbs estará en el archivo de la Unidad de Personas Desaparecidas. Si hay coincidencia, estoy seguro de que nos darán el visto bueno, pero, si vamos a ver a la capitana ahora mismo con nada más que las fechas coincidentes de un diario sospechoso, nos va a parar los pies. Lo sabes. Sobre todo con todos los recortes que ha sufrido el departamento.

—También tenemos las fotos Polaroid —comentó la doctora Slater.

—Aun así —argumentó Garcia—, eso no bastará para que la capitana Blake apruebe una operación de exhumación en algún lugar del bosque. No con la presión a la que está sometida debido a los recortes. Eso cuesta mucho dinero. Tendríamos que llevar un equipo completo hasta ese lugar, con una excavadora, focos, generadores… La capitana necesitará más que unas fechas que coinciden y Polaroids.

—Sí, tienes razón —aceptó Hunter—. Pero el análisis de ADN puede tardar. Ya lo sabes. Incluso con una solicitud urgente. —Consultó su reloj.

Una vez más, Garcia reconoció esa expresión en la cara de su compañero.

—No puedes hablar en serio —dijo, mirando de reojo a Hunter.

—Casi son las dos —replicó Hunter—. Podríamos estar allí a eso de las tres, tres y media a más tardar. Eso nos daría entre una hora y una hora y media de luz solar hoy, pero, si es necesario, podemos volver mañana.

La incredulidad de Garcia aumentó.

—¿Te has vuelto loco? La doctora nos acaba de decir que esas coordenadas apuntan a un lugar dentro del parque Deukmejian. Has estado allí, ¿verdad? Es un terreno accidentado, Robert. Rocoso en algunas partes, con suelo compactado en otras… —Se encogió de hombros—. Probablemente lo sepas, pero a mano y en «suelo óptimo», un sepulturero experimentado tarda unas seis horas en cavar una tumba de metro ochenta. ¿Cuánta experiencia tienes con una pala?

—Poca —respondió Hunter.

—Eso no es suficiente —respondió Garcia—. Y yo tampoco tengo. Probablemente nos llevará un día entero de duro trabajo cavar una tumba entre los dos. Estaremos allí el resto del día, toda la noche y puede que todo el día de mañana. Necesitamos un equipo de excavación profesional, Robert.

—Tienes razón, y valoro tus argumentos —dijo Hunter—, pero hay un par de cosas que estás pasando por alto.

—¿De verdad? ¿Como qué?

—Puede que el terreno no sea óptimo —comenzó Hunter—, pero no estaremos excavando tierra virgen. Vamos a volver a excavar en un terreno que ya fue removido, lo que facilita considerablemente el trabajo. Y hemos estado en unas cuantas escenas donde el autor había

cavado una tumba improvisada para ocultar un cadáver, o restos del mismo, ¿recuerdas?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, también recordarás que todas esas tumbas eran poco profundas. Ni una sola vez hemos encontrado alguna que tuviera más de un metro de profundidad, y ese patrón se repite por la misma razón que acabas de mencionar: un sepulturero experimentado tarda unas seis horas en cavar a mano una tumba de metro ochenta en un terreno óptimo. ¿Un excavador inexperto, en terreno accidentado? —Hunter negó con la cabeza—. Le llevaría un día entero, si no más.

Garcia se rascó la barbilla.

—Si estuviera cavando en su jardín trasero, entonces tal vez —continuó Hunter—. Pero estamos hablando de un parque público. Sí, hay varias zonas muy aisladas, pero sigue siendo un parque público. Nadie se arriesgaría a pasar un día entero cavando una tumba para esconder un cadáver allí. Unas horas, vale, pero no un día entero. Me sorprendería mucho que tuviéramos que cavar más de setenta o setenta y cinco centímetros.

Garcia no pudo rebatir la lógica de su compañero.

—¿Y de dónde vamos a sacar palas y todo lo que necesitamos? —preguntó.

Hunter miró a la doctora Slater.

—Nosotros tenemos —dijo ella, asintiendo—. Tenemos un par de furgonetas abajo cargadas con equipo de excavación. Podéis coger lo que necesitéis.

Garcia echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sabía que esa batalla ya estaba perdida.

Seis

De una de las furgonetas forenses aparcadas en la parte trasera del Centro de Ciencias Forenses Hertzberg-Davis, Hunter y Garcia cogieron prestadas un par de palas, dos picos de alta resistencia, dos pares de gruesos guantes de jardinería, dos palancas y dos linternas frontales de doble bombilla.

Con todo cargado en el maletero de su coche, Garcia introdujo en el GPS las coordenadas citadas en el diario.

El parque en sí ocupaba un escarpado terreno de tres kilómetros cuadrados en las estribaciones de las montañas de San Gabriel, en el extremo más septentrional de Glendale. Aunque incluía algunas zonas boscosas aisladas junto a pequeños arroyos, predominaban el chaparral y los matorrales de salvia, por no hablar de todas las formaciones rocosas y colinas.

—Definitivamente, no es el mejor de los terrenos para excavar —dijo Garcia, cuando por fin llegaron a Dunsmore Canyon Trail, la carretera que atravesaba el parque.

—Eso seguro —coincidió Hunter—. Pero hay varias zonas bastante apartadas del sendero principal, algunas de ellas son pequeños bosques donde la tierra es más blanda, y están repartidas por todo el parque. No me cabe duda de que por eso se eligió este lugar.

Garcia inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado en un gesto de «tal vez».

—Si esta locura resulta ser cierta, Robert —dijo—. Si alguien de verdad entregó ese… —Garcia se detuvo un segundo, tratando de elegir las palabras— «diario de la muerte» a la doctora Slater, tengo dos preguntas dando vueltas en mi cabeza.

—¿Quién dejó ese paquete en su buzón? —Hunter se le adelantó, pues estaba pensando en lo mismo.

—Esa es, sin duda, la primera pregunta —coincidió Garcia—. ¿Fue la persona que escribió en ese libro? En ese caso, el propio asesino. ¿Fue alguien que trabajaba con el asesino y decidió abandonar el barco? ¿Fue un pobre desgraciado que se encontró ese diario en alguna parte? ¿Quién?

La mirada de Hunter se perdió en la vegetación que había al otro lado de su ventanilla.

—Y luego está la segunda pregunta —continuó Garcia—. ¿Por qué se lo dejó a la doctora?

—No lo sé —respondió Hunter al cabo de un momento, sin querer especular.

—Bueno, solo se me ocurren dos escenarios posibles —prosiguió

Garcia—. O bien, por alguna razón, quien dejó ese diario en su buzón quiere que ella se vea involucrada en lo que sea que esto resulte ser, o bien esa persona la conoce. Puede que no personalmente —matizó Garcia—, a lo mejor solo sabe a qué se dedica. Esta persona podría haberla visto en la televisión, en una entrevista. Podría haber asistido a una de sus conferencias o haber leído uno de sus artículos o estudios… No lo sé. —Volvió a mirar el GPS. Ya casi habían llegado—. Pero es probable que sepa de algún modo que es una gran forense y que forma parte de la FSD. Si esa persona quería que el diario fuera revisado y examinado de inmediato, dejarlo en su buzón sin duda era una forma mucho más rápida que enviarlo a la Policía de Los Ángeles o al FBI.

—Eso es cierto —dijo Hunter—. Pero ¿por qué entregarlo en su casa? ¿Por qué no enviarlo al laboratorio de criminalística? Si la persona quería que Susan lo viera lo antes posible, lo único que tenía que hacer era enviarle el paquete a ella y escribir la palabra «urgente» en él. Con eso habría bastado. ¿Por qué lo dejaron en su casa?

Todavía en Dunsmore Canyon Trail, Garcia redujo la marcha. En la pantalla, la bandera a cuadros que marcaba el destino estaba fuera de la carretera, directamente a su izquierda, a unos treinta metros dentro del chaparral. No había ningún desvío, carretera o sendero que los condujera hasta allí. La única forma de llegar al lugar que aparecía en la pantalla del GPS era dejar el coche a un lado de la carretera y seguir el resto del camino a pie, e incluso así, no se veía ninguna senda. Tendrían que abrirse paso a través de los arbustos y el terreno pedregoso.

Y eso fue lo que hicieron.

En algunos tramos, la vegetación era tan densa que ambos detectives se vieron obligados a utilizar las palas como improvisados machetes. Aunque iban atentos al suelo mientras avanzaban, ni Hunter ni Garcia esperaban encontrar señales claras de que alguien hubiera pasado antes por allí. En primer lugar, quien hubiera escrito aquella entrada podría haber utilizado varios caminos diferentes para llegar al lugar que aparecía en la pantalla de Garcia. Segundo: la fecha mencionada en el diario los remontaba a más de dos años atrás. Las marcas o huellas que pudiera haber dejado ya habrían sido borradas por los elementos.

No era exactamente lo que los angelinos considerarían un día caluroso. El débil sol sobre sus cabezas dejaba unos muy agradables catorce grados, pero, aun así, el terreno accidentado unido a las pesadas herramientas que llevaban ya les estaba haciendo sudar.

—Según esto —dijo Garcia, secándose la frente y se ñalando con la cabeza el móvil—, el lugar que buscamos debería estar al pasar esos árboles de ahí. —Señaló un grupo de árboles justo delante de ellos.

Los rodearon para llegar al otro lado.

—Se supone que es aquí —dijo Garcia, comprobando la pantalla del teléfono, y echó un vistazo a la zona en la que se encontraban—. Perdona mi ignorancia, pero ¿hasta qué punto son precisas estas coordenadas de longitud y latitud?

—Eso depende de dos factores principales —explicó Hunter—: la posición en la superficie terrestre o, más concretamente, la latitud en la que se realizó la medición, y el modelo de referencia que se utiliza para representar la tierra.

Garcia se quedó mirando a su compañero con cara de póker.

—Y para los que no hablamos idioma friki, ¿qué significa eso?

Hunter sonrió.

—Lo siento. A ver, resumiendo: cuantos más números haya a la derecha del punto decimal, más precisa será la ubicación. Puede llegar a ser preciso hasta unos pocos milímetros si una persona así lo desea.

—¿Punto decimal? —preguntó Garcia, mirando las coordenadas que había introducido en la aplicación del móvil: 34° 15’ 16.9” N, 118° 14’ 52.4” O—. Mierda, aquí solo hay un número a la derecha del punto decimal. Así que esta ubicación es solo aproximada.

—Ese punto decimal no —respondió Hunter—. Hay que convertirlo al formato decimal de longitud y latitud.

Garcia hizo una pausa.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—No hace falta. Estoy seguro de que la aplicación que utilizas en tu teléfono ya lo ha hecho por ti. Debería estar al lado o justo debajo de las coordenadas que has introducido en el cuadro de búsqueda.

Garcia volvió a mirar el teléfono. Hunter tenía razón. Justo debajo de las coordenadas que había introducido había dos números diferentes: 34.254694 y -118.247889.

—Vale —dijo Garcia—. Así que aquí tenemos una cifra con seis números a la derecha del punto decimal.

Hunter asintió.

—Eso nos situará en la ubicación exacta con una precisión de centímetros.

Garcia echó un vistazo al terreno en el que estaban. No había mucha vegetación, solo tierra cubierta de algo de césped y unas cuantas piedras sueltas.

—Así que este es el sitio. Estamos justo encima.

Hunter dejó caer el pico y la linterna frontal que llevaba en la mano.

—Entonces, será mejor que empecemos a cavar —dijo, empuñando la pala.

Garcia dejó a un lado el pico y la palanca, y utilizó su pala para apartar las piedras sueltas.

El suelo era duro, pero no tanto como parecía ni como se esperaban. Estaba apisonado, lo que indicaba que había sido removido antes.

Hunter y Garcia cavaron codo con codo. Aunque la tierra estaba más blanda de lo que esperaban, el trabajo era duro y avanzaban despacio.

—Te dije que esto no sería tan fácil como creías —dijo Garcia, comprobando el cielo. No llevaban mucho tiempo cavando, y el sol ya estaba a punto de desaparecer tras el horizonte—. Está oscureciendo y nos hemos olvidado de traer agua.

Las camisas de ambos estaban empapadas de sudor.

—Sí —asintió Hunter—. Eso ha sido un fallo. Tengo la boca como una lija. —Hizo una pausa y buscó su linterna frontal—. Mira, sigamos media hora más. Si no encontramos nada, mañana se lo contamos a la capitana y vemos si podemos conseguir autorización para una operación de exhumación.

—Vale —dijo Garcia, asintiendo con la cabeza—. Pero, si ella dice que no, volverás aquí mañana y continuarás cavando, ¿a que sí?

—Probablemente —admitió Hunter.

Garcia negó con la cabeza mientras cogía su linterna frontal.

—Media hora, ni un minuto más.

—Puedes cronometrarlo —dijo Hunter, encendiendo su frontal.

—Lo haré —respondió Garcia, programando el temporizador de su móvil para treinta minutos, y se lo mostró a Hunter, que asintió y empezó a cavar de nuevo.

Garcia encendió también su frontal y volvió al trabajo.

No les hizo falta media hora. Doce minutos después, la pala de Hunter golpeó algo que produjo un sonido extraño: sólido pero hueco al mismo tiempo.

Ambos se detuvieron en seco.

—Sea lo que sea —dijo Garcia—, no es tierra.

Hunter utilizó la punta de la pala para apartar un poco más de tierra, antes de arrodillarse y usar las manos.

—Madera maciza —dijo, golpeando con los nudillos la superficie que había encontrado.

Hunter volvió a ponerse de pie y, aunque la visibilidad había empeorado debido a un cielo nocturno sin luna, sus linternas frontales eran lo bastante potentes como para permitirles seguir cavando durante casi otra hora más, hasta que dejaron al descubierto la parte superior de una caja rectangular de madera que parecía tener unos sesenta centímetros de ancho por metro ochenta de largo. La madera utilizada era de color claro y muy resistente. El asesino había utilizado doce clavos para cerrar la caja.

—¿Llamo para dar el aviso? —preguntó Garcia, dejando la pala—. Vamos a necesitar a todo el equipo: forenses, un equipo de excavación, luces… Habrá que excavar toda esta zona en busca de otras tumbas.

—Primero tenemos que abrirla —dijo Hunter, señalando la caja de madera.

—¿No crees que es mejor esperar a los forenses y al resto del equipo? Podrán sacar el ataúd de la tierra y estarán mucho mejor equipados para preservar lo que encontremos cuando se quite la tapa.

—De acuerdo —dijo Hunter—. Pero lo único que hemos hecho hasta ahora es encontrar una caja enterrada, Carlos. Esto no es una investigación de la Policía de Los Ángeles. Todavía no. Por lo que sabemos, esta caja podría estar llena de chucherías. Para que podamos dar el aviso, necesitamos un cuerpo.

Garcia se sopló en las palmas de las manos, que para entonces estaban rojas y le dolían a rabiar. Quería discutir el argumento de Hunter, pero sabía que su compañero tenía razón.

—Todo lo que tenemos que hacer aquí —dijo Hunter— es usar las palancas para quitar los clavos y abrir la tapa.

Quitar los clavos de la tapa no fue tan fácil como esperaban. Quien los hubiera clavado había utilizado clavos redondos muy resistentes y de unos cinco centímetros de largo. Habría sido más fácil utilizar las palancas para abrir la tapa en lugar de extraer los clavos, pero querían mantener el ataúd lo más intacto posible.

Tener mucho cuidado de que la madera ni siquiera se astillara fue un trabajo minucioso, y Hunter y Garcia tardaron casi veinticinco minutos en extraer los doce clavos. Cuando quitaron el último, los dos detectives se miraron, con la frente empapada de sudor y la cara manchada de tierra. Con los frontales encendidos, parecían un par de mineros.

—Tú agarra ese extremo —dijo Hunter—, yo agarro este otro y la levantamos juntos.

Se arrodillaron de nuevo y cogieron la tapa, que tenía unos dos centímetros y medio de grosor y pesaba entre cinco y siete kilos. Toda la caja parecía construida con tablones de madera maciza cortados a medida, todos con el mismo grosor.

Intentando mantener la tapa lo más nivelada posible para evitar que la tierra se metiera dentro de la caja, la movieron con cuidado hacia arriba y hacia un lado hasta que por fin pudieron ver lo que había dentro del ataúd improvisado.

—Bueno —Garcia habló primero, tras varios segundos de silencio—, no me esperaba esto.

Siete

—Pero ¿qué…? —murmuró la doctora Slater, cuando el haz de luz extrapotente de su linterna iluminó el ataúd abierto dentro de la tumba poco profunda que había a sus pies. Había llegado al parque antes que todo el equipo forense que estaba a punto de llegar.

En el interior del ataúd improvisado y en las primeras fases de descomposición yacía el cuerpo de una mujer. Sus ojos, nariz y labios habían desaparecido por completo, dejando su cráneo con tres ominosos agujeros negros y dos hileras de dientes manchados al descubierto, pero una buena parte de piel seca y tejido muscular seguían adheridos a su esqueleto.

El estado del cadáver no sorprendió a Hunter, a Garcia ni a la doctora Slater, ya que todos sabían que, sin ataúd, en un suelo normal, un cuerpo adulto sin embalsamar enterrado a dos metros de profundidad tardaría entre ocho y doce años en descomponerse completamente hasta convertirse en un esqueleto. Colocado dentro de un ataúd, el plazo para la descomposición del cuerpo sería considerablemente más largo, dependiendo del tipo de madera utilizada. Dado que el cuerpo que Hunter y Garcia habían descubierto se había colocado dentro de una caja de madera maciza que se había sellado herméticamente y enterrado en una tumba poco profunda de apenas sesenta centímetros de profundidad hacía poco más de dos años, su lenta descomposición se ajustaba a lo esperado. No, lo que había sorprendido a todos había sido el vestido de novia.

—¿Su asesino le puso un vestido de novia? —preguntó la doctora Slater—. ¿Por qué?

En realidad, no esperaba una respuesta. Hunter y Garcia lo sabían.

—¿Había alguna mención a un vestido de novia en el diario? —preguntó Hunter.

La doctora Slater ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—No he leído mucho más que vosotros. Vamos retrasados en tantos casos que no he encontrado tiempo, pero hasta donde he llegado no se mencionaba.

—¿El diario sigue en el laboratorio? —preguntó Garcia.

—No en el que nos hemos visto esta mañana —respondió—. Lo he enviado al laboratorio de ADN para que lo analicen, junto con todas las fotos Polaroid.

El laboratorio de serología y ADN de la FSD era el único que no operaba desde el campus de Cal State Alhambra. Estaba situado a

unos siete kilómetros, en el Centro Técnico C. Erwin Piper, en el centro de Los Ángeles, no muy lejos del Edificio de la Administración de la Policía.

—Pero, por pura curiosidad —admitió la doctora Slater—, fotografié las primeras páginas para poder leerlas después.

—¿Puedes enviarnos esas fotos a la Unidad de Crímenes Ultraviolentos lo antes posible? —preguntó Hunter.

—Por supuesto —confirmó ella.

—Ahora que estamos seguros de que el diario no es un montaje —dijo Garcia—, vamos a necesitar que se fotografíe entero.

—No hay problema —respondió la doctora Slater—. Mañana me pondré en contacto con el laboratorio de ADN y pediré a alguien que fotografíe todas las páginas. —Dejó que su atención volviera al cuerpo del ataúd. Unos segundos después, frunció el ceño—. Espera un momento. Hay algo que no encaja en esta escena.

Hunter asintió. Él y Garcia ya habían hablado de ello mientras esperaban a la doctora.

—¿La habéis encontrado en esta posición? —preguntó.

—No hemos tocado nada, doctora —confirmó Garcia.

El cuerpo yacía bocarriba, en la posición habitual de enterramiento: piernas extendidas, brazos a los lados del cuerpo, doblados por los codos, con los dedos entrelazados y las manos apoyadas en el abdomen del cadáver. Su larga cabellera negra se extendía alrededor de la cabeza como un abanico.

—Según el diario —dijo la doctora Slater, alternando la mirada entre los dos detectives—, la víctima fue enterrada viva.

Hunter asintió una vez.

—Entonces, ¿cómo es que está en una posición tan tranquila? —preguntó Garcia—. En cuanto se despertara dentro de una caja oscura, habría tardado solo unos segundos en darse cuenta de que la habían cerrado con clavos. A partir de ese momento, el pánico se habría apoderado de ella. Habría dado patadas, puñetazos, arañazos, gritos, cabezazos… cualquier cosa para intentar liberarse. Debería estar en cualquier otra posición. Y luego está el pelo. Enmarca perfectamente su cara, como si estuviera posando para una fotografía.

—Sí que luchó —confirmó Hunter, señalando la tapa que habían apoyado con cuidado contra un árbol a unos metros detrás de ellos—. En el interior de la tapa hay marcas de arañazos, algo de sangre y algunas uñas incrustadas. Luchó con todas sus fuerzas.

La doctora Slater movió el haz de la linterna hacia los árboles y la tapa, pero no se acercó. Ya tendría ocasión de examinarla con detalle en el laboratorio.

—El segundo problema de esta escena —continuó Hunter— es que el vestido debería estar roto en algunas partes y sin duda sucio. —

Señaló con la cabeza el cuerpo de la tumba—. Míralo. Está casi impecable.

La doctora Slater finalmente se dio cuenta.

—¡Dios santo! —exclamó—. Entonces, ¿quien la enterró viva esperó a que muriera, luego regresó aquí, la desenterró, volvió a abrir el ataúd, le puso el vestido de novia, la colocó con todo el cuidado y la volvió a enterrar?

—Esa es la hipótesis —dijo Hunter.

La doctora Slater exhaló con fuerza. Quería volver a preguntar por qué, pero en aquel momento nadie más que el asesino podría responder a esa pregunta. En lugar de eso, miró a su alrededor.

—Esta es una zona relativamente grande —dijo—. ¿Creéis que podría haber más tumbas por aquí?

—Ahora mismo es imposible saberlo —respondió Hunter—. Pero yo esperaría antes de poner en marcha una operación de búsqueda y exhumación completa. Tenemos el cuaderno —explicó—. Si quien escribió esas entradas nos dio las coordenadas exactas del lugar donde estaba ella… —señaló el cuerpo en el suelo—, lo lógico es pensar que también habrá anotado las coordenadas de cualquier otra tumba que haya cavado, aquí o en cualquier otro sitio.

—Tiene sentido —concedió la doctora. Justo en ese momento, le sonó el teléfono en el bolsillo—. Disculpadme un momento. —Se apartó de la tumba y atendió la llamada.

—Doctora —era Kenneth Morgan, un agente forense veterano que trabajaba con ella en la FSD—, ya hemos llegado. Hemos aparcado justo detrás de tu coche. ¿Cómo llegamos hasta donde estáis?

—Quedaos ahí. Iré a buscaros.

Debido a la densa vegetación y al terreno escarpado, lleno de colinas y rocas, el acceso de vehículos hasta ese punto concreto del parque era inviable. Ninguna furgoneta forense o coche patrulla podría llegar hasta allí. Tendrían que aparcar en Dunsmore Canyon Trail y llevarlo todo a pie, incluidas las luces, el equipo de excavación y los generadores eléctricos. Eran casi las once y media de la noche cuando por fin se pudo iluminar toda la escena con el despliegue forense.

—Subir una grúa hasta aquí está descartado —informó la doctora Slater a Hunter y Garcia—. Tendremos que volver a sellar la caja, para evitar que caiga tierra dentro, y desenterrarla a mano.

Ambos detectives ya se lo imaginaban.

—Mientras te esperábamos —dijo Hunter—, Carlos y yo hemos buscado por la zona cualquier rastro de que alguien hubiera estado aquí. Este lugar está tan aislado que, si hubiéramos encontrado algo,

como una colilla, un chicle, un envoltorio de caramelo, una botella de agua desechada o cualquier otra cosa, era muy probable que perteneciera a quien cavó esa tumba. Sea quien sea esa persona, parece que pasó una cantidad considerable de tiempo aquí, sobre todo si regresó para desenterrarla y luego enterrarla de nuevo.

—¿Y habéis encontrado algo?

—Nada —respondió Garcia—, pero estoy seguro de que no fuimos lo bastante minuciosos. Está muy oscuro y todo lo que teníamos eran las linternas frontales.

—No os preocupéis —les aseguró la doctora Slater—. Si ese monstruo ha dejado algo, lo encontraremos.

El fotógrafo forense pasó junto a ellos y empezó a fotografiar el cuerpo dentro del ataúd.

—Esto va a ser un trabajo lento y aburrido —dijo la doctora Slater a Hunter y Garcia—. Estaremos aquí durante horas. Deberíais iros a casa. Seguro que ya ha terminado vuestro turno. Si descubrimos algo más, os lo haré saber de inmediato.

—Me quedaré un rato más —dijo Hunter, antes de girarse hacia su compañero—. Pero tú vete a casa, Carlos. Saluda a Anna de mi parte. Te veré mañana en la comisaría.

Garcia estaba a punto de marcharse cuando el fotógrafo hizo otra foto y algo dentro del ataúd le llamó la atención. Algo que parecía estar pegado en la esquina derecha, junto a la cabeza del cadáver. Algo que el cabello abierto en abanico había estado ocultando.

—Detectives —llamó el fotógrafo, dejando la cámara—. Tal vez quieran venir y echar un vistazo a esto.

Hunter, Garcia y la doctora Slater se acercaron y se agacharon junto a la tumba. Kenneth Morgan se les unió un segundo después.

—Justo ahí. —El fotógrafo apartó con cuidado parte del pelo y señaló una pequeña caja negra rectangular, del tamaño aproximado de una pieza de Lego de ocho puntos.

—Déjame echar un vistazo —dijo Morgan, poniéndose un par de guantes de látex nuevos. Se acercó más y alargó la mano para cogerla, pero la pequeña caja negra no se movió—. No sale —anunció—. Creo que está pegada a la madera.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó la doctora Slater.

—No estoy seguro del todo —respondió Morgan, inclinándose sobre el ataúd para intentar verlo mejor. Fue entonces cuando vio la pequeña lente redonda en la superficie. Se detuvo y miró a la doctora Slater, con los ojos llenos de sorpresa.

—Creo que es una cámara. Una cámara de *streaming*. Quien hizo esto no solo enterró viva a esa pobre mujer: la vio morir.

Ocho

MARTES, 8 DE DICIEMBRE

Barbara Blake, capitana de la División de Robos y Homicidios de la Policía de Los Ángeles, había pasado la mayor parte de la mañana en otra reunión sobre presupuestos. Una vez terminada, dejó un expediente sobre su mesa y se dirigió al despacho de Hunter y Garcia.

—De acuerdo —dijo mientras cerraba la puerta tras de sí. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una coleta que dejaba ver unos brillantes pendientes de plata que colgaban de unos diminutos lóbulos. Vestía un traje de falda lápiz azul oscuro. Llevaba la chaqueta desabrochada, mostrando una blusa blanca de seda debajo—, ¿qué es este expediente que estaba en mi mesa esta mañana? ¿Un «diario de asesinatos»? ¿Una tumba poco profunda en Deukmejian? ¿Una mujer enterrada viva? Pero ¿qué demonios es todo esto? —Alzó las manos con ambas palmas hacia arriba.

Hunter le contó toda la historia.

—¿Y dónde está ese diario ahora? —preguntó cuando Hunter terminó.

—En el laboratorio de ADN de la FSD —respondió Garcia—. Deberíamos recibir fotografías de cada página a lo largo del día.

—¿Y quién es la mujer… la víctima?, ¿lo sabemos?

—Todavía tenemos que esperar la confirmación del ADN para estar seguros al cien por cien —respondió Hunter, señalando las fotos que había tomado el fotógrafo forense y que ya estaban colgadas en el tablero.

La mirada de la capitana se dirigió hacia él durante un breve segundo mientras Hunter buscaba un bloc de notas en su mesa.

—Pero me sorprendería mucho que la prueba de ADN no confirmara la información del diario —afirmó.

—¿El diario describe su secuestro? —preguntó la capitana Blake.

—No el método —respondió Garcia—. Solo que se la llevó de ese lugar.

—¿Quién llevaba el caso en Personas Desaparecidas? —preguntó la capitana.

—El detective Henrique Gomez —respondió Hunter.

—Lo conozco. —La capitana asintió—. ¿Ya habéis hablado con él?

—Sí, esta mañana —confirmó Garcia—. Pero, teniendo en cuenta la cantidad de casos que su departamento maneja a diario, y considerando que la desaparición de la señorita Gibbs ocurrió hace más de dos años, no es raro que el detective Gomez apenas recuerde el caso. Toda la información que tenemos procede del expediente que

nos ha dado y, por lo que hemos visto, el caso fue archivado a las pocas semanas.

La capitana Blake arqueó las cejas.

—Personas Desaparecidas entrevistó a todos los que pudo —explicó Hunter—. Al novio, la familia, los amigos, los compañeros de trabajo, gente del gimnasio, los empleados de Albertsons que estaban trabajando la noche en que desapareció… a todos los que se les ocurrieron, y no consiguieron absolutamente nada. Todas las pistas conducían a un callejón sin salida. Su coche tampoco aportó nada. Oficialmente, el caso seguía abierto hasta ahora. La señorita Gibbs sigue figurando como desaparecida en la base de datos de personas desaparecidas, pero, como todas las vías que exploraron llevaban a un punto muerto, extraoficialmente, la unidad lo clasificó como «fuga involuntaria».

—Bueno, ya no —dijo la capitana Blake—. ¿No había cámaras de seguridad en el aparcamiento? —Parecía sorprendida.

—Ninguna en los alrededores del sitio donde aparcó esa noche —reveló Hunter—. El lugar en cuestión, en Rosecrans Avenue, es un enorme complejo comercial abierto donde hay restaurantes, bares, bancos, supermercados, farmacias… incluso hay un cine con seis salas. Solo el aparcamiento, que es gratuito, ocupa una superficie equivalente a una manzana, con once puntos de entrada y salida. Se puede acceder desde tres vías principales: Rosecrans Avenue por el norte, La Mirada Boulevard por el oeste y Adelfa Drive por el este.

—Nuestro hombre —Garcia intervino de nuevo—, la persona que se llevó a la señorita Gibbs, no es un aficionado. Según anotó en el diario, siguió a su objetivo durante cuatro días antes de que se le presentara la oportunidad de actuar. Eso solo demuestra paciencia y determinación, por no hablar de conocimientos.

La mirada de la capitana volvió al tablero de fotos. Había leído lo del vestido de novia en el expediente que Hunter había dejado sobre su mesa esa misma mañana, pero verlo, aunque solo fuera en una fotografía, lo hacía mucho más real.

—¿Y la enterró vestida de novia? —preguntó, y su ceño fruncido reveló lo incrédulo que le sonaba aquello.

—La volvió a enterrar —corrigió Hunter a la capitana, y procedió a explicarle sus conclusiones.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Solo el asesino lo sabe —dijo Hunter—. Pero tal vez las voces le dijeron que lo hiciera.

La capitana Blake echó la cabeza ligeramente hacia atrás y casi sonrió a Hunter.

—¿Voces?

—En su entrada —explicó Hunter—, en lo poco que leímos, el perpetrador menciona «voces». Dice que debería haber empezado el diario mucho antes, cuando las oyó por primera vez. Luego afirma que esas voces le habían pedido un tipo muy concreto de objetivo, o víctima: cierto color de pelo, altura, ojos… todo. No hemos leído más que una página y media del diario, pero, solo por esa entrada, parece que hace lo que las voces le dicen. Quizá por eso regresó a la tumba, la desenterró, le puso un vestido de novia y la volvió a enterrar.

—Así que estamos hablando de alguien con un grado de delirio importante. —La capitana Blake no lo formuló como una pregunta.

Hunter contestó con un movimiento de cabeza, medio asintiendo, medio ladeando la cabeza.

—Si oye voces en su cabeza, sin duda es esquizofrénico. Los delirios y las alucinaciones son síntomas de esa enfermedad mental, pero cada persona es diferente, capitana. No todos los esquizofrénicos experimentan los mismos síntomas.

—Bueno —dijo Garcia, dirigiéndose a Hunter—, parece que este los tiene todos.

—¿Y qué es eso que he leído de una cámara de *streaming* colocada dentro del ataúd? —La capitana Blake volvió a negar con la cabeza.

—Es cierto —confirmó Garcia.

—¿Una cámara puede transmitir imágenes estando bajo tierra? —preguntó la capitana—. ¿Cómo?

—Tampoco estábamos seguros de que fuera posible —explicó Garcia—. Por eso esta mañana hemos hablado con Michelle Kelly. Es la jefa de la División de Ciberdelincuencia del FBI.

—Sí —asintió la capitana Blake—, la recuerdo. Trabajó con vosotros en un par de casos, ¿no?

—Así es.

—¿Y qué ha dicho?

—Que depende de dos factores —explicó Hunter—: la intensidad de la señal y la profundidad a la que esté enterrado el dispositivo. Cuando le he dicho que se trataba de una tumba poco profunda de unos sesenta centímetros, se ha echado a reír. Ha dicho que, a esa profundidad, incluso sin una señal demasiado fuerte, se pueden transmitir imágenes y hacer llamadas. Puede que las imágenes no se transmitan con fluidez, pero se transmiten.

—Así que, para tener señal, necesitaba un proveedor de telefonía móvil —concluyó la capitana Blake.

—Sí —afirmó Garcia.

—¿Y eso no se puede rastrear?

—Tal vez —respondió esta vez Hunter—. Lo estamos investigando.

Garcia se acercó a la cafetera del rincón y se sirvió una taza, antes de ofrecer otra a su capitana.

Ella la rechazó. Hunter ya tenía una en su escritorio.

—Así que el delincuente con el que estamos tratando no solo oye voces en su cabeza —añadió la capitana Blake— y actúa según lo que le dicen que haga, sino que también parece tener un doctorado en sadismo, porque no le bastó con enterrar viva a esa mujer. Tuvo que sentarse a verlo todo: el pánico, la desesperación, la lucha… hasta que murió.

—Y no me extrañaría que todo eso lo hubiera hecho desde el salón de su casa —sugirió Garcia—. Mientras comía palomitas y se tocaba.

La capitana Blake lo miró con disgusto.

—Gracias por la imagen.

Lo único que había hecho Garcia era afirmar algo que los tres sabían que era cierto: entre el noventa y el noventa y cinco por ciento de los asesinatos en serie cometidos en Estados Unidos se basaban en algún tipo de gratificación sexual. La inmensa mayoría de los asesinos en serie mataban porque algo en el acto del asesinato —la violencia, el miedo de la víctima, el sufrimiento, las súplicas, la tortura, el poder sobre la víctima, la muerte en sí— les excitaba como ninguna otra cosa podía hacerlo.

Garcia se encogió de hombros.

—Todos conocemos las estadísticas, capitana. ¿Por qué este tipo iba a ser diferente?

—Sí, conozco las estadísticas, Carlos —aceptó la capitana Blake—, pero podría haber prescindido de la imagen mental. —Se giró para mirar a Hunter—. ¿Cuántas entradas hay en ese «diario»?

—No estamos seguros, pero la doctora Slater recuperó dieciséis fotos Polaroid del interior —le dijo Hunter—. Dieciséis víctimas diferentes. Este tipo lleva años activo, capitana. Aunque la primera entrada del diario se remonta a hace poco más de dos años, en ella se mencionan víctimas anteriores. Sin nombres. Solo dice que ya las había con anterioridad. Y, como ya he mencionado, el autor escribió que debería haber empezado esos registros mucho antes, cuando escuchó las voces por primera vez.

La capitana Blake exhaló y se masajeó las sienes con el pulgar y el índice.

—¿Y ahora cuál es el siguiente movimiento?

—Como ya he dicho —explicó Hunter—, están analizando el libro en el laboratorio de ADN de la FSD, pero, dado que parece ser un diario privado que de alguna manera acabó en manos de la doctora

Slater… —se encogió de hombros—, quizá el propietario lo perdió o tal vez alguien se lo robó. No lo sabemos, pero de momento no parece que el dueño se deshiciera de él a propósito. Y si es así, cabe la esperanza de que quien escribió esas entradas no fuera tan cuidadoso como debería en lo que se refiere a huellas dactilares, ADN e incluso a las propias anotaciones.

—Así que crees que hay una posibilidades de que la FSD encuentre algo —dijo la capitana Blake.

—Eso esperamos —confirmó Garcia—. Ya sea una huella, una muestra de ADN o quizá incluso una entrada comprometedora en la que revele más de lo que debería. Como he dicho antes, deberíamos recibir fotografías de cada página en cualquier momento.

—Así que por ahora toca esperar —concluyó la capitana.

—Exacto —dijo Hunter—. También tenemos que dar la noticia a los padres de la señorita Gibbs y a su novio, en cuanto tengamos confirmación del ADN del cadáver.

La capitana Blake sabía muy bien que esa era una de las peores tareas que tenía que asumir un detective de Homicidios. Estaba a punto de decir algo cuando sonó el teléfono de la mesa de Hunter.

—Detective Hunter, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Robert, soy Susan —dijo la doctora Slater—. Me alegro de haberte pillado en el despacho.

—Un momento, doctora, voy a poner la llamada al altavoz. Carlos y la capitana Blake están conmigo. —Hunter pulsó un botón del teléfono de sobremesa antes de devolver el auricular a su base—. Adelante.

—Estoy en el laboratorio de ADN —les dijo la doctora Slater—, y, como te he dicho, me alegro de haberos pillado en la oficina tan temprano porque estoy a punto de enviaros algo.

Todos se inclinaron un poco más hacia el teléfono de la mesa de Hunter.

—¿Las fotografías de las páginas? —preguntó Garcia.

—No, todavía no, y aunque no tardarán, esto es algo mucho mejor. Os lo estoy enviando por correo electrónico ahora mismo.

Nueve

El correo electrónico de la doctora Slater tardó menos de tres segundos en llegar. En cuanto apareció en la bandeja de entrada, Hunter hizo doble clic para abrirlo.

Como asunto, el correo mostraba el número oficial que se había asignado al caso. El cuerpo contenía un mensaje de cinco palabras: «Echad un vistazo a esto», seguido de un recuadro rectangular azul que indicaba que había una imagen adjunta: 00001.jpg.

Hunter hizo clic en el archivo.

—¿Tenemos una huella? —preguntó Garcia en cuanto se abrió la imagen en la pantalla de Hunter.

—No proviene de una de las páginas del diario —aclaró la doctora Slater—. Todavía las estamos analizando. Es de una de las fotografías Polaroid de una de las víctimas. La sacamos de la esquina inferior derecha, por delante y por detrás: el pulgar en la parte delantera y el índice en la trasera. Y no es una huella completa. Es parcial: tenemos aproximadamente el setenta y cinco por ciento del pulgar y el cincuenta por ciento del índice.

—¿Setenta y cinco por ciento? —intervino la capitana Blake—. Eso debería ser suficiente para buscar coincidencias en el IAFIS.

—Si hay una coincidencia en el IAFIS —la respuesta vino de Garcia —, entonces sí, una huella parcial del setenta y cinco por ciento debería ser suficiente para identificarlo.

—Si es que la hay —remarcó Hunter, tan cauteloso como siempre.

—La hay —confirmó la doctora Slater.

Todos los que se encontraban en el despacho de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos fruncieron el ceño sin apartar la mirada del teléfono de la mesa de Hunter.

—¿Qué quieres decir, doctora? —preguntó Garcia.

—Lo siento —respondió ella—. Una vez más, me pudo la curiosidad y me tomé la libertad de comprobarlo. Como lo que tenemos es solo una huella parcial, el IAFIS tardó un poco más de lo habitual en encontrar una coincidencia, pero lo sorprendente es que no es un hombre… Es una mujer.

Diez

Hubo un tiempo en el que cotejar una huella dactilar con cualquiera de las ya almacenadas en el Sistema Automatizado de Identificación de Huellas Dactilares —IAFIS por sus siglas en inglés— podía llevar días, a veces semanas. Cotejar una huella parcial, aunque *parcial* significara el setenta y cinco por ciento o más, era casi imposible. Pero esos tiempos quedaron atrás. Hoy en día, desde sus móviles, cualquier detective o técnico forense puede realizar una búsqueda entre los millones de entradas almacenadas en el IAFIS y obtener un resultado en cuestión de segundos. Las huellas parciales tardaban un poco más.

Hunter no dudaba de la doctora Slater, pero quiso hacer su propia búsqueda en la base de datos IAFIS para ser minucioso. Una vez que descargó la imagen parcial de la huella que había recibido y la introdujo en el IAFIS, la base de datos tardó poco más de cuatro minutos en encontrar una coincidencia. Cuando el expediente de la detención llenó la pantalla del ordenador de Hunter, Garcia y la capitana Blake se pusieron detrás de su silla para verlo mejor.

La gran foto policial de la esquina superior izquierda de la pantalla mostraba a una joven blanca que miraba fijamente a la cámara y sostenía el típico cartel con la información del arresto. Su mirada era, cuando menos, intrigante: concentrada y despreocupada a partes iguales. Su pelo rubio claro estaba un poco despeinado, aunque aún se apreciaba que llevaba un corte estilo bob. La forma de su cara estaba a medio camino entre un corazón y un diamante, con labios finos, ojos almendrados de un color entre el azul y el avellana y una nariz pequeña y redondeada. Su maquillaje era algo extraño: discreto en los ojos y los labios, pero bastante cargado en los pómulos y las cejas. No era un aspecto muy favorecedor.

—Angela Wood —leyó la capitana Blake en el cartel que sostenía la mujer—. Veintiún años. —Su atención, al igual que la de Hunter y Garcia, se dirigió a la información adicional de la ficha policial, que leyeron en silencio.

La señorita Wood era de Pocatello, Idaho. Se había trasladado a Los Ángeles cuando solo tenía diecisiete años y la detuvieron un año después por robar carteras en la playa de Santa Mónica. La pillaron con seis carteras y cuatro móviles distintos. El juez Connor la condenó a ciento veinte días de cárcel por el delito. Según la ficha, vivía en algún lugar de Studio City.

La capitana Blake hizo una pausa, se enderezó y miró a sus detectives.

—Esto no parece la hoja de antecedentes penales de una asesina en

serie con más de dieciséis atroces asesinatos a sus espaldas, ¿verdad?

—No es nuestra asesina, capitana —dijo Garcia—. Pero, si sus huellas estaban en una de las fotos Polaroid de las víctimas, significa que en algún momento, probablemente en los cuatro años que lleva viviendo en Los Ángeles, entró en contacto con la persona que buscamos.

—Doctora —llamó Hunter.

La doctora Slater había permanecido al teléfono mientras ellos hacían su propia búsqueda en el IAFIS.

—Sí, sigo aquí.

—¿Se han analizado todas las Polaroids en busca de huellas? —preguntó Hunter—. ¿O solo en la que apareció esta huella?

—Se han analizado todas las fotos —confirmó la doctora—, pero las páginas del diario aún no.

—¿Y está su huella en todas las Polaroids?

—No —la respuesta de la doctora los sorprendió a todos—, solo en una de las dieciséis.

—¿En cuál? —preguntó Hunter—. ¿Es la de la víctima que encontramos anoche? ¿La de la primera entrada del diario?

—No, no lo es. En realidad, no sé quién es la persona de la foto. No la he comparado con el diario, pero la foto es de un chico que parece tener… —hizo una pausa, como si estuviera valorando su impresión— diecisiete o dieciocho años.

—¿Puedes hacernos un favor? —preguntó Hunter—. ¿Puedes hacer que todas esas fotos nos lleguen cuanto antes?

—Por supuesto. Las páginas del diario os las mandaré después, a lo largo del día.

—Gracias. —Hunter colgó y de inmediato llamó a su equipo de investigación para pedirles que recopilaran un informe completo sobre Angela Wood. Después dejó el teléfono y miró el reloj: las 11:38 de la mañana—. ¿Te apetece dar una vuelta por Studio City? —preguntó a Garcia.

—Pensé que no me lo ibas a proponer nunca —respondió Garcia, cogiendo su chaqueta.

Once

Colfax Avenue, situada al norte de San Fernando Valley, al otro lado de Hollywood Hills, era una avenida recta de casi cinco kilómetros que llevaba de North Hollywood a Studio City, que era la dirección que Hunter y Garcia habían obtenido de la ficha policial de Angela Wood. El edificio en cuestión era una estructura de fachada clara y tres plantas de altura, justo enfrente de un supermercado independiente de tamaño medio y una licorería llamados The Village Market.

—Creo que es aquí —dijo Garcia, mientras aminoraba la marcha para comprobar el número del edificio.

—Sí, es este —dijo Hunter, consultando sus notas—. Apartamento 309.

Garcia aparcó en un hueco que encontró justo al pasar el edificio. Al subir el corto tramo de escaleras que conducía al vestíbulo de entrada, tuvieron suerte. El cartero acababa de repartir el correo en los buzones. Cuando se marchaba, vio que Hunter y Garcia subían las escaleras y les abrió la puerta de entrada. Eso les permitiría ir directamente al apartamento 309 sin tener que llamar al telefonillo.

Que te detengan es una experiencia muy desagradable, por lo que no es de extrañar que las personas que han pasado algún tiempo en la cárcel o que tienen antecedentes tiendan a ser muy reacias a hablar con la policía, incluso cuando no tienen nada que ocultar. Sabiendo eso, cuanto menos avisaran Hunter y Garcia a Angela Wood de que estaban allí, mejor.

—Espera un segundo —dijo Garcia—. Déjame ir a comprobar la parte trasera del edificio en busca de una escalera de incendios. —Se encogió de hom bros—. Nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente cuando ve una placa.

Hunter esperó mientras Garcia rodeaba rápidamente el edificio. Volvió en menos de treinta segundos.

—No —dijo negando con un movimiento de cabeza—, no hay escalera de incendios.

Subieron por las escaleras hasta el tercer piso, donde se encontraron un pasillo corto y luminoso con cinco puertas a cada lado. El apartamento 309 era la última puerta a la derecha. Hunter dio tres golpes secos y esperaron.

Pasaron veinte segundos sin respuesta.

Hunter volvió a llamar, y él y Garcia acercaron un poco más las orejas a la puerta.

Esta vez oyeron ruido procedente del interior, pero aún tuvieron

que esperar otros quince segundos para obtener una respuesta.

—¿Quién es? —preguntó desde detrás de la puerta una voz femenina, cansada, probablemente recién salida de la cama.

Antes de que Hunter pudiera contestar, Garcia lo detuvo con un gesto y señaló la puerta, indicando que no tenía mirilla. A continuación, tomó el relevo.

—El cartero —dijo con voz firme—. Tengo una carta para una tal Angela Wood que necesita una firma.

—¿Una carta? —La voz femenina adoptó un tono algo escéptico y defensivo.

—Así es, señora —confirmó Garcia—. Es de… —Miró a Hunter con expresión interrogativa.

—Pocatello, Idaho —susurró Hunter. Recordaba su lugar de nacimiento por sus antecedentes penales.

—Pocatello, en Idaho —repitió Garcia en voz alta.

Los diez segundos siguientes transcurrieron en completo silencio. Estaba claro que Angela Wood no esperaba correo de su ciudad natal.

—Ummm… —dijo finalmente desde detrás de la puerta—. Deme un minuto, necesito ponerme algo de ropa. Estaba en la ducha. —Su tono seguía siendo escéptico.

Hunter y Garcia volvieron a acercarse a la puerta para intentar oír lo que ocurría dentro. Oyeron ruidos apresurados, como si alguien se moviera con urgencia.

Acercaron aún más el oído, y fue entonces cuando oyeron un extraño chirrido, como si arrastraran algo sobre ruedas sin engrasar.

Hunter miró a su compañero.

—Es una ventana —dijo.

—¿Una ventana? —preguntó Garcia—. Estamos en el tercer piso y no hay escalera de incendios. ¿Está loca?

Sin esperar respuesta, Garcia se alejó por el pasillo en dirección a las escaleras.

Hunter se giró hacia la puerta y volvió a llamar. El truco del cartero obviamente no había funcionado.

—Señorita Wood, somos de la Policía de Los Ángeles. Por favor, abra la puerta.

Pasaron tres segundos sin respuesta.

Volvió a llamar.

—Señorita Wood, por favor, abra la puerta. Somos de la Policía de Los Ángeles. Necesitamos hablar con usted.

Nada.

—Señorita Wood, esta es el último aviso. Si no abre la puerta, me veré obligado a derribarla.

Otros tres segundos. Todavía nada.

Hunter dio un paso atrás y lanzó el tacón de su bota derecha contra

el picaporte. El fuerte ruido de su pata da resonó por el pasillo; la puerta tembló, pero permaneció cerrada. Hunter la golpeó de nuevo, imprimiendo más fuerza a su patada.

La cerradura cedió un poco, pero no lo suficiente.

Lo intentó una vez más con todas sus fuerzas.

Esta vez, el marco de la puerta crujió y se partió, haciendo que la puerta saliera despedida hacia atrás y las astillas de madera volaran por los aires. Hunter entró de inmediato y encontró a Angela Wood con una mochila a la espalda, sentada en el alféizar de la ventana, con las piernas colgando por fuera.

—¡Espere! —gritó desde la puerta del apartamento, con las manos levantadas en un gesto de rendición—. ¿Qué está haciendo? Solo queremos hablar con usted. Nada más.

—Sí, claro —replicó ella, y se agarró al alféizar con ambas manos, lista para tirarse.

—Por favor, no lo haga —suplicó Hunter, manteniendo la distancia para no parecer una amenaza—. Señorita Wood, por favor, escúcheme. Es una idea muy mala —dijo con toda la calma que pudo reunir—. La caída desde esa ventana hasta el suelo es de unos catorce metros, tal vez un poco más. Con suerte, y eso es mucho decir, acabará con una pierna rota. Es posible que con las dos. Probablemente fracturas abiertas. Estamos hablando de silla de ruedas y muletas durante al menos los próximos seis a nueve meses. Estoy seguro de que no quiere eso. —Hunter percibió la vacilación de Angela—. Escuche, no hemos venido para detenerla. Le doy mi palabra. Solo queremos hablar con usted. Necesitamos su ayuda. Por favor, vuelva adentro.

Angela miró a Hunter por encima del hombro derecho. El hombre que estaba en la puerta le parecía sincero, pero ya la habían engañado antes y no iba a correr ningún riesgo.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó una voz medio sorprendida, medio preocupada, a unos metros de Hunter.

Hunter se giró y se encontró con un hombre calvo, de más de ciento diez kilos, de pie en el pasillo, justo delante de la puerta del apartamento de Angela Wood. Sostenía un bate de béisbol con gesto amenazante. Claramente era un vecino que había oído el alboroto e intentaba ayudar.

—No pasa nada, señor —dijo Hunter, mostrando al hombre su placa —. Soy detective de la Policía de Los Ángeles. Todo está bajo control. Por favor, baje el bate y vuelva a su apartamento.

El hombre aflojó el agarre del bate e inclinó la cabeza para ver mejor la placa de Hunter. De repente, los ojos del hombre se abrieron de par en par, sorprendidos e impresionados por algo que vio justo por encima del hombro de Hunter.

—¡Santo cielo! —jadeó.
Hunter se giró de inmediato.
Ya no había nadie en la ventana. Angela Wood se había ido.
Hunter miró al hombre, que se encogió de hombros.
—Ha saltado.

Doce

Garcia llegó al final del pasillo y, en lugar de bajar corriendo las escaleras, saltó todo el primer tramo. Cuando sus pies tocaron el rellano, oyó un golpe seco que provenía del pasillo del que acababa de salir. Supuso que era Hunter intentando entrar en el apartamento de Angela Wood.

Garcia dobló la esquina y volvió a bajar de un salto el siguiente tramo de escaleras… y el siguiente… y el siguiente… hasta llegar a la planta baja.

Una señora mayor y de aspecto frágil estaba cerrando la puerta de entrada tras de sí cuando Garcia aterrizó en el rellano del vestíbulo. No vio al detective hasta que cayó justo delante de ella.

—¡Oh, Dios mío! —gritó la mujer con voz débil, dejando caer el bastón, antes de dar un paso atrás y llevarse la mano al pecho. Su boca se abrió en una exclamación a medio camino entre el susto y el pánico. Una fracción de segundo después, parecía que le costaba respirar. Las piernas le fallaron y se vio obligada a apoyarse en la puerta de cristal.

Garcia vio que su rostro, ya de por sí pálido, perdía aún más color, y se acercó a ella.

—Lo siento muchísimo —le dijo, poniéndole suavemente las manos sobre los hombros para tranquilizarla. La anciana parecía tener más huesos que carne—. No quería asustarla.

Ella le devolvió la mirada con ojos desenfocados, aún luchando por respirar.

Garcia no sabía qué hacer. Tenía que correr. Necesitaba llegar a la parte trasera del edificio antes de que sucediera algo impensable, y esa situación no ayuda ba. Intentó calmar a la anciana.

—Solo respire —dijo con voz firme—. Despacio. Sin prisa. —Empezó a respirar con un ritmo constante para que lo imitara, al tiempo que le ponía dos dedos sobre la muñeca para tomarle el pulso: iba más rápido de lo que debería, pero no tanto como para que su vida peligrase—. Lo siento mucho —repitió Garcia, antes de explicarse—. Soy policía de Los Ángeles… y tengo que irme. —La urgencia de su voz devolvió algo de claridad a los ojos de la anciana—. Siga respirando despacio, como hasta ahora, y se pondrá bien. —Cogió el bastón y se lo puso en la mano derecha antes de alejarla de la puerta y salir disparado hacia ella como una bala.

Cinco segundos después había llegado a la parte trasera del edificio, justo a tiempo para ver a Angela Wood saltar desde una ventana del tercer piso.

Trece

Angela Wood no era exactamente lo que los psiquiatras llamarían una «suicida de manual», al menos ya no, pero hubo un tiempo en que la idea de acabar con su vida era lo único en lo que podía pensar. Y lo había intentado más de una vez, acercándose todo lo posible a la muerte sin llegar a cruzar esa línea. Esa época había comenzado hacía unos cinco años, cuando solo tenía dieciséis.

A esa temprana edad, y durante todo un año, Angela luchó desesperadamente contra la depresión, aislándose cada día más de todos y cada uno de los que la rodeaban, mientras dejaba que la tristeza, el vacío, la culpa y un sentimiento interminable de inutilidad la asfixiaran por dentro. Las autolesiones se convirtieron en algo habitual, aunque bien disimulado, y las drogas, recetadas o no, se convirtieron en su refugio… Pero Angela no siempre había sido así.

Durante toda su infancia y parte de su adolescencia, Angela había sido una chica sonriente, positiva y llena de vida. Los problemas y discusiones que había tenido con sus padres cuando era joven no eran muy distintos de los que tienen la mayoría de los niños cuando crecen. En el instituto se llevaba bien con los profesores, sacaba buenas notas y sus amigos la consideraban una persona divertida y fácil de tratar. El cambio se produjo justo una semana después de su decimosexto cumpleaños, como consecuencia de una terrible tragedia: la muerte de su hermano pequeño, Shawn.

El fallecimiento de Shawn sumió a Angela en una espiral oscura y desgarradora, que muy pronto se le fue de las manos. A decir verdad, si Angela no hubie ra abandonado a su familia y la ciudad de Pocatello cuando lo hizo, lo más probable es que sus padres ya hubieran perdido a un segundo hijo.

Por loco e improbable que parezca, fue su traslado a Los Ángeles lo que, de alguna manera, la rescató de lo que podría considerarse «el borde del abismo». Aunque la guerra no estaba ni mucho menos ganada.

La tristeza, el vacío y el sentimiento de inutilidad no se habían disipado del todo. No pasaba un solo día sin que echara de menos a su hermano pequeño, y no negaría que algunos días eran mucho más duros que otros. Pero, de alguna manera, un poco de luz se había abierto paso en la oscuridad que llevaba instalada dentro de ella desde hacía años y, poco a poco, Angela había empezado a salir a flote. Ya no se autolesionaba con tanta frecuencia, las drogas eran prácticamente cosa del pasado y hacía más de tres años que no pensaba en reunirse con su hermano.

El salto desde su ventana no había sido un retroceso a aquellos días oscuros. Había sido una huida planeada. Lo había ensayado innumerables veces, pero era la primera vez que tenía que hacerlo de verdad.

En realidad, el salto no fue desde su ventana hasta el suelo, sino desde su ventana hasta la bajante reforzada de aguas pluviales que discurría prácticamente desde el tejado del edificio hasta el suelo. Por pura casualidad, la tubería estaba fijada a la fachada del edificio, a apenas medio metro de la ventana de Angela. Al estar reforzada, podía soportar sin problemas el peso de Angela, que nunca había superado los sesenta kilos, junto con el ligero contenido de una pequeña mochila.

Cuando la atención de Hunter se desvió de ella hacia su vecino, que estaba en el pasillo justo detrás de él, Angela aprovechó para impulsarse con los talones contra la pared que había justo debajo del alféizar de su ventana y lanzarse hacia su izquierda, en dirección a la tubería. Fue un salto fácil.

Angela la agarró con las dos manos y se sujetó también con los muslos. Se raspó las rodillas con la pared del edificio, pero no era nada que no pudiera soportar.

La forma más rápida de bajar hasta el suelo era deslizándose por la tubería, pero había que hacerlo en tres rápidas etapas, ya que los gruesos aros metálicos que se habían utilizado para fijar la bajante a la pared no permitían un descenso fluido, como el de un bombero. Pero Angela lo había practicado suficientes veces como para saber exactamente cómo hacerlo. Menos de cuatro segundos después de haber saltado por la ventana, sus pies ya tocaban el suelo. Con una sonrisa de orgullo en los labios, alzó la vista hacia su ventana abierta antes de girar con rapidez sobre sus talones para empezar a correr… Pero no le fue ni la mitad de bien de lo que esperaba.

Cuando Angela empezó a girarse, su movimiento se vio interrumpido por Garcia, que estaba justo detrás de ella.

—Ha estado muy bien —dijo, poniendo las esposas alrededor de la muñeca derecha de Angela antes de que pudiera siquiera pestañear—. ¿Acepta reservas para fiestas de cumpleaños?

Angela miró al detective totalmente sorprendida.

—¿Cómo demonios ha bajado aquí tan rápido?

Garcia sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Cree que es la única con trucos? —Con un movimiento rápido como el rayo, giró sobre sí mismo para colocarse justo detrás de Angela. Mientras lo hacía, le cogió la muñeca izquierda y la esposó rápi damente a la derecha—. ¡Tachán! —canturreó como si hubiera hecho un número de magia.

—Suéltame, imbécil. —Angela tiró de las esposas—. No he hecho

nada.

—¿Está bien? —preguntó Hunter desde la ventana del apartamento, con medio cuerpo asomando.

—Todo controlado —respondió Garcia, levantando el pulgar.

Hunter asintió.

—Estupendo. Creo que yo bajaré por las escaleras.

Mientras Garcia escoltaba a Angela hacia la entrada del edificio, el brillo en sus ojos era pura furia. Fría y simple.

Catorce

En el sótano del Edificio de la Administración de la Policía, Angela llevaba casi media hora sola en una de las salas de interrogatorios. Tenía las manos esposadas con una cadena de unos treinta centímetros que pasaba por un aro en el centro de la mesa metálica que tenía delante. La mesa y la silla en la que estaba sentada estaban atornilladas al suelo.

Dejar a un sospechoso esperando en una sala de interrogatorios, normalmente esposado, era una técnica psicológica muy conocida utilizada por la policía. Tenía una doble ventaja.

La primera: la espera solía aumentar la inquietud del sospechoso. Los ponía nerviosos. Un sospechoso nervioso y alterado era mucho más propenso a cometer errores y a contradecirse si mentía durante el interrogatorio. Dejar al sospechoso esposado restringía sus movimientos, pero lo más importante era que transmitía la idea de que la policía ya consideraba a esa persona culpable de algo, lo que también servía para aumentar la ansiedad del sospechoso.

La segunda ventaja era que, a pesar de que lo hubieran dejado solo, la policía tendría, sin duda, ojos y oídos en esa sala. Alguien, a través de un espejo unidireccional o de las cámaras de vigilancia, estudiaría los movimientos, las reacciones y las expresiones del sospechoso. Ese alguien solía ser el detective encargado del interrogatorio o un psicólogo especializado. Los micrófonos de la sala también estarían encendidos. A veces los agentes tenían suerte y el sospechoso, al quedarse solo durante un tiempo considerable, se decía algo a sí mismo. Los sospechosos culpables y nervio sos solían ensayar lo que iban a decir.

La sala de interrogatorios en la que se encontraba Angela tenía un espejo unidireccional bastante grande a la derecha de donde estaba sentada. Al otro lado, Hunter y Garcia habían estado observando con atención desde el principio y ambos estaban sorprendidos por lo tranquila que se había mostrado.

En cuanto Angela se quedó sola, se recostó en la silla lo mejor que pudo, teniendo en cuenta que tenía las manos esposadas a la mesa, apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla, cerró los ojos y prácticamente se durmió. No tiró de las esposas. No insultó al policía que la había dejado allí. No movió el cuello ni los hombros para relajar los músculos. No recorrió la sala con la mirada. No golpeó el suelo con los pies. Nada. Ningún signo de nerviosismo. De hecho, Angela parecía estar a punto de quedarse dormida cuando Hunter y Garcia abrieron por fin la puerta y entraron.

—¿Cómo está? —preguntó Hunter, mientras se acercaba a la mesa y le ponía delante un vaso de plástico lleno de agua—. Soy el detective Robert Hunter y él es el detective Carlos Garcia.

Angela iba vestida de negro: vaqueros, una camiseta y una sudadera con capucha que llevaba en la parte delantera el nombre de un grupo de metal prácticamente ilegible. Llevaba deportivas. Le habían confiscado la mochila y la habían registrado. En ella encontraron más de mil dólares en efectivo, un móvil y una muda de ropa.

—¿Que cómo estoy? —preguntó Angela retóricamente, más molesta que enfadada. Alternaba la mirada entre un detective y otro—. Aburrida y bastante cabreada, así es como estoy. Llevo Dios sabe cuánto tiempo aquí sentada, encadenada a esta mesa como un animal, y todavía no sé qué hago aquí.

Hunter y Garcia no le habían dicho a Angela ni una sola palabra de camino allí.

—Nadie me ha dicho nada hasta ahora —continuó, echando fuego por los ojos—. ¿Estoy detenida por algo? Porque si es así, la han cagado a lo grande. No me han leído mis derechos, no me han dejado hacer una llamada, no me han informado del motivo de mi detención y me han tratado como a un perro callejero desde que he llegado. Y luego está la puerta de mi apartamento, que han derribado a patadas. —Se rio entre dientes—. Les va a caer una buena por esto.

Hunter esperó a que Angela terminara de desahogarse.

—¿Prefiere café en lugar de agua? —preguntó en tono amable, mientras le quitaba las esposas. Antes de hacerlo, había dejado sobre la mesa la carpeta que llevaba consigo. En pequeñas letras negras se leía «Angela Wood». Cuando terminó de liberarle las manos, vio que Angela le echaba un rápido vistazo con preocupación.

—No —respondió ella, masajeándose las muñecas y sentándose en su silla—. Prefiero que me diga de qué demonios va todo esto. ¿Estoy detenida por algo?

Hunter cogió la carpeta, y tanto él como Garcia se sentaron frente a ella.

—¿Debería estarlo? —preguntó Garcia.

Ella lo miró fijamente.

—¿Que si debería estar detenida? No, ¿por qué tendría que estarlo?

Garcia cruzó la pierna derecha sobre la izquierda.

—No lo sé. Díganoslo usted.

Angela miró a los dos detectives que tenía delante durante unos segundos antes de esbozar una sonrisa confiada. Sus dientes estaban perfectamente alineados y sin una sola mancha.

—Ah, ya entiendo a qué están jugando —dijo, adoptando una posición mucho más relajada en la silla—. Por eso ninguno de los dos ha querido grabar esta entrevista, ¿verdad? Porque no tienen nada

contra mí.

Ambos detectives guardaron silencio.

—Y, como no tienen nada, han decidido recurrir a la más básica de las técnicas psicológicas para intentar pillarme en un desliz. —Se rio —. El silencio en el coche, dejarme esperando aquí más de veinte minutos, la carpeta con mi nombre sobre la mesa… todo eso.

«Es muy lista», pensó Hunter. Aun así, ni su expresión ni la de Garcia se alteraron lo más mínimo.

—¿Dónde aprendió eso? —continuó Angela—. ¿En *Psicología para Dummies*? —Sacudió la cabeza con sarcasmo—. Bueno, pues no se le da muy bien, detective…

—Garcia.

—Quizá debería leer otros libros de psicología, detective Garcia.

La técnica de dejarla sola no era la única razón por la que Hunter y Garcia habían tardado media hora en reunirse con Angela. Habían estado esperando a que les llegara su expediente.

Regla número uno de los interrogatorios: saber todo lo posible sobre el sospechoso antes de hablar con él.

—No he leído *Psicología para Dummies* —admitió Garcia—. ¿Y tú? —La pregunta iba dirigida a Hunter.

—No —respondió Hunter—. No puedo decir que lo haya hecho.

—¿Me lo recomienda? —preguntó Garcia a Angela.

Ella se rio.

—¿Para usted? Sí. Podría ayudarle a pulir tu técnica.

Hunter asintió antes de abrir la carpeta y hojear la primera página de su expediente. No es que necesitara hacerlo. Ya había leído todo el documento en la sala de observación. El expediente solo tenía cinco páginas.

Angela hizo todo lo posible por leer la expresión del hombre que tenía enfrente, pero el rostro de Hunter no dejaba traslucir nada.

—Entonces —preguntó—, ¿van a decirme de una vez por qué estoy aquí o van a mentirme como han hecho antes?

Hunter la miró con curiosidad.

—En mi casa, ¿recuerda? —Hizo una mueca y su voz adquirió un tono burlón—. «No hemos venido para detenerla. Le doy mi palabra. Solo queremos hablar con usted. Necesitamos su ayuda». —Su tono volvió a la normalidad—. Menuda mierda.

A Hunter le sorprendió que, incluso bajo presión, Angela recordase palabra por palabra lo que él le había dicho en su apartamento.

—¿Y sabe qué es lo gracioso? —preguntó Angela—. Que por un momento casi le creí.

—Pido disculpas por la falta de información —dijo Hunter—. Tiene

razón. Deberíamos haber sido más comunicativos desde el principio.

Poco a poco, los labios de Angela se curvaron en una sonrisa divertida.

—Vaya, mírese, reculando como un campeón. ¿Es porque ahora sabe que la han cagado y que puedo demandarles por esto o es solo otro truco más de su repertorio?

—No es un truco —le aseguró Hunter.

De la carpeta que tenía en las manos, Hunter sacó una bolsa de pruebas que contenía una foto Polaroid y la colocó sobre la mesa, delante de Angela.

—Por esto está aquí.

Los ojos de Angela se dirigieron a la foto y la sonrisa se le borró al instante.

La Polaroid era un retrato de un chico de unos diecisiete años. Tenía el pelo rubio y largo, con un estilo entre *skater* y *grunge*. Sus ojos, de un azul muy claro, estaban hinchados y enrojecidos, lo que indicaba que había estado llorando durante un buen rato. Su expresión era la definición misma del miedo.

—¿Puede decirnos quién es? —preguntó Garcia.

La atención de Angela permaneció fija en la foto. No dijo ni una palabra.

—¿Hizo usted esta foto? —insistió Garcia, probando un enfoque diferente.

—No. —La respuesta de Angela había sido un reflejo más que una respuesta consciente. La pregunta de Garcia claramente la había descolocado.

—¿Sabe quién la hizo? —le preguntó—. ¿Estaba presente en ese momento?

—No. —De nuevo, otra respuesta refleja. Esta vez, el miedo asomó en su voz.

—Tiene gracia —añadió Garcia, sin dar tiempo a Angela a explayarse—, porque hemos encontrado sus huellas por todas partes.

A Angela se le hizo un nudo enorme en la garganta. Había cometido un error. Uno terrible.

Angela había dejado aquel horrible diario en el buzón de la doctora Slater en la madrugada del domingo. Antes de hacerlo, había limpiado la cubierta y los bordes de todas las páginas que había tocado, estaba muy segura de ello, pero parecía que, en su prisa y desesperación por deshacerse de aquel cuaderno, se había olvidado de algún modo de la foto que había tocado… la del chico. Pensándolo bien, no recordaba haberla limpiado, y era obvio que había sido por eso por lo que la habían localizado tan rápido. Estúpidamente, les había dejado su

huella. En silencio, se maldijo por su error.

Angela tardó varios segundos en apartar la mirada de la foto y volver a mirar a Hunter. Sin duda, tenía el miedo escrito en los ojos. Si la policía de Los Ángeles había encontrado sus huellas en una foto dentro de aquel diario enfermizo, por supuesto que pensarían que ella estaba implicada de algún modo.

Cuando Garcia le dijo que habían encontrado sus huellas en esa foto, él y Hunter vieron cómo se le iba el color de la cara.

—Entonces —continuó Garcia—, si usted no hizo esta foto y tampoco estaba presente cuando se hizo, ¿podría explicarnos por qué sus huellas son las únicas que se han encontrado en ella?

El instinto de Angela le decía que les contase la verdad a Hunter y a Garcia: que no tenía ni idea de quién era el chico de la foto…, que ella no tenía nada que ver con esa foto ni con ese diario…, pero sabía que no era así. Sabía que la verdad no importaba. Lo que importaba era lo que pudiera demostrar. Y tampoco tenía forma de decirles la verdad sin revelar que era una carterista profesional. No parecía la mejor jugada cuando estabas encerrada en una sala con dos detectives dentro de la sede de la Policía de Los Ángeles.

Esta vez, Angela se dejó llevar por la razón y no por un impulso.

—¿Estoy detenida? —preguntó—. Porque si lo estoy, quiero ejercer mi derecho a una llamada. —Su mirada era desafiante.

—No —respondió Garcia. Estuvo a punto de añadir «todavía no», pero decidió omitir ese detalle por el momento.

—Entonces, soy libre de irme, ¿verdad? —Su mirada se movió de Garcia a Hunter—. Pues es lo que voy a hacer ahora mismo.

Angela se puso de pie.

—Tengo una última pregunta, si me lo permite —dijo Hunter.

Angela se cruzó de brazos.

—El chico de la foto —dijo Hunter, señalando con la cabeza la Polaroid—, ¿le recuerda a su hermano?

Quince

Angela Wood siempre había sido muy inteligente. Al final de su segundo año de instituto, sus profesores estaban tan impresionados con sus notas que decidieron someterla a una serie de pruebas y exámenes para ver si estaba preparada para saltarse un curso. Sorprendentemente, los superó todos, lo que culminó en que Angela se saltara el tercer año de instituto y se convirtiera en alumna de último curso con solo quince años.

El verano en que murió su hermano, Angela acababa de cumplir los dieciséis. También acababa de graduarse en el instituto y, por primera vez en mucho tiempo, disfrutaba de poder dormir hasta tarde entre semana. Aquella mañana, sin embargo, no consiguió dormir tanto como le habría gustado. Alrededor de las siete y media de la mañana, la despertó un trueno tan fuerte que sintió temblar la cama.

A pesar de ser la segunda semana de verano, cuando las temperaturas en Pocatello podían llegar a superar los treinta grados, aquel jueves había amanecido feo desde el principio, con nubes oscuras, vientos muy fuertes y relámpagos cegadores. El trueno que había despertado a Angela fue solo el primero de muchos, anunciando la lluvia torrencial que iba cobrando fuerza en el horizonte. Y llovió. Durante horas y horas.

Aquella tarde, como no podía salir de casa, Angela se dedicó a su pasatiempo favorito: los libros. Le encantaba leer, e incluso durante el curso escolar, a pesar de los exámenes y los deberes, leía entre siete y diez libros al mes. Su hermano Shawn, que entonces solo tenía once años, se pasaba el día frente al televisor, jugando a la videoconsola.

La lluvia, que había empezado a caer poco después de las nueve de la mañana, amainó finalmente hacia las tres de la tarde. En el exterior, las calles y carreteras parecían ríos desbordados, ya que el sistema de alcantarillado se esforzaba por absorber el enorme volumen de agua que había caído sobre la ciudad —en poco más de seis horas había caído lo que solía llover en un mes—, pero, cuando un resquicio de azul se abrió paso por fin a través del cansado cielo gris, pareció que el diluvio ya había terminado.

—Ha parado —dijo Shawn, mirando por la ventana—. Por fin ha parado.

—Gracias a Dios —respondió Angela—. Un poco más y habríamos necesitado chalecos salvavidas.

—Quizá algunos sí lo han necesitado —dijo Shawn—. Vivimos en lo

alto de una colina, ¿recuerdas? Tal vez algunas casas se han inundado.

—Tal vez —respondió Angela sin darle demasiada importancia.

Shawn se quedó un rato más mirando por la ventana.

—Tengo hambre —dijo.

—¿Y a mí qué me cuentas? Mira en la nevera.

—Ya he mirado antes, no hay nada. ¿Tú no tienes hambre?

—No mucha, la verdad. De todos modos, mamá y papá llegarán pronto del trabajo y cenaremos, así que relájate.

—Son casi las tres y media —dijo Shawn, señalando el reloj de la pared del salón—. Mamá y papá no llegarán a casa hasta cerca de las seis, quizá incluso más tarde con toda esta lluvia. No vamos a cenar hasta pasadas las siete. Para entonces, me habré muerto de hambre.

—Dios mío, qué exagerado eres —dijo Angela. Le molestaban las interrupciones en su lectura—. Coge un plátano. Hay muchos.

Shawn puso cara de asco.

—Odio los plátanos. Ya lo sabes.

—Pues entonces hazte un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada. Haz lo que te dé la gana, pero deja de molestarme.

—Lo haría si tuviéramos pan o mermelada, pero no queda ni una cosa ni la otra. ¿Cuánto hace que no pisas la cocina, Angie?

—Bueno, ¿y qué quieres que haga, Shawn? ¿Que me convierta en comida para ti?

—No, pero podríamos dar un paseo hasta la tienda y comprar algo. Ya debes estar aburrida de leer. Llevas todo el día con el libro.

—¿Tú te aburres de jugar a la videoconsola?

—No.

—Ahí tienes tu respuesta. Y no voy a salir con esta lluvia. No soy un pez.

—Ya no llueve. —Shawn había vuelto a la ventana—. Y mira, las nubes negras se están yendo.

Angela no se molestó en mirar.

—Vamos, Angie, por favor, tengo hambre y la tienda está al final de la calle. En quince minutos habremos regresado y podrás seguir con tu libro.

—Que no voy a salir —dijo Angela a Shawn con voz firme—. Olvídate de esa idea.

—Vale, pues dame algo de dinero y voy yo.

Esa mañana, cuando sus padres se iban a trabajar, la madre de Angela había sido muy clara en sus instrucciones.

«Parece que hoy va a llover muchísimo, Angie —había dicho, mientras fruncía el ceño mirando el cielo encapotado—. Así que, pase lo que pase, no salgáis de casa».

—Ni hablar —le dijo Angela a su hermano—. Mamá me dijo que no te dejara salir solo.

—Oh, vamos, Angie, no voy al *skate park* ni nada de eso. Solo voy a la tienda a comprar pan y mermelada, eso es todo. Vuelvo en diez minutos.

—Has dicho quince hace un segundo.

—Eso era si venías. Camino y corro más rápido que tú.

—Ya te gustaría.

—De verdad, Angie, volveré en diez minutos. Solo quiero ir a por algo de comer.

Angela conocía muy bien a su hermano. Sabía que si no iba a la tienda con él ni le dejaba ir solo, no se callaría. Nunca podría terminar el capítulo que estaba leyendo, y estaba llegando a la gran revelación de la historia.

—Vamos, Angie. Por favor, por favor, por favor…

—Vale —soltó Angela con irritación—. Pero no voy contigo. Toma diez pavos, coge pan y mermelada… de fresa…, y me das el cambio. Y más te vale estar de vuelta en diez minutos, Shawn, ¿me oyes? Diez minutos.

—Hecho. —Se guardó el dinero antes de coger su abrigo—. Estaré aquí en diez minutos. Puedes cronometrarme.

—Oh, lo haré.

Pero Shawn nunca regresó.

Cinco semanas después, encontraron su cuerpo mutilado a las afueras de la ciudad, junto a la orilla del río Portneuf.

A pesar de todos los esfuerzos de la Policía, el Departamento del Sheriff y el FBI, su asesino nunca había sido capturado.

Dieciséis

—El chico de la foto —preguntó Hunter—. Le recuerda a tu hermano, ¿verdad?

El equipo de investigación de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos había añadido un recorte de periódico sobre el asesinato de Shawn Wood al expediente que habían recopilado sobre Angela. El recorte, un artículo del *Idaho State Journal* de hacía cinco años, iba acompañado de una fotografía de Shawn, que entonces tenía once años. Aunque el artículo informaba sobre el hallazgo y la identificación del cadáver de Shawn, el periódico había decidido no publicar ninguna foto tomada a orillas del río Portneuf, por razones obvias.

La Polaroid que había sobre la mesa mostraba a un chico que aparentaba tener unos dieciséis años, la misma edad que habría tenido Shawn si siguiera vivo. Pero la edad no era la única similitud. Tanto Shawn como el chico de la Polaroid tenían el pelo del mismo color, los ojos del mismo color, el mismo tono de piel y rasgos parecidos.

La respuesta de Angela a la pregunta de Hunter fue apartar la mirada. Encontró un punto neutro en el suelo y concentró su mirada en él. Seguía con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hunter le dio un momento.

—No fue un truco, Angela —dijo finalmente—. Nuestras intenciones no eran detenerla. Solo queríamos hablar con usted.

Los ojos de Angela no se apartaban del suelo.

—El diario es real —le informó Hunter.

Eso lo cambió todo. La mirada asustada de Angela volvió lentamente hacia Hunter, pero esta vez había algo más en ella: una pregunta que no parecía tener fuerzas para formular.

Hunter la captó al instante.

—Sí —dijo con un leve asentimiento—. Los asesinatos descritos en esas páginas… son todos reales. Las personas que aparecen en esas fotografías… —su mirada se dirigió a la foto de la mesa durante un instante antes de volver a posarse sobre Angela— todas han muerto.

A Angela se le llenaron los ojos de lágrimas.

Era el momento de actuar.

Ni a Hunter ni a Garcia les gustaba recurrir a trucos baratos para conseguir que una persona hablara, pero ciertos trucos, si se usaban bien, servían para sortear varios obstáculos a la vez. Dada la ventaja que les llevaba el asesino, ambos detectives estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario.

—La verdad —empezó Hunter— es que no creemos que usted esté

directamente relacionada con ese cuaderno ni con ninguno de esos asesinatos.

Vio que Angela se estremecía al oír sus palabras, lo que indicaba que había captado el ligero énfasis que había puesto en la palabra *directamente*. Si Hunter no se equivocaba, en su mente eso se traduciría como «pero sí creemos que usted está vinculada a él de algún modo».

—El problema es —dijo Garcia, tomando el relevo— que lo que creemos no importa. Lo que importa es lo que se puede demostrar y, ahora mismo, lo único que podemos probar es que las huellas encontradas en esta foto son suyas. —Hizo una pausa para dar más peso a sus palabras—. El otro hecho que no ayuda nada a su caso es que usted huyó. Los culpables tienden a huir. —Otra pausa. Esta vez, un poco más lar ga—. Pero no somos personas irrazonables. La hemos escuchado cuando nos ha dicho que no fue usted quien hizo la foto ni estaba presente cuando se tomó. Queremos creerla, Angela, de verdad, pero tiene que ayudarnos. Tiene que darnos algo.

—Si lo que dice es cierto —intervino Hunter—, solo puede significar que, en algún momento, probablemente muy reciente, entró en contacto con el propietario de ese cuaderno, y si fue así, tiene que decírnoslo.

No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que Angela estaba luchando consigo misma.

Garcia fue quien asestó el golpe final.

—¿Es, o era, su novio? ¿Es esa la conexión que tiene con él?

—¿Qué? ¡No! —gritó Angela, con voz temblorosa—. No tengo ninguna conexión con él.

—Pero sabe quién es. —Garcia lo formuló como una afirmación más que como una pregunta.

—No, no tengo ni idea de quién es. —Su voz era áspera por las lágrimas no derramadas—. No tengo ni idea. Esa es la verdad.

«Angie —le susurraron al oído las dos Angelas—, por el amor de Dios, deja de hablar ahora mismo. Pide tu llamada, contacta con un abogado y no digas ni una palabra más hasta que llegue».

Angela se tomó un momento para serenarse.

—Creo que necesito llamar a un abogado, si no les importa.

Hunter había estado observando a Angela todo el tiempo. Desde que había leído su expediente, había empezado a trazar un posible escenario de lo que podría haber ocurrido: cómo sus huellas habían acabado en esa foto y no en las demás. Ahora, después de ver sus reacciones a lo que le estaban diciendo, ese esce nario empezaba a tener mucho sentido. Todo lo que necesitaba era rellenar algunos espacios en blanco.

—¿Es porque quiere acogerse a la Quinta Enmienda? —preguntó

Hunter.

La Quinta Enmienda de la Constitución de Estados Unidos de América contenía varias disposiciones relativas al derecho penal, entre ellas la que se había hecho famosa gracias a muchas películas de Hollywood, que era el derecho a negarse a responder a cualquier pregunta para evitar incriminarse.

Angela volvió a mirar a Hunter a los ojos.

—No por las razones que probablemente está pensando.

—¿Quiere que le diga lo que estoy pensando?

No hubo respuesta.

«Es hora de poner a prueba la teoría», pensó Hunter.

—La razón por la que hemos podido cotejar sus huellas con las extraídas de esta foto —empezó, con un tono de voz que no era agresivo ni prejuicioso— es porque ya estaban archivadas. La razón por la que estaban archivadas es porque ya la han detenido antes. —Levantó la carpeta que tenía en las manos para enfatizar su argumento—. Por hurto. Eso fue hace tres años. —Ahora fue Hunter quien se quedó en silencio y le sostuvo la mirada con firmeza—. Puede que se haya reformado desde entonces, pero los mil dólares en efectivo que hemos encontrado dentro de su mochila, junto con el hecho de que haya intentado huir cuando hemos llamado a su puerta y ahora su deseo de acogerse a la Quinta Enmienda, según usted, no por las razones más obvias, me indican que el carterismo sigue desempeñando un papel bastante importante en su vida.

Angela apartó la mirada.

—Así que esta es mi teoría —continuó Hunter—. La razón por la que se encontró con ese diario y esta foto es porque, sin saber lo que hacía, se lo robó al dueño, ¿me equivoco?

Angela permaneció en silencio, pero Hunter sabía que iba por buen camino.

—La razón por la que ahora tenemos el diario —continuó— es porque el chico de esta foto le recordó a Shawn, ¿verdad? Y eso le impulsó a hacer lo correcto y entregarlo a las autoridades. —Le dio un par de segundos—. ¿Cómo voy hasta ahora?

Angela no levantó la vista, pero Hunter vio que un músculo se tensaba en su mandíbula. Sabía que estaba empezando a ganársela. Sacó su placa y la puso sobre la mesa.

—El detective Garcia y yo somos de la Sección Especial de Homicidios. Formamos parte de una unidad especializada llamada Unidad de Crímenes Ultraviolentos —dijo, señalando sus credenciales—. Lo que intento decirle, Angela, es que no nos importa la parte del robo. No estamos aquí para detenerla por carterista. Le doy mi

palabra.

Angela se movió en su silla.

—Antes —dijo Hunter—, ha mencionado el hecho de que no hemos hecho ningún intento de grabar esta entrevista. Eso es porque, en realidad, nunca hemos creído que fuera sospechosa. —Negó con la cabeza—. Hace falta ser un tipo muy concreto de persona, con un tipo muy especial de maldad, para hacer cualquiera de las cosas que se describen en ese diario. Y usted no lo es así, Angela. Créame. Ya hemos visto a ese tipo de personas antes.

Angela cogió finalmente el vaso de agua que había sobre la mesa y bebió un buen trago. Al igual que en su apartamento, percibió sinceridad en las palabras del detective que tenía delante.

—No sé cuánto llegó a leer de ese diario antes de dejarlo en el buzón de la doctora Slater —siguió Hunter—, pero quien lo haya escrito no se detendrá solo porque le hayan robado el diario. Su mente no funciona así.

Angela empezó a inquietarse. Se estaba poniendo nerviosa, señal inequívoca de que sus defensas habían comenzado a resquebrajarse. Al darse cuenta, Garcia decidió que era el momento de apelar a los recuerdos dolorosos que estaba seguro de que Angela cargaba como una losa.

—Ese tipo va a seguir matando, Angela —dijo—. Va a seguir secuestrando personas… algunas de ellos chicos jóvenes, como su hermano, Shawn.

Angela cerró los ojos y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—Va a seguir haciendo lo que le plazca con ellas, antes de asesinarlas y deshacerse de sus cuerpos en algún lugar aislado. Y por eso necesitamos su ayuda, Angela…, porque lo conoce. Sabe quién es.

Angela volvió a abrir los ojos.

—No, no lo sé. —Las palabras salieron disparadas de sus labios—. No tengo ni idea de quién es. —Se giró hacia Hunter—. Cualquier cosa que diga aquí, ¿me promete que no se utilizará en mi contra?

—Se lo prometo —respondió Hunter—. Tiene mi palabra.

Angela, visiblemente más nerviosa, inspiró hondo.

—Su teoría es bastante acertada —le dijo a Hunter—. Sí, le robé a alguien un bolso, en cuyo interior estaba ese diario. No tenía ni idea de lo que estaba robando, y lo peor de todo es que ni siquiera lo robé por dinero. Lo hice para darle una lección a ese tipo.

Tanto Hunter como Garcia fruncieron el ceño ante aquel comentario, pero ninguno la interrumpió.

—Y sí —continuó—, el chico de la foto se parece a mi hermano, pero se equivoca si cree que necesitaba esto para acordarme de Shawn. —Señaló con la cabeza la foto que había sobre la mesa—.

Pienso en él todos los días.

Las lágrimas volvieron a sus ojos.

—¿Robó el bolso para darle una lección a un tipo? —preguntó finalmente Garcia—. ¿A qué se refiere?

Angela se secó las lágrimas antes de terminarse el vaso de agua.

«Bueno, ahora que has empezado —le susurraron las dos Angelas al oído—, será mejor que se lo cuentes todo».

Diecisiete

Angela describió brevemente a Hunter y a Garcia los acontecimientos que habían tenido lugar aquel sábado por la noche. Puso especial énfasis, por supuesto, en lo que había ocurrido dentro de la coctelería Rendition Room y en cómo había acabado en posesión de ese diario.

Hunter y Garcia la escucharon sin interrumpirla. Cuando terminó, Hunter fue el primero en formular una pregunta.

—¿Así que nunca llegó a verle la cara?

—En realidad, no —respondió Angela—. Estaba de espaldas a mí y llevaba una capucha sobre la cabeza. Incluso cuando estaba siendo un capullo… —Hizo una pausa y levantó la mano, indicando que lamentaba sus palabras—. Incluso cuando estaba siendo grosero con el hombre mayor, no levantó la cabeza ni apartó la vista del móvil. Hablaba de medio lado y por encima del hombro, así. —Angela hizo una demostración girando ligeramente la cabeza hacia la derecha—. Desde donde yo estaba, era imposible verle la cara.

—¿Puede decirnos algo de su altura o de su complexión? ¿Una edad aproximada? ¿Algo distintivo?

—Era más o menos de su altura —dijo Angela, señalando con la cabeza a Hunter—. E igual de fuerte también. Tal vez incluso un poco más.

—Con «fuerte» —intervino Garcia—, ¿quiere decir que estaba musculado o que era corpulento?

—Definitivamente no estaba gordo, si es eso lo que pregunta —respondió Angela—. Incluso de espaldas y con la capucha puesta, me di cuenta de que estaba en buena forma… Era musculoso, no estaba gordo. En cuanto a la edad… —Se encogió de hombros mientras pensaba en ello—. Diría que tenía treinta y tantos o cuarenta y pocos, no más.

—¿Qué hay de su voz? —preguntó Hunter—. ¿Algo que destacara, como un acento o algo así?

—No capté ninguno, pero es cierto que había música y no le estaba prestando demasiada atención. Aunque su tono era potente… fuerte, ¿sabe? Como si estuviera acostumbrado a hablarle así a la gente, a dar órdenes o algo por el estilo.

—Me gustaría volver a algo que ha mencionado antes —dijo Garcia—. Ha dicho que entró en Rendition Room porque quería revisar las carteras que había robado esa noche, ¿es así?

Angela asintió, desafiante.

—Ya no soy avariciosa. Robo dos o tres carteras como mucho antes de comprobar si tienen efectivo o tarjetas de crédito. Si he ganado lo

suficiente, doy el día por terminado. Si no, me deshago de las carteras antes de volver para una segunda ronda. Si la cartera solo contiene dinero en efectivo y tarjetas de crédito, me quedo con ellos y la tiro a la basura. Si contiene algún documento personal, como el carné de conducir, acreditaciones del trabajo, carnés de identidad o lo que sea, se los devuelvo por correo a sus dueños.

Eso hizo que ambos detectives fruncieran el ceño.

—¿Se los devuelve por correo? —preguntó Hunter.

Angela se rascó la nuca.

—Mire, sé el dolor de cabeza que puede suponer sustituir toda esa documentación. Además, la mayoría de las veces hay que pagar por los duplicados. Ya le he quitado a esa persona su dinero y sus tarjetas de crédito, no hay necesidad de hacerles eso también, ¿verdad?

Garcia rio entre dientes mientras miraba a Hunter.

—Mira tú por dónde… Una ladrona con principios.

—Supongo que no había documentos personales dentro del bolso que ha mencionado —dijo Hunter.

—No, nada, solo ese diario.

—Por favor, dígame que aún tiene el bolso. —Garcia se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

Angela apartó la mirada.

—¿De verdad? ¿Qué hizo con él?

—Lo tiré.

—Tiene que estar de broma. —Garcia se llevó la mano a la frente—. Ese bolso probablemente contenía huellas, ADN, fibras… de todo.

Angela fulminó a Garcia con la mirada.

—¿Qué quería que hiciera con él, quedármelo? No esperaba que llamasen a mi puerta en busca de pruebas. ¿Cree que dejé mis huellas en esa foto a propósito? Tiene suerte de que decidiera enviar el diario. Podría haberlo tirado todo a la basura y haberme olvidado de esto.

—Ah, sí, se me olvidaba que es una ladrona con principios —replicó Garcia.

—¿Había algo más dentro del bolso? —preguntó Hunter, poniendo fin a la discusión.

—No, nada más. Solo el diario.

—Quizá aún podamos recuperarlo —dijo Garcia, que no quería darse por vencido—. ¿Cuándo y dónde lo tiró?

—No pueden —respondió Angela—. Ya no está.

—¿Por qué? ¿Qué hizo exactamente con él?

—Lo tiré, pero la recogida de basuras en mi calle es el lunes por la mañana, ayer. Vi cómo vaciaban los contenedores de los edificios en el camión de la basu ra y lo trituraban todo. El bolso ya no está,

créame.

A Garcia no le convencía demasiado la historia de Angela.

—Un momento —dijo—. Nos ha dicho que devuelve las carteras por correo a sus dueños, ¿verdad? Pero el diario no fue enviado por correo a la doctora Slater. —Miró a Hunter, como si hubiera encontrado un fallo en la historia de Angela—. Usted lo dejó en su buzón.

—Sí, ¿y?

—Entonces, primera pregunta: ¿cómo sabía dónde vivía o quién era? Y segunda: ¿por qué entregárselo a un médico forense cuando podría haberlo enviado directamente a la Policía de Los Ángeles?

Angela volvió a quedarse callada.

—Está mintiendo, ¿verdad? —la acusó Garcia—. Toda su historia es un enorme montón de mierda.

Angela parecía estar pensando qué decir.

—¿Sabe lo que pienso? —continuó Garcia, con voz tranquila—. Creo que sabe muy bien quién es el dueño del diario. Creo que usted fue su novia, amante o como quiera llamarlo. Creo que él se cansó de usted y la dejó… Tal vez incluso la cambió por otra, y eso la cabreó; así que, como acto de venganza, le robó el diario e inventó esta historia.

—No puede hablar en serio —dijo Angela con incredulidad.

—Oh, hablo muy en serio. Y no me sorprendería que lo hubiera ayudado con algunos, si no en todos los asesinatos que narra en ese diario.

—¿Usted está loco? —Los ojos asustados de Angela se dirigieron a Hunter—. ¿Está loco?

—Mi versión tiene mucho más sentido que la suya —contraatacó Garcia.

—Su versión es delirante —refutó Angela—. Sabe que ni siquiera tengo por qué estar aquí.

—¿En serio? Pues demuéstreme que me equivoco. ¿Cómo sabía dónde vivía la doctora Susan Slater o quién es? ¿Y por qué dejó el diario en su buzón cuando podía haberlo enviado directamente a la Policía de Los Ángeles o incluso al FBI?

Angela sabía que debía dejar de hablar. Aquello no pintaba bien para ella.

—Una ladrona con principios —respondió finalmente, utilizando las palabras de Garcia.

—Le robó la cartera —dijo Hunter, entendiendo por fin la historia de Angela.

—¿Qué? —volvió a preguntar Garcia, esta vez dirigiéndose a Hunter.

—¿No te acuerdas? —preguntó Hunter.

—¿Acordarme de qué? —Garcia frunció el ceño.

—Hace aproximadamente un mes —aclaró Hunter—, estábamos en la escena del crimen del triple homicidio en Encino. Susan era la forense a cargo.

—Sí, lo recuerdo, ¿qué pasa con eso?

—En realidad —dijo Hunter, mientras revisaba la escena en su memoria—. Tal vez no estabas en la sala en ese momento. El caso es que Susan me dijo que le habían robado la cartera un par de noches antes mientras salía con unas amigas.

Garcia negó con la cabeza.

—No, no lo recuerdo en absoluto.

Hunter miró a Angela.

—Fue usted.

Angela se encogió de hombros, como si ella no tuviera la culpa.

—Dejó su bolso abierto y sin vigilancia, colgando del respaldo de su silla. También podría haber puesto un cartel que dijera «Llévame, por favor».

—Su cartera —concluyó Hunter— fue una de las que devolvió.

Angela asintió.

—Lo llevaba todo en ella: el carné de conducir, las credenciales de la Policía de Los Ángeles y del laboratorio, la identificación médica, la tarjeta de acceso, todo. Nunca había robado a un policía, así que en cuanto vi todos sus documentos e identificaciones, me asusté.

—Y se lo devolvió todo por correo.

—Todo —confirmó Angela—. Tarjetas de crédito, dinero en efectivo, documentación, cartera… todo. No me quedé con nada.

—¿Y qué? —cuestionó Garcia—. ¿Intenta decirme que lleva un registro de todas las personas de esta ciudad a las que ha devuelto sus carteras o monederos?

—No, no lo llevo —respondió Angela en el mismo tono que había utilizado Garcia—, pero tengo muy buena memoria. Por alguna razón, soy capaz de recordar las cosas con mucha facilidad. En este caso, como he dicho, era la primera policía a la que robaba.

—No es policía —la interrumpió Garcia.

—Sí, pero trabaja para la División de Ciencias Forenses —argumentó Angela—, que forma parte de la Sección de Criminalística de la Policía de Los Ángeles.

La mirada escéptica de Garcia se intensificó.

Angela se dio cuenta.

—Ya le he dicho que recuerdo las cosas con mucha facilidad. De todos modos… —prefiriendo hablar con Hunter, se giró para dirigirse a él—, no tuve problemas para recordar la dirección de su casa.

—¿Y por qué no se lo envió por correo? —Garcia no le estaba dando

tregua a Angela—. ¿Por qué decidió dejarlo usted en su buzón?

—Fue una decisión espontánea. —Angela ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha.

—No me lo creo —dijo Garcia.

—Eso es bueno, porque no intento convencerlo. Es la verdad. —Una vez más, se dirigió a Hunter—. Sí, si Shawn estuviera vivo, se parecería mucho a ese chico. —Señaló la foto sobre la mesa—. Y…

Esta vez Angela no pudo contener las lágrimas. Se giró y apartó la mirada de ambos detectives.

Garcia parecía a punto de decir algo, pero Hunter lo detuvo con un sutil gesto de la mano.

—Dale algo de tiempo —dijo.

Dieciocho

Angela no había mentido cuando le había dicho a Hunter que no necesitaba esa Polaroid para recordar a su hermano. De verdad pensaba en él todos los días, pero el parecido entre Shawn y el chico de la foto había removido algo en su interior de una forma que no esperaba.

—¿Podría darme otro vaso de agua, por favor? —dijo finalmente, después de secarse las lágrimas de la cara.

—Por supuesto —respondió Hunter, antes de levantarse y salir de la sala. Menos de treinta segundos después, regresó con una jarra metálica de agua bien fría. Rellenó su vaso de plástico, dejó la jarra sobre la mesa y volvió a sentarse.

Angela cogió el vaso y se bebió la mitad de tres grandes tragos. Le temblaban las manos.

—Fue culpa mía. —Esas palabras escaparon de sus labios como un susurro ahogado, pero lo bastante alto como para que los dos detectives las oyeran.

—¿El qué? —preguntó Garcia.

Hunter volvió a hacerle una señal —un movimiento de cabeza muy sutil— para que no insistiera.

—No debería haberle dejado salir de casa aquel día —dijo. Su mirada se había posado en un punto cualquiera del suelo. Sus ojos, vidriosos por las lágrimas, prácticamente habían dejado de parpadear.

Angela no estaba mirando el suelo. Hunter lo sabía. Para ella, el suelo no existía. La sala no existía. Hunter y Garcia no existían. Su memoria la había transportado al día en que Shawn desapareció. En lugar de interrumpirla con preguntas, que solo servirían para sacarla de su estado de trance y disipar el recuerdo, la mejor opción era dejar que sus emociones hablaran.

—Mamá me dijo que no lo hiciera. —Angela tragó con dificultad, intentando no romper a llorar mientras su nariz empezaba a gotear.

Hunter buscó rápidamente en el bolsillo de su chaqueta un paquete de pañuelos de papel y lo dejó sobre la mesa frente a ella.

—Fui demasiado vaga —continuó Angela, con una voz tan cargada de emoción que no parecía la suya—. Demasiado vaga para mover el culo e ir con él. Eso es lo que debería haber hecho. En vez de eso, lo dejé marcharse solo… y nunca regresó.

A partir de ahí, Hunter empezó a hacerse una idea clara de lo que había ocurrido aquel fatídico día, hacía poco más de seis años.

Ninguno de los dos detectives había tenido tiempo de investigar en profundidad la historia de la desaparición y el asesinato de Shawn

Wood. No sabían con exactitud qué había ocurrido ese día ni qué tipo de esfuerzos se habían dedicado a la investigación. Todo lo que sabían del caso procedía exclusivamente del artículo de hacía seis años del *Idaho State Journal* que su equipo de investigación había añadido al expediente de Angela.

—Tenía once años —dijo Angela, mientras cogía el paquete de pañuelos—. Once… y ese monstruo… —Sacudió la cabeza, incapaz de poner palabras a sus sentimientos.

El artículo que habían leído no daba detalles de las circunstancias del asesinato de Shawn. Solo mencionaba que el cuerpo había aparecido salvajemente mutilado.

—Ese cabrón se lo quitó todo a mi hermano pe queño —dijo Angela, después de beberse el resto del agua—. Su dignidad… su inocencia… su vida. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Se llevó a Shawn de nuestras vidas: de la mía… de la de mi madre… de la de mi padre. Destruyó nuestra familia.

Hunter casi podía sentir el dolor de Angela en ese momento. Sabía por experiencia que el momento más solitario en la vida de alguien era cuando veía cómo todo su mundo se desmoronaba ante sus ojos y lo único que podía hacer era mirar.

Angela utilizó otro pañuelo antes de levantar la cabeza para mirar de nuevo a ambos detectives.

—Aunque ese chico se parezca a Shawn —señaló la foto sobre la mesa—, es el hijo de alguien. Probablemente también el hermano de alguien. —Angela hizo una pausa para limpiarse la nariz y tomar una bocanada de aire—. Pero no, esa foto no me recordó a Shawn. Lo que me recordó fue que ese puto psicópata nunca fue detenido. Me recordó que sigue ahí fuera, probablemente haciendo a otros niños lo que le hizo a mi hermano pequeño. Esa foto y ese diario me recordaron que él no es el único. Me recordaron que este jodido mundo está lleno de gente tan jodida como él: depredadores, el mal en persona. —Miró a Hunter—. Mi primer pensamiento fue enviar el diario a la Policía de Los Ángeles, pero ¿qué garantías tenía de que se lo iban a tomar en serio? Puede que robe carteras, pero no soy estúpida. Sé que recibís una cantidad ridícula de llamadas, cartas, paquetes, correos electrónicos, lo que sea… sobre todo tipo de mierdas falsas. Estoy segura de que, si hubiera enviado el diario a la policía, alguien habría decidido que no era prioritario y lo habría dejado a un lado. Tal vez alguien le habría echado un vistazo, o tal vez no. A lo mejor se habría considerado un engaño sin que se hubiera comprobado nada y lo habrían tirado a la basura.

La mirada de Hunter seguía fija en Angela, pero notaba que la de Garcia se dirigía hacia él. Su planteamiento sobre lo que podría haber pasado no era ninguna fantasía.

—Fue entonces cuando me acordé de la doctora a la que había robado hacía varias semanas —les dijo Angela—. Una doctora de la División de Ciencias Forenses de la Policía de Los Ángeles. —Volvió a llenarse el vaso de agua—. Si había alguien que pudiera saltarse la burocracia y comprobar si ese diario era real, era ella. Supuse que, a diferencia de la Policía de Los Ángeles, la División de Ciencias Forenses no recibía muchos envíos falsos, si es que recibía alguno. Dejar el diario en mano en lugar de enviarlo por correo fue una decisión táctica.

—¿Una decisión táctica? —preguntó Garcia.

—Lo único que hice fue ponerme en su lugar —explicó Angela—. Si yo hubiera recibido un paquete solo con mi nombre, sin dirección, sin sello y sin remitente, habría despertado mi curiosidad mucho más que un paquete normal, porque sabría que tenían que haberlo dejado en persona… en mi puerta. —Se enderezó en la silla—. El hecho de que esté sentada aquí con ustedes, dos días después de haber entregado el diario, es una prueba clara de que mi razonamiento era correcto, ¿no?

Hunter asintió.

—Así es.

Garcia estuvo de acuerdo.

—Tengo una pregunta más —dijo.

Angela torció el gesto.

—Quien escribió todas esas entradas en el diario —dijo Garcia haciendo caso omiso de la actitud de Angela— no parece estúpido. Al contrario. Todavía no hemos tenido tiempo de revisar todo el texto, pero la entrada que leímos fue ejecutada con precisión militar. No dejó nada atrás: ni huellas ni ADN ni fibras. Y tampoco cometió errores. —Le dio a Angela unos segundos para procesar lo que estaba diciendo—. A lo que quiero llegar es a que alguien así no parece el tipo de persona que se dejaría engañar fácilmente por un carterista cualquiera. Pero nos está diciendo que así, sin más —Garcia chasqueó los dedos—, sin ninguna dificultad, usted fue capaz de quitarle la que probablemente es su posesión más preciada. Su diario de asesinatos. Lo único que podía delatarlo. Lo único que podía poner fin a sus años de asesinatos y a su libertad. —Garcia ladeó la cabeza de izquierda a derecha varias veces, como si estuviera sopesando las alternativas—. Un poco difícil de creer, ¿no le parece?

Esta vez, Angela no discrepó.

—Claro. La diferencia es que yo no soy eso.

—¿No es eso? —preguntó Garcia—. ¿El qué?

—Un carterista cualquiera. —La mirada que Angela dirigió a Garcia estaba llena de confianza—. Ha dicho que alguien así no se dejaría engañar fácilmente por un carterista cualquiera, ¿verdad? Pues yo no soy una carterista cualquiera. Soy la mejor.

Garcia parecía dudar.
—¿Usted es la mejor carterista que existe?
Angela asintió.
—De verdad.
Garcia se recostó en la silla, se llevó una mano a la barbilla y empezó a rascarse la mandíbula. Un par de segundos después, miró a Hunter.
—No tenemos otra alternativa —dijo—. Vamos a tener que hacerlo.
Angela los miró con el ceño fruncido.
—¿Hacer qué?

Diecinueve

En la sala de interrogatorios no había ventanas. El aire llegaba a través de un sistema de ventilación arcaico que no parecía funcionar demasiado bien. En consecuencia, el ambiente empezaba a volverse pesado y viciado. A pesar de las bajas temperaturas del exterior, comenzaban a formarse gotas de sudor en las frentes de los tres ocupantes. Angela utilizó un pañuelo de papel para secarse la suya.

—¿Hacer qué? —volvió a preguntar, alternando la mirada entre los dos detectives.

Garcia se levantó, caminó hacia su izquierda y se detuvo a un metro del gran espejo unidireccional de la pared.

—Lo que ha dicho que sabe hacer mejor que nadie —respondió finalmente, antes de meter la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacar la cartera—. Aquí está mi cartera. —La levantó para mostrársela a Angela—. Quiero que me la quite. —La volvió a guardar en el bolsillo interior derecho.

Las cejas de Angela se arquearon.

—¿Habla en serio?

—Lo digo muy en serio. Acaba de decirnos que es la mejor en esto. Quiero verlo. Quiero ver a la maestra en acción.

—No funciona así —replicó Angela, con un tono ahora un poco inseguro.

—¿Qué quiere decir con «No funciona así»? O es buena en esto, o está mintiendo.

—La gente no va por la calle esperando que le roben la cartera —explicó Angela—. Y ahí está la gran diferencia. Su atención está en otra parte, no en sus car teras ni en sus bolsillos, y esa es nuestra mayor baza. Usted, en cambio, no solo espera que le quiten la cartera, sino que además sabe cuándo y quién lo hará. Por mucho que intente disimular, en cuanto me acerque a usted, inconscientemente estará en alerta y empezará a concentrarse en su cartera, lo que elimina el factor sorpresa, y eso es el ochenta por ciento del juego.

—Bueno, ¿por qué no lo intenta igualmente? Quiero ver lo buena que es. Aunque esté esperando que suceda, estoy seguro de que podré apreciar su técnica… si es lo bastante buena.

—No funcionará —insistió Angela.

—Inténtelo —dijo Garcia.

Angela sabía que no tenía escapatoria. Exhaló con frustración.

—Vale.

Se puso de pie y se acercó al espejo unidireccional, deteniéndose a unos dos metros de Garcia. Se quedaron frente a frente como si

estuvieran a punto de batirse en duelo, al más puro estilo del Lejano Oeste.

Hunter recolocó su silla y se puso cómodo. Tenía un asiento en primera fila para el espectáculo.

Angela explicó rápidamente que lo primero que hacía era observar a la gente para identificar dónde habían guardado la cartera o el monedero.

—Genial —respondió Garcia, mientras se daba golpecitos en el torso, justo debajo del pectoral derecho—. Digamos que me ha visto meterme la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta, tal como ha ocurrido. ¿Cómo haría para quitármela? —Le hizo un gesto con las manos para animarla a acercarse a él—. Vamos, enséñemelo.

Angela miró a Hunter, que también parecía muy interesado en ver su técnica. Sacudió la cabeza para indicar que creía que todo aquello le parecía una pérdida de tiempo.

—De acuerdo —empezó—. Vamos a hacerlo despacio, para que pueda mostrarle cómo funciona todo.

—Me parece bien —dijo Garcia.

—Me alegra oírlo —continuó Angela—. Como seguro que ambos saben, el método más utilizado es caminar en dirección a tu objetivo y chocarte con él. —Se acercó a Garcia—. Siempre se provoca el choque en el lado opuesto al del objeto que queremos robar. Así que, si sé que su cartera está en este bolsillo —utilizó la mano izquierda para golpear al detective en el lado derecho del torso, justo donde estaba su cartera—, le golpearía en este lado. —Se lo mostró—. Si sé que su cartera está en este bolsillo, por ejemplo —con la mano derecha, tocó el bolsillo exterior izquierdo de la chaqueta de Garcia—, le golpearía en este lado. Pero seguro que eso ya lo sabía, ¿verdad?

Garcia asintió, sarcástico.

Angela volvió a su posición original, a unos dos metros de Garcia.

—Muy bien, deje que le muestre cómo lo hago. Imagine que su atención está en cualquier otra cosa que no sea yo, ¿de acuerdo? En una calle concurrida, ni siquiera se daría cuenta de que me acerco a usted.

—Vale.

Angela avanzó hasta estar casi encima de Garcia y entonces se detuvo.

—La razón del choque es distraer a la persona y tener una excusa para poner las manos sobre mi objetivo. Así.

Angela golpeó con su hombro izquierdo el hombro izquierdo de Garcia con la fuerza suficiente para que este se girara hacia ella.

—Lo siento mucho —dijo, mirando a Garcia a los ojos. Al mismo

tiempo, sus manos se dirigieron hacia él. Colocó la derecha en su brazo izquierdo y la izquierda en su torso, justo a la altura del bolsillo interior de su chaqueta.

Los ojos de Hunter siguieron las manos de Angela.

—La cuestión es —dijo a Garcia— que el carterismo se parece mucho a un truco de magia, en el sentido de que, para que funcione, depende sobre todo de una cosa: la distracción. —Con la mano derecha, Angela dio dos golpecitos en el brazo izquierdo de Garcia—. Y nuestra mayor ventaja en lo que respecta a la distracción es el hecho de que el sistema nervioso del cuerpo humano se distrae muy fácilmente… es muy fácil de engañar. Lo que quiero decir con esto es que tiende a prestar atención o a concentrarse en un solo punto a la vez. El punto donde el contacto es más fuerte.

Garcia puso cara de «no me estás contando nada nuevo».

—Lo que significa que, como estoy tocando tu cuerpo en dos sitios diferentes a la vez… —Angela lo demostró utilizando una vez más su mano derecha para tocar el brazo izquierdo de Garcia, mientras que al mismo tiempo su mano izquierda le tocaba justo debajo del pectoral derecho—, puedo controlar dónde se concentrará su atención aplicando más fuerza o presión donde yo quiera. Así.

Le dio otro golpecito en el brazo izquierdo. Esta vez, un poco más fuerte.

—Lo ha notado, ¿verdad?

—Claro. —Su mirada saltó a su brazo izquierdo y a la mano de ella.

—Eso es la distracción —explicó Angela—. Golpeando o tocando este o aquel lado de su cuerpo con un poco más de fuerza que el otro, atraigo su atención hacia ese lugar. —A continuación, sus ojos se movieron lentamente hacia su mano izquierda.

Los ojos de Garcia siguieron el movimiento.

—Mientras, mi otra mano ejecutaría el truco. —Muy despacio, metió la mano izquierda en la chaqueta de Garcia y en el bolsillo interior del pecho para coger su cartera—. Así.

Garcia observó el movimiento en silencio.

—Sí, pero lo he notado. No se habría salido con la tuya. La habría detenido antes de que se hubiera alejado un metro de mí.

Angela apartó las manos de Garcia.

—Estábamos haciendo esto a cámara superlenta. Por supuesto que lo iba a notar. Pero recuerde lo que he dicho: para que el carterismo funcione, depende sobre todo de la distracción.

Garcia asintió.

—Hay un factor más que entra en juego, y es la velocidad. Todo el proceso no dura más de tres o cuatro segundos. Demasiado rápido como para que se dé cuenta.

Garcia volvió a mirar a Angela de una forma que le decía que seguía

esperando a que ella lo convenciera.

—Bien, hagámoslo de nuevo, esta vez en tiempo real.

Volvió a su posición inicial: frente al detective, a unos dos metros de él.

—¿Preparado? —preguntó.

—Tanto como nunca lo estaré.

Caminaron el uno hacia el otro. Hubo un rápido choque de hombros.

—Oh, lo siento mucho —dijo Angela, que apoyó las manos en el torso de Garcia mientras le sostenía la mirada—. ¿Está bien?

—Sí.

Tres segundos después, ya se encontraba a un par de metros detrás de Garcia.

Garcia no se giró. Se llevó la mano izquierda al bolsillo interior de la chaqueta y negó con la cabeza.

—Todavía tengo la cartera en el bolsillo. —Mientras Garcia decía esas palabras, vio la sonrisa en la cara de Hunter—. ¿Por qué sonríe?

—Tu cartera sigue en el bolsillo —respondió Hunter—, pero tu móvil y tu placa han desaparecido.

Garcia comprobó el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta: su teléfono no estaba. Se llevó la mano al cinturón: no estaba su placa. Se dio la vuelta para mirar a Angela. Ella tenía su teléfono en la mano derecha y su placa en la izquierda.

—¡Mierda! —exclamó Garcia—. No he notado nada.

—También podría haberle quitado el arma —dijo, ladeando la cabeza—, pero pensé que, si lo hacía, su compañero… —señaló a Hunter con la cabeza— probablemente me habría disparado en el acto.

Hunter asintió.

—Pero le he desabrochado la funda.

Garcia comprobó la funda de hombro, que sujetaba su pistola Wilson Combat Tactical del 45 al lado derecho de su cuerpo, a unos centímetros por debajo del brazo. El cierre de seguridad que sujetaba su pistola estaba desabrochado. Nunca lo dejaba así.

—Es buena —dijo Hunter, haciendo un gesto de aprobación a Angela.

—Soy la mejor —lo corrigió ella, antes de devolverle a Garcia el móvil y la placa.

Hunter se puso de pie.

—Vale, a mí me basta con eso. Nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó Garcia.

—A la coctelería Rendition Room, en Tujunga Village. Allí es donde

estaba usted cuando robó el bolso, ¿verdad?

Angela asintió.

—Seguro que tienen cámaras de seguridad —dijo Hunter—. La mayoría de los bares las tienen. Quién sabe, quizá tengamos suerte. Además, cabe la posibilidad de que el dueño del bolso fuera a preguntar al bar o a hablar con el encargado en cuanto se dio cuenta de que le faltaba. Puede que la señora Wood no le viera la cara, pero quizá otra persona sí.

—Es una buena observación —dijo Garcia, mientras se colocaba de nuevo la placa en el cinturón.

—Ha dicho «señora Wood» y he empezado a buscar a mi madre —dijo Angela—. Puede llamarme Angela. —Se encogió de hombros—. O Angie. Entonces, ¿puedo irme?

—Por desgracia, no —dijo Hunter—. Me gustaría que se quedara con nosotros un poco más, solo hasta que confirmemos toda su historia.

—¿Está de broma?

—¿Por qué? —preguntó Garcia—. ¿Vamos a hacer que llegue tarde al trabajo? ¿Tiene que robar más carteras?

—Vaya —dijo Angela, con una sonrisa traviesa en los labios—. Mira quién es un mal perdedor. ¿He herido su orgullo?

Garcia negó con la cabeza.

—No soy un mal perdedor. Y mi orgullo está intacto.

—No sea tan duro consigo mismo —intentó consolarlo Angela—. De verdad soy la mejor. La única razón por la que su compañero ha visto cómo le cogía el móvil y la placa ha sido por todo este montaje. Estaba observando. En la calle, nadie ve ni siente lo que hago.

—Sugiero que nos pongamos en marcha —dijo Hunter, poniendo fin al enfrentamiento y sacando a todos de la húmeda y sofocante sala de interrogatorios.

Veinte

Una vez más, condujo Garcia. Esta vez, el silencio no fue intencionado. En realidad, nadie tenía nada que decir. De vez en cuando, a través del espejo retrovisor, Hunter echaba un vistazo a Angela en el asiento trasero. Estaba sentada con los brazos cruzados y la mirada fija fuera de la ventanilla. A simple vista, parecía tranquila, pero de vez en cuando se mordía el labio inferior y sus ojos vagaban sin rumbo durante uno o dos segundos. Cuando lo hacían, parecían preocupados y llenos de tristeza.

El tráfico era moderado, y tardaron treinta y dos minutos en recorrer los catorce kilómetros que separan el Edificio de la Administración de la Policía del Rendition Room.

Normalmente, el local no abría sus puertas al público hasta las cinco de la tarde, pero, a poco más de dos semanas de la Navidad y con las calles repletas de compradores impacientes, la dirección había decidido que durante el mes de diciembre añadirían algunos cócteles más a base de café a la carta y abrirían a partir de la hora de comer, una decisión que parecía estar dando buenos resultados.

A las tres y pocos minutos de la tarde, el local estaba bastante concurrido, con todas las mesas ocupadas. Solo quedaban tres asientos libres dispersos en la larga barra de madera oscura.

Hunter se detuvo cuando él, Garcia y Angela entraron en el salón ambientado en los años treinta, iluminado con una luz tenue y decorado con elegancia. Varios minialtavoces colocados estratégicamente por todo el local emitían música *ragtime*, que llenaba la gran sala de una energía alegre y contagiosa.

—¿Puede mostrarme dónde estaba sentada? —le preguntó Hunter a Angela.

—Justo allí —respondió ella, señalando una pequeña mesa situada a pocos metros de la barra. En ese momento estaba ocupada por dos hombres que bebían cerveza tranquilamente.

—¿Y el hombre? —preguntó Garcia.

—Estaba en la mesa de al lado. —Indicó la mesa justo delante de la que había señalado.

Hunter estudió la disposición de las mesas en relación con la sala antes de comprobar si había cámaras de seguridad. Vio tres, todas ellas cámaras de techo estándar revestidas por cúpulas de cristal oscuro. La primera estaba situada en la barra, justo encima de la caja registradora, en línea casi directa con las mesas que Angela les había indicado. La segunda estaba a su izquierda, cerca de las puertas de los baños. La última, junto a la entrada del local.

—¿Estaba de cara a la barra? —preguntó Hunter.

—No. Ninguno de los dos. Ambos estábamos de espaldas a ella.

Hunter asintió antes de acercarse a la barra por el lado con menos gente, el extremo derecho, justo al lado de una puerta con un cartel en el que se leía «Solo personal». Garcia y Angela se situaron detrás de él mientras hacía una señal a uno de los tres camareros.

—Hola —dijo el joven camarero, colocando de inmediato tres posavasos redondos en la barra delante de los nuevos clientes—. ¿Qué les pongo?

Hunter le enseñó su placa con discreción.

—Soy el detective Robert Hunter, de la Policía de Los Ángeles. Este es el detective Carlos Garcia.

Garcia también enseñó su placa.

El camarero los estudió durante un par de segundos antes de volver a mirar a Hunter con curiosidad.

—¿Estaba usted, por casualidad, trabajando aquí el sábado pasado? —preguntó Hunter—. ¿En el turno de tarde?

—No, tuve libre todo el fin de semana. Pero Ricardo, el encargado, sí estuvo. —Señaló con la cabeza hacia la derecha para indicar al camarero más cercano a la caja registradora, un hombre alto y delgado con el pelo peinado hacia un lado y un bigote perfectamente recortado.

—Ricky —llamó el joven camarero, antes de indicarle al encargado que se acercara.

—¿Qué necesitas? —preguntó Ricardo al unirse al grupo. Parecía al menos una década mayor que el primer camarero.

Una vez más, Hunter mostró su placa con discreción y se presentó.

Ricardo se tomó su tiempo para examinarla.

—¿Hay algún problema?

—No, en absoluto —respondió Hunter en tono tranquilizador—. Solo intentamos identificar, y con suerte encontrar, a un cliente que sabemos que estuvo en este establecimiento el sábado pasado. Al parecer, ocupó esa mesa de ahí, y eso fue alrededor de… —Hunter miró a Angela.

—Sobre las cinco y media —dijo con un movimiento de cabeza.

—Creemos que le robaron el bolso mientras estaba aquí. —Hunter volvió a tomar la palabra—. ¿Le suena de algo? ¿Alguien acudió a usted, o a alguno de los camareros, quejándose de un bolso robado el sábado por la tarde?

El encargado miró a Hunter con el ceño fruncido.

—¿Así que hoy están buscando al hombre al que le robaron el bolso,

en lugar del bolso en sí o de la persona que se lo llevó?

Las palabras de Ricardo intrigaron a todos.

—No estoy seguro de entenderle —dijo Hunter.

—Al agente que estuvo aquí el domingo —explicó Ricardo— solo le preocupaba encontrar a la persona que se llevó el bolso, al ladrón, lo cual, debo admitir, es lo más lógico. Pero usted pregunta por la víctima. —Sacudió la cabeza, como confundido—. ¿No acudió a ustedes, a la policía, para denunciar que le habían robado el bolso?

—¿Dice que vino un agente el domingo preguntando por el bolso robado? —preguntó Hunter.

—Sí, así es.

—¿Era un agente de paisano? —intervino Garcia—. ¿Un detective como nosotros o venía de uniforme?

—Vestía uniforme completo —confirmó Ricardo—. Llevaba la gorra de la Policía de Los Ángeles y las gafas de sol reglamentarias. Incluso con esta luz. —Su dedo índice derecho señaló hacia arriba, hacia el techo—. Las tuvo puestas todo el tiempo.

Hunter miró a Garcia.

—¿Usted habló con él el domingo?

—Sí.

—¿Le dio un nombre, un número de teléfono, alguna forma de contactar con él en caso de que tuviera cualquier información?

—No, no lo hizo.

—¿Le dijo de qué comisaría era? —preguntó Garcia.

Ricardo lo pensó un momento.

—Si lo hizo, no me acuerdo.

Angela empezaba a parecer bastante perdida.

—El sábado por la tarde —preguntó Hunter—, la noche del robo, ¿se acercó el dueño del bolso a usted o a alguno de sus camareros en cuanto se dio cuenta de que había desaparecido?

—No —respondió Ricardo—. En absoluto. No hubo ningún incidente esa noche.

—¿Está seguro? —insistió Garcia—. ¿No necesita preguntar a los camareros?

—Estoy completamente seguro. —Ricardo parecía casi ofendido—. Si alguno de nuestros clientes acude a cualquiera de nuestros camareros para denunciar un robo en el interior de Rendition Room, está obligado a avisar al encargado de turno. Yo era el encargado el sábado. No hubo ningún incidente.

—Volviendo al agente que habló con usted el domingo —dijo Hunter—, ¿podría contarnos exactamente lo que le dijo? Cuanto más recuerde, mejor.

Ricardo no pudo ocultar su confusión.

—Ahora soy yo el que no le entiende. ¿Qué está pasando?

Unas cuantas personas más acababan de entrar en el local y se acercaban a la barra.

—Tal vez sería mejor que hablásemos en un lugar un poco más privado —sugirió Hunter—. ¿Sería posible?

Ricardo dudó un momento antes de mirar su reloj.

—Este sitio se llena bastante en esta época del año, como pueden ver.

—No le robaremos mucho tiempo —insistió Hunter—. Esto es muy importante.

Ricardo se pasó una mano por la boca antes de mirar a sus otros dos camareros.

—Mick, George, cubridme un momento, ¿vale? Ahora vuelvo.

Ambos asintieron.

—De acuerdo —dijo Ricardo, señalando la puerta con el cartel de «Solo personal»—. Por favor, síganme.

Veintiuno

La sala de uso exclusivo para el personal a la que Ricardo condujo a Hunter, Garcia y Angela era pequeña y estaba desordenada, con cajas de cerveza y de licores por todas partes. Las paredes habían sido blancas en algún momento, pero el tiempo había hecho mella en ellas y ahora eran de un tono *beige* sucio.

—Por favor, disculpen el desorden —dijo Ricardo, quitando un par de cajas llenas de botellas de vodka de encima de dos sillas de madera que había frente a un pequeño escritorio con un ordenador—. Lo siento, solo tengo dos sillas.

—No necesitamos sentarnos —dijo Hunter.

Ricardo asintió, se apoyó en el borde del escritorio y se cruzó de brazos. La clásica postura defensiva.

—Existe la posibilidad de que el hombre que vino a hablar con usted el domingo —empezó Hunter— no fuera un agente de la Policía de Los Ángeles.

La confusión en los ojos de Ricardo se acentuó.

—¿En serio? Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

—Por eso necesitamos saber qué se dijo durante la conversación —respondió Hunter.

—Y con el mayor detalle posible —añadió Garcia.

Hunter notó que las manos del encargado apretaban con más fuerza sus brazos cruzados.

—No quiero parecer grosero ni nada por el estilo —dijo Ricardo—, pero ¿podría ver de nuevo sus identificaciones?

Hunter ya se esperaba esa petición. Al fin y al cabo, lo que él y Garcia estaban haciendo era tratar de desacreditar a alguien que parecía completamente legítimo como agente de policía, con uniforme y todo. Más legítimo de lo que Hunter y Garcia parecían en ese momento.

—Por supuesto —respondió Hunter, entregándole a Ricardo su identificación de detective.

Garcia hizo lo mismo.

—¿Y ella? —preguntó Ricardo, señalando a Angela.

—Ella no es policía —dijo Garcia, y añadió una rápida mentira piadosa para evitar tener que dar aún más explicaciones—. Es una civil que está colaborando con nosotros.

Ricardo no parecía muy convencido, pero no había mucho que pudiera decir. Las credenciales que Hunter y Garcia le habían entregado parecían auténticas, aunque en realidad no sabría reconocer una falsificación. Las estudió durante unos largos segundos antes de

devolvérselas a ambos detectives.

—¿Todo bien? —preguntó Garcia.

—Sí, claro.

—Entonces —volvió a preguntar Hunter—, ¿podría ahora, por favor, contarnos lo que ese «agente» le dijo el domingo?

Ricardo se encogió de hombros mientras sacudía suavemente la cabeza.

—La verdad es que no hubo mucha conversación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Garcia.

—El agente vino a verme, me explicó lo que había ocurrido la noche anterior, el robo de un bolso, señaló la mesa, igual que ustedes, y me preguntó si podía echar un vistazo a las imágenes de las cámaras de seguridad de esa noche.

—¿Así que hay grabaciones? —preguntó Garcia—. Las cámaras del local son reales.

—Sí, por supuesto.

Hunter y Garcia habían visto demasiadas cámaras de seguridad falsas en demasiados establecimientos como para dar nada por sentado.

—¿Y ese «agente» revisó las imágenes? —preguntó Hunter.

—Sí. Lo traje aquí y usó este ordenador. No tardó mucho tiempo. Entró y salió en unos… quince minutos.

—¿Se quedó con él? —preguntó Garcia—. ¿O lo dejó aquí solo?

—Le enseñé la aplicación de las cámaras de seguridad y luego me marché —respondió Ricardo—. El local estaba demasiado lleno el domingo por la tarde como para que yo hiciera de niñera de un policía. —Hizo una pausa—. O al menos eso creía que era.

—¿Le importa si echamos un vistazo a las imágenes? —preguntó Hunter.

—Claro, adelante —dijo Ricardo, rodeando el escritorio para situarse frente al monitor—. Espere un segundo… ¿Le gustaría ver primero alguna cámara en particular? —preguntó Ricardo al cabo de un momento.

—Empecemos por el que está en el techo, justo encima de la caja —dijo Hunter.

—No vale la pena —le advirtió Ricardo—. Esa cámara apunta directamente a la propia caja registradora. —Se encogió de hombros antes de explicar—: El año pasado tuvimos que despedir a tres personas por robar.

—Vale —dijo Hunter—. Entonces, veamos la que está más cerca de los baños.

—Perfecto. —Dos clics de ratón—. Quieren ver las imágenes del sábado pasado, ¿verdad? El cinco de diciembre.

—Correcto.

Otro clic.

—¿Y dice que la hora que están buscando es alrededor de las cinco y media?

—En realidad —dijo Hunter—, retrocedamos hasta las cinco de la tarde.

—Claro, no hay problema. —Otros dos clics. Ricardo hizo una pausa y frunció el ceño mirando la pantalla—. Vale, esto es raro.

—¿Qué pasa? —preguntó Angela, con un tono algo ansioso. Le preocupaba que la cámara la mostrara robando el bolso.

Hunter, que ya tenía una idea bastante aproximada de a qué se refería Ricardo, consultó el reloj de la esquina superior derecha de la pantalla. Estaba en lo cierto.

—Falta una gran parte de la grabación —les informó Ricardo mientras señalaba el reloj—. Desde las dos hasta las seis de la tarde del sábado. Miren esto. —Redujo la velocidad de la grabación para que se reprodujera fotograma a fotograma. Cuando el reloj llegó a las 14:00, de repente saltó a las 18:00—. Todo ese segmento ha desaparecido.

—¿Podría estar en la papelera de reciclaje? —sugirió Hunter.

Otro clic del ratón.

—Está vacía —dijo Ricardo.

Angela pareció aliviada, pero Hunter se rascó la frente.

—Dejen que compruebe la otra cámara —dijo Ricardo—. La que está junto a la puerta de entrada.

Ni Hunter ni Garcia dijeron nada, pero ambos sabían que sería inútil.

—También ha desaparecido —anunció Ricardo tras un par de clics más—. Exactamente las mismas cuatro horas.

—No es ninguna sorpresa —comentó Garcia.

Ricardo volvió a mirar a los detectives, intrigado.

—Existe la posibilidad de que nuestra Unidad de Informática Forense pueda recuperar algo de su disco duro —explicó Hunter—. Lo que significa que lo necesitaremos.

Ricardo adoptó una posición mucho más defensiva.

—Lo siento, pero para eso necesitará una orden. No puedo entregar el ordenador del local así como así. Solo soy el encargado, no el dueño.

Hunter se apresuró a calmarlo.

—Sí, lo entendemos. Conseguiremos la orden. No estaba sugiriendo que nos lleváramos el ordenador ahora mismo. Tal vez ni siquiera sea necesario, no estoy seguro, pero mientras tanto, le sugeriría que se pusiera en contacto con los propietarios y tal vez empezara a hacer

una copia de cualquier documento que tenga en ese disco duro.

—¡Jesús! —jadeó Ricardo, pasándose el pulgar y el índice por el bigote—. ¿Todo eso por un bolso robado? ¿Qué demonios había dentro?

—Mejor que no lo sepa —dijo Angela mientras se dirigía hacia la puerta.

Veintidós

Había llovido mientras Hunter, Garcia y Angela estaban dentro de Rendition Room, uno de esos famosos chaparrones repentinos de Los Ángeles. Los charcos reflejaban la magnitud de la lluvia, pero el cielo confundiría a cualquiera. No había ni una sola nube oscura a la vista. El sol ya había vuelto a salir, haciendo todo lo posible por devolver algo de calor, pero la lluvia había enfriado el aire de la tarde y lo había cargado de humedad.

Cuando salieron, los tres se subieron rápidamente las cremalleras de los abrigos. A pesar de la lluvia y de que era martes por la tarde, las calles estaban repletas de personas haciendo compras.

—Entonces, ¿ya puedo irme? —preguntó Angela—. Puedo volver andando a casa desde aquí o subirme a un autobús. Es un trayecto corto.

—No es tan sencillo —respondió Garcia.

—¿Por qué no? —Sus ojos suplicaban—. No hay nada más que pueda hacer para ayudarlos. Esto es todo lo que sé, y acaban de confirmar que estaba diciendo la verdad, ¿no? ¿Por qué si no volvería ese tipo aquí vestido de policía, comprobaría la grabación de las cámaras a la hora exacta en que les dije que había estado aquí y luego la borraría, si no es para ocultar su identidad? Las cámaras debieron grabarle la cara.

—Quizá el suyo no fue el único rostro que captaron —dijo Hunter. Su mirada seguía recorriendo la calle de arriba abajo, como si estuviera buscando a alguien—. Y estoy seguro de que eso era lo que buscaba en realidad.

Las facciones de Angela se tensaron con una expre sión de duda.

—No le sigo.

—¿Cree que lo reconocería si lo viera de nuevo? —preguntó Hunter —. En la calle o algo así.

Angela se rio entre dientes.

—¿Estaba escuchando cuando le conté lo que había ocurrido? No llegué a verle la cara. Tenía la capucha puesta y no levantó los ojos del móvil. Podría chocar conmigo ahora mismo y no sabría que es él. Se lo digo en serio, no hay nada más que pueda hacer para ayudarlos a encontrarlo. Dejen que me marche…, por favor.

Hunter consultó su teléfono. Seguía sin recibir ningún correo de la doctora Slater.

—Tenemos que volver al Edificio de la Administración de la Policía —informó a Angela—. Todavía queda un poco de papeleo por hacer. Después de eso, podrá irse.

—¿Más papeleo? ¿Está de broma? —Angela levantó las manos, molesta—. No me necesitan para eso. ¿No pueden hacerlo solos?

—¿Y su mochila? —preguntó Garcia.

Angela se había olvidado del hecho de que su mochila seguía en el Edificio de Administración de la Policía, pero lo que le molestaba en realidad era la sensación de que Hunter estaba evitando responderle.

—Vale —cedió finalmente—. Volvamos al sitio ese como se llame, pero primero tiene que dejar de darme largas. —Detuvo a Hunter con una mirada de enfado—. ¿A qué se refería cuando has dicho que tal vez la cara del hombre no era la única que habían grabado las cámaras de seguridad?

Hunter se giró hacia Angela. Su mirada dejó de vagar por las calles y se clavó en ella. Sus cejas se alza ron levemente.

De pronto, Angela lo comprendió.

—¿Buscaba mi cara?

—¿De verdad le sorprendería —preguntó— que el dueño de ese diario lo quiera recuperar?

Los labios de Angela se tensaron al recordar que ya se había quitado la peluca y las lentillas cuando le robó el bolso de cuero del hombre.

—Desde su punto de vista —continuó Hunter—, la única forma de recuperarlo es encontrándola a usted primero. Esa es la razón principal por la que regresó aquí a por las imágenes de las cámaras.

Pasaron unos segundos mientras el cerebro de Angela lo procesaba todo. Entonces su mirada volvió a centrarse en Hunter.

—¿Por eso no deja de mirar arriba y abajo por la calle?

Hunter se quedó callado.

—Es por eso, ¿verdad? —Fue el turno de Angela de escudriñar rápidamente la multitud de compradores—. Por eso me ha preguntado si sería capaz de reconocerlo si volviera a verlo. ¿Cree que podría estar vigilando este lugar por si acaso vuelvo por aquí?

—Si ha conseguido una imagen nítida de su cara en las grabaciones —intervino Garcia—, sería un movimiento bastante lógico por su parte, ¿no cree?

—¡Dios mío! —exclamó Angela, mientras se tapaba la cabeza con la capucha todo lo posible.

De repente, volver a la sede del Departamento no le pareció una idea tan mala.

Veintitrés

Al hombre se le había ocurrido la idea de vigilar el Rendition Room. Sabía que los ladrones, sobre todo los carteristas, solían frecuentar las mismas zonas —zonas concurridas— que sabían que eran lucrativas. Si la persona que le había robado el bolso era un carterista profesional, como él creía que era el caso, probablemente no volvería al Rendition Room tan pronto: era demasiado arriesgado robar en el mismo establecimiento en tan poco tiempo. Pero había bastantes posibilidades de que estuviera actuando en otros bares o tiendas de Tujunga Village, sobre todo durante las Navidades, cuando el movimiento de gente aumentaba exponencialmente. Sabiendo eso, vigilar Tujunga Village no era tan mala idea. Pero primero necesitaba identificar al ladronzuelo que le había quitado el bolso. Su única posibilidad de hacerlo era que las cámaras de seguridad del Rendition Room hubieran captado su rostro.

Hacerse pasar por policía había sido una gran jugada. Las personas estaban mucho más dispuestas a cooperar si creían que estaban hablando con un agente de la ley. Una vez que el encargado del bar lo acompañó a su despacho y lo dejó solo para que comprobara las imágenes de las cámaras de seguridad, pudo hacer lo que quiso.

Al hombre no le preocupaba que su cara apareciera en las grabaciones. Era algo con lo que siempre tenía mucho cuidado: nunca iba a ningún sitio sin sus gafas de sol de aviador y la capucha puesta. Es cierto que aquel sábado por la tarde se había quitado las gafas de sol dentro del Rendition Room, pero no sin antes identificar la posición de las tres cámaras de seguridad. Una vez en su mesa, se había colocado mirando hacia el este, de espaldas a las tres cámaras. Su mayor error aquella noche, lo sabía, había sido dejar su bolso de cuero en el suelo, junto a sus pies.

Desde que había empezado a escribir su diario, se lo llevaba consigo a todas partes: una mezcla de paranoia y miedo a necesitar anotar algo y olvidar lo que era si no lo hacía enseguida. Aquella tarde, al dejar el bolso sobre la mesa del local, estuvo a punto de volcar el vaso. Por eso terminó dejándolo en el suelo. Un gran error.

Como el sábado el hombre se había colocado de espaldas a las tres cámaras, le preocupaba la posibilidad de que el ladrón, fuera quien fuera, también hubiera hecho lo mismo. En su trabajo, no podía permitirse el lujo de no ser precavido. Si ese hubiera sido el caso, estaría perdido. No tendría otra forma de averiguar quién se había llevado su bolso.

El hombre no comprobó ninguna de las grabaciones de las cámaras

de seguridad mientras estaba en el despacho del encargado. Habría tardado demasiado. En su lugar, copió las grabaciones de las tres cámaras en un *pendrive*, incluidas las de la cámara situada sobre la caja registradora, y las borró del sistema.

De vuelta en su casa, conectó el *pendrive* a su ordenador y empezó a revisar el contenido. Empezó por la cámara situada junto a la entrada del local. En lugar de visualizar la grabación desde el principio, saltó hasta la hora en que había llegado —alrededor de las cinco y veinticinco de la tarde—, porque primero necesitaba identificar al ladrón, y no le llevó mucho tiempo. Justo después de decirle a aquel viejo que le había preguntado si podía compartir su mesa que se largara, se dio cuenta de que la mujer que estaba sentada en la mesa de detrás de la suya terminó su bebida, pero no se marchó enseguida. En lugar de eso, sacó el móvil e hizo una llamada, o al menos fingió hacerla. Lo curioso era que la mujer podría haber hecho la llamada desde donde estaba, pero en lugar de eso rodeó la mesa hasta situarse al otro lado, mucho más cerca de donde estaba su bolso.

Su conversación telefónica duró menos de un minuto y, aunque el ángulo de la cámara no era lo bastante amplio como para mostrar lo que estaba ocurriendo a ras de suelo, estaba convencido de que ella estaba usando el pie para arrastrar poco a poco su bolso, alejándolo de él y acercándolo a ella.

Era buena, tenía que reconocerlo. No mostró nerviosismo ni hizo movimientos extraños, nada sospechoso en absoluto… Solo era alguien manteniendo una conversación perfectamente normal por teléfono.

Entonces ocurrió algo inesperado, porque de repente todo el mundo giró la cabeza hacia la derecha, incluido él.

En su ordenador, pausó la grabación y reflexionó un instante.

—Ah, es verdad —dijo al recordarlo. Se había oído un fuerte estruendo. A un camarero se le había caído una bandeja de bebidas al otro extremo de la barra. Cuando reanudó la grabación, vio que, en cuestión de segundos, la ladrona reconoció la oportunidad y se agachó para coger el bolso. Para cuando él volvió a mirar la pantalla del móvil, ella ya había rodeado la mesa y abandonado el bar.

El hombre no pudo evitar sonreír al ver la calma y la habilidad de la mujer. No había duda de que era una profesional.

El problema era que la mujer no había levantado la cabeza ni una sola vez en toda la grabación, ni siquiera cuando salía del local, por lo que no tenía una imagen clara de su cara. Pero al menos ahora sabía a quién buscar.

Rebobinó la grabación hasta las cinco de la tarde y empezó de

nuevo. No fue hasta las cinco y media cuando vio a la mujer entrando en Rendition Room. Tuvo que rebobinar y ver ese segmento de la grabación varias veces para asegurarse, porque tenía un aspecto diferente. Cuando entró en el bar, llevaba el pelo corto y negro, en lugar de rubio y peinado hacia un lado. Lo que la delató fue el abrigo que llevaba.

—Ahí estás —dijo el hombre, señalando la pantalla. Su voz era seca y ronca, como si sus cuerdas vocales estuvieran dañadas—. Vamos, levanta la vista. Saluda a la cámara. Solo necesito un breve vistazo.

Pero no tuvo tanta suerte. Manteniendo la cabeza gacha, la mujer entró en el local, zigzagueó por la abarrotada zona del bar y fue directamente hacia el otro extremo de la sala. El campo de visión de la cámara situada encima de la entrada no llegaba tan lejos, por lo que no pudo ver bien a dónde se dirigía, pero parecía que iba hacia los baños. Permaneció allí un buen rato, casi quince minutos. Una vez que reapareció, se dirigió a la barra, pidió una copa y ocupó la mesa que había quedado libre justo detrás de ella, al lado de la que él había elegido.

Todavía no había visto una imagen clara de su rostro.

—Vamos, nena, mira hacia arriba. Déjame ver esa cara tan bonita que tienes.

Seguía sin haber suerte. Era hora de comprobar la grabación de la otra cámara, la situada junto a las puertas de los baños.

Esta vez todo fue mucho más rápido, ya que sabía la hora exacta que debía buscar: las cinco y media de la tarde.

Desde ese nuevo ángulo de la cámara, vio a la mujer abrirse paso entre la multitud y empujar la puerta del baño de mujeres, todo el tiempo con la cabeza gacha.

Empezó a perder la esperanza. Si la mujer era una habitual, alguien acostumbrada a robar bolsos y carteras desde el interior del Rendition Room, era lógico que conociera la ubicación de las cámaras. Ese podría ser el motivo por el que nunca miraba hacia arriba ni se colocaba en un ángulo directo con ninguna de ellas.

—Última oportunidad —dijo sin mucho optimismo, mientras adelantaba la grabación. Sobre las 17:47 la mujer reapareció, y fue entonces cuando la suerte le sonrió. Al abrir la puerta y salir del baño, inclinó la cabeza ligeramente hacia la izquierda y hacia arriba durante un brevísimo instante.

Detuvo de inmediato la grabación antes de rebobinarla fotograma a fotograma.

—¡Bingo! —exclamó al dar con un fotograma en el que se veían con claridad todos los rasgos de su rostro—. Ahí estás. —Una brillante sonrisa adornó sus labios—. Encantado de conocerte por fin.

Hizo una captura de ese fotograma en concreto y lo abrió en un

editor de imágenes profesional. Después de limpiar y enfocar la imagen lo mejor que pudo, la guardó en el escritorio. Ahora solo le quedaba encontrarla, y tenía una idea bastante clara de por dónde empezar.

Veinticuatro

Eran casi las cinco menos cuarto cuando Hunter, Garcia y Angela regresaron a la sede del Departamento. Antes de dejarla marchar, Hunter recuperó su mochila de la oficina de objetos requisados y se la devolvió.

Angela abrió la cremallera para comprobar su contenido. En el interior encontró su teléfono móvil y la muda de ropa que había metido cuando intentó huir de su apartamento.

—Todavía está ahí —dijo Hunter—. El dinero está en el bolsillo exterior.

Angela comprobó el bolsillo. Estaba todo. Cada dólar. Volvió a mirarlo, sorprendida.

—No podemos demostrar que el dinero no le pertenece —explicó Hunter—. Si lo confiscáramos, se quedaría en la oficina de objetos requisados hasta el fin de los tiempos, porque no tendríamos forma de averiguar a quién devolvérselo.

Angela cerró la cremallera de su mochila y se la colgó del hombro derecho.

—Enviaremos a alguien a arreglar su puerta —dijo Hunter, consultando su reloj—. Pero, por desgracia, probablemente no será hoy.

—Más les vale —respondió Angela—. Si no, mi casero me va a crujir.

—¿Tiene algún otro sitio donde pueda quedarse?

Angela detectó verdadera preocupación en la voz de Hunter.

—Estaré bien. Encontraré la forma de cerrar la puerta esta noche, pero será mejor que la arreglen pronto.

—Lo haremos —la tranquilizó Hunter—. De todas formas, tengo su número por si necesito contactar con usted. —Le entregó una tarjeta —. Mi teléfono está en la parte de atrás, por si necesita ponerse en contacto conmigo.

Angela lo miró durante un instante. La preocupación seguía en su voz, pero iba más allá de una puerta rota. No cogió la tarjeta.

—No se trata solo de la puerta, ¿verdad? Le preocupa ese tipo. —Se tomó otro momento para estudiar al detective que tenía delante—. Le preocupa la grabación de la cámara de seguridad, ¿verdad? Teme que, sea quien sea, ahora tenga una imagen de mi cara.

Angela era rápida de reflejos, Hunter no podía negarlo.

—Me preocupa, sí.

—Bueno, a mí también —admitió Angela—. Pero deje que le pregunte algo: ¿cuál es la población de Los Ángeles?

Hunter ya sabía a dónde quería llegar.

—Más de cuatro millones de personas —respondió.

—Exacto, así que ahora el problema lo tiene él.

—Lo sé —añadió Hunter—. Aunque ahora sepa qué aspecto tiene usted, aún tiene que averiguar de algún modo quién es. Y en una ciudad con más de cuatro millones de habitantes, eso no es algo fácil hacer eso cuando todo lo que tienes es una fotografía.

—Todavía hay esperanza para usted —dijo Angela con una sonrisa alegre—. Mire, su único punto de referencia a la hora de encontrarme es Tujunga Village. Lo sabe. —Señaló con un dedo a Hunter—. Por eso estaba tan preocupado antes, cuando salimos del Rendition Room, ¿no? Miraba a un lado y a otro de la calle porque pensó que podría estar vigilando el lugar con la esperanza de que yo regresara. —Angela no esperó respuesta—. Así que la solución es sencilla: me mantendré bien lejos de Tujunga Village a partir de ahora.

—Sin duda, es una buena decisión —coincidió Hunter.

Angela lo miró un momento más.

—Pero aún parece preocupado.

—Por supuesto que estoy preocupado —explicó Hunter—. Como detective que dirige una investigación, tengo que contemplar todos los escenarios posibles. Ni siquiera sabemos si su cara aparece o no en las grabaciones de las cámaras de seguridad del Rendition Room. Si es así y el propietario del diario ya sabe qué aspecto tiene, existe la posibilidad de que la encuentre de algún modo, por pequeña que sea. Y si esa posibilidad existe, tiene que estar alerta en todo momento. Alejarse de Tujunga Village es un decisión acertada, pero no es suficiente. Manténgase alerta, fíjese bien en todo. —Hunter seguía con la tarjeta en la mano—. Ese tipo no es un delincuente normal y corriente.

Angela no hizo amago de coger la tarjeta.

—Mire —dijo Hunter—. He pasado toda mi vida profesional estudiando y persiguiendo a asesinos como el dueño de ese diario.

—Quiere decir asesinos en serie.

—Sí —estuvo de acuerdo Hunter—. Asesinos en serie. Muy pocos son tan prolíficos como el hombre al que vio el sábado por la noche. La razón es que la mayoría de ellos inevitablemente cometen un error en algún momento.

—Entonces, lo único que tienen que hacer es esperar a que cometa un error y todo irá bien —dijo Angela con ligereza.

—Ese es el problema. —El tono de Hunter, por otro lado, era mortalmente serio—. Sea quien sea, lleva haciendo esto muchos años. El diario que usted robó es la prueba de ello. Hasta ahora se ha cobrado al menos dieciséis víctimas y hace dos días ni siquiera teníamos idea de que existiera. Lo que significa es que, en todos estos

años que lleva en activo, nunca ha cometido un error. —Hizo una pausa para que Angela asimilase el peso de lo que intentaba decirle.

—Entonces, ¿qué está diciendo exactamente?

—Lo único que quiero es que entienda que, sea quien sea, ese tipo es cuidadoso, metódico, detallista y parece muy perspicaz. Que se presentara en Rendition Room vestido de policía para poder acceder a las grabaciones de las cámaras antes de deshacerse de ellas es solo un ejemplo evidente de lo que es capaz de hacer.

Angela se cambió la mochila de un hombro al otro.

—Sería un gran error por nuestra parte —continuó Hunter— que subestimáramos a una persona así. —Volvió a ofrecer a Angela su tarjeta—. Lo único que quiero es que tenga cuidado y, si sospecha algo, sea lo que sea, no lo dude: llámeme.

Esta vez, Angela cogió la tarjeta. Mientras se daba la vuelta y se alejaba, el móvil de Hunter vibró dentro del bolsillo de su chaqueta —dos ráfagas rápidas— anunciando que acababa de recibir un nuevo correo. Lo consultó con rapidez: la doctora Slater por fin les había enviado las fotografías de todas las páginas del diario.

Veinticinco

En cuanto Hunter regresó a su escritorio, abrió el correo que había recibido de la doctora Slater. El archivo contenía ciento veinte imágenes, cada una de las cuales correspondía a una página del diario. Para evitar confusiones, el agente forense que había tomado las fotografías había vuelto a emparejar, a petición de la doctora Slater, todas las Polaroid con sus respectivas páginas, manteniéndolas en el orden exacto en que aparecían en el diario. Hunter descargó el archivo zip adjunto.

Garcia, que había recibido copia del correo, hizo lo mismo.

Hunter sirvió dos tazas de café, una para él y otra para su compañero, antes de abrir la primera imagen, titulada «Página 1». Todas las imágenes se habían exportado en alta resolución, lo que facilitaba mucho su lectura.

A pesar de haber leído ya las dos primeras páginas en el laboratorio de la FSD, Hunter volvió a empezar desde el principio. El resto de la entrada describía cómo el asesino había preparado la caja en la que había enterrado a Elizabeth Gibbs. Después explicaba lo fácil que había sido drogarla con somníferos comunes triturados antes de meterla dentro de la caja improvisada y sellarla.

La entrada no mencionaba nada sobre la pequeña cámara que habían encontrado dentro de la caja, pero sí detallaba la desesperada lucha de la víctima una vez fue enterrada viva: cómo arañó la tapa, le dio puñetazos y patadas, e incluso la mordió en algunos momentos, antes de perder finalmente toda esperanza y quedarse sin fuerzas.

Según la entrada, Elizabeth Gibbs había tardado casi veinticuatro horas en quedarse sin oxígeno y asfixiarse. Sus últimas horas las pasó llorando y rezando, en lugar de luchando. Sin embargo, la entrada terminaba con una sorpresa.

> *Al igual que con todos los objetivos anteriores, esta también lloró y suplicó por su vida cuando le llegó la hora. Todos se hacen las mismas preguntas: «¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué me haces esto? ¿Qué te he hecho?». Es intrigante observar a un sujeto cuando se da cuenta de que está a punto de morir y de que no puede hacer absolutamente nada para evitarlo. Algunos me ofrecen sus cuerpos. Me dicen que puedo hacerles lo que quiera, siempre y cuando después los libere. Otros me dicen que pueden darme placer de formas que ni siquiera sabía que eran posibles. Algunos intentan apelar a mi lado humano y me cuentan historias. Historias sobre sus vidas y lo mucho que han*

sufrido. Algunos me hablan de sus familias, de sus padres, de sus hermanos y hermanas, de sus parejas… incluso de sus mascotas. Este sujeto no era diferente. Me habló de su infancia y de cómo fue violada sistemáticamente por su padrastro durante tres años cuando era solo una niña. Me contó cuánto daño le había hecho, física y psicológicamente. Me dijo que su padrastro la había destrozado por dentro y que por eso nunca podría tener hijos. Me contó lo mucho que le había dolido saber eso…, lo cerca que había estado de quitarse la vida más de una vez, y que la única razón por la que no lo había hecho era su mejor amigo, que con el tiempo se había convertido en su novio y que ahora era su prometido. Me dijo que iban a casarse dentro de ocho meses. He oído todo tipo de historias de todo tipo de sujetos, y no les culpo. La gente hace lo que sea para salvar su vida. Así es la naturaleza humana. Por alguna razón, la historia de esta víctima se quedó conmigo. Tal vez fue su mirada…, tal vez fue el profundo dolor en su voz o tal vez fue porque me recordó a alguien que conocí hace mucho tiempo. No lo sé, pero decidí hacerle un regalo. Decidí que dentro de ocho meses, el día en que debía casarse, le pondría un vestido de novia.

Hunter dejó de leer y levantó la vista de la pantalla del ordenador. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Garcia hizo lo mismo.

—¿Has llegado a la parte del vestido de novia? —preguntó.

—Sí —respondió Hunter.

—¿Es esa su idea de compasión? —siguió Garcia—. ¿Ponerle un vestido de novia el día que se suponía que iba a casarse?

—No lo sé… tal vez.

—Bueno, él lo llama un regalo. ¿Puedes creer esta mierda? —Y a continuación citó—: «Pero decidí que le haría un regalo». Este tipo está claramente trastornado, ¿no crees? La desenterró, ocho meses después de haberla enterrado viva, solo para ponerle un vestido de novia…, pero ¿para qué? ¿Para sentirse bien consigo mismo? ¿Lo hizo para aliviar su culpa?

Hunter no respondió.

Garcia aún no había terminado.

—¿Te imaginas la paciencia? —continuó—. ¿La perseverancia? El cuerpo no estaría en perfectas condiciones. Eso lo sabemos. La descomposición ya habría empezado en cierta medida, pero, aun así, la desenterró, con el cuerpo ya blando, y probablemente le quitó la ropa que llevaba puesta. —Hizo una pausa y levantó una mano—. Supongo que la enterró vestida y que luego cambió esas prendas por un vestido de novia. —Garcia negó con la cabeza mientras se imaginaba la escena—. Y probablemente también limpió el interior

del ataúd. No había restos, ¿recuerdas?

Hunter asintió.

—Si esas no son las acciones de una mente trastornada, entonces no sé lo que es.

—Lo mejor que podemos hacer es seguir leyendo —dijo Hunter.

—Claro —aceptó Garcia—. Pero antes necesito ir al baño. —Se levantó y salió del despacho.

Hunter pasó a las imágenes tituladas «Página 7» y «Página 8»: la segunda entrada del diario. El siguiente «objetivo».

La foto Polaroid que correspondía a la entrada era la misma que la doctora Slater les había enviado esa misma mañana: el chico de pelo rubio largo y ojos azul claro que a Angela le había recordado a su hermano.

Hunter dio un sorbo a su café y volvió al texto. Una vez más, la entrada no contenía dibujos, bocetos, saltos de página ni párrafos… Solo una palabra tras otra, formando línea tras línea un bloque de texto compac to.

Las voces han vuelto. Las oí anoche. Para ser sincero, no esperaba escucharlas tan pronto. Solo han pasado veintidós días desde el último objetivo, pero tengo la sensación de que las voces cada vez están más hambrientas, son más codiciosas… y el sadismo y la humillación han regresado, sin duda. Una vez más, las voces vinieron a mí con una petición muy específica: esta vez, un hombre. Edad: no mayor de dieciocho ni menor de quince. Altura mínima: 1,65 m. Pelo: rubio natural (no teñido, muy importante), sin longitud específica. Ojos: azules, cualquier tono, pero azules y solo azules, no verdes ni marrones… AZULES. Peso: no es importante. Origen étnico: blanco. Al principio creí que encontrar al objetivo sería una tarea sencilla, al fin y al cabo, esto es Los Ángeles, la ciudad donde las personas rubias parecen crecer en los árboles, pero resulta, y debería haberlo sabido por experiencia, que la mayoría de la gente no es realmente lo que aparenta ser. Al parecer, en esta ciudad, una de cada cinco mujeres rubias y uno de cada tres hombres rubios no son rubios naturales. Recorrer las calles en busca de una presa fácil, alguien a quien nadie echase de menos, fue un esfuerzo inútil. En esta ciudad parece que no hay vagabundos blancos de pelo rubio y ojos azules. La franja de edad también complicaba un poco las cosas: de quince a dieciocho años, edad de instituto. Tardé unos días en seleccionar tres po sibles objetivos. Y luego otros doce (cuatro días consecutivos observando a cada uno de ellos) en elegir al ganador: Cory Snyder, un chico de dieciséis años de Lakewood, al sureste de Los Ángeles. Tuvieron que pasar otros cuatro días de vigilancia constante hasta que por fin se

presentó la oportunidad perfecta para capturarlo. Fecha y hora: 25 de marzo de 2018, alrededor de la 1:45 de la madrugada. Lugar: Centralia Street, Lakewood. El objetivo regresaba a casa tras una fiesta. El hecho de que estuviera bastante borracho y drogado con marihuana hizo que el secuestro fuera relativamente fácil. Foto: a última hora del día siguiente, ya sobrio.

Garcia regresó al despacho y tomó asiento en su escritorio. En ese momento, Hunter hizo una pausa para mirar de nuevo la Polaroid y su corazón se llenó de una intensa tristeza. El efecto psicológico de humanizar a una víctima —ponerle un nombre a un rostro, saber de dónde venía y demás— era realmente poderoso.

Hunter minimizó la imagen de su pantalla y consultó la base de datos de personas desaparecidas. El resultado apareció en menos de cinco segundos.

Cory Snyder había nacido el 10 de julio de 2001 en Los Ángeles. Como indicaba la entrada del diario, residía en Lakewood, un barrio muy diverso del sureste de Los Ángeles. Cory era hijo único y vivía con su madre, la señora Linda Flynn, que había denunciado su desaparición el 25 de marzo de 2018, después de que no regresara a casa de una fiesta en casa de un amigo a menos de un kilómetro y medio de su domicilio. Los padres de Cory estaban divorciados desde que él tenía cinco años. Su padre, el señor Martin Snyder, vivía en Palo Alto, California. La dirección de Cory, según el informe de Personas Desaparecidas, era 5941 Elsa Street, CA 90712. Cory Snyder seguía figurando como desaparecido. La investigación continuaba abierta.

Hunter abrió rápidamente una aplicación de mapas en su ordenador y buscó la dirección del chico. Elsa Street era una corta calle residencial justo al lado de Centralia Street, la calle mencionada en el diario como el lugar del secuestro. Todo indicaba que Cory Snyder estaba a pocos minutos de casa cuando fue secuestrado.

Hunter volvió al informe y comprobó el nombre del detective asignado: Winston Bradley. Lo conocía. La Unidad de Crímenes Ultraviolentos se había hecho cargo de un par de sus investigaciones de Personas Desaparecidas después de que se hubieran elevado a homicidio.

Hunter volvió a la imagen y continuó leyendo.

Como he dicho, el sadismo y la humillación están definitivamente de regreso, porque las instrucciones de las voces eran simples: «Flagelación. El chico debe ser desnudado y atado: sus brazos deben estar estirados por encima de su cabeza, con las muñecas esposadas.

Recibirá veinticinco latigazos en la espalda y veinticinco en el pecho todos los días hasta su muerte. Los latigazos se administrarán con un látigo de cuero. Quiero ver cuánto tiempo… cuántos días puede sobrevivir un guapo niño blanco. El chico debe ser hidratado y alimentado una vez al día, no más. No debe morir de hambre ni de deshidratación. Tiene que morir por los latigazos. No hay que curarle las heridas. No debe detenerse ninguna hemorragia». Las instrucciones se cumplieron exactamente como pedían las voces: cincuenta latigazos diarios, veinticinco en la espalda y veinticinco en el pecho. Por la noche, se le daba comida y agua. Mi precisión con el látigo no era muy buena al principio. Mejoraba cuanto más lo utilizaba, pero, a pesar de intentaba apuntar solo al torso, propiné varios de los latigazos por error en la parte trasera y delantera de las piernas, la región inguinal, el cuello y la cara. No tardó en convertirse en una escena sangrienta y caótica. La punta de un látigo puede cortar la piel y el tejido muscular humano con una facilidad tremenda. A pesar de mi imprecisión inicial, cada latigazo que propinaba desgarraba violentamente la carne del sujeto, creando el tipo de laceraciones profundas que aterrorizarían a cualquier médico de campaña. Con cada latigazo, la sangre brotaba de la herida fresca, empañando el aire con una nube carmesí. Además, muchos de los latigazos impactaban sobre heridas existentes, cortándolas o profundizando la lesión casi hasta el hueso. A veces, trozos enteros de carne salían volando por los aires antes de caer al suelo. Comprensiblemente, a lo largo de su calvario, el sujeto se desmayó en innumerables ocasiones, durante las cuales yo me detenía y esperaba a que recobrara de forma natural el conocimiento antes de continuar justo donde lo había dejado. En respuesta a la pregunta de las voces —y para mi sorpresa — el sujeto aguantó un total de doscientos cuarenta y un latigazos. Murió al quinto día.

Veintiséis

—¡Jesús! —exclamó Garcia desde su mesa, como si Hunter y él estuvieran leyendo en sincronía—. ¿Has leído ya la segunda entrada? ¿La de la segunda víctima?

—Estoy llegando al final —contestó Hunter, levantando la mano para indicarle a su compañero que casi había terminado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se le había erizado el vello de los brazos y de que el corazón le latía más deprisa que unos minutos antes.

> *No vi ningún sentido en colocar al sujeto dentro de un ataúd. La descomposición avanza mucho más rápido cuando el cuerpo está en contacto directo con la tierra. Que la tierra se lleve lo que quedaba de él. 34° 11’ 48.1” N, 118° 17’ 38.3” O.*

Hunter minimizó la imagen de la página y abrió de nuevo la aplicación de mapas. Tras introducir las coordenadas de longitud y latitud en el cuadro de búsqueda, el mapa de su pantalla navegó hasta la ciudad de Burbank, a unos veinte kilómetros al noroeste del centro de Los Ángeles; más concretamente, acercó la imagen a otro grupo aislado de árboles junto a Skyline Mountain Way, no muy lejos de Deer Canyon.

Mientras Hunter estudiaba el mapa, la descarga de adrenalina que inundó sus venas hizo que le temblaran las manos.

Garcia apartó la silla de su mesa y se puso de pie.

—¿Azotó al chico hasta que murió? —Su tono era mitad incredulidad, mitad ira—. Pero ¿qué cojones…? —Empezó a pasearse de un lado a otro delante de su escritorio—. ¿Y todo porque una voz en su cabeza se lo dijo? —Negó visiblemente disgustado—. Esto es enfermizo… y una puta locura.

Hunter también apartó la silla de su mesa, pero permaneció sentado, con una expresión pensativa y solemne al mismo tiempo.

Garcia consultó el reloj: las 17:51.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó, echando un vistazo rápido a la aplicación de mapas que él también había abierto en su ordenador—. ¿Quieres ir a Burbank y empezar otra operación de exhumación?

En diciembre, la hora media de la puesta de sol en Los Ángeles era alrededor de las 16:45.

—Si empezamos ahora —dijo Hunter, negando con la cabeza—, no terminaremos antes de las diez, puede que incluso a medianoche.

Garcia suspiró aliviado. No le apetecía mucho pasar otra tarde cavando.

—Además, esto ya es una investigación oficial —añadió Hunter.

Garcia sonrió.

—Lo que significa que podemos solicitar una operación de exhumación a primera hora de la mañana. No es necesario que lo hagamos nosotros.

Hunter asintió con un leve gesto.

—Solicitaré un nuevo equipo de excavación para mañana a primera hora.

Tras un par de llamadas, Hunter regresó a su mesa y volvió a maximizar las imágenes de la página.

Garcia se fijó en cómo Hunter se pellizcaba el labio inferior, algo que hacía cuando estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Garcia.

—Esto es… extraño —respondió Hunter, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador.

—«Extraño» es quedarse muy corto, Robert —discrepó Garcia—. Ese tipo está bien jodido.

—No hablo del asesino —dijo Hunter—. Hablo de las voces que oye.

—¿Qué? —preguntó Garcia—. ¿Por qué? ¿Qué pasa con ellas?

—A diferencia de lo que mucha gente cree —empezó Hunter—, los esquizofrénicos no suelen ser violentos. Solo un número muy pequeño de personas con esa enfermedad pueden volverse violentas, y ocho de cada diez veces esa violencia se dirige hacia ellos mismos, no hacia los demás. Los casos en los que alguien con esquizofrenia ataca a otra persona, impulsado por voces en su cabeza, son muy pocos comunes.

—Ya —interrumpió Garcia—, pero existen, y este es claramente uno de esos casos.

—Oh, no estoy discutiendo eso —dijo Hunter—. A lo que me refiero es a que las voces que oyen las personas con esquizofrenia no suelen estar desconectadas de sus vidas. Suelen tener raíces firmes en experiencias reales vividas por esa persona, sobre todo cuando las voces ordenan al sujeto que haga daño a otros.

Garcia entrecerró un poco los ojos mientras se rascaba la barbilla.

—¿Podrías simplificarlo un poco? No sé muy bien qué quieres decir.

—Las órdenes de las voces —intentó aclarar Hunter—. Su tremenda precisión: edad, altura, color de pelo, color de ojos, etnia… todo. Por no hablar de las instrucciones relativas al castigo: el número exacto de

latigazos en el pecho y la espalda de la víctima, y demás. —Hunter hizo una pausa y miró a su compañero—. Ahora imagina esto: supón que no sabemos nada de este asesino, que no tenemos su diario… Si llegáramos a la escena del crimen y nos encontrásemos con un chico blanco de diecisiete años, rubio, con ojos azules, desnudo, atado con los brazos por encima de la cabeza y azotado hasta la muerte…, ¿qué sería lo primero que pensarías?

Garcia dejó de caminar y miró fijamente a Hunter.

—Así, de primeras —insistió Hunter—, ¿cuál sería tu primera intuición sobre la escena?

Garcia se irguió.

—Que el autor tenía un gran problema personal con la víctima y quería castigarla. Eso justificaría la tortura…, los latigazos.

—Correcto. —Hunter lo dio por válido—. Ahora, avancemos un paso. Supongamos que acabamos de encontrar el diario del asesino y que ya sabemos que no hay ninguna conexión personal alguna entre él y la víctima. Así que la teoría inicial del «gran problema personal» queda descartada.

—De acuerdo.

—Pero seguimos teniendo la misma víctima y la misma escena de tortura: la flagelación de un joven. —Hunter se sentó de nuevo en su silla—. Entonces, ahora que sabemos que no había una conexión personal entre la víctima y el asesino, ¿qué nuevas conclusiones se nos ocurren?

Garcia se apoyó en el borde de su escritorio, re flexionando sobre la pregunta de Hunter.

—Que el problema del asesino no era con un individuo concreto —respondió finalmente—, sino genérico… con un determinado grupo o tipo de personas.

Hunter señaló a Garcia con el índice derecho, indicando que había dado en el clavo.

—Exacto. Ese grupo o tipo de personas estaría formado por… hombres jóvenes, blancos, rubios y de ojos azules, ¿verdad?

Garcia asintió.

—¿Lo cual suena a…?

—Un profundo resentimiento racista —respondió Garcia, empezando a seguirle el hilo a Hunter.

—Cierto otra vez —confirmó Hunter—. Y esto nos remite a lo que decía antes: que las voces que oyen las personas que padecen esquizofrenia no suelen surgir de la nada. Normalmente tienen raíces muy firmes en experiencias reales que esa persona ha vivido, sobre todo cuando esas voces ordenan al sujeto que sea violento con los demás.

—Así que lo que estás sugiriendo —concluyó Garcia— es que, en

algún momento de su vida, presumiblemente cuando era joven, el asesino fue víctima de abusos, de alguna agresión, de humillaciones o lo que sea, por parte de un chico joven, blanco, de pelo rubio y ojos azules de unos diecisiete años, y que ese trauma se manifestó más tarde en forma de voces esquizofrénicas en su cabeza. Voces que ahora le ordenan no solo encontrar a alguien que se parezca al chico que lo traumatizó, sino también torturar, mutilar y matar.

—Esa es una de las posibilidades —admitió Hunter—. Y bastante sólida.

Garcia lo miró con confusión.

—¿Una posibilidad bastante sólida? ¿Cuál sería la otra?

Hunter ya esperaba esa pregunta.

—Tienes razón en lo de algún tipo de experiencia muy traumática que involucró a nuestro asesino y a un chico joven, blanco, rubio y de ojos azules de unos diecisiete años, pero las acciones que has mencionado: abusos, agresión, humillación o lo que sea, podrían no haber estado dirigidas directamente contra nuestro asesino.

Garcia se llevó los puños a la cabeza y luego los apartó de golpe, abriendo los dedos al mismo tiempo y haciendo un sonido de explosión.

—Me acaba de estallar la cabeza, Robert. ¿De qué demonios estás hablando?

—Los traumas pueden producirse de diversas maneras, Carlos —aclaró Hunter—. Sí, normalmente vienen de experiencias que ha vivido la persona traumatizada, pero también pueden provenir de algo que vieron, leyeron o escucharon.

Garcia se quedó pensativo.

—Tal vez los abusos, las agresiones, la humillación —continuó Hunter— no los sufriera directamente nuestro asesino, sino que fue algo que vio, escuchó o leyó. Tal vez la persona que resultó herida fue alguien cercano… un hermano, una hermana, su madre, su padre o un amigo íntimo. O puede que no conociera a la víctima, pero leyó o escuchó una historia cuyos horribles detalles se quedaron grabados en su subconsciente. —Hunter alzó las manos con las palmas hacia arriba—. En este momento no podemos saber con certeza cómo se produjo ese trauma relacionado con un chico joven, blanco, rubio y de ojos azules, pero, por lo que sabemos ahora… —señaló la pantalla de su ordenador—, el diagnóstico psicológico más lógico, como hemos concluido, sería que nuestro asesino sufrió un terrible trauma en el que, de alguna manera, un chico que coincide con esa descripción fue el responsable.

Garcia se cruzó de brazos mientras fruncía el ceño, pensativo.

—Espera un segundo —dijo.

Por su expresión, Hunter ya sabía lo que venía a continuación.

—Si esto es cierto para la segunda víctima mencionada en el diario —preguntó Garcia—, entonces, ¿no sería también cierto para la primera? Porque corrígeme si me equivoco, pero, según su diario, la razón por la que enterró viva a Elizabeth Gibbs fue porque las voces se lo ordenaron.

Hunter asintió.

—Y volvemos al punto en el que dije que todo esto me sonaba raro. Las voces que oye… hay algo que no cuadra.

Mientras la atención de Hunter volvía a su pantalla y a las entradas del diario, el móvil de Garcia sonó sobre su mesa. Era Anna, su mujer.

—Hola, cariño —dijo Garcia tras llevarse el teléfono a la oreja—. ¿Qué tal?

—¿Dónde estás? —preguntó Anna. No sonaba enfadada del todo, pero sí molesta—. ¿Vas a venir a recogerme o qué?

Garcia tardó medio segundo en darse cuenta de a qué se refería.

—¡Mierda! —Sus cejas se arquearon mientras sus ojos se movían hacia Hunter, que lo miraba con el ceño fruncido—. El baile de Navidad.

Esas tres palabras iban dirigidas tanto a Hunter como a Anna.

—¿No me digas que lo has olvidado? —preguntó su mujer, esta vez claramente enfadada.

Hunter se dejó caer hacia atrás en la silla y suspiró. Se llevó las manos a la cabeza y miró el reloj: las 18:09.

—Joder —murmuró.

En ese preciso momento, la puerta de su despacho se abrió y apareció la capitana Blake, vestida con elegancia.

—¿Qué coño hacéis aquí todavía? —Su mirada inflexible rebotó entre sus dos detectives—. Ya deberíais estar en el Globe.

—Voy para allá, nena. Espérame. —Garcia terminó la llamada y cogió su chaqueta—. Me voy, me voy —dijo, mientras pasaba a toda velocidad por delante de la capitana Blake y atravesaba el despacho.

La capitana se apoyó en el marco de la puerta.

—Por favor, dime que vas a llevar un maldito traje, Robert. Estaremos sentados en la misma mesa que el alcalde de Los Ángeles y el gobernador de California.

Hunter se puso de pie y cogió su chaqueta.

—Sí, por supuesto. Llevaré mi mejor traje. —Rápidamente pasó junto a su capitana—. La veré en el Globe.

Hunter solo tenía un traje.

Veintisiete

Angela dio una última calada a su cigarrillo antes de tirar la colilla moribunda a un charco. En realidad, no era fumadora. De hecho, odiaba el horrible sabor que se le quedaba en la boca después de fumar, pero hacía unos años había descubierto que la nicotina tenía un poder casi mágico para calmarla y aliviarla. Para Angela, los cigarros eran como una medicina de mal sabor, algo a lo que volvía cuando los nervios la dominaban. Aquel había sido su octavo cigarrillo desde que había salido del Edificio de la Administración de la Policía aquella tarde.

«Ese tipo es cuidadoso —había dicho Hunter, y sus palabras aún resonaban en sus oídos—. Es metódico, es detallista. Cometeríamos un gran error si lo subestimáramos».

Angela desenvolvió un chicle y se lo metió en la boca.

Eso no era lo que ella había tenido en mente. Lo único que quiso fue darle una lección a aquel imbécil por ser grosero con un hombre mayor. ¿Cómo había terminado con un asesino en serie intentando localizarla? ¿Qué locura era esa?

Angela volvió a guardar el paquete de chicles en su bolsillo y entró en la licorería, situada justo enfrente de su edificio.

Tras salir de la sede de la Policía a última hora de la tarde, Angela había regresado a su apartamento, pero una vez allí no supo qué hacer. Primero se paseó por el salón durante más de una hora, con un millón de pensamientos en la cabeza. Cuando las cuatro paredes se volvieron demasiado insoportables y las ganas de fumar un cigarrillo fueron demasiado fuertes para resistirse, cogió un abrigo, algo de dinero en efectivo, improvisó una solución rápida para la puerta de su casa y salió a la calle sin rumbo fijo. Se fumó dos cigarrillos y caminó durante unos veinte minutos hasta llegar a una zona verde, varias manzanas al oeste de donde vivía. A esa hora temprana de la tarde de un martes, no había mucha gente. Angela encontró un banco junto a un pequeño estanque, encendió otro cigarrillo y dejó vagar sus pensamientos.

«Es imposible que ese tipo me encuentre —pensó Angela. El efecto calmante de la nicotina comenzaba a relajarla—. ¿Cómo va a encontrarme en una ciudad tan grande como Los Ángeles si lo único que tiene es una fotografía? Y puede que ni siquiera tenga una. No recuerdo haber levantado la vista mientras estaba en Rendition Room. Tal vez las cámaras nunca captaron mi cara, y aunque lo hubieran hecho y ese tipo tuviese una imagen mía, ¿qué va a hacer con ella? ¿Ir por la calle preguntando a la gente?».

Angela se rio. La vida de una carterista era solitaria: sin amigos de verdad, sin relaciones románticas, sin nada, así que preguntar por ahí, incluso con una foto suya, no daría ningún resultado. Estaba segura de ello. En los cuatro años que llevaba en Los Ángeles, solo había llegado a intimar con una persona, y hacía tiempo que se había marchado.

Mientras Angela se terminaba otro cigarrillo, un nuevo pensamiento le vino a la cabeza, uno que la hizo estremecerse. Quizá sí había una forma de que aquel hombre la encontrara. Dizzy K.

Todo carterista profesional, en cualquier gran ciudad del mundo, tiene un «intermediario»: la persona que se encarga de recoger los objetos robados y pasar los después, normalmente, a gente relacionada con el crimen organizado. Angela siempre se quedaba con el dinero en efectivo de las carteras que robaba, pero no tenía ningún interés real en las tarjetas de crédito ni en los móviles. En lugar de tirarlos a la basura, se los vendía a un hombre mestizo de unos treinta y pocos años, muy tatuado, que se hacía llamar Dizzy K.

Dizzy K llevaba su negocio en Vermont Knolls, un barrio conflictivo y peligroso del sur de Los Ángeles.

«Es metódico, detallista y parece muy perspicaz». Las palabras de Hunter volvieron a resonar en su cabeza.

Si ese tipo fuera tan listo y perspicaz como lo pintaba el detective, entonces sabría lo que eran los intermediarios. Y si lo sabía, no tardaría mucho en atar cabos. ¿Y si empezaba a preguntar por ahí con una foto de Angela? ¿Y si conseguía localizar a Dizzy K?

«Angie, deja de dar vueltas a las cosas. Esto es Los Ángeles, ¿cuántos intermediarios crees que hay en esta ciudad? Probablemente miles. ¿De verdad crees que ese tipo, listo o no, perspicaz o no, va a ponerse a preguntar uno por uno a todos? Y luego está el pequeño detalle de que un tipo se pasee por los bajos fondos haciendo preguntas e intentando identificar a alguien con una foto. ¿De verdad crees que eso le va a salir bien?».

Angela se fumó un par de cigarrillos más antes de decidir que necesitaba una copa. En realidad, necesitaba una botella entera. Lo único que tenía en casa era una botella de vino blanco a medio terminar, y eso no era suficiente. Esa noche necesitaba algo mucho más fuerte.

En la licorería, Angela se decidió por una botella de *bourbon* Bulleit. También compró una botella gran de de cola, por si acaso. Se fumó un último cigarrillo antes de regresar a su apartamento. En el vestíbulo de la entrada, miró su buzón: nada, excepto un menú de una nueva pizzería a una manzana de distancia llamada Pizza 2 Your Door.

«En realidad —pensó mientras subía las escaleras hasta el tercer piso—. Me vendría bien una *pizza*».

Leyó el menú. Tenían todos las tradicionales, además de algunas

opciones disparatadas.

—¿Plátano, queso, azúcar y canela? —leyó Angela en voz alta—. ¿Queso, jamón, piña y melocotones? ¿Qué clase de pizzería es esta?

De repente, mientras subía el último tramo de escaleras hasta el tercer piso, sintió un extraño cosquilleo en algún lugar de su estómago. Algo no iba bien. Se detuvo en el último escalón y miró hacia el pasillo… hacia su puerta, donde una figura alta y fornida, vestida con un largo abrigo negro y con la capucha puesta, parecía estudiar los daños sufridos en el marco y la cerradura.

El primer pensamiento de Angela fue que el hombre era de la Policía de Los Ángeles y que estaba allí para arreglarle la puerta.

Ese pensamiento duró menos de un suspiro y de inmediato fue sustituido por otro mucho más oscuro.

Angela se quedó paralizada.

No sabía si había hecho ruido o no, pero, por la razón que fuera, el hombre de la puerta levantó la vista en el momento justo, y él y Angela se miraron durante una fracción de segundo.

El hombre se irguió.

Angela soltó el menú de la pizzería y la botella de *bourbon*, que se hizo añicos al caer al suelo, y en un parpadeo se dio la vuelta y echó a correr.

Un instante después, oyó sus pesados pasos persiguiéndola.

Veintiocho

Al igual que había hecho Garcia aquella misma mañana, Angela no bajó corriendo las escaleras, sino que las bajó saltando, con la boca seca y las palmas de las manos sudorosas. Al llegar al rellano a medio camino entre las plantas dos y una, oyó las botas del hombre aterrizar con fuerza no muy lejos por encima de ella. Estaba siguiendo su ejemplo: saltaba las escaleras en lugar de bajarlas corriendo.

La ventaja de Angela era de tres o cuatro segundos como mucho, pero el hombre era mucho más alto que ella, lo que significaba que tenía las piernas más largas y, por lo tanto, una zancada más larga. Si no se le ocurría algo rápido, la alcanzaría en cuestión de segundos.

Angela saltó los siguientes tres tramos de escaleras como una campeona de atletismo, con cada fibra de su cuerpo impulsada por la adrenalina. Llegó a la planta baja y, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba en la puerta de entrada del edificio. No tenía ni idea de cómo se le había ocurrido tan rápido, pero la cerradura de la puerta era de las que tenían un interruptor de cerradura interno. Cuando se accionaba, el cilindro de la cerradura se bloqueaba y la llave no giraba. Una persona que quisiera entrar en el edificio se quedaría atrapada fuera, pero para salir solo hacía falta desactivar el interruptor desde dentro.

Cuando Angela abrió la puerta, accionó rápidamente el interruptor de bloqueo. Sabía que no estaba encerrando al hombre. Su truco estaba destinado a ganar unos segundos muy valiosos. Y funcionó.

Angela cerró la puerta del vestíbulo de un portazo y corrió hacia Colfax Avenue, con el corazón golpeándole el pecho con fuerza. Dos segundos después, oyó que alguien intentaba, sin éxito, abrir la puerta detrás de ella. Por mucho que quiso, no miró atrás. Le habría hecho perder tiempo. Tiempo que no tenía. Mientras corría, oyó que el hombre tiraba desesperadamente de la puerta, intentando abrirla a la fuerza.

Aquel pequeño truco le costó al hombre diez segundos, tiempo más que suficiente para que Angela llegara a Colfax Avenue y cruzara al otro lado de la calle, pero ¿y ahora qué? ¿Seguía corriendo calle abajo? ¿Volvía corriendo a la licorería y pedía ayuda a alguien? ¿Intentaba esconderse en algún sitio? ¿Qué podía hacer?

«Piensa, Angie, piensa».

Pero parecía que la suerte aún no la había abandonado. En Colfax Avenue, a pocos metros por delante de ella, un taxi acababa de detenerse para dejar a alguien. El pasajero pagó al conductor, abrió la puerta y salió. Angela llegó al taxi justo cuando el pasajero estaba a

punto de cerrar la puerta trasera.

—Me lo quedo. Gracias. —Las palabras salieron de su boca precipitadamente mientras se lanzaba al asiento trasero del Crown Vic amarillo y azul y cerraba la puerta de un portazo, un movimiento que no solo sobresaltó al conductor, sino que lo dejó visiblemente disgustado.

—¿Qué haces, loca? —dijo él, girándose para mirarla, con los ojos muy abiertos.

—Por favor, señor —suplicó Angela con voz temblorosa, balanceándose también en el asiento trasero para buscar al hombre. Acababa de cruzar a su lado de Colfax Avenue—. Mi exmarido quiere pegarme otra vez. Por favor, señor, arranque… por favor. La última vez me rompió los dos brazos.

El temblor en su voz era un claro indicio de que estaba conteniendo las lágrimas.

—¿Cómo? —preguntó el conductor, desconcertado. Sus ojos abandonaron a Angela y se dirigieron al espejo retrovisor. Vio una figura alta y corpulenta con un largo abrigo negro que se acercaba rápidamente al taxi.

—Por favor, arranque —suplicó Angela, volviéndose hacia el conductor. El corazón le latía en la garganta.

El conductor la miró por un instante. En sus ojos solo vio pánico.

El hombre estaba a menos de un metro del taxi.

El conductor miró hacia delante y metió la marcha.

El hombre se acercó a la puerta del asiento trasero.

El conductor pisó el acelerador. Los neumáticos del Crown Vic chirriaron con fuerza contra el asfalto y el coche salió disparado hacia delante.

Las yemas de los dedos del hombre rozaron la manilla de la puerta trasera del taxi, pero no fue capaz de agarrarla a tiempo. Furioso, lanzó una fuerte patada contra el taxi. La punta de acero de su bota casi chocó con la luz trasera derecha, pero falló por un pelo.

Angela se giró en el asiento trasero para volver a mirar hacia atrás. El hombre estaba de pie en la acera, observando cómo el taxi se alejaba.

Veintinueve

—¿Qué demonios le pasa a ese tío? —preguntó el taxista, mirando a Angela por el retrovisor con una mezcla de susto, enfado y sorpresa.

Angela exhaló aliviada. Solo entonces se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba.

—Es un hombre muy violento —respondió ella, dejándose caer en el asiento trasero.

—Y muy grande —añadió el conductor—. Debería ir a la policía.

Pero Angela ya no lo escuchaba. Tenía la cabeza hecha un lío. «¿Cómo es posible? ¿Cómo coño me ha encontrado tan rápido? Sabía dónde vivía».

—¿Señora? —volvió a llamar el conductor, esta vez agitando la mano hacia ella por el retrovisor.

Angela levantó la vista para encontrarse con sus ojos. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de que le había hecho tres veces la misma pregunta.

—¿Perdón? —dijo con un leve movimiento de cabeza—. ¿Qué ha dicho?

—¿A dónde quiere ir? —preguntó el taxista por cuarta vez—. ¿Quiere ir a la policía?

Angela se giró para mirar por última vez hacia atrás. Estaban demasiado lejos como para que pudiera ver al hombre.

—No lo sé. —Su voz seguía temblorosa.

El conductor tomó el paso subterráneo de Ventura Freeway, manteniéndose en Colfax Avenue.

—Bueno, tiene que decirme un destino, señora, a menos que quiera que conduzca sin rumbo. —Se encogió de hombros y señaló el taxímetro—. Es su dinero, pero, si quiere ir a la policía, la comisaría de North Hollywood no está lejos de aquí.

Los pensamientos de Angela empezaron a despejarse lentamente.

«Mi teléfono está en la parte de atrás —había dicho el detective, mientras le entregaba su tarjeta—. Por si necesita ponerse en contacto conmigo».

—Espere un momento —le dijo al conductor, metiéndose la mano en el bolsillo derecho de los vaqueros. Solo encontró el dinero que había cogido antes, unos cincuenta dólares. En el bolsillo delantero izquierdo llevaba el paquete de chicles. El trasero izquierdo estaba vacío y en el trasero derecho llevaba el móvil. En los bolsillos de la sudadera tenía el tabaco y un mechero. Ninguna tarjeta.

—Joder —maldijo en voz baja cuando recordó que había dejado la tarjeta de Hunter en la encimera de la cocina de su apartamento—.

Joder, joder, joder.

El conductor seguía esperando.

Angela podía pedirle que la llevase al Edificio de la Administración de la Policía, en el centro de Los Ángeles, pero estaba segura de que ninguno de los dos detectives con los que había hablado aquella tarde seguiría allí. Tendría que hablar con un agente de la recepción. Tras explicarle que había perdido la tarjeta del detective, el agente le pediría que se sentara. Como no podría facilitarle el número personal del detective Hunter, tendría que intentar localizarlo. Angela podría pasar horas sentada en la sede del Departamento.

—¡Mierda! —Trató de pensar.

Quizá podría llamar a Matteo, un italiano con el que había tenido dos citas hacía varios meses. Vivía en Toluca Terrace, no muy lejos de donde estaban. Aún tenía su número guardado en el móvil.

«¿Estás loca? —se dijo a sí misma—. ¿Has olvidado qué clase de hombre es? En ese caso, deja que te lo recuerde: es un capullo y un matón. ¿De verdad estás dispuesta a deberle un favor?».

«Y encima es un polvo pésimo. Si vas a su casa, sabes que vas a tener que acostarte con él, ¿verdad? ¿Estás preparada para soportar esa minipolla?».

Angela sacudió la cabeza, desterrando el pensamiento.

—¿A dónde, señora? —insistió el taxista—. ¿Quiere que la deje en la comisaría de North Hollywood?

—Eh…—Angela miró por la ventanilla para ver si reconocía la zona donde estaban. El conductor acababa de girar a la derecha en West Magnolia Boulevard—. No —respondió—. Ya he estado allí y no hay mucho que puedan hacer. —Miró el taxímetro: 21,25 dólares—. En realidad, tengo un amigo que vive a la vuelta de la esquina —mintió —, así que puede dejarme aquí, si le parece bien.

—Usted manda. —El conductor se detuvo junto a un supermercado Target—. ¿Está segura de que va a estar bien, señora?

Angela pagó al conductor.

—Sí, estaré bien, gracias.

Mientras el taxi se alejaba, Angela se subió la cremallera de la sudadera para protegerse del frío viento y miró a su alrededor.

—¿Y ahora qué? —se preguntó.

Justo entonces, sonó su móvil en el bolsillo trasero. Lo cogió y consultó la pantalla: número desconocido.

Descolgó.

—¿Hola?

—¿Angela? —preguntó una ronca voz masculina.

Angela no la reconoció.

—Sí.
—Tienes algo que me pertenece.
A Angela se le cortó la respiración, y sintió que su corazón pasaba de un ritmo normal a latir a mil por hora en menos de un segundo.
—Y quiero que me lo devuelvas. —La voz del hombre sonaba tranquila y controlada, no enfadada.
«¿Cómo puede estar pasando esto? —pensó Angela—. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Cómo ha conseguido mi número de teléfono?».
—¿Has oído lo que he dicho?
Silencio.
—Sé que estás ahí, Angela. Te oigo respirar. —Hizo una pausa—. Si quieres seguir haciéndolo, y me refiero a respirar, te sugiero que me respondas. ¿Dónde está mi diario?
Angela sintió que las piernas empezaban a fallarle.
—¿Está en tu apartamento?
Angela quería responder, pero estaba tan asustada que sus cuerdas vocales no fueron capaces de emitir ni siquiera un mísero «no».
—Déjame facilitarte las cosas, Angela. Ahora mismo estoy en tu salón, mirando tu sofá de tres plazas con esa horrible manta de leopardo.
El corazón de Angela dio un vuelco. No podía creer que aquel hombre hubiera vuelto a su apartamento y hubiera entrado en él.
—Dime dónde está mi diario y no pasará nada, me lo llevaré y no volverás a saber de mí.
Angela no sabía qué hacer. Pensó en llamar a la policía y denunciar un allanamiento, pero no esperaba que el hombre se fuera a quedar sentado esperando. La policía tardaría al menos ocho o diez minutos en responder a su llamada y, de todos modos, seguro que el hombre ya contaba con que hiciera algo así. Sacó fuerzas de cada célula de su cuerpo para poder hablar por fin.
—No está en mi apartamento. —Su voz era tan débil que apenas era audible.
El hombre enmudeció por un momento.
—Entonces, ¿dónde está? ¿Lo tienes contigo?
—No…
El hombre esperó.
—No lo tengo. Ya no lo tengo. —Angela se acercó a la entrada del supermercado y se apoyó en la pared para no caerse.
Una larga pausa esta vez, como si el hombre estuviera esperando a que Angela desarrollara lo que acababa de decir.
—Yo… —le tembló la voz— se lo envié a la policía.
—No te recomiendo que me mientas. —Incluso después de la

revelación de Angela, la voz del hombre no perdió ni un ápice de su compostura. Mencionar a la policía no pareció perturbarle en absoluto.

—No miento. —La voz de Angela, en cambio, estaba ahogada por las lágrimas—. Yo… me asusté y se lo envié.

—¿Puedes recuperarlo?

La pregunta sorprendió a Angela. El hombre no parecía preocuparle que la Policía de Los Ángeles tuviera su diario.

—¿Recuperarlo? —Negó con la cabeza mirando la noche de Los Ángeles—. No, no lo creo.

—¿No lo crees o lo sabes?

Angela dejó que su espalda se deslizara lentamente por la pared hasta acabar sentada en el suelo, con las piernas dobladas por las rodillas.

—Lo sé. No puedo recuperarlo. No puedo.

Pasaron varios segundos en silencio.

—En ese caso —dijo por fin el hombre—, permíteme sugerirte que disfrutes del poco tiempo que te queda en este mundo, Angela. Y créeme: no te queda mucho.

La línea se cortó.

Treinta

MIÉRCOLES, 8 DE DICIEMBRE

Era casi la una de la madrugada cuando Hunter consiguió marcharse del baile. Si hubiera dependido de él, se habría ido mucho antes; se moría de ganas de leer el resto de las entradas del diario del asesino, pero la capitana Blake fue tajante en que no podía abandonar el baile antes de que el gobernador Gordon hubiera pronunciado su discurso, previsto para medianoche. Una vez terminado, Hunter aún tuvo que quedarse otros veinte minutos más antes de que la capitana le diera por fin el visto bueno.

«El año que viene —pensó mientras se subía al coche y arrancaba el motor—, me uniré sin duda al grupo de Papá Noel».

El grupo de Papá Noel estaba formado por diez agentes de policía y detectives que se disfrazaban de Papá Noel y se paseaban por el baile repartiendo regalos y tarjetas, algunas de ellas como bromas. Garcia se había unido al grupo este año y su disfraz de Papá Noel zombi había sido la sensación de la noche. Si no fuera por Garcia, Hunter estaba convencido de que habría muerto de aburrimiento.

A esa hora de la noche, el trayecto en coche desde el Globe Theatre, en el centro de Los Ángeles, hasta Huntington Park le llevó a Hunter veintiocho minutos. Una vez en casa, se puso ropa cómoda, se sirvió un vaso doble de *whisky* escocés de malta Kilchoman Sanaig y se sentó en la pequeña mesa de comedor, que hacía las veces de escritorio. Encendió el portátil y abrió su correo electrónico. Hunter estaba impaciente por retomar la lectura de las entradas del diario, pero, en cuanto fijó la vista en la pantalla del ordenador, sintió que los párpados le pesaban y que su mente se dispersaba.

Hunter había sido insomne la mayor parte de su vida y, al salir del baile, esperaba con toda seguridad pasar otra noche en vela. Tenía todos los síntomas: los pensamientos sin resolver, la frustración, la avalancha de preguntas para las que no tenía respuesta… todo lo que necesitaba para mantener su cerebro trabajando a toda velocidad, sin una mínima oportunidad de descansar un poco. Sabiendo eso, Hunter estaba más que preparado para ello, pero algo que también había aprendido muy pronto era que, aunque no ocurría a menudo, de vez en cuando, sin previo aviso, el insomnio le daba una tregua y lo dejaba en paz.

Apenas había probado el *whisky*, por lo que enseguida supo que la pesadez de los párpados y la falta de concentración no eran debidas al alcohol. Se sentó, cerró los ojos y dejó que su cuerpo se relajara. En

cuestión de segundos, se dio cuenta de lo que era en realidad: puro y simple agotamiento. Su cuerpo le pedía que durmiera.

La vida de insomnio de Hunter le había enseñado muchas cosas, y la más importante de todas era que no debía ignorar nunca una oportunidad así. En las raras ocasiones en que el insomnio le permitía conciliar el sueño con facilidad, Hunter se aferraba a él con uñas y dientes. Apagó el portátil, se terminó el *whisky* y se fue a la cama.

Treinta y uno

MIÉRCOLES, 8 DE DICIEMBRE

Las coordenadas de longitud y latitud correspondientes al segundo lugar de enterramiento llevaron a Hunter hasta un camino de tierra aislado que ascendía hacia Deer Canyon, en Verdugo Mountain Range.

La operación de exhumación debía comenzar a las 7:30 en punto, pero, debido a lo difícil que era acceder al lugar desde Skyline Mountain Way, todo iba con retraso… con mucho retraso.

Garcia estaba hablando con un forense cuando vio a Hunter aparcar junto a una de las dos furgonetas de la FSD detenidas a un lado de la carretera.

—Tardarán al menos una hora en llevar todo el equipo desde las furgonetas al lugar de los hechos —dijo Garcia a Hunter mientras salía de su viejo Buick LeSabre.

Hunter asintió.

—¿A qué hora has llegado?

—Hace unos minutos —respondió Garcia—. Le estaba preguntando al agente forense si ya habían empezado cuando has llegado.

—¿A qué hora te fuiste anoche?

Garcia se rio entre dientes.

—Querrás decir esta mañana. —Negó con la cabeza—. No mucho después que tú. Sobre la una y media, creo. —Fue entonces cuando notó algo inusual—. Pareces… descansado —dijo, con un tono algo dubitativo.

—Lo estoy —confirmó Hunter, y no añadió nada más. Miró a su alrededor y vio que el agente con el que Garcia había estado hablando desaparecía tras unos espesos arbustos a la derecha del camino de tierra. Consultó su móvil. Según la aplicación de mapas, el lugar del enterramiento estaba a unos quince o diecisiete metros fuera del camino y dentro del chaparral. Hunter señaló una de las furgonetas de la FSD—. Vamos a echarles una mano con el equipo.

Mientras Garcia y él se metían en la furgoneta, el móvil de Hunter sonó en su bolsillo. La llamada procedía de la sede del Departamento. Hunter descolgó y escuchó durante unos diez segundos.

—¿Qué? —dijo—. ¿Ella está ahí?

Garcia miró a su compañero, intrigado.

—¿Qué ocurre, Robert?

Hunter hizo un gesto a Garcia para que esperara un momento.

—Sí, claro —dijo por el teléfono—. Dile que la llamo ahora mismo. —Y colgó.

Garcia volvió a hacerle la misma pregunta, esta vez con una simple mirada en lugar de con palabras.

—Angela está en el Departamento —dijo Hunter, buscando su número entre los contactos de su teléfono.

—¿Ahora mismo?

Hunter asintió.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Estamos a punto de averiguarlo.

Hunter encontró el número e hizo la llamada. Angela contestó casi antes de que su teléfono empezara a sonar.

—Angela, soy el detective Robert Hunter. Acabo de recibir una llamada diciendo que estás en la sede del Dep… —Escuchó un momento—. Eh, eh, espera. Respira hondo y empieza desde el principio. ¿Qué ha sucedido?

Hubo un momento de silencio.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

Hunter escuchó la respuesta.

—¿Por qué no…? —Se detuvo, sabiendo que las preguntas ya no importaban—. Vale, quédate exactamente donde estás. Voy para allá. No vayas a ninguna parte, ¿me oyes? Estaré contigo en media hora. No te muevas. —Colgó.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Garcia.

Hunter le explicó rápidamente lo poco que Angela le había contado.

—¿Este tarado ha ido a su apartamento? —Los ojos de Garcia se abrieron como platos—. ¿Cómo demonios ha…?

—Carlos —lo interrumpió Hunter—, solo sé lo que me ha dicho por teléfono, que no ha sido mucho, pero voy a ir a recogerla ahora mismo. Quédate aquí con el equipo de excavación. Así podremos mantenernos mutuamente informados.

Garcia asintió y vio cómo Hunter volvía a subirse a su coche y se alejaba.

Treinta y dos

Hunter no andaba muy desencaminado con su cálculo del tiempo, porque tardó algo menos de veintinueve minutos en llegar al Edificio de la Administración de la Policía. En el garaje subterráneo, aparcó en una de las plazas reservadas y subió corriendo las escaleras hasta el vestíbulo principal. Al llegar, enseguida vio a Angela, sentada en la gran sala de espera a la derecha del mostrador de recepción. Llevaba la misma ropa que el día anterior. Tenía los brazos cruzados, en actitud defensiva, los ojos medio cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo de la silla. Estaba claro que luchaba por mantenerse despierta.

—Angela —llamó Hunter, mientras se acercaba a la joven.

El sonido de su voz, aunque no era amenazador, la sobresaltó, haciendo que diera un brinco sobre su asiento. Levantó la vista hacia él y parpadeó un par de veces para espabilarse. Fue entonces cuando Hunter se dio cuenta de lo agotada que parecía: el blanco de sus ojos tenía un tono rojo fresa y las ojeras hacían que pareciera un maquillaje gótico mal hecho.

—¿Estás bien? —preguntó Hunter.

Tardó un segundo en enfocar bien al detective que tenía delante. Le hizo un gesto no muy convincente con la cabeza.

—Físicamente estoy bien —explicó—. Solo estoy cansada. No he dormido nada, he estado sentada casi toda la noche. —Estiró los brazos por encima de la cabeza—. Emocionalmente, estoy bastante mal.

—¿Has estado aquí toda la noche?

Angela negó con la cabeza mientras se limpiaba unas legañas de los ojos.

—No podía volver a mi apartamento y no se me ocurría ningún otro sitio que estuviera abierto toda la noche que no fuera Denny's, así que he estado sentada en el de North Hollywood desde la una de la madrugada.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó Hunter.

Angela le explicó que se había dejado su tarjeta en el apartamento.

—¿Por qué no viniste aquí antes y le pediste al agente de recepción que me localizara?

Angela se encogió de hombros. Estaba demasiado cansada para entrar en detalles.

Hunter no insistió.

—¿Quieres un café?

—No, gracias —respondió Angela—. Eso es todo lo que podía

permitirme beber en Denny's: café y agua. Estoy hasta arriba de cafeína.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te traiga algo para desayunar?

—No, estoy bien, gracias. Tuve suficiente para un plato de tortitas antes de venir aquí.

—De acuerdo —dijo Hunter, extendiendo una mano para ayudar a Angela a levantarse—. ¿Por qué no subimos a mi despacho y me cuentas lo que ocurrió anoche?

—Qué bonito —dijo Angela con sarcasmo, en cuanto ella y Hunter entraron en el pequeño y abarrotado despacho—. ¿Los dos trabajáis aquí, en esta caja de zapatos?

Probablemente debido al cansancio, su atención se centró en lo abarrotada que estaba la oficina, en lugar de en las fotos que había colgadas en el tablón.

Hunter lo giró con rapidez y lo puso de cara a la pared, antes de sacar la silla de Garcia de detrás de su mesa para que Angela pudiera sentarse.

—Este lugar está tan lleno —dijo, echando leña al fuego— que seguro que necesitas salir al pasillo solo para poder respirar.

—Podemos ir a otro sitio si quieres. Podemos usar la misma sala de ayer.

—No. —Angela levantó las manos en señal de aceptación—. No pasa nada. Solo quería hacer una broma. —Tomó asiento.

—Entonces, ¿qué ocurrió anoche exactamente? —preguntó Hunter, apoyándose en el borde de su mesa—. Empieza desde el principio, por favor.

Angela se frotó los ojos una vez más, antes de contarle a Hunter todo lo que había sucedido desde que había decidido salir a fumar.

Hunter la escuchó sin interrumpirla.

—¿Cómo? —preguntó Angela al final de su relato—. ¿Cómo coño es posible que ese psicópata haya averiguado dónde vivo? ¿Y cómo demonios ha conseguido mi número?

Aquellas preguntas también preocupaban a Hunter porque demostraban que, quienquiera que fuese el asesino, tenía muchos más recursos de los que le habían atribuido. Lo único que Hunter pudo hacer fue negar con la cabeza.

—No lo sé, pero ¿lo viste esta vez?

—Durante un breve instante —respondió Angela—. Él estaba en un extremo del pasillo y yo en el otro… y luego salí corriendo. Si buscas una descripción, no tengo ninguna. Todo lo que puedo decirte es que es rápido. Y grande.

—¿Y la llamada? Has dicho que en tu pantalla aparecía «número desconocido», ¿verdad?

—Así es.
—¿Te importa si echo un vistazo a tu teléfono?
Angela lo desbloqueó y se lo pasó a Hunter.
—¿Esa fue la última llamada que recibiste antes de la mía? —preguntó.
—Sí.
Hunter revisó la lista de llamadas recientes. La llamada del número desconocido se había producido la noche anterior a las 21:39.
—Dame un segundo. —Cogió el teléfono de su mesa y llamó a Shannon Hatcher, la jefa del equipo de investigación de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos. No albergaba muchas esperanzas, pero le dio el número de teléfono de Angela y le pidió que intentara averiguar todo lo que pudiera sobre aquella llamada.
—¿Has dicho que durante la llamada te dijo que estaba dentro de tu apartamento? —preguntó Hunter, devolviéndole el móvil a Angela.
—¿Te sorprende? —replicó Angela—. Mi puerta no tiene cerradura gracias a ti.
—Me disculpo de nuevo por eso. Supongo que no has vuelto desde entonces.
Angela respondió con un bufido y encogiéndose de hombros.
—Lo siento, pero no soy tan valiente.
—No se trata de ser valiente, Angela. Se trata de ser inteligente, y eso fue definitivamente lo más inteligente.
Una vez más, Hunter cogió el teléfono de su mesa. Esta vez llamó a la unidad forense y pidió que enviaran un equipo al apartamento de Angela lo antes posible. Si el asesino había estado en su piso buscando su diario, era muy probable que hubiera dejado algún tipo de prueba forense. Esa era la magia de los foren ses. Cada persona deja un rastro donde quiera que vaya. Solo que no sabe que lo está haciendo.
A pesar de que la Unidad de Crímenes Ultraviolentos tiene prioridad extraoficial sobre la mayoría de las unidades o divisiones de la Policía de Los Ángeles, los forenses le dijeron a Hunter que no tenían agentes disponibles en ese momento. Todos los que estaban de servicio estaban atendiendo una escena del crimen en algún lugar de Los Ángeles. La disponibilidad dependería del tiempo que tardaran esos agentes en procesar esas escenas.
Hunter sabía que no podía hacer nada para acelerar el proceso. En lo que respecta a las fuerzas de seguridad de Estados Unidos, la falta de personal debido a los recortes presupuestarios era un problema muy real en casi todas partes.
—Voy a echar un vistazo a tu apartamento —le dijo Hunter a Angela—. Puedes acompañarme o, si lo prefieres, puedes quedarte aquí.
—De ninguna manera me voy a quedar esperando —dijo Angela,

poniéndose de pie—. Por supuesto que voy contigo.

Treinta y tres

—Vaya —dijo Angela, mientras Hunter le abría la puerta del pasajero de su coche—. Este trasto sí que es una chatarra, y mira que he visto unas cuantas.

Hunter estaba acostumbrado a ese tipo de comentarios. Su Buick LeSabre tenía más de veinte años. La pintura plateada original hacía tiempo que se había decolorado hasta convertirse en algo parecido a una especie de estampado psicodélico. El interior olía a cuero viejo y curtido por el sol, cortesía de los asientos que antaño fueron de cuero negro, pero Hunter lo mantenía limpio: no había envoltorios de comida en el suelo ni en los asientos, vasos de café vacíos en el salpicadero ni dónuts a medio comer por ninguna parte.

Cuando se incorporaron a la autopista de Santa Ana en dirección noroeste, Hunter llamó a Garcia.

—Carlos, ¿cómo va por allí?

—Lento —respondió Garcia—. Pero todo el equipo está por fin en su sitio y están a punto de empezar a excavar. ¿Y vosotros? ¿Cómo está Angela?

Hunter le hizo un rápido resumen.

—Voy de camino a su casa ahora mismo, pero los forenses no llegarán hasta mucho más tarde, si es que pueden pasarse hoy.

—De acuerdo. Mantenme informado.

Cinco segundos después de que Hunter colgara la llamada con Garcia, su teléfono sonó en el salpicadero. Era la doctora Carolyn Hove, jefa del Departamento Forense del condado de Los Ángeles.

Hunter contestó, pero esta vez utilizó un auricular *bluetooth* en lugar de los altavoces del coche.

—Buenos días, doctora.

—Robert, te llamo un momento para hacerte saber que acabo de terminar la autopsia del cuerpo femenino que recibimos ayer. El que está relacionado con la investigación que tú diriges. Número de expediente… —La doctora le dio el número de quince dígitos del caso.

Se refería al cadáver de Elizabeth Gibbs. Hunter lo sabía, pero era práctica común en todo el país entre quienes trataban directamente con víctimas de homicidio —y más aún si tenían una gran carga de trabajo como la doctora Hove— referirse a los casos por el número de expediente en lugar de por el nombre. Cuanto menos personal se volvía, menos entraban en juego las emociones.

—A pesar de llevar más de dos años enterrado —prosiguió la

forense—, la mayoría de los órganos internos del cadáver seguían en un estado lo bastante bueno como para poder realizar al menos una autopsia parcial.

—Vale, ¿y has encontrado algo fuera de lo normal?

—La verdad es que no. Nada que probablemente no estuvieras ya esperando.

Hunter oyó el ruido de páginas al pasar.

—La muerte se produjo por falta de oxígeno: hipoxia cerebral por asfixia. Aunque pude examinar los órganos internos del cuerpo, por desgracia, debido al deterioro de la epidermis y del tejido muscular, no pude determinar al cien por cien si hubo tortura física o no, pero no lo parece.

Hunter permaneció callado, pero estaba seguro de que la doctora Hove tenía razón: Elizabeth Gibbs no había sido torturada. Si lo hubiera sido, el asesino lo habría mencionado en el diario, igual que había mencionado la tortura de Cory Snyder.

—¿Hubo agresión sexual? —preguntó Hunter. Por el rabillo del ojo, vio que Angela lo miraba.

—Imposible saberlo después de dos años dentro de un ataúd —respondió la doctora—. Incluso en uno bien sellado, como indica vuestro informe. Como ya he dicho, debido al deterioro de la epidermis, no se pueden identificar hematomas externos con fiabilidad. Internamente, el cuerpo no muestra signos de penetración forzada, pero muy rara vez los muestran, a menos que el autor se empeñe en utilizar algún tipo de objeto abrasivo que deje cicatrices internas.

—Entiendo —dijo Hunter, asintiendo mientras mantenía la vista fija en la carretera.

Escuchó pasar algunas páginas más al otro lado de la línea.

—No hay mucho más que pueda decirte, Robert —concluyó la doctora Hove.

—Gracias. —Hunter giró a la derecha por El Camino Real—. Por desgracia, parece que voy a enviarte unos cuantos cuerpos más relacionados con la misma investigación. Carlos y el equipo forense de la doctora Slater están desenterrando otro mientras hablamos. El problema es que parece que cada cadáver será único.

—Siempre lo son, Robert.

—No de la manera que estás pensando, doctora —matizó Hunter—. Aunque estamos hablando de un único autor, el *modus operandi* parece variar por completo de un crimen a otro. Puede que ahora estén desenterrando a otro víctima, pero, a diferencia del cuerpo que acabas de examinar, este no fue enterrado vivo.

—Bueno —respondió la doctora—, sea lo que sea lo que llegue, estaré aquí esperando.

Hunter le dio las gracias y colgó. Veinticinco minu tos después, aparcaron frente al edificio de apartamentos de Angela en Colfax Avenue. Al llegar al rellano del tercer piso, Hunter se giró hacia Angela.

—Espera aquí. Déjame entrar primero. —Sacó su arma.

Angela echó la cabeza hacia atrás.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad crees que ese psicópata va a estar en mi apartamento esperándome?

—No, no lo creo, pero es mejor prevenir que curar, ¿no te parece?

Angela vio cómo Hunter avanzaba por el pasillo y se detenía frente a su puerta antes de empujarla con cuidado para abrirla.

En el interior, las luces estaban apagadas, pero las cortinas de las dos ventanas del salón estaban descorridas, lo que permitía que la luz natural bañara la habitación de tamaño medio.

Con el arma preparada y moviéndose lo más silenciosamente posible, Hunter entró en el apartamento.

Sabiendo que el asesino había estado allí dentro buscando a ciegas su diario, Hunter esperaba encontrar el lugar destrozado, con muebles volcados, objetos rotos y el suelo cubierto de restos, pero en aquella primera habitación no vio nada de eso.

A su derecha había un viejo sofá de dos plazas de tela azul. En uno de sus extremos había una manta de leopardo muy desgastada y bien doblada. Detrás del sofá había una estantería alta con algunos tarros y cajas de colores, plantas, varios libros de bolsillo y cuatro marcos de fotos. Hunter no podía asegurar que alguien hubiera tocado algo.

Sobre la mesita cuadrada de cristal situada frente al sofá había dos velas aromáticas y un mando a distancia. El televisor estaba en un mueble a juego con la librería, al otro lado de la habitación.

Hunter dio dos pasos a su derecha e inclinó el cuerpo para mirar detrás del sofá: nada, tampoco había objetos rotos en el suelo. No había ningún otro lugar en aquella habitación donde pudiera esconderse una persona, así que se dirigió con sigilo a la cocina, que estaba a la derecha del televisor. Allí, una vez más, no encontró más desorden que unos cuantos platos sucios en el fregadero y un par de sartenes sobre los fogones. Los armarios bajo el fregadero eran demasiado pequeños para que una persona corpulenta pudiera esconderse dentro. Aun así, por puro instinto, Hunter los revisó todos.

Una vez que salió de la cocina, cruzó el salón hacia el otro lado y entró en el dormitorio de Angela. Al contrario que el resto del apartamento, esa habitación parecía un poco desordenada, con la cama sin hacer y varias prendas de ropa tiradas por el suelo y sobre la cama. Unas cuantas colgaban de un espejo de cuerpo entero situado

junto a un armario de madera de dos puertas. Ambas puertas estaban abiertas, dejando al descubierto una pequeña colección de camisetas, blusas, sudaderas y pantalones, en su mayoría negros. En el estante superior del armario, Hunter vio una bolsa de plástico transparente que contenía unas cuantas pelucas diferentes. No necesitó mover ninguno de los objetos del armario para saber que no había nadie escondido tras ellos. Cuatro pares de zapatos ocupaban desordenadamente el suelo entre el espejo de cuerpo entero y la pared a su izquierda. A la derecha del armario había un pequeño tocador con un espejo triple plegable. Una multitud de artículos de maquillaje y pulseras estaban esparcidos por toda la superficie de la mesa.

Desde donde estaba —a varios metros de la cama—, Hunter se agachó para mirar debajo. Allí no había más que una gran maleta roja.

El dormitorio de Angela tenía baño propio, situado a la derecha de la cama. La puerta estaba entreabierta, pero no lo suficiente como para que Hunter pudiera ver el interior. Dio cinco pasos silenciosos hasta que llegó a ella. Con la espalda apoyada en la pared a la izquierda de la puerta, utilizó la mano izquierda para empujarla con cuidado y abrirla. Las bisagras eran viejas, pero no estaban oxidadas. La puerta se abrió sin chirriar.

Hunter respiró hondo y, con un rápido movimiento, giró el cuerpo hacia el interior el pequeño cuarto de baño, con el arma buscando un objetivo.

Un leve olor a moho invadió su nariz.

Hunter miró a la izquierda: nada.

A la derecha: nada.

Fue entonces cuando, por el rabillo del ojo, vio un movimiento reflejado en el espejo rectangular situado sobre el lavabo, a su izquierda.

Se le heló el corazón.

Una fracción de segundo después, oyó un ruido justo detrás de él.

Treinta y cuatro

Todo sucedió más rápido que la caída de un alfiler.

El ojo de Hunter captó una sombra que se movía a su izquierda, pero sabía que el movimiento no procedía del interior del baño. No había espacio suficiente entre Hunter y el lavabo para que alguien pudiera esconderse. Lo que había visto era un reflejo. En un instante, el corazón de Hunter triplicó su ritmo normal dentro de su pecho. Todos sus sentidos se agudizaron mientras la sangre circulaba con fuerza por cada rincón de su cuerpo.

El instinto de supervivencia se puso en marcha. Sus ojos localizaron al objetivo y su dedo se tensó sobre el gatillo.

—¡Por Dios! —gritó Angela, saltando hacia atrás, con el rostro pálido.

Los ojos de Hunter se abrieron con sorpresa y aflojó el dedo del gatillo de inmediato. Por un momento, ninguno de los dos fue capaz de hablar. Lo único que podían hacer era mirarse, aún medio aterrorizados.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó Hunter finalmente, bajando el arma—. ¿Tienes algún tipo de instinto suicida o algo así?

—¿Yo? —replicó Angela.

—Sí, tú. ¿No te dije que esperaras fuera hasta que te diera permiso para entrar?

—Bueno —Angela se encogió de hombros, restando importancia a la irritación de Hunter—, estabas tardando demasiado.

Hunter exhaló, intentando calmarse.

—Así que sabías que había un policía armado dentro de tu apartamento, buscando a un asesino que podría estar escondido en cualquier rincón, y aun así has decidido acercarte con sigilo a mí de esa manera.

—En realidad, no me he acercado con sigilo. Solo he entrado a ver por qué tardabas tanto. No es un apartamento muy grande, ¿sabes?

Hunter negó con la cabeza.

—Casi te vuelo la cara.

—Ya —dijo Angela, todavía quitándole importancia a lo que acababa de ocurrir—. Pero no lo has hecho, así que… —Se detuvo a mitad de la frase. Su mirada pasó por encima del hombro de Hunter y se fijó en la cortina de la ducha detrás de él. Sus ojos se entrecerraron y frunció el ceño mientras inclinaba un poco el cuerpo hacia la derecha.

Hunter vio la mirada de Angela y sus músculos se tensaron. Al instante se giró en redondo, con el arma preparada de nuevo y el dedo

en el gatillo, pero Angela no estaba mirando a un intruso. Hunter tardó otra fracción de segundo en entenderlo. Estaba mirando algo que se veía a través del hueco de la cortina.

Hunter se inclinó para mirar desde el mismo ángulo que ella. Y entonces lo vio también.

Treinta y cinco

El equipo de excavación forense de Burbank estuvo casi cuatro horas excavando antes de dar por fin con lo que buscaban. El cuerpo había sido enterrado un poco más profundo que el que Hunter y Garcia habían desenterrado en el Parque Natural Deukmejian dos noches atrás.

—Doctora —llamó Miguel Rodriguez, uno de los cuatro agentes que estaban trabajando con una pala, mientras hacía un gesto con la mano —, creo que tenemos algo aquí.

La doctora Slater y Garcia se acercaron.

Miguel dejó la pala y cogió un cepillo, antes de arrodillarse para retirar con cuidado la tierra de un área de unos sesenta centímetros cuadrados. Varios segundos después, descubrió un trozo de plástico resistente, de color negro.

—Parece que está enrollado alrededor de algo —anunció mientras sacaba un bisturí médico de su bolsa. Abrió el plástico con cuidado y dejó al descubierto el extremo inferior de una tibia, con muy poca carne o tejido muscular adherido—. Esto sí que es humano —dijo Miguel, utilizando el bisturí para rasgar más el plástico. Esta vez reveló un hueso del tobillo, que seguía unido a la tibia.

Garcia permaneció con el equipo de excavación hasta que el cuerpo completo de Cory Snyder fue desenterrado y trasladado a una furgoneta forense, listo para ser llevado al Centro de Ciencias Forenses Hertzberg-Davis. La operación duró más de lo previsto porque el cuerpo había sido enterrado entero, en lugar de desmembrado. La doctora Slater quería mantenerlo así para el examen, lo que significaba desenterrarlo primero por completo antes de extraerlo de la tierra.

—No estoy segura de que podamos descubrir mucho más en el laboratorio —dijo la doctora a Garcia mientras él se subía a su coche —. Ya sabemos la causa de la muerte y, solo con ver el desarrollo de los huesos, puedo decir que la víctima aún estaba en la adolescencia, lo que coincide con la información que obtuvimos del diario.

—Cualquier ayuda que puedas darnos será más que bienvenida —dijo Garcia.

De regreso a la sede del Departamento, Garcia llamó a Hunter y se sorprendió al oír que seguía en el apartamento de Angela Wood, en Colfax Avenue. En lugar de pedir más detalles sobre lo que estaba ocurriendo, cogió un desvío y se dirigió hacia allí.

Treinta y seis

Por la tarde, finalmente se envió al apartamento de Angela Wood un equipo forense formado por dos agentes de campo. Dado que se trataba de una escena del crimen latente —sin cadáver—, no fue necesario que acudiera un médico forense ni que la policía de Los Ángeles aplicara el protocolo completo de contención de escenas. Garcia llegó allí poco después de que lo hicieran los forenses.

En el salón, uno de los agentes estaba buscando huellas. Garcia le saludó con una inclinación de cabeza y echó un vistazo rápido a la cocina antes de dirigirse al dormitorio, donde vio a Angela sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Tenía la cabeza enterrada entre los brazos, con los que se abrazaba las rodillas.

—¿Estás bien? —preguntó Garcia, deteniéndose en la puerta, con tono preocupado.

Angela levantó la cabeza lentamente para encontrarse con los ojos del detective, revelando lo enrojecidos que estaban los suyos. Garcia no podía decir si había estado llorando o si tenían ese aspecto por la falta de sueño, pero identificó algo más en ellos. Algo que ya había visto muchas veces: miedo.

—Carlos —lo llamó Hunter desde el interior del cuarto de baño—. Aquí.

Sin decir palabra, Angela volvió a hundir la cabeza entre los brazos.

Garcia se ajustó la coleta y entró en el cuarto de baño. Al hacerlo, se detuvo en seco.

—Pero ¿qué demonios…?

Hunter estaba de pie a su izquierda, junto al lava bo. El inodoro estaba a su derecha. Justo delante de Garcia había una pequeña ducha, con las cortinas completamente corridas. En el interior, sobre el plato de ducha acrílico, estaba el segundo agente forense. Estaba examinando la pared de azulejos blancos del fondo.

Garcia lanzó una mirada inquieta a Hunter.

—Es de él —confirmó Hunter con un movimiento de cabeza, respondiendo a la pregunta silenciosa de Garcia—. Cuando he llegado —explicó—, esperaba encontrar el piso patas arriba. Estaba buscando su diario…, pero no parece que haya tocado nada. Lo único que cogió fue un pintalabios de su tocador.

La mirada de Garcia volvió a la pared de azulejos.

El agente forense que había empezado a buscar huellas en la pared se apartó para que Garcia pudiera leer el mensaje completo.

No necesitaba ser grafólogo para ver que la letra era idéntica a la del diario.

La chica ya está muerta. No podéis protegerla. No podéis salvarla. Pagará por lo que ha hecho, pero aún estáis a tiempo de salvaros vosotros. Devolvedme mi diario. Dejad de investigar y olvidaré que todo esto ha sucedido. Si no lo hacéis, vuestro destino será peor que el suyo.

Garcia leyó el mensaje dos veces antes de volver a mirar a Hunter.

—¿Ese psicópata nos está amenazando?

—Eso parece —respondió Hunter.

Garcia sacudió la cabeza, tratando de encontrarle sentido a todo aquello. Ahora entendía por qué Angela parecía tan asustada.

—Supongo que Angela lo ha leído —dijo.

Hunter asintió.

—No esperó a que le diera el visto bueno antes de entrar.

Nunca le habría permitido leerlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Garcia, volviendo a centrar su atención en el mensaje.

—Tenemos que llevar a Angela a un piso franco —respondió Hunter —. Ya he llamado a la capitana Blake para solicitarlo.

El Departamento tenía varias ubicaciones secretas en Los Ángeles y sus alrededores, que se utilizaban principalmente para la protección de víctimas y testigos.

—Esto… —dijo Garcia, señalando el mensaje—. Hay que tener valor. ¿Amenazar no solo a Angela, sino también a los detectives que investigan el caso? —Volvió a negar con la cabeza, incrédulo—. ¿Quién demonios es ese tipo? ¿Don Corleone?

—Alguien con un tremendo autocontrol —dijo Hunter.

—¿Autocontrol?

El agente forense que buscaba huellas en la pared volvió a mirar a Hunter, intrigado.

—Por lo que tengo entendido —aclaró Hunter—, cuando el agresor llamó a Angela, estaba aquí. Dentro de su apartamento. En la llamada, le pidió que le dijera dónde había escondido el diario.

—Y Angela le dijo que no estaba aquí —dijo Garcia—. Lo sé, me lo has contado.

—Así es. Ella le dijo que se lo había entregado a la policía. Ahora déjame hacerte un par de preguntas. —Hunter levantó el índice derecho—. Si fueras él y te hubieras arriesgado a venir aquí, a

exponerte solo para recuperar tu diario, y luego te dijeran que no está aquí, que te has arriesgado para nada y que el diario está en manos de la policía… Primera pregunta, ¿te lo creerías?

Garcia hizo una mueca.

—No, probablemente no.

El agente forense coincidió con Garcia negando con la cabeza.

—Yo tampoco —confirmó Hunter—. Así que el movimiento más lógico sería…

—Registrar el apartamento. —Garcia se adelantó a Hunter.

Hunter asintió de nuevo.

—Hemos visto antes casas que han sido registradas por criminales. ¿Has visto el salón, la cocina y el dormitorio?

Garcia asintió.

—No hay nada fuera de lugar.

—Lo que sugiere que, o bien registró el apartamento con un cuidado extremo para dejarlo todo tal y como estaba, o bien creyó a Angela y decidió no registrar el lugar en absoluto.

Garcia por fin comprendió lo que su compañero estaba insinuando.

—Pero eso no es todo —continuó Hunter—. Digamos que creyó a Angela cuando le dijo que su diario no estaba aquí y que se lo había entregado a la policía. Si fueras tú, ¿cómo te sentirías?

—Muy cabreado, joder. —La respuesta vino del agente forense, no de Garcia.

—Yo también —coincidió Hunter.

Ahora era el agente quien empezaba a entender por dónde iba Hunter.

—Por pura frustración y rabia —dijo el forense—, debería haber destrozado el piso. No conozco los detalles de lo que está pasando, pero, por el escenario que acabas de describir —asintió hacia Hunter—, la mayoría de las personas habrían destrozado el lugar solo para desahogarse.

—Sin embargo —añadió Hunter—, no hay nada desordenado, nada roto. El asesino ha descubierto que su diario ahora está en manos de la policía. Eso significa el fin de un secreto que ha estado guardando durante años. Significa que, así, sin más —Hunter chasqueó los dedos—, ha pasado de ser un fantasma, un asesino en serie muy prolífico y precavido del que nadie tenía constancia, a alguien a quien ahora busca la policía. El tipo de autocontrol que debe poseer para tragarse la rabia que debió sentir, para limitarse a escribir una amenaza con pintalabios y marcharse… —Hunter se giró hacia el agente forense—. Lo que ha demostrado aquí es una disciplina, un autocontrol y una seguridad en sí mismo increíbles, porque tal y como acabas de decir

—señaló con la cabeza a Garcia antes de volver a indicar el mensaje en la pared—, tiene la confianza suficiente para amenazar a la Policía de Los Ángeles. Eso es algo que no se ve a menudo.

Justo en ese momento, el móvil de Hunter sonó dentro de su chaqueta. Era la capitana Blake. Le dio la dirección del piso franco que había solicitado y le explicó que distintos equipos formados por dos agentes especiales de la Policía de Los Ángeles estarían con Angela las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, en turnos rotativos. Cuando Hunter colgó, se giró para mirar al agente forense.

—Ya habéis fotografiado el mensaje, ¿verdad? —preguntó.

—Así es —confirmó el agente.

—¿Podrías hacerme un favor? Cuando termines aquí, ¿puedes borrarlo de la pared?

—Claro. No hay problema.

—Voy a pedirle a Angela que haga la maleta —informó Hunter a Garcia—. Luego la llevaré al piso franco.

—De acuerdo —asintió Garcia—. Volveré al Departamento para archivar todo el papeleo de la operación de exhumación. Estaré en la oficina hasta tarde, así que si necesitas algo, dímelo.

Cuando Garcia salió del edificio, no se fijó en el hombre alto que fumaba un cigarrillo y que estaba de pie al otro lado de la calle, frente al edificio de apartamentos de Angela. El hombre vio a Garcia subirse a su Honda Civic y alejarse. Sacó el móvil para fotografiar el coche y asegurarse de que había cogido la matrícula. Unos cuarenta minutos después, vio cómo Hunter y Angela salían del edificio y se subían al Buick de Hunter. Angela llevaba una bolsa colgada del hombro.

—¿Te vas de viaje, Angela? —susurró para sí el hombre, mientras volvía a fotografiarlo todo con discreción—. Y tú debes ser quien tiene mi diario. Detective… Hunter —dijo, comprobando el nombre en la tarjeta que había cogido del apartamento de Angela—. Robert Hunter. Encantado de conocerte.

Treinta y siete

La dirección que la capitana Blake le había dado a Hunter por teléfono le llevó a la ciudad de Calabasas, justo al norte de Malibú. La ciudad era más conocida por ser la puerta de entrada a la zona recreativa de las montañas de Santa Mónica.

Mientras Hunter pasaba por delante del campo de golf de Encino, Angela buscó en su mochila el móvil y los auriculares.

—¿Sueles escuchar música por *streaming* o la tienes guardada en el teléfono? —preguntó Hunter, mientras Angela se colocaba el primer auricular en la oreja.

—Por *streaming* —respondió ella.

—Lo siento —dijo Hunter, poniendo una mano en el brazo de Angela para impedir que se metiera el segundo auricular en la oreja—, pero me temo que no vas a poder hacerlo.

El gesto de Angela se torció con una expresión de fastidio.

—¿Por qué no?

—Porque, como he dicho antes, no estamos seguros de lo que ese tipo es capaz de hacer, pero está claro que es muy hábil y tiene muchos recursos. Teniendo en cuenta que ahora sabe tu número de teléfono, no es descabellado imaginar que también podría, de alguna manera, acceder a un localizador GPS o algo similar.

Angela reflexionó sobre las palabras de Hunter.

—El rastreo por GPS no es tan sencillo. No para rastrear un teléfono que no está registrado a tu nombre. Si lo fuera, todos los malditos maridos celosos, esposas o lo que fuera lo estarían haciendo. El mundo sería un caos.

—Tienes razón. No lo es —admitió Hunter.—. Requiere mucha tecnología, pero no me arriesgaré.

—¿Así que me estás diciendo que no puedo usar el teléfono para nada? ¿Durante todo el tiempo que dure esto?

—Puedes usar el teléfono —respondió Hunter, consciente de la frustración de Angela—, pero no la tarjeta SIM. De hecho, creo que sería mejor que lo apagaras ahora mismo.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Hunter ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha.

—Me temo que no.

—Genial —dijo Angela, quitándose los auriculares de las orejas y dejándose caer hacia atrás en el asiento. Apagó el teléfono y se lo enseñó a Hunter—. Ya está, apagado, ¿ves?

Hunter asintió, pero por desgracia eso no era suficiente.

—Necesito que me des la tarjeta SIM.

—De ninguna manera. —Los labios de Angela torcieron una sonrisa—. Ahora tienes que estar bromeando.

—Es por tu seguridad, Angela, y si solo quieres usar el teléfono para escuchar música en *streaming*, mañana te consigo una *tablet*.

—¿Y en el sitio al que vamos hay wifi?

—Estoy bastante seguro de que sí.

Angela negó con la cabeza, aún claramente molesta.

—Todo esto parece una broma. —Abrió la guantera y empezó a buscar algo que pudiera utilizar para extraer la tarjeta SIM. Tardó unos segundos en encontrar un clip. Lo desdobló e introdujo uno de los extremos en el orificio de liberación de la tarjeta—. Toma —dijo, entregándole a Hunter el pequeño trozo de plástico—. ¿Ya estás contento?

Hunter ignoró el comentario mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Quieres que te consiga una *tablet*?

—¿Puedes conseguirla esta noche?

—Lo dudo, pero puedo intentarlo. Si no, te la conseguiré para mañana.

Angela puso mala cara y se hundió en el asiento del copiloto. Su atención se desvió hacia el mundo que había fuera de su ventanilla y allí permaneció durante la hora siguiente.

—Espera un segundo —dijo finalmente, mirando a Hunter con duda en los ojos—. Hemos conducido por esta carretera antes. Reconozco esa casa. —Señaló la vivienda de líneas nítidas y arquitectura moderna por la que acababan de pasar.

—Sí, lo hemos hecho —admitió Hunter.

—¿Estamos perdidos?

—No. Solo sigo el protocolo.

—¿Por si nos siguen? —La sorpresa y el miedo se percibieron en el tono de Angela. De inmediato se giró en su asiento para mirar hacia atrás.

—Sí —admitió Hunter—. Por si nos estuvieran siguiendo. Pero puedes estar tranquila. No nos siguen.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque he estado atento desde que salimos de tu apartamento. Llevamos conduciendo más de una hora. Si nos estuvieran siguiendo, me habría dado cuenta.

—Estás muy seguro de ti mismo. ¿Y si te has equivocado?

—No lo he hecho. Créeme. No es la primera vez que hago esto.

La convicción en la voz de Hunter bastó para que Angela abandonara la discusión, pero a cada minuto más o menos miraba por el espejo retrovisor del lado del copiloto o se giraba en su asiento para mirar hacia atrás.

Casi dos horas después de salir del apartamento de Angela en Studio City, Hunter aparcó por fin su coche en la entrada de una pequeña pero muy elegante casa de estilo mexicano y fachada verde, al final de una calle sin salida cualquiera.

—Hemos llegado —dijo, mientras apagaba el motor.

Con ojos críticos, Angela estudió la casa durante un momento.

El jardín delantero era pequeño y estaba bien cuidado, con un par de limoneros como protagonistas. La puerta de entrada, de color rojo vivo, contrastaba con las paredes verde aguacate y el tejado de terracota, lo que daba al conjunto una sensación muy agradable y tranquilizadora.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí? —preguntó.

—No voy a mentirte, Angela —respondió Hunter—. No estoy seguro. Espero que no mucho, pero de momento no puedo darte un plazo.

—Genial —dijo, a punto de abrir la puerta del pasajero.

—Un momento —la detuvo Hunter, y señaló con la cabeza a los dos hombres sentados en el interior de un Cadillac ATS negro que estaba aparcado enfrente de la casa.

Angela siguió la dirección de su mirada y sus ojos se llenaron de aprensión.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Son de la SIS de la Policía de Los Ángeles —res pondió Hunter—. Están aquí para protegerte y son los mejores en lo que hacen, pero, antes de llevarte dentro, tenemos que revisar la casa.

La Sección de Investigación Especiales de la Policía de Los Ángeles era una brigada táctica de élite, famosa por su habilidad en operaciones encubiertas. Todos los agentes de la SIS eran también expertos en combate cuerpo a cuerpo y excelentes tiradores.

—¿Revisar la casa? —Angela frunció el ceño—. Pensé que se suponía que era un lugar seguro.

—Lo es —la tranquilizó Hunter—. Pero tenemos que seguir el protocolo. No llevará mucho tiempo.

Cuando Hunter salió de su coche, también lo hicieron los dos agentes de la SIS. Mostraron sus credenciales y se presentaron como James Martin y Darnel Jordan.

Martin medía un metro ochenta y cinco, tenía el pelo corto y negro y barba de dos días. Su mirada, con los ojos ligeramente entornados, le daba un aspecto bastante intimidante, mientras que su cara alargada, su barbilla con hoyuelos y sus ojos color avellana lo hacían

bastante atractivo.

Jordan era un afroamericano de metro noventa, con el físico de un campeón de los pesos pesados. Sus brazos parecían piernas y sus piernas, troncos de árbol. Su voz era profunda y aterciopelada. Si alguna vez decidía dejar las fuerzas del orden, podría ganarse la vida fácilmente como narrador de documentales o locutor.

Jordan esperó fuera junto al coche mientras Hunter y Martin entraban a comprobar la casa.

El salón era amplio y luminoso, con viejas vigas en el techo y paredes de ladrillo visto. Había un gran sofá esquinero rojo junto a una librería medio vacía y dos sillones a juego. Frente al sofá había un televisor de pared. La cocina era una moderna mezcla de metal cromado y cristal, con una mesa de comedor de madera para cuatro comensales. En ella, unas grandes puertas dobles daban acceso a un agradable jardín trasero cubierto de césped, que estaba aislado de miradas indiscretas por un grupo de árboles muy altos. Había dos dormitorios en la casa, ambos de buen tamaño, a los que se accedía por un corto pasillo en el extremo norte del salón. En el principal había una cama doble, un armario alto y una silla antigua. El segundo dormitorio estaba equipado con dos camas individuales, un armario y poco más. El cuarto de baño, también bastante espacioso y alicatado en blanco y azul, estaba al final del pasillo.

Mientras Hunter revisaba el interior de la casa, Martin comprobaba el jardín trasero.

—Todo despejado por aquí —dijo Martin al reunirse con Hunter en la cocina.

Fuera, Hunter presentó a Angela a Martin y Jordan. Ella apenas levantó la vista hacia los dos agentes de la SIS.

Mientras Martin y Jordan iban a por su equipo de vigilancia al coche, Hunter acompañó a Angela a la casa.

—Te toca la habitación grande —le dijo, mostrándole el dormitorio principal.

Angela no había prestado mucha atención a ninguna de las habitaciones. Simplemente tiró su mochila al suelo y se dejó caer en la cama.

—No hay mucha comida —dijo Hunter, de pie junto a la puerta del dormitorio—. Voy a acercarme a la tienda a comprar algunas cosas. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa —respondió Angela. Había enla zado los dedos detrás de la cabeza y estaba tumbada, mirando el techo blanco que había sobre su cama.

—Podemos pedir una *pizza* o lo que te apetezca.

La respuesta de Angela fue un encogimiento de hombros.

Hunter se rascó la nariz.

—Angela, sé que esta situación no es ideal. Sé que no quieres estar aquí. Ninguno de nosotros quiere, pero por desgracia es lo que hay, nos guste o no. No podemos escapar de esta situación ni eludirla. Créeme, ya he pasado por esto antes. Lo mejor en este caso es sobrellevarlo lo mejor posible. —Se encogió de hombros—. Mientras estés aquí, todo corre a cargo del Gobierno. Puedes pedir lo que quieras a costa de la Policía de Los Ángeles: tarta, *pizza*, pollo, ensaladas, batidos… lo que sea, así que te sugiero que te des un capricho.

—¿Qué tal unas cervezas y unas botellas de vino? —La mirada de Angela finalmente se movió del techo a Hunter.

Los labios de Hunter se tensaron en una fina línea.

—Como mucho puedo traerte una lata de cerveza, pero nada más.

—¿Y eso por qué?

—Porque no te emborracharás con una sola lata de cerveza.

—Bueno, no tengo nada mejor que hacer esta noche. Ni siquiera puedo escuchar mi música, ¿verdad?

—Hay una tele en el salón —replicó Hunter— y una radio en la cocina. Puedes traerte la radio aquí si quieres. También te compraré un par de libros y algunas revistas en la tienda.

—¿Por qué no puedo tomar una copa? —preguntó Angela—. No voy a emborracharme hasta caer re donda, nunca lo hago, pero una copita me ayudaría a dormir.

—En primer lugar, es el protocolo —respondió Hunter—. Pero lo práctico de esto es que necesitas estar alerta en todo momento, en caso de que necesitemos sacarte rápido de la casa.

Los ojos de Angela se abrieron de par en par.

—¿Lo dices en serio? Acabo de llegar.

—No digo que eso sea lo que vaya a ocurrir, Angela, pero nuestro trabajo es contemplar todos los escenarios posibles, y ese es uno de ellos. —Hunter hizo una pausa y consultó su reloj—. Entonces, ¿qué quieres que te traiga, aparte de una lata de cerveza?

—Me da igual. No tengo mucho apetito, la verdad.

«Pero lo tendrás», pensó Hunter.

—Vale. Te traeré algo de picar. Si más tarde te apetece una *pizza* u otra cosa, díselo a James o a Darnel y te lo pedirán. Para beber, aparte de la cerveza, ¿prefieres refresco, zumo o algo distinto?

—Lo que sea.

Hunter sabía que Angela no se lo iba a poner fácil.

De repente, Angela frunció el ceño y sus ojos se entrecerraron en dos estrechas rendijas. Rápidamente pasó de estar tumbada a estar sentada.

—Has dicho que lo que pida correrá a cargo de la Policía de Los Ángeles, ¿verdad?

—Así es.

—¿Puedo comprar tabaco? ¿Está permitido?

Hunter consideró la petición durante un par de segundos.

—No veo por qué no.

—Genial. —Una chispa de entusiasmo se abrió paso en el tono de voz de Angela—. ¿Me traes diez paquetes, por favor?

—¿Diez? —Hunter claramente no se esperaba eso.

—Fumo mucho —mintió Angela—. Y hace un minuto me has dicho que me diera un capricho. Pues es lo que estoy haciendo.

Hunter no quería seguir discutiendo.

—Bien, diez paquetes entonces. ¿Alguna marca en particular?

—Marlboro Smooth, por favor.

En el salón, Hunter les dijo a los dos agentes de la SIS, que acababan de instalar su equipo de vigilancia, que iba a hacer una compra rápida para Angela y les preguntó si necesitaban algo. Ambos agentes negaron.

Una vez fuera, Hunter volvió a subirse en el coche y salió marcha atrás del camino de entrada. Había pasado por delante de un grupo de tiendas, no muy lejos de donde se encontraba el piso franco, que incluía un gran Walmart. Allí, cogió una selección de aperitivos, un par de platos preparados para microondas, una botella grande de refresco, dos de zumo, dos de agua, una lata de cerveza y el tabaco de Angela. Tardó en hacer la compra y volver unos veinticinco minutos.

Cuando aparcó de nuevo en la entrada del piso franco, su móvil sonó en el bolsillo de su chaqueta: número desconocido.

—Detective Hunter —dijo, acercándose el teléfono a la oreja—, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Hola, detective Hunter. —La voz masculina al otro lado de la línea era seca, ronca y monótona.

Hunter no la reconoció.

—Tienes algo que me pertenece. —Hubo una pausa breve pero cargada de ansiedad—. Quiero que me lo devuelvas.

Treinta y ocho

El asesino sin duda tenía pelotas. Hunter tenía que reconocerlo.

De inmediato, Hunter pulsó el icono de la aplicación para grabar llamadas que había instalado en su móvil.

—¿Me has oído, detective Hunter? —preguntó la persona que llamaba—. Quiero que me devuelvas mi diario.

A Hunter le pareció que la voz de la persona que llamaba era auténtica. No detectó ningún modulador de voz ni ningún intento por parte del interlocutor de suavizarla o alterarla.

—Sí, le he oído —respondió finalmente Hunter, con tono sereno—. Puede venir a recogerlo cuando quiera. Pásese por el Edificio de la Administración de la Policía y se lo devuelvo, ¿qué le parece?

—Me temo que eso no será posible, detective. —Otra breve pausa—. Lo que sí es posible, y lo que harás, es seguir mis instrucciones para devolvérmelo. Si lo haces, solo morirá la chica. Si no lo haces…, también iré a por ti.

Hunter parpadeó.

¿De verdad le había amenazado de muerte?

Hunter no solo estaba asombrado por lo seguro y valiente que sonaba el interlocutor, sino que estaba intrigado. Necesitaba escuchar lo que el hombre tenía que decir.

—¿Seguir sus instrucciones? —preguntó Hunter. No había sarcasmo en su voz.

—Correcto.

—Vale —dijo Hunter, recostándose en el asiento del conductor—. ¿Cómo quiere que le devuelva su dia rio? ¿Cuáles son las instrucciones que le gustaría que siguiera?

—Cuando tengas el diario en tu poder —respondió el interlocutor sin perder un segundo—, me pondré en contacto contigo de nuevo con las instrucciones.

—¿Qué le hace pensar que no tengo el diario conmigo en este momento? —preguntó Hunter.

—Porque no soy estúpido, detective. —El interlocutor no tenía ganas ni necesidad de dar explicaciones—. Te daré hasta las 17:00 de mañana para que te hagas con el diario. Mantén el teléfono cerca.

Hunter arqueó una ceja, pero antes de que pudiera replicar, la línea se cortó.

Más por costumbre que por esperanza, Hunter llamó enseguida a la División de Investigación Técnica de la Policía de Los Ángeles y les preguntó si tenían la ubicación de la última llamada realizada a su teléfono móvil. Tardaron menos de treinta segundos en darle la

respuesta que él ya se esperaba.

—Lo siento, detective, la persona que ha llamado ha utilizado un teléfono de prepago sin chip GPS o con uno desactivado.

Durante el minuto siguiente, Hunter permaneció completamente inmóvil en el asiento del conductor de su Buick mientras su cerebro repasaba cada palabra que le había dicho el interlocutor.

—¿Todo bien? —preguntó Jordan, que había salido de la casa y se acercaba al coche de Hunter, con la mano derecha escondida a la espalda.

Hunter sabía de lo que era capaz la SIS. Sin duda, ya habían instalado cámaras de vigilancia en la parte delantera y trasera de la casa. Habrían visto y oído acercarse el coche de Hunter mucho antes de que este hubiera podido aparcar en la entrada.

Hunter abrió la puerta, salió del coche y recorrió con la mirada la calle sin salida mientras las dudas empezaban a nublar sus pensamientos.

Sí, había seguido el protocolo de contravigilancia desde el momento en que salieron del apartamento de Angela. De hecho, había utilizado una combinación de varias técnicas distintas, convirtiendo un viaje de cuarenta y cinco minutos en uno de dos horas. Durante el trayecto, había mirado por los retrovisores cada minuto. Si alguien les hubiera seguido, y más aún en un trayecto tan largo, lo habría detectado. Siempre lo hacía.

El instinto y la experiencia le decían que no tenía nada que temer, pero el momento de la llamada, junto con el hecho de que la persona que llamaba había sonado muy tranquila, sembraron la duda en la mente de Hunter. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si el asesino había estado vigilando el edificio de Angela durante todo el día, esperando a que apareciera la policía, porque sabía que lo harían? Si ese había sido el caso, si el asesino había visto a Hunter y a Angela salir hacia el piso franco…, ¿qué le habría impedido seguirlos?

Las medidas de contravigilancia de Hunter.

—Detective —volvió a preguntar Jordan—, ¿va todo bien? —Instintivamente, el agente de la SIS siguió la mirada preocupada de Hunter mientras el detective comprobaba la entrada a la calle—. ¿Cree que podrían haberle seguido? ¿Cree que el piso franco podría estar comprometido?

Todavía con la mirada fija en el inicio de la calle, Hunter negó con la cabeza.

—No —dijo con decisión.

—La amenaza contra la mujer de ahí dentro —preguntó Jordan—, ¿estamos hablando de un solo indivi duo o de una organización?

Hunter entendió a qué se debía la pregunta. Una gran parte de los dispositivos de protección en los que participaba la SIS solían implicar a testigos relacionados con el crimen organizado.

—Todas las pruebas que hemos reunido hasta ahora apuntan a un solo individuo —respondió Hunter.

Jordan no había conocido a Hunter hasta aquella noche, pero sin duda había oído hablar de la tasa de éxito y la reputación de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos. El detective Hunter no era un hombre conocido por cometer muchos errores.

—Es su caso, detective —dijo Jordan tras un largo instante—. Usted decide, pero, si tiene alguna duda de que este lugar ya no sea seguro, debe comunicarlo y trasladaremos a la testigo a otra ubicación. Sabe que no podemos arriesgarnos.

Mentalmente, Hunter se esforzó por repasar todo el trayecto desde el apartamento de Angela hasta el piso franco. No solo creía que no los habían seguido, sino que ni una sola vez en todo el viaje se había sentido preocupado. Ni una sola vez vio un vehículo sospechoso detrás de ellos. Ni una sola vez vio el mismo vehículo dos veces. De eso estaba completamente seguro.

—No —dijo con más convicción que antes—. La ubicación no ha sido comprometida. Nos quedamos.

Treinta y nueve

Angela seguía tumbada en la cama, con la mirada perdida en el techo, cuando Hunter se detuvo en la puerta de su habitación.

—¿Tienes hambre ya? —preguntó, apoyándose en el marco de la puerta.

—No, la verdad es que no, pero me vendrían bien un cigarrillo y una cerveza.

Su atención finalmente pasó del techo a Hunter, que llevaba un cartón de diez paquetes de tabaco en la mano derecha y una lata de cerveza en la izquierda.

—Sospechaba que esto sería lo primero que pedirías.

Angela bajó los pies de la cama y se sentó en el borde.

—¿Puedo fumar aquí?

—Me temo que no, pero hay un pequeño jardín trasero. —Hunter ladeó la cabeza hacia la izquierda—. Tienes que atravesar la cocina. Está completamente aislado por un muro de árboles altos. Nadie puede mirar dentro… ni fuera.

Angela se acercó a Hunter, que le entregó los cigarrillos y la lata de cerveza.

—¿Puedo salir entonces?

—Claro, siempre que no lo hagas sola.

—Ya… —Angela sacó un paquete de cigarrillos antes de tirar el resto del cartón sobre la cama—. ¿Necesito una niñera para ir a mear también?

—Angela —la detuvo Hunter cuando intentaba pasar junto a él. Nunca le había gustado sermonear a la gente, pero necesitaba que Angela mantuviera la calma y la concentración—. Entiendo tu molestia y que ahora te enfrentas a una falta de privacidad a la que no estás acostumbrada, pero vas a tener que controlar tu actitud.

El tono estricto de las palabras de Hunter cogió a Angela por sorpresa. Dio un paso atrás y le lanzó una mirada fulminante.

—Como te he dicho antes, entiendo que esto es difícil, pero debes recordar que estamos aquí para protegerte. —Hunter hizo una pausa —. Esa actitud tuya tan fría es comprensible —continuó—. Es tu forma de disimular lo asustada o enfadada que estás, pero ¿sabes qué? Está bien tener miedo. No pasa nada por estar enfadado. Aquí nadie te va a juzgar. Todos estamos aquí para ayudarte. Por favor, entiéndelo.

La dura mirada de Angela desapareció, dando paso a distintas emociones en su interior.

—Lo siento —dijo finalmente tras una larga pausa. Su voz temblaba un poco, pero era sincera—. Sé que tú… que todos estáis aquí para

protegerme de una estupidez que yo misma cometí. —Volvió a mirar a Hunter a los ojos. Los suyos estaban vidriosos por las lágrimas—. Tienes razón. Mi actitud es mi forma de ocultar lo asustada que estoy… lo enfadada que estoy conmigo misma. —La voz se le quebró —. Desde lo que pasó con mi hermano, para no hundirme, esta es la única forma que mi cerebro ha descubierto para lidiar con el miedo, el dolor y la ira. —Volvió a apartar la mirada—. La verdad es que tengo miedo todo el tiempo. Me duele todo el tiempo. Dentro de mí solo hay tristeza, dolor y soledad.

Las lágrimas de Angela rompieron por fin sus defensas y empezaron a correr por sus mejillas.

Hunter no dijo nada para intentar consolarla. Comprendía que, a veces, el mejor consuelo, la mejor liberación, era dejar que el miedo y la rabia se desbordaran. En lugar de palabras, Hunter le ofreció un pañuelo.

Lo que Angela no sabía —y nunca llegaría a saber— era que, por razones diferentes, Hunter sentía exactamente lo mismo en su interior.

—Maldita sea —dijo Angela mientras se limpiaba las mejillas con el pañuelo—. Me vendría muy bien ese cigarrillo ahora mismo.

Hunter la acompañó.

Fuera, en el jardín trasero, se sentaron en el borde del entarimado de madera que conectaba la puerta de la cocina con una pequeña zona de césped. Angela encendió un cigarrillo y aspiró el humo como si le fuera la vida en ello. Al exhalar por la nariz, le ofreció uno a Hunter. Él lo rechazó. Ella abrió la lata de cerveza y bebió un buen sorbo.

—Debería haber pedido vodka —dijo, con una sonrisa sincera en los labios.

Hunter sonrió con ella.

—Toma —le dijo, ofreciéndole la lata—. Bebe un poco.

—Estoy bien, gracias —volvió a declinar Hunter.

—Vamos —insistió Angela—. Sé que estás de servicio, pero un solo sorbo no te emborrachará. Además, es horrible beber solo.

—Eso es muy cierto —asintió Hunter, mirando hacia el cielo estrellado. No dijo nada más.

—¿En serio? —preguntó Angela—. ¿Ni siquiera un traguito?

Hunter permaneció en silencio.

—Vale… Más para mí.

Hunter se dio cuenta de que el mecanismo de supervivencia de Angela estaba empezando a funcionar de nuevo. Bebió otro trago de cerveza y dio otra larga calada a su cigarrillo. Hunter observó por un momento el humo que se perdía en la brisa nocturna.

—Hay algo que tengo que preguntarte —dijo, con la llamada del asesino aún sonando en su cabeza.

—Claro.

—Cuando hablabas por teléfono con la persona a la que le quitaste el diario… —empezó Hunter.

—¿Te refieres al asesino que me persigue? —lo interrumpió Angela.

—Sí —asintió Hunter—. Cuando estuviste al teléfono con él y te preguntó por su diario, le dijiste que se lo habías entregado a la policía.

—Así es —confirmó Angela.

—¿Puedes recordar si mencionaste que habías dejado el paquete en el buzón de la doctora Slater? ¿Mencionaste su nombre en algún momento?

Angela dio otro par de tragos a su cerveza y otra calada a su cigarrillo.

—No, no lo creo.

Hunter esperó un segundo más.

—¿No lo crees o lo sabes?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Angela, esto es muy importante.

Mientras terminaba el cigarrillo, Angela recordó las palabras de la pared de la ducha: la amenaza directa que el asesino había hecho a Hunter y Garcia. Sintió que empezaba a temblar de nuevo.

—¿Crees que podría ir a por ella?

Hunter no tenía motivos para mentir.

—Si le mencionaste su nombre —dijo—, estoy seguro de que lo intentará. El hecho de que ahora esté tratando directamente con la Policía de Los Ángeles no parece molestarle en absoluto. De hecho, parece entusiasmado. Por eso necesito que recuerdes exactamente lo que le dijiste por teléfono. Necesito saber si mencionaste su nombre o algo sobre el laboratorio de criminalística de la FSD. Cualquier detalle que pudiera darle una pista de que la doctora Slater ha leído su diario. ¿Puedes recordar toda la conversación?

—Ya te he contado toda la conversación.

—Lo sé, pero, quizá ahora que estás un poco menos nerviosa que antes —insistió Hunter—, puedas recordar algo que se te pasó por alto la primera vez.

Angela encendió otro cigarrillo.

En su cabeza repasó toda la conversación, desde el momento en que recibió la llamada del asesino, al salir del taxi, hasta cuando él le colgó el teléfono. Recordaba cada palabra.

Hunter esperó.

—No —dijo finalmente, con un firme movimiento de cabeza—. No dije nada sobre la doctora o el laboratorio. Le dije que había enviado el diario a la policía. Fue entonces cuando me dijo que pagaría por lo que había hecho. —Su voz empezó a quebrarse de nuevo.

—Está bien, Angela. —Hunter le puso una mano en el hombro para

reconfortarla—. Lo has hecho muy bien.

Un avión cruzó el cielo oscuro por encima de sus cabezas y Angela se quedó un momento mirando sus luces parpadeantes.

—¿Te importa si te pregunto algo un poco más personal? —dijo Hunter, atrayendo su atención de nuevo a él.

—No me importa —respondió Angela—. Puedes preguntar lo que quieras. No soy tu jefa.

—Pero no vas a contestar. —Hunter captó lo que Angela estaba sugiriendo.

—Yo no he dicho eso —replicó Angela—. Puede que responda o puede que no, eso dependerá de lo personal que sea tu pregunta. Así que, por favor, pregunta.

Hunter sonrió a la mujer que estaba sentada a su lado. El hecho de que Angela pareciera estar siempre a la defensiva le recordaba a sí mismo cuando era más joven.

—Claramente eres una mujer muy brillante y hábil —empezó Hunter—. Eres segura de ti misma, tienes una mentalidad fuerte, no pareces dejar que nadie te pisotee…

—Basta de halagos —le cortó Angela—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Cómo alguien con todas esas cualidades acaba siendo carterista? —preguntó Hunter.

Angela lo observó como si estuviera decidiendo si le contestaba o no.

—Fue en mi primer día en Los Ángeles, en realidad —respondió tras varios segundos de silencio—. Caminaba por las calles completamente perdida, tanto física como mentalmente. Doblé una esquina y, al pasar por delante de una parada de autobús, vi cómo un tipo le quitaba la cartera a una mujer del bolso. Era muy hábil, pero yo lo vi, y no podía creer que nadie más se hubiera percatado. —Angela dio otra larga calada a su cigarrillo—. Estaba desesperada. No tenía dinero ni dónde dormir, y tenía hambre. Tampoco creía que tuviera nada que perder, así que me acerqué a él cuando se alejaba de la parada de autobús y le dije que había sido un buen robo, pero que si no repartía el dinero conmigo, se lo diría a la policía. Había un coche patrulla aparcado justo enfrente.

—Así que dividió el dinero contigo —supuso Hunter.

—No. Primero se quedó en *shock*. No podía creer que le estuviera intentando extorsionar una chica de diecisiete años de Pocatello, Idaho, pero luego sonrió y dijo: «Puedo hacer algo mucho mejor que darte la mitad del dinero… Puedo enseñarte a hacerlo tú misma, para que te quedes con todo lo que robes». —Angela se encogió de hombros

—. Y así empezó todo. —Hizo una pausa y volvió a estudiar a Hunter, como si estuviera decidiendo si debía o no revelarle algo más—. Acabamos siendo pareja. —Angela apartó la mirada al pronunciar esas palabras.

—Obviamente, no funcionó —dijo Hunter.

—Durante un año sí. —La mirada de Angela volvió a Hunter. Parecía que él esperaba que siguiera, pero Angela no dijo nada más.

—¿Y qué pasó? —insistió Hunter.

—Eres un cotilla de cuidado, ¿lo sabías?

Hunter aceptó la pulla con una inclinación de cabeza en señal de disculpa.

—Lo siento. Tienes razón. No es asunto mío.

Angela se rio mientras apagaba el cigarrillo.

—Tienes que aprender a relajarte, tío. Solo estaba bromeando. Me da igual. Yo también soy una cotilla. —Dio un trago a su cerveza—. Como ocurre en muchas parejas —explicó—, las cosas empezaron a desinflarse después de la fase de luna de miel. Él quería progresar, y yo no.

—¿Quieres decir hacer algo más que robar carteras?

—Sí. Fue entonces cuando le dije: «Eso no es para mí». Esto es solo un trabajo temporal. No voy a ser carterista toda mi vida. —Parecía como si Angela realmente quisiera justificarse ante Hunter.

—¿Temporal? —repitió él—. ¿Cuánto tiempo dura algo «temporal»? Porque llevas haciendo esto desde que llegaste a Los Ángeles.

—No me vengas con esas tonterías. —Señaló con el dedo a Hunter —. ¿Crees que es fácil conseguir un trabajo en esta ciudad cuando te has escapado de casa, estás deprimida, sufres, estás destrozada por dentro, no tienes experiencia en nada excepto en el instituto, no tienes domicilio y estás sin blanca?

Hunter negó con la cabeza.

—Aun así…

—No —le volvió a cortar Angela—. No hay ningún «aun así». Necesitaba comer, dormir, vestirme y todo lo demás. Sé que no está bien. Sé que me educaron mejor que esto, pero no estoy arruinando a nadie. No estoy destruyendo la vida de ninguna persona. No estoy dejando a nadie sin los ahorros de toda su vida. ¿Te parece que soy rica? —No le dio a Hunter la oportunidad de responder—. Solo cojo lo suficiente para salir adelante, y eso es todo. Como he dicho, dejaré esto más pronto que tarde, así que no me vengas con «aun así».

Hunter no vio la necesidad de discutir.

—¿Qué pasó con ese tipo? —preguntó—. Con el que salías, el que te enseñó a robar carteras. ¿Progresó?

Angela se rio entre dientes.

—Sí, tomamos caminos separados y él subió de nivel. Un año y medio después, lo pillaron. Ahora está en LAC.

LAC era el acrónimo utilizado para referirse a la Prisión Estatal de California, en el condado de Los Ángeles.

Hunter pensó en preguntarle si lo visitaba o no, pero enseguida desistió de la idea. En cambio, fue Angela quien le sorprendió con su siguiente pregunta, sobre todo después de su pequeño arrebato.

—¿Quieres quedarte esta noche, por favor?

Él le devolvió la mirada, intrigado.

—Sé que esos dos de ahí dentro están aquí para protegerme —explicó Angela—. Sé que has dicho que son los mejores en lo que hacen, pero me sentiría mucho más tranquila si tú estuvieras cerca. No sé muy bien por qué, pero sé que me sentiré más segura si tú estás aquí.

Hunter observó a Angela durante un instante. Ni su expresión ni su lenguaje corporal le dieron a entender que estuviera bromeando.

—Por favor —volvió a pedir con voz suave—. Solo por esta noche.

Hunter no tenía previsto quedarse, pero, desde su conversación telefónica con el asesino —desde que esa conversación había sembrado la duda en su cabeza—, ya había decidido que, al menos esa noche, se uniría a Martin y Jordan como parte del destacamento de protección de Angela.

—Claro —asintió Hunter—. Me quedaré en el salón.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

Cuarenta

JUEVES, 9 DE DICIEMBRE

Aquella noche, a diferencia de la anterior, el insomnio de Hunter hizo su aparición. El sueño le llegaba en oleadas aleatorias que no duraban lo suficiente, chocando demasiado rápido contra una costa agitada de pesadillas y dudas. Para Hunter, ese vaivén era, con diferencia, el tipo de insomnio más debilitante que existía, porque en lugar de mantenerlo despierto, le permitía caer temporalmente en un sueño profundo, engañando no solo a su cerebro, sino a todo su cuerpo, con la ilusión de que podía relajarse. Una vez conseguido el adormecimiento, el insomnio le sacudía salvajemente para despertarlo de nuevo y permitirle volver a dormirse varios minutos después. Ese tortuoso proceso se repetía durante toda la noche. Dormirse nunca era un problema. Permanecer dormido sí, pero, roto o no, Hunter conseguía dormir unas tres horas, más o menos. Desde luego, no era lo ideal para la mayoría de la gente, pero en un contexto más amplio, para una persona que se enfrentaba al insomnio crónico casi a diario, tres horas no estaba tan mal.

Después de dejarle una nota a Angela, Hunter salió del piso franco a las 5:15 de la mañana. Pese al insomnio, Hunter siempre había sido madrugador y prefería llegar a la oficina lo más temprano posible, pero, antes de dirigirse al Edificio de la Administración de la Policía, quería pasar por su casa para darse una ducha, afeitarse, cambiarse de ropa y prepararse un buen desayuno, que era su mejor truco para conseguir que su cerebro y su cuerpo aguantaran con tan pocas horas de sueño. Y sabía exactamente lo que se iba a preparar.

Para alguien que había vivido solo la mayor parte de su vida, las habilidades culinarias de Hunter dejaban mucho que desear, pero su tortilla repleta de proteínas haría las delicias de cualquier chef con estrella Michelin. Garcia había bromeado varias veces diciendo que, si Hunter decidía dejar el cuerpo, podría abrir un restaurante dedicado exclusivamente a la tortilla. Su menú sería sencillo, de un solo plato: la increíble tortilla proteica de Robert.

—Habría gente haciendo cola fuera y alrededor de la manzana solo para probarla —había dicho Garcia, después de haber comido la tortilla de Hunter por primera vez—. Hablo en serio, Robert. Esto es alta cocina. Podrías forrarte. Desde luego, ganarías mucho más que como detective de la Policía de Los Ángeles.

Aquel comentario había hecho sonreír a Hunter.

De camino a su apartamento, recordó que su cafetera se había estropeado. En su mente, un desayuno saludable sin un buen café era

prácticamente una comida perdida.

Al desviarse de la autopista de Santa Mónica e incorporarse a South Santa Fe Avenue, Hunter recordó una pequeña cafetería ecológica en la que había estado hacía unos meses. Estaba escondida en un rincón del Distrito de las Artes, a tiro de piedra de donde se encontraba, y su café era uno de los mejores que había probado en bastante tiempo. También recordó que, según el cartel de la puerta, abrían todos los días a las cinco y media de la mañana, excepto los fines de semana. Se le hizo la boca agua. Ese era todo el incentivo que necesitaba. Menos de un minuto después, Hunter aparcó justo delante de Urth Caffe, en South Hewitt Street.

Dentro de la cafetería, dos camareros estaban colocando pasteles y sándwiches en un gran expositor de cristal.

Hunter solía tomarse un café solo con el desayuno, pero, ya que tenía tantas opciones delante, pensó que podría probar algo diferente. Sus ojos recorrieron el tablón de bebidas y, mientras lo hacían, sus labios esbozaron un par de sonrisas. Algunas de las opciones parecían más un batido que un café.

—A menos que te guste el café enfermizamente dulce, yo me mantendría alejado del Double Cream Vanilla Deluxe.

El consejo procedía de la persona que estaba justo detrás de Hunter y, al oír esas palabras, se quedó inmóvil. No solo sabía a quién pertenecía esa voz, sino que eran exactamente las mismas palabras que ella le había dicho la primera vez que se vieron, en una sala de la biblioteca de la UCLA, hacía casi un año y medio.

Todavía de cara al tablón, Hunter respiró hondo en silencio, pero eso no impidió que su corazón se acelerara dentro de su pecho. Un segundo después, se giró para mirar a la mujer que estaba detrás de él.

—Hola, Robert —dijo Tracy Adams, con una tenue sonrisa.

—¿Tracy? —respondió Hunter, aún sin creerse del todo que volvieran a estar cara a cara.

Después de aquel encuentro inicial en la UCLA, en el que la atracción por ambas partes fue inmediata e innegable, Hunter y Tracy habían empezado a salir, pero, a pesar de sentir por ella mucho más de lo que jamás admitiría, Hunter nunca permitió que el romance despegara del todo, lo cual, pensándolo bien, había sido una decisión acertada.

Hacía unos seis meses, tras un giro desastroso y terriblemente trágico de los acontecimientos, la relación de Hunter y Tracy había terminado de forma muy abrupta. No se habían visto ni hablado desde entonces.

Hunter le devolvió la sonrisa. Había cerca de un millón de cosas que quería decirle, pero en ese momento lo único que se le ocurrió fue: —¿Qué haces aquí? —A pesar de que su tono de sorpresa era genuino,

sintió la necesidad de explicarse—. Quiero decir… ¿Qué haces en esta parte de la ciudad tan temprano? ¿Te has mudado?

La última vez que Hunter vio a Tracy, ella vivía en Hollywood, que estaba a unos dieciocho kilómetros al oeste de la cafetería.

—No —contestó Tracy—. Sigo viviendo en West Hollywood. En el mismo apartamento de siempre.

Hunter no preguntó nada más.

—He pasado la noche en casa de Amber —aclaró Tracy—. No sé si te acuerdas de ella.

Hunter se acordaba. Amber era la mejor amiga de Tracy.

—Vive a la vuelta de la esquina —continuó Tracy—. Como sabes, no suelo levantarme a estas horas, pero tengo que prepararme para una clase que tengo temprano en la UCLA. He parado a tomar un desayuno rápido antes de ir para allá.

Hunter dejó que sus ojos sonrieran. Con sus gafas de montura negra que se adaptaban perfectamente a su cara en forma de corazón, sus ojos verdes, sus brazos llenos de tatuajes y los *piercings* en la nariz y los labios, Tracy Adams siempre le había recordado a una especie de modelo *pin-up* moderna de los años cincuenta, pero su pelo rojo brillante era un poco más corto de lo que Hunter recordaba y su color parecía ser un tono más claro, lo que de alguna manera la hacía parecer aún más atractiva que antes.

—¿Sigues viviendo en Huntington Park? —preguntó Tracy.

—Sí.

Tracy se rio entre dientes.

—No voy a preguntarte qué haces en esta parte de la ciudad tan temprano.

Esta vez Hunter intentó sonreír de verdad, pero sintió como si las comisuras de sus labios se negaran a hacerlo.

—Tienes buen aspecto —dijo—. Me gusta el nuevo peinado. Te queda muy bien.

Tracy parecía sorprendida por el hecho de que Hunter se hubiera dado cuenta.

—Gracias. —Parecía halagada—. Tú también estás… —Intentó continuar, pero siempre había sido una pésima mentirosa y sabía que no había forma de que engañara a Hunter—. Pareces cansado, Robert.

Hunter asintió con la cabeza.

—Últimamente todo ha sido un poco caótico.

—Oh, vamos, no puede ser tan malo. —Tracy miró su reloj—. Llevamos hablando dos minutos y aún no ha sonado tu teléfono.

Hunter volvió a sonreír.

—Es verdad.

Ambos se quedaron en silencio durante un breve instante, tiempo más que suficiente para que la incomodidad creciera entre ellos.

Durante su breve relación, Hunter y Tracy nunca se habían quedado en un silencio incómodo. Al contrario, desde el día en que se conocieron, se sintieron tan cómodos el uno con el otro como una pareja que hubiera estado junta toda la vida, en silencio o no.

—¿Aceptas una sugerencia? —preguntó Tracy, señalando con la cabeza el tablón de bebidas y rompiendo el ensordecedor silencio—. Prueba el Caffe Quadra o el Rude Awakening. A ambos les añaden dosis extra de expreso. Te pueden venir bien.

Hunter se giró y leyó la descripción de los dos cafés que le había sugerido Tracy.

—Los dos suenan bien —coincidió—. Aunque Rude Awakening parece más fuerte.

—Lo es —confirmó Tracy.

Hunter pidió uno grande. Mientras esperaba, Tracy pidió un Spanish Latté mediano y un Berry Bowl para llevar.

—Por cierto —le dijo a Hunter, mientras el camarero preparaba su pedido—. Me mudo a la Costa Este. Dentro de una semana.

La noticia lo pilló completamente por sorpresa.

—Oh, ¿a dónde? —preguntó, haciendo todo lo posible por mantener a raya sus emociones. Pero, tan pronto como pronunció esas palabras, se dio cuenta de lo personal que había sido su pregunta—. Lo siento mucho. —Levantó una mano en señal de disculpa—. No pretendía entrometerme. No hace falta que respondas.

—No pasa nada —dijo Tracy, dedicándole a Hunter una de sus sonrisas desarmantes—. Si no quisiera que lo supieras, no lo habría mencionado. —Hizo una pausa de un segundo—. Yale se puso en contacto conmigo. Era imposible rechazar el puesto que me ofrecían.

Al principio, Hunter sintió que una tristeza asfixian te le apretaba el pecho, pero esa sensación no tardó en desvanecerse.

—Es fantástico, Tracy. —Estaba realmente feliz por ella—. Felicidades. Te lo mereces.

El camarero regresó al mostrador con el pedido de Hunter. Él lo recogió antes de que su mirada se encontrara por última vez con la de Tracy. Ambos guardaron silencio durante uno o dos segundos más. Esta vez no hubo incomodidad.

—Me ha alegrado mucho volver a verte, Tracy —dijo Hunter, esperando que su tono no le sonara a ella tan cargado de emoción como le parecía a él.

—A mí también, Robert —respondió ella sin dudarlo—. De verdad, lo digo en serio.

Una extraña sensación empezó a removerlo por dentro, pero Hunter consiguió controlarla antes de que fuera a más.

—Gracias por la sugerencia —dijo, levantando el gran vaso de café —. Y… cuídate, ¿vale?

—Lo haré.

Tracy quería responderle «tú también», pero ella, mejor que nadie, comprendía lo inútiles que sonarían esas palabras. Lo detuvo con la mirada y le dijo lo único que le quedaba por decir.

—Adiós, Robert.

Hunter no se atrevía a decirle «adiós» a Tracy. No otra vez. En lugar de eso, la saludó por última vez desde la puerta de la cafetería antes de regresar a su coche, sintiendo un gran vacío en el corazón.

Cuarenta y uno

La parada en boxes de Hunter le había llevado un poco más de lo que esperaba, así que cuando por fin estacionó el coche en el aparcamiento de la sede del Departamento, el sol de invierno ya había traspasado la línea del horizonte y, como una araña, trepaba lentamente por los laterales de los edificios del centro de Los Ángeles.

En su despacho, a Hunter no le sorprendió ver a Garcia ya en su mesa. Garcia también era muy madrugador y, con frecuencia, llegaba a la oficina de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos antes que Hunter.

—Estoy preparando una cafetera —dijo Garcia, mientras Hunter llegaba a su mesa y encendía el ordenador—. Debería estar listo en un par de minutos. —Hizo un gesto de aprobación a Hunter—. Grano supremo brasileño de tueste oscuro. No hay nada mejor que eso.

Habiendo heredado su amor por el café de su padre brasileño, que era un auténtico apasionado, Garcia se tomaba el café muy en serio. La cafetera de su oficina era suya, una máquina elegante y reluciente que le había costado algo más de lo que podía permitirse en aquel momento, pero, para él, aquella máquina valía cada centavo. Una opinión claramente compartida por Hunter. Pero una máquina por sí sola no vale mucho. Por eso, una vez a la semana, Hunter o Garcia se pasaban por una de las muchas tiendas especializadas en café del centro de Los Ángeles y cogían una bolsa de algo especial.

El olor que ya llenaba su despacho era apetitoso, pero Hunter hizo caso omiso de él, algo que no ocurría muy a menudo.

—Me llamó —dijo, y no era la respuesta que Garcia esperaba.

—¿Qué? —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Quién te llamó? ¿El grano supremo brasileño de tueste oscuro?

La broma de Garcia no provocó ninguna reacción en su compañero.

—El asesino —aclaró Hunter—. El dueño del diario. Me llamó anoche, justo después de dejar a Angela en el piso franco.

Garcia arqueó las cejas, sorprendido. Había oído a Hunter alto y claro, pero a su cerebro le costaba asimilar sus palabras.

—Espera… ¿Cómo? —Negó con la cabeza, desconcertado—. Quiero decir… ¿Cómo sabía a quién llamar? ¿Y cómo demonios consiguió tu número?

—Obviamente encontró la tarjeta que le di a Angela cuando registró su apartamento —respondió Hunter.

—Me había olvidado de eso —dijo Garcia.—. Bueno, ¿y qué te dijo?

Hunter cogió el móvil.

—Toma, puedes escucharlo tú mismo. —Conectó el teléfono a los altavoces de su ordenador para mejorar el sonido.

Según avanzaba la grabación, la cara de Garcia pasó de la sorpresa a la duda y a la incredulidad.

—¿He oído bien? —preguntó Garcia, una vez terminada la grabación, con un tono inseguro—. ¿Ese saco de mierda te dio un ultimátum?

Hunter se sentó en su silla.

—Eso parece.

—Y la fecha límite es hoy a las cinco.

—¿La fecha límite para qué, para el café? —La pregunta procedía de la capitana Blake, que había llegado a la puerta de su despacho justo a tiempo para oír la última frase de Garcia.

Cuando ambos detectives se giraron hacia ella, era difícil no notar la preocupación en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —El tono despreocupado de su voz había desaparecido por completo.

—Será mejor que pase y escuche esto, capitana —dijo Garcia, haciéndole un gesto con la mano para que entrara.

La capitana cerró la puerta tras de sí, se acercó al escritorio de Hunter y dejó sobre él su taza vacía.

—¿Qué voy a escuchar?

—La llamada del asesino a Robert —explicó Garcia.

—¿Cómo? —Las arrugas de su frente se acentuaron y sus ojos se abrieron de par en par.

Hunter volvió a poner la grabación y, al terminar, la capitana Blake estaba tan atónita como Garcia momentos antes. No solo por lo intrépido que parecía ser el autor de la llamada, sino también por lo tranquilo y despreocupado que sonaba. Tranquilo si se tenían en cuenta sus exigencias y las amenazas que profería tan libremente; despreocupado si se tenía en cuenta que estaba hablando con un detective de la División de Robos y Homicidios.

—Es un hijo de puta engreído, lo reconozco —dijo la capitana, una vez que Hunter hubo detenido la reproducción.

—También sabe mucho más de lo que creemos —añadió Hunter.

La capitana Blake se acercó a la máquina de café y llenó su taza.

—¿Qué sabe exactamente, Robert?

—El procedimiento de investigación criminal —respondió Hunter—. Creo que lo conoce, y lo conoce bien.

Del bolsillo de su americana negra perfectamente ajustada, la capitana Blake sacó un pequeño dispensador de edulcorante y echó una sola pastillita en su café.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Esta llamada telefónica, para empezar —dijo Hunter, inclinándose

hacia delante en la silla y apoyando ambos codos en la mesa—. Me dijo que en cuanto tuviera de nuevo su diario en mi poder, me llamaría para darme instrucciones sobre cómo devolvérselo. Cuando le pregunté qué le hacía pensar que no tenía el diario conmigo en ese momento, su respuesta fue…

—Que no era estúpido —cortó la capitana Blake—. Sí, acabamos de oírlo, Robert. ¿A dónde quieres llegar?

—Lo que quiero decir es que, aunque esa respuesta concreta podría interpretarse de varias maneras, tengo la fuerte sensación de que lo que en realidad quería decir era que sabía que su diario de verdad, no fotocopias, escaneos digitales ni fotos, sino su diario físico real, no estaba conmigo, independientemente del sitio en el que me encontrara. Ni en mi coche ni en mi casa… ni siquiera aquí, en la sede del Departamento.

La capitana dio un sorbo a su café antes de dejar que sus ojos se posaran en Garcia durante un instante. Parecía tan intrigado como ella. Ambos miraron a Hunter, expectantes. Él no se hizo de rogar.

—El asesino sabe que, si la policía se hiciera con su diario, uno de nuestros primeros movimientos sería entregárselo a los forenses. Con páginas y páginas de texto, fotografías Polaroid, manchas de sangre y demás, también sabe que podrían pasar semanas, incluso meses, antes de que los forenses terminen de analizarlo. Por eso me dio hasta las cinco de hoy para recuperarlo. Sabía que me llevaría algún tiempo hacerlo.

La capitana Blake reflexionó un instante sobre la teoría de Hunter.

—Cuando el asesino llamó a Angela y le preguntó dónde estaba su diario —continuó Hunter, anticipándose a la siguiente pregunta de su capitana—, ella le dijo que se lo había enviado a la policía. A la policía. No mencionó nada sobre la FSD ni sobre el buzón de la doctora Slater. Lo confirmé con Angela anoche.

La capitana Blake dio otro sorbo a su café.

—Si, como sugieres, él sabía que la División de Ciencias Forenses tenía su diario, ¿por qué te llamó a ti? ¿Por qué no se saltó al intermediario y los llamó directamente?

—Porque no habría pasado de la centralita —respondió Hunter—. Si hubiera intentado hablar con la FSD sin un número de caso específico, no le habrían pasado con ellos. Por muy listo que sea, no podría haber dicho nada que le hubiera permitido obtener un nombre concreto. Aunque quisieran, no podrían habérselo dado. Una prueba tan compleja como su diario tiene que someterse a una gran cantidad de pruebas diferentes: huellas, ADN, grafología, análisis del papel… Le di a la doctora Slater órdenes específicas de que ese diario no se desmontara, lo que significa que el cuaderno entero tiene que pasar por los distintos laboratorios. Lo examinarán varios científicos y

técnicos, no una sola persona. Llamar allí habría sido una pérdida de tiempo, y estoy seguro de que él lo sabía.

Hubo un momento de silencio mientras la capitana se terminaba su café.

—Entonces, ¿en realidad no tenemos el diario? —preguntó.

—No —confirmó Garcia—. Lo tiene la FSD. Nosotros solo tenemos los escaneos de sus páginas.

La capitana asintió con la cabeza.

—¿Y qué vamos a hacer en relación con su exigencia? —Levantó una mano para indicar que aún no había terminado—. Sé que lo más lógico sería montar algún tipo de operación encubierta y esperar a que nos llame esta tarde, pero, por lo que me acabas de contar —se dirigió a Hunter—, supongo que para atraparlo necesitaremos algo más que tenderle una trampa, ¿verdad?

Hunter alzó las manos hacia el techo y se encogió de hombros.

—Podemos intentarlo, pero sinceramente dudo que funcione. —Señaló su móvil, que estaba sobre la mesa—. Os habéis dado cuenta de lo tranquilo y confiado que sonaba durante toda la llamada, ¿verdad?

La capitana Blake asintió.

—Probablemente se debe a que ya ha pensado cómo hacer que Robert le entregue el diario sin correr el riesgo de que lo descubran —sugirió Garcia.

—No lo dudo —coincidió Hunter—. Pero su confianza va mucho más allá de eso. Va mucho más allá de esta llamada.

—¿En qué sentido? —preguntó Garcia, anticipándose a la capitana Blake.

—He perdido la cuenta de cuántas veces he escuchado esta grabación —aclaró Hunter—. Y la sensación que me dieron sus palabras… su tono de voz… fue que no estaba tratando de sonar confiado en esta llamada en particular solo porque estaba hablando con un policía. Me dio la sensación de que sonaba confiado porque no le asustamos. No me refiero solo a la Policía de Los Ángeles, me refiero a cualquier agencia de la ley. Podría haber estado hablando con el FBI, la NSA, la ATF, con quien fuera, y seguiría sonando igual. No se habría asustado. Les habría dado un ultimátum.

La capitana Blake sostuvo la mirada de Hunter durante más de un segundo. En sus ojos vio un brillo extraño, uno que no le era del todo ajeno. Sabía que, en algún lugar dentro de ese cerebro privilegiado, Hunter había empezado a elaborar un perfil del asesino. Y decidió indagar.

—¿Y por qué crees que es eso?

Hunter por fin se sintió atraído por el apetitoso aroma del café, así que se acercó a la máquina y se sirvió una taza grande.

—Es imposible saberlo, capitana. No sin interrogarlo.

—Vale, pero puedes especular. —Ella levantó una mano, concediéndole algo de margen—. Sé que lo odias, pero, por favor, haz una excepción, Robert. Solo estoy tratando de entender a qué nos enfrentamos. ¿Por qué crees que este loco en particular es tan confiado, tan intrépido?

Hunter bebió un sorbo de su café.

—De acuerdo, pero esto no es más que pura especulación.

—Me sirve —aceptó la capitana Blake.

—Vale —empezó Hunter—. Una cosa que sí sabemos es que oye voces en su cabeza, lo que indica que es un psicópata esquizofrénico. Si las voces le ordenan que recupere su diario, hará lo que sea para complacerlas, aunque eso signifique ignorar su propia seguridad. El miedo, el dolor, el agotamiento, el peligro, la fuerza, incluso su amor propio psicopático y narcisista… todo eso pasa a un segundo plano porque las voces y sus deseos tienen prioridad sobre todo. Para él, lo más importante es no contrariar a las voces.

Aunque la explicación de Hunter tenía sentido para todos, la capitana Blake tuvo la sensación de que se estaba guardando algo.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero esa no es toda tu teoría, ¿verdad? Hay algo más, algo que te inquieta.

Hunter se quedó callado.

—¿Qué pasa, Robert? —insistió ella.

—Es más una corazonada que una teoría, capitana —dijo Hunter, volviendo a su silla—. Y la única forma que tengo de confirmarla es revisando con lupa todo lo que nos ha enviado la doctora Slater. Así que, si me da algo de tiempo, se lo podré decir dentro de un rato.

—No —dijo la capitana con un firme movimiento de cabeza—. Sé que no hay que hacer caso omiso de tus malditas corazonadas, Robert. Cada vez que tienes una, se desata el infierno. Cuéntanoslo ahora.

—La capitana tiene razón —dijo Garcia, que volvió a su ordenador y cargó las primeras imágenes del archivo comprimido que les había enviado la doctora Slater—. ¿Cuál es esa corazonada?

En ese momento, Hunter se sintió como un niño a punto de contar a sus padres que había visto un unicornio en su jardín trasero.

—Quizá la fuerza que hay detrás de todo lo que hace —dijo Hunter — proviene del hecho de que está acostumbrado a enfrentarse a adversarios más temibles que la policía. Creo que la razón por la que entiende tan bien el procedimiento de investigación criminal es porque ha formado parte de él.

—Espera un momento —lo interrumpió la capitana Blake—. ¿Crees que es policía?

—No —respondió Hunter con un sutil movimiento de cabeza—. No es un policía corriente. No es uno de los nuestros. Es alguien con mucho más entrenamien to.

Cuarenta y dos

Situado cerca del centro de Los Ángeles, entre el valle de San Fernando y Beverly Hills, se encontraba el parque Franklin Canyon, una extensión de doscientas cuarenta y cinco hectáreas de matorral, praderas, robledales, un lago de poco más de una hectárea, un estanque con patos, amplias zonas de pícnic y más de ocho kilómetros de rutas de senderismo. El lago y el estanque servían de refugio para las aves de la ruta migratoria del Pacífico, la principal ruta de vuelo norte-sur de las aves migratorias de América, que se extiende desde Alaska hasta la Patagonia. Era allí, junto a un grupo aislado de árboles en el extremo noroeste del lago, donde al hombre le gustaba sentarse. Y se sentaba, alejado de todo el mundo, mirando el agua y los pájaros, perdido en sus propios pensamientos, durante horas y horas.

A pesar de la céntrica ubicación del parque en una ciudad de cuatro millones de almas, sus terrenos tenían un efecto casi mágico. Una vez cruzadas las puertas, Los Ángeles, con todo su ajetreo y bullicio, quedaba completamente atrás. Era como transportarse a otro mundo… incluso a otro planeta, y por eso, de entre todos los parques de Los Ángeles, el Franklin Canyon era su favorito. De media, solía visitarlo dos o tres veces por semana. La tranquilidad del entorno, unida a la belleza del lago, su vegetación y la diversidad de sus aves, le hacían sentirse más en paz que en ningún otro sitio.

Oficialmente, el parque abría sus puertas al público a las siete de la mañana, pero, para alguien con la experiencia de aquel hombre, colarse por la valla peri metral era tan fácil como respirar. De hecho, cuando era posible, le gustaba llegar antes del amanecer.

Cuando los primeros rayos de sol iluminaron los árboles y se encontraron con el agua, crearon una hipnotizante ondulación de luz, como si el sol hubiera venido a revelar diamantes ocultos en el fondo del lago.

El hombre terminó su sándwich de pastrami y dio otro sorbo a su café. El sol, aunque débil, le calentaba la piel. A lo lejos, oyó a un pájaro carpintero comenzar su jornada. Varias especies de aves, ocultas entre la vegetación, también se hacían oír, saludando al nuevo día.

Sentado con la espalda apoyada en un árbol, el hombre se abrazó las piernas. Sus ojos se dirigieron al cielo justo a tiempo para ver cómo un martín pescador daba vueltas sobre su cabeza y clavaba la vista en un pobre pececillo de las aguas poco profundas de la orilla del lago. Una vez fijado su objetivo, el martín pescador se lanzó sobre él rápidamente y con la máxima precisión. Como un misil teledirigido, se

zambulló en el agua, perturbando su brillante superficie, para resurgir un segundo después con el pez bien sujeto en el pico. El pez, que luchaba por su vida, se agitó desesperado, haciendo todo lo posible por zafarse del apretado agarre del ave, pero su lucha fue en vano. Después de todo, el pájaro se llamaba martín pescador por una razón. Una vez que tenía a su víctima en el pico, no había nada que la presa pudiera hacer.

Mientras el hombre observaba al ave regresar volando a la rama de un árbol no muy lejos de donde estaba sentado, se rio sin gracia, pensando en las similitudes entre él y aquella ave.

Al igual que el martín pescador, una vez que el hom bre había capturado a un objetivo, las posibilidades de que este escapara eran nulas, pero las similitudes no acababan ahí. A pesar de lo hermosas que eran esas aves, con sus picos largos y puntiagudos, cabezas y ojos grandes, cuerpos coloridos, patas pequeñas y colas cortas, en el mundo de la ornitología, el martín pescador era considerado un depredador feroz.

La forma brutal y tortuosa en que esas aves mataban a sus presas les había granjeado la reputación de crueles asesinos. Una vez de vuelta en la rama de un árbol, en lugar de esperar a que muriera de forma natural, el martín pescador golpeaba salvajemente al pez que tenía en el pico contra el árbol con todas sus fuerzas… una… y otra… y otra vez… hasta matarlo. En términos humanos, eso equivalía a que un hombre golpeara la cabeza de un sujeto contra un muro de hormigón sin parar hasta que el cráneo se hubiera fracturado varias veces y su cerebro se hubiera convertido en papilla.

«La vida es pura poesía», pensó el hombre.

Se sirvió otra taza de café del termo que llevaba consigo y consultó su reloj: faltaban menos de diez horas para que tuviera que volver a llamar al detective Hunter.

Aunque tenía que darle la oportunidad de hacerlo, no esperaba que el detective aceptara. Al menos no a la primera. Por eso ya había trazado un plan.

Recuperaría su diario, de eso no tenía la menor duda. Y, si tenía que matar al detective en el proceso, que así fuera… Y esta vez no necesitaría que las voces le dijeran qué hacer.

Cuarenta y tres

—¿Alguien con mucho más entrenamiento que un policía? —preguntó la capitana Blake a Hunter—. ¿Como quién? —Las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más visibles mientras miraba a su detective—. No me digas que crees que el asesino podría estar relacionado con el FBI.

Hunter negó con la cabeza.

—No, tampoco con el FBI… Con el ejército.

Garcia, que estaba a la izquierda de la capitana Blake, parecía tan sorprendido como ella.

—¿Por qué el ejército?

Hunter levantó ambas manos.

—Como he dicho, es solo una corazonada, pero creo que hay una gran posibilidad de que el asesino esté o haya estado en el ejército.

—¿Una corazonada basada en qué, Robert? —preguntó la capitana —. ¿En el hecho de que utilizó la hora militar para referirse a su plazo de las cinco?

—Ese es un factor, sí —admitió Hunter.

—Muchos de nuestros turnos utilizan la notación horaria militar —replicó la capitana Blake—. También la usamos en algunas planificaciones de personal, horarios, agendas, programas… La lista es larga.

—Sí —asintió Hunter—. Por escrito, la hora militar se utiliza en todas partes, pero, por lo general, solo los miembros del ejército o las personas vinculadas a él utilizan la hora militar al hablar.

La capitana Blake dudó un momento.

—Puede que lo veamos escrito en casi todas partes —insistió Hunter —, pero la mayoría de nosotros no lo leemos en formato de hora militar.

—A menos que lo hiciera a propósito —Garcia se unió al debate—, con la intención específica de llevarte por ese camino: hacerte creer que tiene formación militar. Desde luego, parece lo bastante listo para eso.

—Pero la hora militar no es el único término relacionado con el ejército que ha utilizado. También lo ha hecho por escrito.

Minimizó la imagen de su pantalla antes de abrir una nueva.

Garcia y la capitana Blake se situaron detrás de la mesa de Hunter.

Hunter se dirigió a Garcia.

—Esto, como recordarás, está relacionado con la segunda entrada

del diario: Cory Snyder. —Señaló la pantalla.

> *A pesar de mi imprecisión inicial, cada latigazo que propinaba desgarraba violentamente la carne del sujeto, creando el tipo de laceraciones profundas que aterrorizarían a cualquier médico de campaña.*

—Salvo en películas bélicas o videojuegos —preguntó Hunter—, ¿alguna vez habéis oído a alguien referirse a un médico como médico de campaña, ya sea en una conversación o por escrito?

Garcia y la capitana Blake permanecieron en silencio.

—El término *médico de campaña* es utilizado principalmente por el personal militar —insistió Hunter—. A lo largo del diario puede haber otros términos que insinúen que el asesino estuvo o sigue estando en el ejército, no estoy seguro. Solo hemos podido leer dos de las dieciséis entradas.

Garcia lo confirmó con un movimiento de cabeza.

—Por eso quiero volver a empezar desde el principio —continúo Hunter—. Y revisarlo todo, cada página, cada palabra, con una mirada analítica. Con suerte, en algún lugar del diario habrá algo que lo delatará.

La capitana Blake, que aún no había leído ninguna de las entradas, mantenía la vista fija en la pantalla del ordenador de Hunter.

—De acuerdo —dijo ella, apartando por fin los ojos del espantoso texto que tenía delante—. Poneos a ello. Mientras tanto, pediré que un equipo de la SIS y uno de los SWAT estén a la espera para tu cita de las cinco.

Hunter consultó su reloj.

—Llamaré a la doctora Slater para decirle que necesitamos que nos devuelva el diario.

La capitana Blake clavó la mirada en Hunter.

—Sea cual sea el tipo de instrucciones que recibas hoy de ese colgado, no estarás considerando la idea de tener el diario real contigo, ¿verdad?

—Puede que lo necesite —respondió Hunter, cargando ya nuevas imágenes en su pantalla—. Y, pase lo que pase hoy a las cinco, necesito ese diario aquí conmigo.

La capitana Blake le dio a Hunter un par de segundos, pero él no añadió nada más.

—¿Y eso por qué, Robert?

Hunter exhaló antes de apoyar el codo derecho en el escritorio y mirar fijamente a su capitana.

—Por dos razones principales. La primera, porque querrá algún tipo

de prueba de que lo tengo en mis manos.

Las comisuras de la boca de la capitana Blake descendieron mientras asentía.

—Muy bien, ¿y cuál es la segunda razón?

Hunter giró un poco la silla para mirar a Garcia y a la capitana Blake.

—Su deseo casi desesperado de recuperarlo.

Solo por sus expresiones, Hunter supo que no habían entendido a dónde quería llegar.

—¿No os parece un poco raro? —preguntó, buscando alguna reacción en sus rostros.

Pero siguió sin ver nada, así que se lo explicó mejor.

—El asesino sabe de sobra que, a estas alturas, ya habremos hecho copias, escaneado o fotografiado cada página, cada dibujo, cada Polaroid de ese diario. Que él recupere el original no va a impedir que accedamos a la información que contiene. No nos impedirá desenterrar a cada una de sus víctimas. Y, si su identidad se menciona en alguna frase, que lo recupere no impedirá que vayamos a por él.

—Así que no es la información de esas páginas lo que quiere recuperar, sino el diario en sí.

Hunter asintió.

—Tiene que ser eso. La pregunta es: ¿por qué? La única conclusión a la que he podido llegar es que tiene que haber algo más en el diario. Algo más allá de las palabras. Algo oculto a la vista. Algo que un escáner o una fotografía no detectarían. Algo que tal vez incluso los forenses pasarían por alto. ¿Por qué si no querría recuperarlo con tanta desesperación?

Una vez más, la capitana Blake sintió que se le erizaba el vello de la nuca, pero esta vez por un motivo totalmente distinto.

—Llama por teléfono a Susan —ordenó a Hunter, mientras se dirigía a la puerta—. Trae el diario lo antes posible y mantenme informada. Me pondré en contacto con la SIS y con los SWAT. Vamos a por ese hijo de puta.

Cuarenta y cuatro

Hunter colgó el teléfono, dio las últimas instrucciones al agente Makalsky, que estaba delante de su mesa, y de inmediato regresó a la imagen de la pantalla de su ordenador. Él y Garcia, una vez más, volvieron a empezar por el principio, por la página uno, la entrada de Elizabeth Gibbs.

Hunter leía a una velocidad impresionante, era capaz de hacer una lectura rápida con facilidad, pero esta vez redujo deliberadamente su ritmo. Además de buscar cualquier detalle que diera más credibilidad a su teoría de la conexión militar, también intentaba averiguar si había algo escondido en ese cuaderno. El problema era que no tenía ni idea de lo que buscaba. ¿Debía intentar leer entre líneas en busca de algún significado oculto o buscaba algo más tangible? ¿Había utilizado el asesino algún tipo de código para ocultar información? Si lo había hecho, ¿cómo podría Hunter encontrarla?

Sabía que la respuesta no sería fácil, si es que llegaba a dar con ella.

Hunter leyó dos veces cada línea completa del texto. La primera vez buscó un posible significado oculto de la frase, un juego de palabras o algo similar. La segunda vez, su atención pasó de una palabra a otra y de una letra a otra. Esta vez buscaba algo fuera de lo común. Tal vez una palabra, o incluso una letra que hubiera sido acentuada de alguna manera: pequeñas marcas debajo o encima, tinta más gruesa… cualquier detalle que pareciera fuera de lugar.

Cuando terminó de leer la entrada de Elizabeth Gibbs, no había encontrado nada que le llamara la atención: ningún otro indicio que pudiera sugerir que el asesino tenía antecedentes militares y nada que pareciera más revelador de lo que ya tenían. Tampoco había señales de ningún código. Lo mismo ocurrió con la segunda entrada, la de Cory Snyder.

Antes de pasar a la tercera entrada y a una nueva víctima, Hunter se levantó y se sirvió una taza de café.

Aunque esos asesinatos ya se habían cometido y Hunter no podía hacer nada para evitarlos, la idea de continuar la lectura le provocaba una ligera ansiedad. Sabía que cada entrada desvelaría una nueva atrocidad, un nuevo horror. Cada relato pondría nombre y rostro a una nueva víctima: pobres almas a las que un maníaco sádico que oía voces en su cabeza les había robado la vida. Aquel sentimiento de impotencia le encogía el estómago y le provocaba náuseas, pero, aunque no podía ayudar a ninguna de las dieciséis víctimas mencionadas en aquellas páginas, daría respuestas a sus familias, y haría todo lo que estuviera en su mano para impedir que aquel asesino

se cobrara más vidas.

Con un café recién hecho en la mano, Hunter regresó a su mesa.

La nueva entrada decía:

Las voces han estado en silencio durante un tiempo —setenta y ocho días, para ser exactos—, pero han salido de su letargo, volviendo a mí tan claras y hambrientas como siempre. Una vez más, tenían otra petición muy concreta. Sexo: femenino. Edad: entre veinticinco y veintisiete años. Ni más joven ni más mayor. Altura: entre 1,62 y 1,68 m. Pelo: negro, liso, largo, al menos por debajo de los hombros. Ojos: negros (o marrón muy oscuro). Complexión: pequeña, delgada. Peso: ni un gramo por encima de los cincuenta y nueve kilos. Etnia: japonesa-estadounidense. Personalidad: tímida, introvertida. Es la primera vez que las voces mencionan una preferencia por una personalidad concreta. En realidad, no supone un problema, pero esa preferencia, sin duda, retrasará la selección del objetivo. Con los anteriores, en los que los requisitos eran solo físicos, la selección podía hacerse fácilmente mediante reconocimiento visual…

Hunter dejó de leer y las venas de sus sienes se tensaron por la emoción. Sabía que la expresión «reconocimiento visual» la utilizaba a menudo el personal militar, aunque no exclusivamente.

Tomó nota mental de la palabra y bebió un sorbo de su café antes de regresar al texto.

… pero, con la incorporación de un tipo específico de personalidad, el reconocimiento visual no será suficiente. Para poder discernir su personalidad con cierto grado de certeza, tendré que acercarme al objetivo y entablar conversación, probablemente más de una vez, algo que preferiría no hacer. «Debe ir vestida con un kimono tradicional japonés», fue la siguiente petición de las voces. «También debe llevar calcetines blancos y sandalias tradicionales de madera. No necesita maquillaje. El color del kimono es irrelevante». A pesar del inusual nivel de detalle relativo al atuendo del sujeto, encontrar un objetivo no supondrá ningún problema real, excepto, por supuesto, por la cuestión de la personalidad, que, con toda honestidad, se podría eludir, ya que no hay forma real de que las voces puedan discernirla.

Hunter se detuvo de nuevo, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Esta vez no le preocupaba el vocabulario utilizado en la entrada. «Eludir», aunque no era la palabra más común, no podía

considerarse un término militar. No, no había sido una palabra del texto lo que había hecho que Hunter se detuviera y frunciera el ceño; había sido el texto en sí. El significado que había detrás.

Se recostó en la silla, cruzó los brazos y se quedó mirando la pantalla del ordenador, pensativo.

—¿Va todo bien? —preguntó Garcia, estirando un poco el cuello hacia la izquierda para mirar por encima de su monitor.

—Mmm —fue la respuesta de Hunter, que asintió con la cabeza.

Garcia no estaba convencido.

—Conozco esa cara, Robert. ¿Qué sucede?

—No estoy muy seguro. —Hunter usó el pulgar y el índice para masajearse suavemente los párpados cerrados—. Tal vez estoy dando demasiadas vueltas a todo, intentando encontrar a la fuerza una manera de entender cómo piensa este tipo, cuando en realidad no hay nada aquí.

Hunter sabía por experiencia que esforzarse demasiado tendía a sabotear el cerebro. Cuanto más lo intentaba una persona sin éxito, más frustrada se sentía. La frustración no solo acortaba la vida útil del proceso de pensamiento, sino que también engañaba al cerebro para que distorsionara imágenes, palabras y sonidos, haciéndole ver y oír lo que en realidad no estaba allí y lo que no se había dicho.

—Vale —respondió Garcia—. ¿A qué crees que le estás dando tantas vueltas? Quizá pueda ayudarte.

—Tal vez —admitió Hunter—. Pero deja que termine la entrada. Tal vez las cosas se aclaren.

—Por supuesto —respondió Garcia.

Hunter volvió a las palabras de su pantalla.

> *Pero fue cuando las voces pasaron a detallar el método de ejecución cuando surgió un verdadero problema. «Vestida con el atuendo tradicional de geisha —dijeron las voces—, hay que abofetearla violentamente con la mano abierta en la cara varias veces, hasta que le corra sangre por la nariz y los labios. Nada de puñetazos. Solo bofetadas abiertas. No hay que dejarla inconsciente. Con la cara manchada de sangre, se le abrirá salvajemente el kimono y se violará a la víctima…». Fue entonces cuando detuve a las voces. NO violaré a nadie. Si esa era su petición, tendrían que marcharse y volver con otra distinta. NO VIOLARÉ A NADIE.*

Hunter dejó de leer una vez más.

—Esto no encaja —murmuró—. Nada de esto encaja.

Cuarenta y cinco

A pesar de que Hunter mantuvo la voz no más alta que un susurro, sus palabras recorrieron con facilidad la corta distancia que separaba su mesa de la de Garcia, llegando alto y claro a los oídos de su compañero.

—¿Qué es lo que no encaja? —preguntó Garcia con preocupación.

Hunter no respondió. En lugar de eso, se quedó quieto, con la boca entreabierta y los ojos fijos en la pantalla del ordenador, mientras releía una y otra vez las últimas líneas del texto.

—Robert —llamó Garcia, esta vez un poco más alto—, ¿qué es lo que no encaja? ¿Qué has encontrado?

Hunter sacudió la cabeza un instante, como si tratara de librarse de un mal sueño.

—¿Por qué parte del texto vas? —preguntó.

—Hacia la mitad de la tercera entrada —respondió Garcia.

—Entonces, vamos casi a la par —dijo Hunter, haciendo un gesto a Garcia para que se acercara—. Echa un vistazo a esto.

Garcia se unió a Hunter en su mesa.

—¿A qué?

—Aquí. —En su pantalla, Hunter señaló el último fragmento de texto que había leído—. Esta parte, justo aquí.

Garcia lo leyó dos veces, antes de volver a mirar a Hunter con ojos interrogantes.

—¿No ves nada raro en esto? —preguntó Hunter.

—Que el asesino se negara a llevar a cabo una violación es sorprendente —admitió Garcia—, pero yo no lo calificaría como raro.

—Sí, pero esa es la cuestión —intentó aclarar Hunter—. No solo se negó a llevar a cabo la violación. Les dijo a las voces que se marcharan y que volvieran con otra cosa.

Garcia se encogió de hombros.

—En cierto modo, eso podría verse como algo positivo, ¿no crees?

—Sí, claro —concedió Hunter—. Pero no estoy hablando de eso, Carlos. No estoy hablando de la violación. Estoy hablando de que el asesino detuvo a las voces, y no solo les dijo que no iba a hacer lo que le pedían, sino que les dio órdenes… les dijo que se marcharan y volvieran con una petición diferente. Desde un punto de vista psicológico, en un caso de esquizofrenia, eso no tiene sentido.

—Bueno —dijo Garcia, ladeando un poco la cabeza—, dado que mis conocimientos sobre la esquizofrenia son bastante básicos, te lo tengo que preguntar: ¿por qué no?

—La esquizofrenia es lo que provoca que una persona oiga voces en

su cabeza —explicó Hunter—. Pero, como sabes, esas voces en realidad no existen. Son creadas y proyectadas por el propio subconsciente de esa persona. El problema radica en que, en su mente, esas voces suenan tan reales y distintas de la suya que de verdad cree que alguien, o algo, le está hablando. En la esquizofrenia, hay esencialmente dos tipos distintos de delirios auditivos. —Hunter utilizó los dedos de la mano derecha para contarlos—. Uno: las voces que van acompañadas de alucinaciones, lo que significa que la persona visualiza a alguien o algo que le habla. El típico «amigo imaginario». Y para ellos esa figura es tan real como tú lo eres para mí ahora mismo. En esos casos, el esquizofrénico suele poner un nombre a la persona o cosa imaginaria: John, Paul, Jenny, el Dragón, Cthulhu… Ya te haces una idea, ¿verdad?

Garcia asintió.

—De acuerdo —continuó Hunter, señalando una vez más la pantalla de su ordenador—. Como en sus anotaciones se refiere a las voces que oye simplemente como «las voces», y no por nombres específicos, eso me hizo pensar que nuestro asesino entraba en la segunda categoría de delirios auditivos: solo voces, sin alucinaciones visuales que las acompañen. Esos casos suelen ser un poco más extremos.

—¿Más extremos? —cuestionó Garcia—. ¿Por qué?

—Porque si una persona oye voces que percibe como reales, pero no ve absolutamente a nadie, lo más frecuente es que esa persona atribuya esas voces a poderosas entidades humanas: Dios, el Diablo, fantasmas, santos, un pariente muerto… —Hunter levantó ambas manos, sabiendo que estaba exagerando su explicación—. De todos modos, las voces dentro de la cabeza de alguien, haya alucinaciones o no, son siempre demasiado poderosas, demasiado perturbadoras, demasiado obsesionantes y, desde luego, demasiado dominantes para que un esquizofrénico pueda tener algún tipo de control sobre ellas, por no hablar de poder decirles que se vayan… Y por eso se les considera esquizofrénicos. —Hunter hizo una pausa para darle un momento a Garcia—. Si el asesino es capaz de detener las voces dentro de su cabeza cuando quiere, entonces se ha curado él solo de la esquizofrenia. Si puede controlar las voces, puede controlar la enfermedad.

Garcia por fin vio la lógica en el razonamiento de Hunter.

—Y si el asesino puede silenciar las voces siempre que quiere —añadió Hunter—, ¿por qué solo lo hizo cuando le pidieron que violara a alguien? ¿Por qué no las detuvo desde el principio, cuando las voces le ordenaron que matara por primera vez? ¿Qué sentido tiene eso?

Fue el turno de Garcia de sacudir la cabeza como si tratara de

deshacerse del recuerdo de una pesadilla.

—Hay algo más —continuó Hunter, desplazándose hacia atrás en la imagen de su pantalla hasta llegar al punto que buscaba—. Aquí.

Los ojos de Garcia se dirigieron a la pantalla de Hunter y al fragmento de texto que había indicado.

> *A pesar del inusual nivel de detalle relativo al atuendo del sujeto, encontrar un objetivo no supondría ningún problema real, excepto, por supuesto, por la cuestión de la personalidad, que, con toda honestidad, se podría eludir, ya que no hay forma real de que las voces puedan discernirla.*

—¿Eludir la cuestión de la personalidad? —dijo Hunter.

—Creo que lo que quiere decir aquí es que en esta ocasión podría engañar a las voces.

—Bingo —estuvo de acuerdo Hunter, con los ojos abiertos de par en par mientras asentía—. Al decir que «no hay forma real de que las voces puedan discernirla» está aludiendo al hecho de que, de alguna manera, las voces no sabrían distinguir si la víctima era introvertida o no; por lo tanto, podrían ser engañadas. —Hunter detuvo a Garcia con un gesto de la mano—. Ahora bien, ¿cómo engañas a algo que es un producto, una manifestación de tus propios pensamientos… de tu propio subconsciente?

Y entonces Garcia lo comprendió.

—No puedes —respondió.

—Exacto —confirmó Hunter—. Es tu propio cerebro. Sabe todo lo que tú sabes.

Garcia se apartó de la mesa de Hunter y se pellizcó el labio inferior con el pulgar y el índice.

—Entonces, ¿cuál es la conclusión que podemos sacar de todo esto? Si es que hay alguna.

Hunter se dejó caer contra el respaldo de su silla, como si acabara de disputar diez asaltos con un campeón de los pesos pesados.

—No estoy seguro al cien por cien —respondió al fin—. Solo estamos en la entrada número tres de dieciséis. Es demasiado pronto para sacar conclusiones. Pero, desde un punto de vista puramente psicológico, esto pone bastante en duda que el asesino padezca esquizofrenia.

Y eso era lo que más temía Garcia.

—¿Y cómo demonios está oyendo voces? —preguntó.

Hunter exhaló con fuerza.

—¿Y si esas voces no tienen nada que ver con una enfermedad mental?

—No te sigo.

—¿Y si son voces reales de personas reales que le dicen lo que tiene que hacer?

Garcia dio un respingo.

—¿Qué…? Es una locura. ¿Cómo…? ¿Quién haría algo así?

Hunter se encogió de hombros.

—No lo sé… Mira, a lo mejor le estoy dando demasiadas vueltas, porque esto tiene muy poco sentido ahora mismo. —Señaló la pantalla —. Supongo que deberíamos seguir leyendo.

Garcia aceptó y regresó a su mesa.

Hunter aún no tenía ni idea de lo que buscaba y, cuanto más leía, más preguntas se hacía.

> *Si esa era su petición, tendrían que marcharse y volver con otra distinta. NO VIOLARÉ A NADIE. No hace falta decir que las voces no estaban contentas, pero yo no soy así. Nunca he violado a nadie. A pesar de todo lo que he visto. A pesar de todo lo que he vivido. Nunca he violado a nadie, ni siquiera* PFOA. *Y que me condenen si voy a empezar ahora.*

Hunter se detuvo de nuevo, sus ojos retrocedieron unas cuantas palabras en su pantalla para posarse en el acrónimo que había utilizado el asesino: PFOA. Con una expresión preocupada, buscó en su memoria algo que pudiera, aunque fuera remotamente, darle algún significado.

Nada.

Hunter abrió el navegador y realizó una rápida búsqueda en internet. La mayoría de los resultados se referían a algoritmos de optimización de la búsqueda de alimento bacteriana.

—No es eso —susurró Hunter para sí con un movimiento de cabeza.

Uno de los enlaces que obtuvo en la página de resultados llevaba a un buscador de acrónimos.

En esa página, introdujo las letras «PFOA» en la casilla correspondiente y pulsó el botón de búsqueda. En un abrir y cerrar de ojos tenía cinco nuevas definiciones en una nueva página de resultados:

Park Festival Open Air (Alemania).

Punk Fights On Acid (grupo musical).

Patrulla Federal de Operaciones Aéreas (Texas).

Programa de Formación en Operaciones Avanzadas (Miami, Florida).

Plataforma Federal de Observación y Análisis (Hainan, China).

En el contexto de la entrada del diario, ninguna de ellas tenía el más mínimo sentido.

En la parte superior de la página de resultados de acrónimos, diferentes pestañas mostraban cuántos resultados había arrojado ese acrónimo concreto en relación con categorías específicas. La página de resultados se había predeterminado a «Todas las definiciones», que eran los cinco resultados que Hunter había leído. Las otras pestañas eran:

Tecnología de la información: cero resultados.
Ciencia y medicina: cero resultados.
Organizaciones, escuelas, etc.: cuatro resultados.
Jerga, charla y cultura popular: un resultado.
Ámbito militares y gubernamental: cero resultados.

Hunter inspiró hondo.

—¿Qué diablos significa PFOA, lo sabes? —preguntó Garcia desde su mesa.

—Eso es lo que intento averiguar —respondió Hunter—. Hasta ahora, nada de lo que he encontrado tiene sentido en el contexto de la entrada.

—A mí tampoco se me ocurre nada —dijo Garcia.

Hunter se rascó la nariz mientras leía la frase en su pantalla una vez más.

—Vamos a dejarlo por ahora. Primero quiero llegar al final de esta nueva entrada.

—De acuerdo —dijo Garcia.

Esperaba que las voces se fueran y volvieran otro día. Quizá mañana. Quizá pasado mañana, pero me equivoqué. A pesar de su decepción, casi de inmediato expresaron una nueva petición, como si ya tuvieran una lista de sujetos deseados y hubieran esperado mi negativa a su solicitud original. La nueva petición era muy diferente no solo de la anterior, sino de todas ellas. El nivel de detalle físico, que suele ser bastante específico, era relativamente vago, y la mayor parte quedaba a mi elección, pero la principal diferencia entre esta petición y todas las anteriores era que las voces no pedían un sujeto. Pedían dos.

Cuarenta y seis

Hunter dejó de leer de nuevo, esta vez para encogerse de hombros. En términos psicológicos, muy poco de lo que estaba leyendo tenía sentido. Se frotó los ojos antes de retomar la lectura desde donde la había dejado.

Pedían dos. Género: masculino y femenino. Todo lo demás: color de pelo, color de ojos, edad, estatura, etc. era irrelevante. Lo que no era irrelevante era el estado de su relación. La pareja tenía que llevar casada más de cinco años. Cuánto tiempo más de cinco años también era irrelevante. Hijos: también irrelevante. De buenas a primeras, y dado que las voces lo habían dejado a mi criterio, decidí que elegiría a una pareja sin hijos. En una ciudad como Los Ángeles, donde los valores tradicionales de la familia parecen estar en constante conflicto con tener una carrera de éxito, y donde cada vez son más las parejas que optan por no tener hijos, encontrar una pareja así no me pareció difícil. Y estaba en lo cierto. Todo lo que tenía que hacer era visitar algunos bares y restaurantes, y justo en la primera noche de mi búsqueda, en un restaurante de algún lugar de Santa Mónica, vi a una joven pareja sentada en una mesa junto a la ventana. Ninguno de los dos parecía tener más de treinta años. Ella era alta y delgada, con el pelo castaño rojizo hasta los hombros y unos ojos marrones agrandados por unas gafas de carey. No me pareció ni atractiva ni fea, solo anodina. El hombre que se sentaba con ella era al menos cinco centímetros más alto que su compañera, tenía una barba espesa y el pelo peinado hacia atrás. Ambos vestían de manera informal y las alianzas que llevaban me dijeron lo que necesitaba saber. Pero lo que realmente me llamó la atención al principio fue el hecho de que, a pesar de estar sentados en la misma mesa, bien podrían haber estado solos. Su atención, y me refiero a la de los dos, estaba centrada en sus móviles. Los observé durante casi diez minutos y no intercambiaron ni una sola palabra. De hecho, no intercambiaron ni una sola mirada. Sonreían, sí, pero no entre ellos. Sonreían a sus pantallas. Entré en el restaurante y me senté en la barra para seguir observándolos. Cuando llegó la comida, dejaron los teléfonos, pero no los guardaron. Los dos estaban en la mesa, junto a sus platos. Mientras comían, sus ojos bailaban entre la comida y los móviles, e incluso entonces, los teléfonos salían ganando. Solo cuando pidieron la cuenta se miraron e intercambiaron algunas palabras. El hombre se hizo cargo de la cuenta. Ella se lo agradeció con un beso en los labios. Los seguí hasta

una coctelería que había a la vuelta de la esquina, donde se reunieron con unos amigos. Se quedaron un par de horas hablando y riendo, pero solo con sus amigos, no entre ellos. Después, los seguí hasta su casa: un apartamento en Wilshire Montana. Unos días después, Doug y Sharon Hogan recibieron la visita de un agente de policía que realizaba una encuesta rutinaria sobre la seguridad de las viviendas de su vecindario. La gente puede ser tan ingenua… Incluso en una ciudad como Los Ángeles, siempre abren la puerta a un agente de policía. Fecha y hora: 10 de junio de 2018, 19:30. Lugar: apartamento 39, número 92, 10th Street, Wilshire Montana, en Santa Mónica. Foto: ambos, más tarde esa misma noche.

Hunter hizo otra pausa rápida para abrir la aplicación de búsqueda de la base de datos de personas desaparecidas. En el campo de búsqueda introdujo los nombres que el asesino acababa de mencionar. El resultado apareció en una fracción de segundo.

Doug Hogan, un analista de negocios de treinta y un años, y Sharon Hogan, una profesora de guardería de veintinueve años, fueron dados por desaparecidos el 19 de junio de 2018 por la madre de Sharon, la señora Sandra Carson. Después de no tener noticias de su hija durante varios días, lo que según la señora Carson era inusual, intentó llamar a Doug, su yerno, pero tampoco obtuvo respuesta. Luego llamó a sus trabajos, pero le dijeron que ninguno de los dos había ido a trabajar en toda la semana. Fue entonces cuando la señora Carson decidió ir a su casa. Al no obtener respuesta, primero se puso en contacto con el conserje del edificio, que le permitió entrar en el apartamento de su hija. A pesar de que el lugar no mostraba signos de lucha, la señora Carson llamó a la policía, diciendo que simplemente sabía que algo no iba bien. El 19 de junio presentó una denuncia oficial por desaparición ante la Policía de Los Ángeles. Nunca se encontró ni a Doug ni a Sharon. La investigación seguía abierta. El expediente contenía varias fotografías: algunas individuales y un par de los dos juntos.

Hunter cerró la base de datos de personas desaparecidas y volvió a la entrada del diario.

En cuanto al método de ejecución, una vez más, las voces fueron muy claras: la pareja debía ser desnudada y encadenada, espalda contra espalda. «A continuación, se les meterá dentro de un gran contenedor, lo bastante grande como para que quepan los dos sin problemas. Entonces empezará el juego. Se les dirá que uno de ellos va a morir, pero el truco es que ELLOS tienen que decidir cuál». Como no tenía ningún tipo de contenedor en el que cupieran cómodamente dos

personas, tuve que improvisar. Por suerte, estamos en Los Ángeles, una ciudad donde tener una piscina en el patio trasero es casi una obligación, pero mejor aún, una ciudad donde los incendios forestales han destruido completamente casas y mansiones que la mayoría de la gente solo podría soñar con tener. Lugares carbonizados, devastados y abandonados. Lugares que ya nadie quería. Un paseo de cuarenta minutos en coche por la zona afectada por el incendio en Malibú y pude elegir. No tengo ni idea de cómo era en el pasado la casa que elegí, ya que había quedado completamente destruida por el último incendio forestal. Tampoco tengo ni idea de a quién pertenecía, pero qué más daba, ¿verdad? De todos modos, entre las ruinas cubiertas de escombros carbonizados, encontré algo perfecto para el propósito del método de ejecución. Algo mucho mejor que una piscina. Encontré un jacuzzi lo bastante grande para dos, tal vez incluso tres personas.

Había una pausa en el texto, donde el asesino había añadido un dibujo a mano detallado de un *jacuzzi* en forma de lágrima, con medidas específicas.

La bañera estaba llena de hollín y restos del incendio, pero por suerte no presentaba daños estructurales. Solo necesitaba una buena limpieza y tendría el recipiente perfecto. El lunes 11 de junio de 2018 seguí las instrucciones de las voces. Los sujetos fueron encadenados, espalda contra espalda, y arrojados al jacuzzi. Cuando les pedí que eligieran cuál de ellos moriría esa noche, lo que ocurrió no fue exactamente lo que esperaba.

Hunter cargó la siguiente imagen.

Después de todo el llanto y las súplicas habituales en cada sujeto, el primero en hablar por fin en relación con la pregunta que les había formulado fue el sujeto masculino. Tal vez sea ingenuo en cuestiones del corazón, pero esperaba que me suplicara que le quitara la vida a él en lugar de a su mujer. Esperaba que le dijera que la quería mucho y que prefería estar muerto a vivir sin ella. Pero lo que obtuve fue justo lo contrario. Con lágrimas cayendo por su cara como si fuera un niño pequeño, dijo que tenía mucho más por lo que vivir que su mujer. Mucho más que aportar a la sociedad que ella. Al oír esas palabras, la mujer quedó tan conmocionada que dejó de llorar y sus ojos inyectados en sangre se abrieron hasta alcanzar el tamaño de dos fichas de casino. Completamente enfurecida, le llamó «hijo de puta» y

le dio un cabezazo en la nuca a su marido. Si los hubiera encadenado cara a cara, estoy seguro de que ella le habría arrancado la nariz o los labios de un mordisco. Quizá por eso las voces me pidieron que los encadenara espalda contra espalda. Ya contaban con esa reacción. En mi opinión, creo que si la mujer hubiera hablado primero, me habría pedido que acabara con su vida y no con la de su marido. Estoy bastante seguro de que lo habría hecho, pero, tras el arrebato del sujeto masculino, ella le devolvió el golpe con «Eres un maldito niño mimado, un inútil, gilipollas tramposo. Estás tan cegado por tus propias gilipolleces que no te has dado ni cuenta de que me he estado acostando con tres de tus supuestos amigos». A partir de ahí, aquello se convirtió en una carnicería, con insultos y patadas por la espalda demasiado agresivas, codazos y cabezazos que no cesaban ni un segundo. Observé a los dos sujetos insultarse y pelearse durante varios minutos. Es impresionante ver cómo la gente se alimenta de sus propias emociones y de las de los demás, pero, al cabo de un rato, se volvió aburrido. Cuando las voces me dijeron que también habían tenido suficiente, les di a los dos sujetos la mala noticia. Siguiendo las instrucciones de las voces, les había mentido. Esa noche morirían los dos, no solo uno de ellos. Su discusión había sido inútil, pero había revelado mucho sobre ellos dos y entretenido a las voces. La revelación de que ambos morirían calmó a los dos sujetos, al menos durante unos segundos, antes de que comenzaran de nuevo los gritos y las súplicas, pero fue cuando se dieron cuenta de cómo morirían cuando el terror puro y duro se apoderó de ambos. No los había metido dentro de un jacuzzi solo por diversión. Había una razón para ello. «El recipiente que contiene a los dos sujetos —habían dicho las voces— debe llenarse con H2SO4 (ácido sulfúrico) o con NaOH (sosa cáustica)». Ambos, extremos de la escala ácido/base. La elección quedó en mis manos. Mi decisión no se basó en el hecho de que las sustancias básicas tienden a causar menos dolor pero más daño que las ácidas. Cuando se cubre a un sujeto con suficiente cantidad de una u otra sustancia como para sumergirlo en ella, el dolor y el daño serán insoportables y letales, independientemente de lo que se utilice. No, mi decisión se basó en lo fácil y poco sospechoso que me resultaría adquirir cualquiera de ellas. Resulta que conseguir suficiente sosa cáustica para llenar una bañera era mucho más fácil que conseguir la misma cantidad de ácido sulfúrico. Cuando vertí los primeros cuatro litros de sosa cáustica en la bañera, intencionadamente los dirigí más hacia el sujeto masculino, aunque, como estaban encadenados el uno al otro, el sujeto femenino recibió la misma cantidad que él. Los gritos eran inhumanos, como nada que haya escuchado antes, y he escuchado mucho. Lucharon inútilmente, como insectos atrapados en una tela de araña, pero los gritos y la lucha pronto cesaron. La sosa

cáustica sin diluir elimina las capas de piel humana con tremenda facilidad. Una vez que la piel desaparece, es cuando empieza el auténtico infierno. Al final, el jacuzzi parecía un caldero de bruja. No hace falta decir que, antes de morir, ambos sujetos tuvieron que soportar una clase de dolor y agonía de la que ni siquiera habla la Biblia. Debido al estado de los cuerpos, o de lo que quedaba de ellos, decidí que el mejor lugar para depositar sus restos —que tuve que sacar de la bañera con una pala— sería el océano, no la tierra. Sus restos fueron arrojados al Pacífico a unos tres kilómetros al suroeste de la playa de Santa Mónica.

Ese era el final de la entrada.

Hunter se recostó en la silla mientras los recuerdos de un caso pasado nublaban su mente. Sabía exactamente lo que la sosa cáustica podía hacerle a un cuerpo humano. Años atrás, él y Garcia tuvieron que presenciar, a través de una retransmisión en directo por internet, una muerte muy similar. El asesino había colocado a su víctima dentro de un gran recipiente de cristal improvisado antes de llenarlo con una mezcla de agua y sosa cáustica. Incluso en una composición diluida, el daño y el dolor que causaba eran indescriptibles.

—No saco nada en claro —dijo Garcia, sacudiendo la cabeza con frustración.

El cerebro de Hunter tardó un par de segundos en registrar las palabras de Garcia. Volvió a mirar a su compañero con expresión ausente.

—PFOA —aclaró Garcia—. Todas las definiciones que he encontrado del acrónimo no tienen sentido en el contexto que tenemos: «Nunca he violado a nadie, ni siquiera PFOA».

Hunter se había quedado tan impactado por lo que acababa de leer que por un momento se había olvidado del enigma de las siglas.

—Espera un segundo —dijo, cogiendo el móvil. Tras buscar en su lista de contactos, pulsó el botón de llamada.

—¿A quién llamas? —preguntó Garcia.

—A un viejo amigo —respondió Hunter, mientras el teléfono sonaba una, dos, tres veces.

—¿Sí? —respondió una ronca voz masculina al otro lado de la línea.

—¿Señor Wilson? —preguntó Hunter.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

A pesar de que Wilson reconocía la voz de Hunter, que le llamaba al menos una vez al mes, el exsargento mayor del ejército estadounidense, de ochenta y cuatro años, siempre contestaba al teléfono de la misma forma.

Lo que siguió fue un ritual.

—Señor Wilson, soy Robert. Robert Hunter.

—Si pierdes tu fuerza, fracasarás.

—No puedo fracasar —respondió Hunter—, porque la fuerza vive en mí.

—¿La fuerza qué? —Garcia miró a su compañero con el ceño fruncido—. ¿Qué vive dentro de ti?

Con un movimiento de cabeza, Hunter indicó a su compañero que ignorara lo que acababa de oír.

Al otro lado de la línea, la respuesta de Hunter fue recibida por una sonora carcajada gutural.

—Espero que sí, Robert. De verdad que lo espero.

El sargento mayor Adrian Wilson era el abuelo de Scott Wilson, el primer compañero de Hunter cuando se incorporó a la División de Robos y Homicidios de la Policía de Los Ángeles. Hacía más de una década, durante una noche de borrachera, Scott, que había vivido la mayor parte de su infancia y adolescencia con su abuelo y, en su edad adulta, había cuidado del anciano desde que su abuela había fallecido, le había hecho prometer a Hunter que, si alguna vez le ocurría algo, iría a ver cómo estaba su abuelo de vez en cuando. Un año y medio después de aquella promesa, Scott perdió la vida en un barco, un asesinato que intentaron hacer pasar por un accidente.

Hunter nunca había olvidado la promesa que había hecho y, desde aquel trágico día, llamaba o se pasaba por casa del señor Wilson al menos una vez al mes. No es que el señor Wilson necesitara que lo cuidaran. Veterano condecorado que había luchado para el ejército estadounidense en Vietnam, Líbano y Nicaragua, el señor Wilson era, incluso a sus ochenta y cuatro años, una figura impresionante: lúcido, divertido, fuerte y lleno de vida.

—¿Cómo está, señor? —preguntó Hunter.

A pesar de que Hunter nunca había sido militar, trataba al sargento mayor con el respeto que se había ganado y merecía.

—Oh, bueno, ya me conoces… Escupo sangre, meo sangre, toso sangre… tengo la casa hecha un cristo. —A pesar de la broma, había un innegable tono de autoridad en cada palabra del señor Wilson.

—Lo siento, señor —respondió Hunter con tono preocupado—. No me diga que de verdad está orinando sangre…

Garcia se estremeció.

—Pero ¿qué demonios? ¿Orinando sangre? ¿Con quién estás hablando? —Una fracción de segundo después de hacer esa pregunta, levantó la mano derecha—. En realidad, no quiero saberlo. Tú sigue a lo tuyo, señor *la fuerza vive en mí*.

Al teléfono, otra risa gutural del señor Wilson.

—No, Robert, claro que no. Solo te estoy tomando el pelo. Tienes que aprender a reír un poco, hijo.

—Necesito preguntarle algo, señor.

La urgencia en la voz de Hunter hizo vacilar al señor Wilson al otro lado de la línea.

—Eso suena serio.

—Necesito su ayuda con algo.

—Claro, hijo, dispara. ¿Qué quieres preguntar?

—En un contexto militar —empezó Hunter—, ¿le suena de algo el acrónimo PFOA?

En el silencio que siguió, Hunter prácticamente pudo oír cómo los engranajes del cerebro del anciano se movían.

—No me viene a la mente nada obvio —respondió el señor Wilson tras varios segundos pensativo—. Pero mi mente es vieja, como ya sabes, y mi memoria falla mucho hoy en día. —Hizo una breve pausa —. Quizá, si me cuentas algo más, hijo… ¿Dónde lo has oído? Quiero decir, ¿en qué contexto?

—Es una línea en una declaración escrita —respondió Hunter.

—¿Y qué dice esa línea?

—«Nunca he violado a nadie» —citó Hunter—, «ni siquiera PFOA. Y que me condenen si voy a empezar ahora».

Desde el extremo de la línea del señor Wilson se produjo una nueva pausa, y a Hunter le pareció como si el anciano hubiera contenido la respiración.

—¿Señor?

—Sí, hijo. —La voz del señor Wilson sonaba apesadumbrada—. Sé lo que significa PFOA.

Cuarenta y siete

El hombre abandonó el parque Franklin Canyon unos quince minutos después de que este abriera oficialmente sus puertas al público en general. A pesar de lo apartado que estaba su lugar favorito, sabía que, lloviera o hiciera sol, los senderistas, corredores, ciclistas y paseadores de perros, con sus desagradables y molestas ropas de colores, estropearían por completo la belleza natural del lugar, por no hablar del ruido que llevaban consigo y que asustaba a la mayoría de los animales, haciendo que se escondieran. Ahora, con la mente despejada, el hombre estaba preparado para lo que se avecinaba.

El trayecto desde el parque hasta Santa Clarita, donde el hombre había transformado un profundo sótano subterráneo en una cámara del terror, le llevó algo menos de una hora.

En el interior del edificio en desuso, situado en la linde de un bosque aislado, descendió uno a uno los desgastados escalones de hormigón. Su sombra, proyectada sobre las paredes de ladrillo y cemento por un único fluorescente situado en lo alto del hueco de la escalera, danzaba ominosamente ante él a cada paso que daba. El olor en el hueco de la escalera era una extraña combinación de moho, leche agria y desinfectante, ya que el hombre limpiaba esos escalones de forma meticulosa cada semana.

Las escaleras se curvaban hacia la derecha en forma de L, donde la ya débil luz del fluorescente perdía casi toda su fuerza. Al final, el hombre se encontró con una puerta metálica de algo menos de un metro de ancho por dos de alto. En lugar de una llave, su sofisticado mecanismo de cierre requería una combinación de seis dígitos o la huella. El hombre presionó el pulgar derecho sobre la almohadilla de lectura digital y la puerta se abrió con un fuerte zumbido, permitiéndole entrar en una sala cuadrada y vacía, salvo por un banco de trabajo apoyado contra la pared del fondo. Una multitud de tubos de acero, algunos gruesos y otros finos, atravesaban el techo en todas direcciones. Las paredes eran de bloques de hormigón macizo. El hombre pulsó el interruptor de la luz situado a su derecha y un nuevo fluorescente, esta vez largo y encajado entre dos tuberías por encima de su cabeza, luchó por cobrar vida, parpadeando durante varios segundos antes de encenderse finalmente y bañar la habitación con un tenue resplandor anaranjado.

Justo enfrente de donde estaba el hombre había una nueva puerta de metal, más pesada que la primera. Una vez más, el mecanismo de cierre requería una combinación de seis dígitos o la huella. Esta vez, el hombre presionó el pulgar izquierdo sobre la almohadilla de lectura

digital y la puerta se abrió con un clic. La sala era un poco más pequeña que la anterior. Contenía una mesa de control, un par de sillas y un gran monitor de ordenador montado en la pared justo encima de la mesa. A la derecha de esta había un mueble alto de metal lleno de aparatos electrónicos e informáticos. A la izquierda había otra puerta metálica. Esta encajaba tan perfectamente en su marco que no se veían las bisagras.

El hombre encendió las luces y los ocho halógenos del techo cobraron vida de inmediato, iluminando la habitación con una luz brillante.

Con solo ocho pasos llegó hasta la mesa de control, donde pulsó un botón para encender el monitor. Al hacerlo, la pantalla se llenó con cuatro imágenes diferentes, cada una de las cuales ocupaba una cuarta parte exacta de la pantalla: dos en la parte superior y dos en la inferior.

La puerta situada a la izquierda de la mesa de control daba a un pasillo en forma de L muy largo y oscuro. A lo largo de ese pasillo había cinco habitaciones. Cuatro de ellas eran celdas individuales que él mismo había construido, todas a prueba de fugas. Cada una de esas celdas tenía una cámara de videovigilancia dentro de una caja de malla metálica en el centro del techo, que podía cambiar rápidamente al modo infrarrojo si era necesario, como estaba ocurriendo en ese momento. Esas cámaras transmitían en directo las imágenes a la pantalla del ordenador situado encima de la mesa de control. Solo una de las cuatro celdas estaba vacía.

El hombre se acomodó en la silla de oficina frente al monitor y observó la pantalla un instante antes de hablar.

—¿Cómo estáis todos esta mañana? —preguntó en un murmullo, mientras sus ojos saltaban de una imagen a otra—. Vamos a echar un vistazo más de cerca, ¿de acuerdo?

El hombre tecleó una orden y la imagen dividida en cuatro de la pantalla se transformó en una sola. En la parte superior de la nueva imagen, unas pequeñas letras blancas decían «Celda 1». Tecleó un nuevo comando: «Celda 2». Y otra vez: «Celda 3». Pasó varios minutos cambiando de una cámara a otra, observando a los tres sujetos. La persona que estaba en la celda uno estaba sentada con la espalda apoyada en la esquina noroeste de la celda, con los muslos apretados contra el pecho y la cabeza apoyada en las rodillas. El hombre no tuvo que encender el micrófono de la celda para saber que estaba llorando. Pudo verlo en el ligero balanceo de su cabeza y sus hombros.

El hombre pasó a la cámara del interior de la celda dos. El segundo sujeto estaba sentado en el catre de cemento, con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas en posición de oración. El hombre no podía decir si realmente estaba rezando o no,

pero en realidad no le importaba. Las oraciones no servían de nada. Nunca lo habían hecho.

El sujeto de la celda tres parecía estar durmiendo. La mujer estaba tumbada de cara a la pared en posición fetal.

El hombre volvió a mirar las tres cámaras. Tenía que tomar una decisión: quién de los tres moriría ese día.

El hombre se rio, divertido consigo mismo.

—La vida es realmente impredecible, ¿verdad? —preguntó, como si hablara a los tres sujetos al mismo tiempo—. Apuesto a que ninguno de vosotros pensó jamás que vuestro destino lo decidiría una canción infantil.

El hombre se sentó en su silla y empezó a cantar.

—Pito, pito, gorgorito…

Cuarenta y ocho

Había algo en la forma de hablar del señor Wilson que hizo que Hunter contuviera la respiración. Esperó, pero el señor Wilson volvió a callarse.

—¿Señor? —preguntó Hunter—. ¿Sigue ahí?

—Sí, estoy aquí. —El señor Wilson tosió para aclararse la garganta—. Hijo, hay algo que me gustaría que entendieras. En tiempos de guerra pueden ocurrir ciertas cosas, independientemente de las órdenes o de las estúpidas reglas de enfrentamiento y tratados que hayan firmado políticos inútiles en alguna organización internacional que no sirve para nada. Los soldados no son máquinas, hijo. Son seres humanos. Son personas como tú y como yo. Y como tú y como yo, a veces se guían por las emociones en lugar de por las órdenes o incluso por la razón. A veces, nuestros soldados actúan movidos solo por la rabia, provocada por un sentimiento abrumador de venganza, sobre todo cuando luchan contra ciertos enemigos.

—¿Ciertos enemigos? —preguntó Hunter.

—Eres una persona muy inteligente, hijo, así que sé que entenderás esto: ningún país, cuando está en guerra, cuando defiende la libertad y las vidas de sus ciudadanos, cumple al cien por cien esas reglas. Es imposible, y hablo de países democráticos como Estados Unidos. Ahora bien, hay ciertos países donde la opresión, la tortura y el asesinato de sus propios ciudadanos forman parte intrínseca de su sistema de gobierno. Lo sabes, ¿verdad? —El anciano no esperó respuesta—. A esos países les importa un bledo cualquier papel que intente dictarles cómo deben librar sus guerras. Para ellos, las leyes internacionales no significan nada, así que luchan como quieren, y déjame decirte, hijo, que luchan sucio, y que no hacen distinción entre soldados y civiles. A veces, por la razón que sea, los ejércitos democráticos que combaten contra estos enemigos consideran justificado devolverles parte de su propia basura. —Antes de continuar, el señor Wilson hizo una pausa y volvió a aclararse la garganta—. La violación, o la violencia sexual, es un arma que estos enemigos utilizan con frecuencia como medio de guerra psicológica. La usan como táctica para humillar a su adversario. Tú más que nadie puedes entender lo tremendamente efectivo que sería, ¿verdad, hijo?

Hunter percibía el dolor en la voz del señor Wilson.

—A veces —continuó el anciano—, movidos solo por la rabia, nuestros soldados pueden usar contra ellos las mismas armas de guerra psicológica que han usado contra nosotros o nuestros aliados. Por favor, dime que lo entiendes, hijo.

—Sí —respondió Hunter. Tal vez comprendiera la explicación del anciano, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con ella.

—Ahora, volviendo a tu pregunta —el señor Wilson de nuevo hizo una pausa, esta vez para respirar—, en el contexto que has mencionado, hijo, PFOA significaría: «Por la fuerza o amenaza».

Hunter cerró los ojos y sus labios se apretaron en una expresión de dolor.

—Lo que eso significa esencialmente es…

—Conseguir algo con amenazas o el uso de armas —interrumpió al señor Wilson—. En este caso, violación a punta de pistola. Debería haberme dado cuenta.

—No, hijo, es justo eso. No deberías haberlo sabido. Esa abreviatura o acrónimo en particular nunca se utiliza. El término siempre se dice completo y suele emplearse en contextos de batallas y conflictos. En un sentido personal, como en la frase que has mencionado… con respecto a la violación… significaría que la persona en cuestión no cometió la violación ni siquiera cuando se lo ordenaron.

Hunter comprendía ahora por qué el anciano había tenido que explicarlo todo antes de llegar por fin a la definición.

Aunque Hunter tenía muy pocas dudas de a qué se estaba refiriendo el señor Wilson, no quería dejar cabos sueltos.

—Solo para que quede claro del todo, señor —dijo con suavidad—. La persona que ha escrito esa frase… ¿usted diría que las posibilidades de que haya estado en el ejército son altas?

—Yo diría que no hay absolutamente ninguna duda de eso, hijo. Y esa persona, sea quien sea, ha estado en combate, y me refiero a combate en primera línea.

Cuarenta y nueve

Hunter colgó la llamada y, solo con mirarle la cara, Garcia se dio cuenta de que había descubierto algo nuevo. Esperó, pero Hunter permaneció en silencio, con la mente procesando la información a toda velocidad, intentando encajarla en el lugar correcto.

—¿Quién era el del teléfono? —preguntó Garcia—. ¿Y qué te ha dicho?

Silencio.

—¿Robert? —insistió Garcia.

Hunter sacudió la cabeza para despejar sus pensamientos.

—Perdona.

—¿Con quién hablabas?

—Con un viejo amigo que estuvo en el ejército.

—¿Estuvo?

—Sí, ahora está retirado.

—Vale, ¿y qué te ha dicho? ¿Sabemos lo que significa PFOA?

Hunter fue al grano y solo le dio a Garcia la definición del acrónimo y lo que realmente significaba en el contexto en el que se había utilizado.

—Así que tenías razón —dijo Garcia, preocupado—. El asesino es militar. Eso puede complicar bastante las cosas.

—Era militar —corrigió Hunter a su compañero—. Ya no está en activo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque explicaría algunas cosas, más allá de los términos que usó en el diario.

Hunter no recordaba las palabras exactas, así que rápidamente abrió de nuevo la imagen titulada «Pági na 1» en la pantalla de su ordenador.

—Aquí —dijo, señalando el texto—. En la primera página del diario, en la entrada de Elizabeth Gibbs, el asesino habla de que su memoria ya no es lo que era. Sus palabras exactas fueron «Mi memoria ya no es tan buena. Olvido cosas. Olvido muchas cosas, y cada vez es peor. Esa es una de las razones por las que decidí llevar este diario».

—Sí, lo recuerdo —respondió Garcia, apartando la silla de su escritorio para ver mejor a Hunter.

—Quizá hable un poco más de su pérdida de memoria en las páginas que nos quedan por leer —explicó Hunter—, pero, a juzgar por estas pocas líneas, sobre todo cuando menciona que olvida muchas cosas y que va a peor, parece que su deterioro cognitivo es al menos de moderado a grave, ¿estás de acuerdo?

Garcia asintió:

—Parece bastante acertado.

—Vale —continuó Hunter—. La mayoría de los especialistas que tratan el deterioro cognitivo o la demencia utilizan una de las dos escalas para medir la pérdida de memoria de un paciente: el modelo de las siete etapas de la demencia y la escala de deterioro global, que también se divide en siete etapas. No voy a aburrirte con largas explicaciones clínicas, pero en ambas escalas el deterioro cognitivo moderadamente grave corresponde al estadio cinco. —Hunter utilizó los dedos de la mano derecha para enfatizar su afirmación—, que es una fase bastante avanzada en la progresión de la demencia y la pérdida de memoria.

Una vez más, Garcia asintió.

—De acuerdo.

—Pero Angela nos dijo que la persona a la que robó el diario, la persona que fue a buscarla a su aparta mento y la persiguió, tenía entre treinta y cuarenta y pocos, no más. Es demasiado joven para mostrar signos de demencia en fase cinco —explicó Hunter—. Eso significaría que la enfermedad tuvo que empezar a manifestarse a finales de la veintena o principios de la treintena. Vale, es posible —aceptó Hunter—, pero estaríamos hablando de una posibilidad entre un millón.

Garcia se inclinó hacia delante sobre su mesa y apoyó la barbilla en los nudillos.

—Pero ¿y si su pérdida de memoria no se debe a la demencia?

—Exacto. —Hunter apuntó con el índice derecho a su compañero—. Probablemente no lo sea. Mi conjetura es que su problema de memoria proviene de un trauma, ya sea físico, psicológico o una combinación de ambos. Y si el asesino realmente ha estado en primera línea, la clase de combate en la que se ordena utilizar la violación por la fuerza o amenaza como arma psicológica…

—Probablemente significa que no solo ha presenciado, sino que también ha participado en un acciones extremadamente traumáticas —concluyó Garcia.

—Seguro que sí —convino Hunter—. Y un trauma físico o psicológico podría haber sido consecuencia directa de la batalla y de la presión asociada, por no mencionar el trastorno por estrés postraumático, que casi con total seguridad provoca pérdida de memoria, entre otros muchos problemas. En cualquier caso, una vez de vuelta en el país tras un período de servicio, todos los militares deben someterse a una serie de pruebas físicas y psicológicas. La pérdida de memoria no es algo que se pueda ocultar, independientemente de lo que la haya causado. Una vez diagnosticada… —Hunter se pasó la mano derecha por el cuello, como

si lo cortara—, sería el final de su carrera militar. Sea quien sea el asesino, ya no está en activo.

—Tiene sentido —asintió Garcia, acercando de nuevo la silla al ordenador.

Hunter entrelazó las manos y se las pasó despacio por la nariz y la boca.

—Debería haberlo pensado.

—¿El qué?

—TEPT —respondió Hunter—. Trauma de guerra. Si estamos en lo cierto, también explicaría las voces. Y cómo pudo detenerlas y oponerse a sus órdenes. Pero ¿y si hay algo más que desencadena esas voces… provocando la esquizofrenia?

—¿Algo más? —Garcia frunció el ceño con confusión—. Ahora me he vuelto a perder.

Hunter se puso de pie.

—Los veteranos que sufren TEPT —aclaró— pueden tener un episodio o una crisis provocada por distintos factores: un sonido, un olor, una imagen, un objeto… incluso una cara que les recuerde a alguien puede desencadenarlo. Si es algo así lo que desencadena las voces en la cabeza de nuestro asesino, explicaría por qué es capaz de detenerlas y decirles que no.

Garcia levantó una mano.

—Un momento. Vale, entiendo que un ruido fuerte, el sonido de un helicóptero, el olor a pólvora de unos fuegos artificiales o algo similar pueda desencadenar un episodio. En este caso, las voces en la cabeza de nuestro asesino. Pero ¿cómo explica eso que sea capaz de detenerlas como tú has dicho?

—Porque los episodios de TEPT desencadenados por factores externos —explicó Hunter— siempre están directamente relacionados con un recuerdo traumáti co que el sujeto ha vivido. Ahora imaginemos que ese recuerdo traumático implica a un oficial superior, o incluso a alguien que estaba al mando en ese momento, ordenando a nuestro sujeto hacer algo que no estaba dispuesto a hacer o a lo que no estaba dispuesto a comprometerse, como violar a alguien, aunque fuera «por la fuerza o amenaza».

Garcia empezó a ver las cosas con más claridad.

—A ver si lo he entendido bien. Estás diciendo que, si las voces en la cabeza de nuestro asesino, que podrían haber sido desencadenadas por algún factor externo, están repitiendo una orden que le dieron mientras combatía, una orden que en ese momento tuvo el valor de contradecir, entonces tiene sentido que pudiera hacer lo mismo otra vez ahora.

—Exacto. Lo hizo una vez. Puede hacerlo de nuevo.

Garcia volvió rápidamente a su ordenador y abrió la primera

imagen del archivo que les había enviado la doctora Slater.

—Así que… si atrapó a la primera víctima mencionada en este diario el 3 de febrero de 2018 y sabemos con certeza que ha habido otras víctimas antes de Elizabeth Gibbs, significa que estamos buscando a alguien que es exmilitar y que regresó de una misión alrededor de… ¿2017? ¿2016?

—Tal vez incluso antes —sugirió Hunter—. Sin saber cuántas víctimas hubo antes de la señorita Gibbs ni el intervalo de tiempo entre ellas… —Se limitó a negar con la cabeza, consciente de lo difícil que sería.

Garcia apartó la mirada un instante, como si algo en el aire que los rodeaba le perturbara.

—Sabes que no nos ayudarán con esto, ¿verdad? —preguntó—. Como has dicho, los militares pasan una serie de pruebas cuando regresan de una misión. Si se les diagnostica TEPT o cualquier otro problema psicológico, el ejército se encarga de ellos. Tienen sus propios médicos, sus propios psiquiatras, sus propios psicólogos… lo sabes. La única forma que tenemos de recabar cualquier tipo de información sobre cualquier excombatiente es dirigirnos al propio ejército. —Garcia se rio entre dientes—. Si lo hacemos, no les importará si ese tipo es un asesino en serie o no. Como es uno de los suyos, nos cerrarán todas las puertas en las narices.

—Sí, lo sé —respondió Hunter—. Pero puede que no necesitemos acudir al ejército. No lo sabemos. Aún no hemos llegado al final de su diario.

En ese preciso momento, llamaron a la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo Hunter, girándose hacia la puerta.

El agente Makalsky empujó la puerta, se acercó al escritorio de Hunter y le entregó la bolsa de pruebas que contenía el diario que le había entregado la doctora Slater.

Hunter esperó a que el agente saliera del despacho antes de sacar un par de guantes de látex de uno de los cajones y abrir la bolsa.

Garcia se levantó para tener un mejor ángulo de visión.

Hunter colocó el grueso libro de cuero negro sobre su mesa, pero no lo abrió. Respiró hondo y se quedó mirando la portada.

—Supongo que la verdadera diversión empieza ahora, ¿eh? —dijo Garcia, asintiendo suavemente.

Hunter le devolvió la mirada.

—Tú y yo tenemos conceptos muy diferentes de lo que es la diversión.

Cincuenta

Con el diario del asesino en la mano, Hunter volvió a empezar por el principio, pero esta vez, en lugar de concentrarse en las palabras, dirigió su atención a las páginas físicas. Todavía no tenía ni idea de lo que estaba buscando.

Utilizando una lupa y empezando por la primera página, Hunter comprobó cuidadosamente los bordes exteriores y las esquinas en busca de marcas, hendiduras, dobleces, rasgaduras… cualquier cosa que pudiera parecer extraña o fuera de lugar.

No encontró nada.

A continuación, revisó el borde interno de la página, que se curvaba hacia el lomo del diario. Lo único que encontró fueron restos del polvo que se usaba para detectar huellas. Obviamente, los técnicos del laboratorio de la FSD habían sido muy minuciosos.

A pesar de que el asesino solo había utilizado el anverso de cada página, dejando el reverso completamente en blanco, Hunter la examinó con la misma meticulosidad con la que había revisado la primera página. En el borde inferior interno de la misma, más cerca del lomo, encontró un par de pequeñas hendiduras en el papel, pero eran solo eso, simples marcas, nada más.

Antes de pasar a la siguiente página, la que tenía grapada la Polaroid de Elizabeth Gibbs, Hunter hizo una pausa mientras reflexionaba sobre una nueva idea.

—¿Ya te tomas un descanso? —preguntó Garcia.

—No exactamente —respondió Hunter.

Garcia observó cómo su compañero colocaba las puntas de los dedos sobre la página y empezaba a moverlos despacio de izquierda a derecha, a lo largo de la línea de texto, como si estuviera leyendo braille. Hunter se movió de línea en línea hasta llegar al final de la página.

—¿Algo? —preguntó Garcia.

—Todavía no.

—Esto empieza a parecerse a la película *La búsqueda* —bromeó Garcia—. Quizá deberíamos probar ahora con limones y calor.

Hunter había empezado a pasar los dedos por el reverso de la primera página.

—¿*La búsqueda*?

—Ah, perdona —se disculpó Garcia, haciendo una mueca—. Se me olvidaba que apenas ves películas. Sí, *La búsqueda* es una película antigua protagonizada por Nicolas Cage —explicó—. Están buscando un tesoro secreto y una de las pistas está escondida en el reverso de la

Declaración de Independencia. En la película, usan zumo de limón y algo de calor para…

—¿Revelar tinta invisible? —se le adelantó Hunter.

Garcia estaba realmente impresionado.

—No puede ser. ¿Has visto esa película?

—Sí, la he visto —admitió Hunter—. Pero esa información está mal. El zumo de limón se usa como tinta invisible, no para revelarla. ¿Nunca te divertiste escribiendo mensajes secretos con tinta invisible cuando eras niño?

Los labios de Garcia se estiraron en una sonrisa cómica.

—Tú y yo tenemos conceptos muy diferentes de lo que es la diversión.

—Eso parece —aceptó Hunter—. De todos modos, no necesitaremos zumo de limón ni calor. El asesino no ha usado tinta invisible.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque solo usas zumo de limón y calor cuando eres un niño y no tienes el equipo adecuado.

La cara de Garcia permaneció inexpresiva.

—Lo mejor para revelar la tinta invisible es la luz ultravioleta, Carlos —explicó Hunter—. La misma que utilizan los agentes forenses cuando buscan huellas. Según la doctora Slater, todas las páginas del diario ya han sido analizadas en busca de huellas. Si el asesino hubiera usado tinta invisible, alguien del laboratorio de la FSD la habría detectado.

—Tienes razón —admitió Garcia, antes de volver al texto de la pantalla de su ordenador.

Hunter pasó a la página siguiente, la que tenía grapada la primera fotografía Polaroid. Empezó con la foto, pero, una vez más, no encontró nada fuera de lo común: ni marcas ni impresiones ni hendiduras, nada en ninguna parte de esa foto que pudiera haber sugerido algún tipo de código o mensaje oculto.

Llegó al final de la página y minutos más tarde, al final de la entrada: no encontró absolutamente nada.

Antes de pasar a la siguiente entrada del diario, Hunter consultó su reloj. A medida que se acercaban a la hora límite de las cinco, los segundos parecían correr cada vez más deprisa, mientras que él parecía trabajar cada vez más despacio.

—¿Por qué parte del diario vas? —preguntó a Garcia.

—Estoy a punto de empezar la cuarta entrada. ¿Y tú?

—A punto de empezar la segunda otra vez.

—¿Hay algo que te haga dudar? ¿Aunque sea lo más mínimo?

—Todavía no, pero aún es pronto. Quedan muchas páginas. Lo que

me preocupa es el tiempo que tenemos y el hecho de que no tengo ni idea de lo que estamos buscando aquí, o siquiera si hay algo que buscar. —Hunter hizo una pausa y ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha y luego hacia la izquierda mientras estudiaba el diario desde distintos ángulos.

—¿Todo bien? —preguntó Garcia.

—Sí —respondió Hunter—. Pero acabo de tener una… idea loca.

Garcia se rio entre dientes.

—Como si fuera la primera vez. ¿Qué nueva idea loca es?

—Tal vez hay una manera de que podamos llegar a él, incluso si no encontramos lo que es tan importante en este diario.

Ahora Garcia estaba intrigado.

—¿Y cuál sería esa forma?

—El propio diario —dijo Hunter, antes de explicarse—. Tal vez haya una manera de ocultar algún tipo de localizador en este cuaderno si podemos acceder al interior de la cubierta sin dañarla. Algo que no detecte, al menos no de inmediato.

A Garcia se le iluminó la cara de emoción.

—La idea es que, a las cinco en punto, sigas sus instrucciones y le devuelvas el diario, pero sin necesidad de que los SWAT o la SIS te sigan demasiado de cerca, quizá ni siquiera será necesario que estén allí. Y luego, cuando piense que está a salvo… ¡zas!… le arruinamos la fiesta.

—Algo así, sí —asintió Hunter.

—¿Tenemos algún tipo de localizador que podamos meter en un libro sin que se note? —preguntó Garcia.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Hunter, descolgando el teléfono de su mesa.

Cincuenta y uno

La Unidad de Electrónica era una de las cuatro unidades especializadas que formaban parte de la División de Investigación Técnica (TID) del Departamento de Policía de Los Ángeles. Su función era proporcionar apoyo técnico en las investigaciones del Departamento mediante el uso de dispositivos de vigilancia electrónica. La gran mayoría de esos dispositivos se diseñaban, construían y modificaban internamente para adaptarlos a la naturaleza de la investigación a la que prestaban apoyo, lo que significaba que, aunque no dispusieran de un dispositivo de rastreo pequeño y lo bastante discreto como para ocultarlo en el diario del asesino, probablemente podrían crear uno. El único problema, pensó Hunter, era el tiempo del que disponían.

Acababan de dar las diez de la mañana cuando el teléfono de Vince Keller sonó en su mesa.

El ingeniero jefe de la Unidad de Electrónica, de apenas metro sesenta y cinco y treinta y dos años, era tan inteligente como bajito. Licenciado en Ingeniería Informática por la UCLA y doctorado en Ingeniería Eléctrica e Informática por el MIT, Keller ya había ganado varios premios por sus creaciones electrónicas cuando le ofrecieron el puesto en la Unidad de Electrónica. Entonces tenía veintiséis años, lo que lo convertía en la persona más joven en ocupar ese puesto.

—Keller —dijo al contestar al teléfono—, Unidad de Electrónica de la Policía de Los Ángeles.

—Vince, soy el detective Robert Hunter, de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

Hunter y Keller solo habían trabajado juntos en un caso, hacía aproximadamente un año y medio, pero por alguna razón —que Garcia denominó «el factor friki»— se habían hecho buenos amigos.

—Hola, Robert —dijo Keller con una voz grave y clara que parecía más propia de alguien al menos veinte años mayor—. ¿Qué tal? ¿Cómo va todo?

—Bien —respondió Hunter—. Pero necesito que me ayudes con algo. —El tono de Hunter era firme, lo que no molestó a Keller, pues sabía que era su forma de hablar. Fue la urgencia en la voz de Hunter lo que hizo que Keller dejara su taza de café sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? ¿En qué puedo ayudarte?

Hunter fue breve en su explicación.

—¿Así que necesitas un localizador que pueda esconderse en algún lugar dentro de un libro con tapas de cuero? —preguntó Keller, una vez que Hunter terminó de explicarse—. ¿Qué grosor dirías que tiene

la tapa?

—Dos, tal vez tres milímetros, no más.

—No creo que eso sea un problema, Robert —dijo Keller, cogiendo de nuevo su café—. Aunque no tengamos algo tan delgado y compacto, podemos fabricarlo. ¿Para cuándo lo necesitas?

—Tengo de plazo hasta las cinco de la tarde.

—Pan comido —dijo Keller, encogiéndose de hombros—. Un localizador sencillo, que solo envíe una señal de localización, no es un dispositivo muy complicado de fabricar, sobre todo con lo avanzada que está la tecnología GPS hoy en día. Si me traes el cuaderno ahora —instintivamente miró su reloj—, estoy seguro de que podremos tenerlo instalado y probado para la hora de comer.

—Voy para allá.

Cincuenta y dos

Aunque algunos servicios de campo operaban desde la comisaría de policía comunitaria de Van Nuys, la mayoría de las unidades que componían la División de Investigación Técnica de la Policía de Los Ángeles, incluida la Unidad de Electrónica, operaban desde el Centro Técnico C. Erwin Piper (Piper Tech), que estaba a solo cuatro minutos en coche del Edificio de la Administración de la Policía. Hunter y Garcia llegaron allí cinco minutos y medio después de que Hunter hubiera colgado el teléfono.

Desde el punto de vista arquitectónico, el edificio principal del Centro Técnico C. Erwin Piper no era nada especial: una enorme estructura rectangular de tres plantas, de ladrillo rojo y sin ventanas, considerada por muchos una monstruosidad por su extraño parecido con una nave de trasteros. En la azotea había dieciocho plazas para helicópteros y dos helipuertos, desde donde operaba la División de Apoyo Aéreo de la Policía de Los Ángeles. Justo después del gran helipuerto, todavía en el tejado del edificio principal de Piper Tech, y accesible a través de una rampa situada en el lado norte del mismo, había un aparcamiento aún mayor para visitantes y empleados. Garcia aparcó allí su coche.

En el vestíbulo de recepción del edificio principal, a pesar de mostrar sus tarjetas de identificación, Hunter y Garcia tuvieron que esperar mientras una de las recepcionistas realizaba una llamada interna a la Unidad de Electrónica. Incluso después de que Keller les diera el visto bueno, los dos detectives tuvieron que esperar a que el ingeniero jefe bajara a recogerlos por motivos de seguridad.

Las oficinas y los laboratorios de la Unidad de Electrónica de la División de Investigación Técnica se encontraban en la segunda planta, a la que llegaron usando uno de los cinco ascensores situados en un vestíbulo cuadrado a la derecha del mostrador semicircular de recepción. Tras los saludos de rigor y el breve trayecto en ascensor, Keller guio a los dos detectives por un amplio pasillo hasta una sala que era aproximadamente la mitad de grande que el despacho de Hunter y Garcia, con una mesa, un dispensador de agua, una estantería que llegaba hasta el techo y ocupaba toda una pared y poco más. Tres grandes monitores interconectados ocupaban casi toda la mesa. La estantería parecía a punto de doblarse bajo el peso de tantos objetos: la mitad estaba ocupada por libros y la otra mitad, por cajas de cartón marrón, cuyo contenido estaba claramente descrito en etiquetas blancas.

—Echemos un vistazo al diario del que me has hablado. —Keller

cerró la puerta del despacho tras de sí y señaló la mesa. Se acercó rápidamente y apartó el teclado del ordenador para hacer un poco más de espacio.

Hunter sacó el diario de la bolsa de pruebas y lo dejó sobre la mesa, en el sitio donde antes estaba el teclado.

Del cajón superior del escritorio, Keller cogió un par de guantes de látex, se los puso y abrió la tapa del diario. Se subió las gafas de montura negra por la nariz pecosa y lo estudió con interés.

—Tenías razón —le dijo a Hunter, tras unos segundos observándolo —. La cubierta parece tener unos tres milímetros de grosor, no más.

—¿Se puede hacer? —preguntó Garcia—. ¿Tenéis algún localizador tan fino?

—El localizador no es el problema aquí —respondió Keller, analizando ahora el interior de la cubierta, que estaba forrado con una fina lámina de cuero en lugar de papel.

Su profesionalidad era incuestionable. Mientras examinaba el interior de la cubierta, ni una sola vez desvió la mirada hacia la primera página del diario. Le habían pedido que comprobara si podía ocultar un localizador dentro de la cubierta del libro. El resto de las páginas y su contenido no eran de su incumbencia.

—El problema es despegar esta lámina de cuero de la cubierta y luego tallar el hueco justo para meter un localizador. Todo ello de forma que no se altere el aspecto de la cubierta.

—Mierda —dijo Garcia—. ¿Cómo de fino es un localizador?

—Depende —respondió Keller—. ¿Durante cuánto tiempo necesitáis que transmita la señal? ¿Más de veinticuatro horas?

—No, en absoluto. —Garcia negó con firmeza—. Tendremos un equipo SWAT listo para intervenir en cuanto él tenga el diario en su poder.

—Entonces, es un poco más fácil —explicó Keller—. Si el localizador no necesita un botón de activación ni una batería grande, podemos fabricar uno que sea prácticamente tan fino como una hoja de papel. Ya lo hemos hecho antes, pero lo mejor que puedo hacer ahora es intentar despegar esta lámina de cuero y ver cómo es la parte interna de la tapa. Algunos libros encuadernados en cuero tienen la cubierta hueca. Si ese es el caso y todo lo demás va según lo previsto, probablemente lo tenga listo en dos horas, quizá menos.

—¿Si todo lo demás va según lo previsto? —repitió Garcia—. ¿Qué significa eso?

—Has dicho que tu hora límite es a las cinco de la tarde, ¿verdad?

—Correcto.

Keller echó un vistazo rápido a su reloj antes de volver a examinar el interior de la cubierta. Esta vez, pasó los dedos por toda la lámina de cuero.

—La lámina interior de cuero está pegada, no cosida a la tapa —explicó Keller mientras hablaba—. Y parece que el pegamento solo se ha aplicado en los bordes, no en toda la superficie. Si estoy en lo cierto, será mucho menos complicado insertar un localizador. Tal vez un chorro de vapor fino pero constante pueda despegar el pegamento sin dejar marcas en la cubierta ni en la propia lámina de cuero. Si eso funciona, volver a pegar la lámina no debería plantear ningún problema. Me pongo con ello enseguida.

—De acuerdo —aceptó Hunter, asintiendo a Garcia—. Todavía tenemos mucho que leer, así que volveremos al Departamento. Llámame si surge algún problema o cuando hayas terminado.

—Por supuesto.

Cincuenta y tres

Mientras Hunter y Garcia salían del edificio principal de Piper Tech, Vince Keller llevó el diario por otro pasillo hasta el laboratorio de electrónica número dos. Allí, lo colocó sobre un gran banco de trabajo de madera y volvió a abrir la portada. Aún llevaba puestos los guantes de látex.

De un dispensador de la pared, arrancó una hoja de un tipo especial de film transparente protector, lo bastante grande como para cubrir la primera página del diario. Colocó con cuidado el film sobre la página y el resto del libro, dejando a la vista únicamente el reverso de la tapa.

Del tercer estante de un armario metálico, sacó una pistola de vapor inalámbrica que parecía una pequeña tetera, con una boquilla larga y un gatillo para el pulgar.

En el cuarto de baño —que estaba a mitad del pasillo por el que había venido—,llenó de agua la pistola de vapor y regresó al laboratorio. Allí la volvió a colocar en su soporte y la encendió, antes de concentrarse en el diario que tenía sobre la mesa de trabajo. Se cambió las gafas normales por unas de relojero con aumento y observó los bordes de la lámina de cuero del reverso de la tapa. A menos que el pegamento utilizado fuera algún tipo de superadhesivo especial resistente al vapor, no creía que quitar la lámina sin dañarla fuera un problema. Pero no quería arriesgarse, así que rasgó otro trozo de film transparente especial y lo colocó sobre el reverso de la portada del libro, dejando esta vez al descubierto solo el borde superior de la lámina de cuero.

Volvió al armario metálico y cogió un bisturí. Detrás de él, la pistola de vapor emitió un pitido en su soporte, indicando que el aparato estaba listo. La cogió, se colocó de nuevo frente al banco de trabajo y acercó la punta de la boquilla de la pistola a la esquina más a la izquierda del borde expuesto de la lámina de cuero. La mantuvo a unos pocos centímetros de distancia y apretó suavemente el gatillo. Un chorro constante de vapor salió de la boquilla, calentando el borde de la lámina y, en consecuencia, el pegamento que había debajo. A medida que el pegamento empezaba a disolverse, Keller empezó a empujar con mucho cuidado la punta del bisturí entre la lámina y la cubierta. Para su sorpresa, el bisturí solo tardó un par de segundos en penetrar.

Keller soltó el gatillo, dejó la pistola de vapor sobre la mesa, utilizó un pañuelo de papel para limpiar la condensación y comprobó la

lámina de cuero: sin daños. Comprobó también la cubierta del cuaderno: sin daños.

Tal vez el proceso iba a resultar incluso más fácil de lo que había previsto.

Keller volvió a coger la pistola de vapor y el bisturí y se puso de nuevo manos a la obra. Despacio y con mucha delicadeza, repitió el proceso. Mientras el pegamento seguía cediendo y el bisturí se deslizaba entre la lámina y la cubierta, avanzaba hacia la izquierda, milímetro a milímetro, sin prisas. Tres minutos y medio después, había llegado al lomo del cuaderno. Todo el borde superior de la lámina de cuero estaba despegado.

Había acertado: el fabricante solo había utilizado pegamento en los bordes.

Dejó la pistola de vapor y el bisturí y limpió la con densación de la lámina de cuero, antes de retirar el film transparente y volver a colocarlo, dejando expuesto solo el borde exterior. Con la pistola de vapor y el bisturí de nuevo en sus manos, repitió el proceso de nuevo, esta vez desde la parte superior de la cubierta hacia abajo. En algunos lugares, el pegamento mostraba un poco más de resistencia, por lo que tardó un poco más en llegar al borde inferior: seis minutos y doce segundos, para ser exactos.

Solo tenía que repetir el proceso una vez más —con el borde inferior de la lámina de cuero— y podría levantarla como si fuera una página más del diario. Comenzó el proceso desde el borde inferior exterior y avanzó hacia el interior, en dirección al lomo. Tres minutos después había terminado.

Keller dejó el bisturí y la pistola de vapor, limpió la condensación y se cambió las gafas de aumento por las normales.

—Vamos a ver si podemos insertar un localizador aquí dentro —murmuró para sí mismo mientras retiraba el film protector de la parte interior de la portada.

Al levantar la lámina de cuero, se detuvo y frunció el ceño.

Su mirada se quedó clavada en la portada del libro, ahora expuesta, durante unos largos segundos.

—Pero ¿qué coño es esto?

Cincuenta y cuatro

Hunter y Garcia acababan de regresar a su despacho cuando la capitana Blake apareció en su puerta.

—Ya está todo listo —dijo, dirigiéndose a Hunter—. Un equipo de los SWAT y uno de la SIS estarán siguiendo todos tus movimientos en cuanto recibas la llamada de ese perturbado. Y también tenemos apoyo aéreo. No voy a correr ningún riesgo. ¿Has recuperado el diario del laboratorio forense?

—Sí —respondió Hunter.

—¿Dónde está? —La capitana entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Con la Unidad de Electrónica de la TID —respondió Garcia.

—¿La Unidad de Electrónica? —La expresión de la capitana Blake dejó claro que no entendía nada—. ¿Por qué?

Garcia le dio una rápida explicación.

—¿Tienen un localizador lo bastante fino como para ocultarlo en la tapa de un libro?

—Parece una locura, ¿verdad? —admitió Garcia—. No hace tanto, el único lugar donde se vería algo así sería en el cine, en una película de Bond.

Justo entonces sonó el teléfono de Hunter en el bolsillo de su chaqueta.

—Detective Hunter —respondió tras llevárselo a la oreja derecha—, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Robert, soy Vince. ¿Ya estáis en el Departamento?

La preocupación ensombreció de inmediato el rostro de Hunter. Solo habían pasado unos veinte minutos desde que habían salido de la División de Investigación Técnica en Piper Tech. No era tiempo suficiente para que hubieran colocado ya el localizador.

—Acabo de llegar, Vince. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Garcia dejó lo que estaba haciendo y se giró para mirar a Hunter.

—¿Qué ocurre? —articuló en silencio—. ¿Qué está pasando?

Hunter le hizo un gesto para que le diera un segundo.

—No estoy seguro —respondió Keller—, pero tenéis que volver aquí.

—¿Por qué?

—Porque tenéis que verlo con vuestros propios ojos.

Cincuenta y cinco

Esta vez, la capitana Blake se unió a Hunter y Garcia mientras volvían corriendo a Piper Tech. Durante el corto trayecto, Garcia le contó lo que habían leído en el diario del asesino, el significado de PFOA y que, tras la conversación telefónica de Hunter con el señor Wilson, ahora estaban bastante seguros de que el asesino era, en efecto, un exmilitar.

—¡Joder! —exclamó la capitana—. Eso complicará mucho las cosas.

—Eso mismo he dicho yo —respondió Garcia.

En el edificio Piper Tech, tuvieron que pasar el mismo control de seguridad que antes.

—Hemos estado aquí hace menos de media hora —protestó Garcia, molesto—. Se acuerda de nosotros, ¿verdad?

—Sí —confirmó la recepcionista mientras colgaba el teléfono. Era una mujer corpulenta, con unos brazos tan gruesos como el cuello de Garcia. Sus ojos amenazadores se ocultaban tras unas gafas de montura redonda—. Pero esas son mis órdenes: sin excepciones. —Su voz era tranquila y controlada—. Estoy segura de que, como detectives, entienden la importancia de seguir el protocolo, ¿verdad? Puedo perder mi trabajo si no lo hago.

La capitana Blake estaba a punto de tirar de rango y poner fin a la discusión cuando Vince Keller salió corriendo del vestíbulo del ascensor para reunirse con ellos en la recepción. Hunter le presentó rápidamente a la capitana Blake antes de que Keller les hiciera entrar con pases de visitante.

Esta vez, el grupo tomó las escaleras en lugar del ascensor.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Garcia, mientras subían el primer tramo de escaleras hacia el segundo piso.

—Es mucho más fácil enseñártelo que explicártelo —respondió Keller, subiendo los escalones de dos en dos.

Al llegar a la segunda planta, Keller guio a todos por el mismo pasillo por el que habían pasado antes, dejaron atrás la pequeña sala donde habían mantenido la reunión y entraron en el laboratorio de electrónica número dos.

Cuando cerraron la puerta, Hunter y Garcia vieron el diario encima de un banco de trabajo situado al fondo de la sala. La tapa estaba abierta, dejando al descubierto el interior y la primera página del diario. La lámina de cuero del interior de la cubierta seguía en su sitio.

—Como ya he explicado antes —comenzó Keller, mientras todos rodeaban el banco de trabajo—, lo que quería hacer era utilizar una pistola de vapor para derretir el pegamento que mantenía la lámina de

cuero en su sitio, y así poder comprobar lo difícil que sería insertar un localizador en la cubierta. Esa parte fue sencilla. En veinte minutos el trabajo estaba hecho.

—Vale, ¿y…? —preguntó Garcia.

Keller hizo una pausa y ladeó un poco la cabeza hacia la derecha.

—Y supongo que no esperaba encontrar nada una vez quitada la lámina. Pero no fue así. —Levantó la lámina de cuero, dejando al descubierto el reverso desnudo de la portada del diario.

Hunter y Garcia la miraron con desconcierto.

—Pero ¿qué coño…? —murmuró Garcia, estirando el cuello para ver mejor.

En el interior de la portada, antes oculta por la lámina de cuero, había cuatro líneas de texto escritas a mano, todas ellas con una extraña combinación de letras y números. La letra era idéntica a la de las páginas del diario.

3g2uptkl78pq6kufa9m DOPS1207102375
122001FOBRhino 15052004MNF-I

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Garcia.

—Esa es la pregunta del millón —respondió Keller, apoyado de lado contra la pared.

—No son coordenadas, ¿verdad? —preguntó la capitana Blake a Hunter, que negó con la cabeza con decisión.

—¿Coordenadas? —preguntó Keller, escéptico.

—Algo que surgió durante la investigación —respondió Hunter, sin querer compartir demasiados detalles.

—Entonces, ¿qué creéis que son? —insistió la capitana Blake, lanzando la pregunta al aire.

Garcia fue el primero en sacudir la cabeza y encogerse de hombros.

La capitana clavó en Hunter una de sus miradas penetrantes.

—Si tuviera que decir algo —dijo, con una expresión que no transmitía demasiada seguridad—, diría que son códigos de algo, pero eso no es lo importante. Esto es lo que busca —clavó el dedo índice en el banco de trabajo—, esto es lo que el asesino quiere recuperar. Por eso necesita el diario. Sean lo que sean, palabras clave, contraseñas, coordenadas o cualquier otra cosa, las necesita.

Mientras la atención de todos volvía a las cuatro misteriosas líneas de texto, Hunter sacó el móvil y les hizo una foto.

—Espera un segundo —dijo Keller, levantando el índice derecho—. ¿Te importa si intento algo?

—¿El qué? —preguntó la capitana Blake.

—La primera línea —explicó Keller— es claramente distinta de las otras tres.

Una vez más, todos volvieron a fijarse en el enigmático texto.

—Solo utiliza letras minúsculas —aclaró Keller—. Y también es la única de las cuatro líneas de texto en la que los números interrumpen una secuencia de letras. —Cogió un bloc de notas y copió la primera línea.

—Vale, veo lo que quieres decir —asintió la capitana Blake—. Pero ¿qué es lo que quieres intentar?

—Bueno —respondió Keller, instando a todos a seguirle—, esto es una posibilidad remota…

Condujo al grupo de nuevo al pasillo y después a la pequeña sala en la que Hunter, Garcia y él habían estado antes.

—He visto y utilizado líneas de texto similares antes —dijo Keller, colocándose detrás del escritorio, y pulsó la barra espaciadora del teclado para activar los tres monitores.

—¿Dónde? —preguntó Hunter.

—En internet —respondió Keller, mientras esperaba a que una aplicación se cargara en las pantallas—. Esta línea de aquí —dejó sobre la mesa el bloc de no tas en el que había copiado la primera línea de texto— podría ser perfectamente una dirección web. Solo le falta el sufijo.

—¿Una dirección web? —La mirada perpleja de Garcia saltó de Keller a Hunter, luego a la capitana Blake y después de nuevo a Keller —. ¿No se supone que tiene que haber puntos en alguna parte?

—No —replicó Keller—. Esta no sería una dirección web normal. No estaríamos hablando de lo que conocemos como internet.

—La *dark web* —dijo Hunter mientras el navegador Tor aparecía en la pantalla del ordenador de Keller.

—Exacto —coincidió Keller. Se giró para dirigirse al capitana—. Y eso es lo que quiero probar. Lo único que tengo que hacer es copiar esa línea de texto en la barra de direcciones y añadirle un «.onion» al final. Es el sufijo que usa la *darknet*. En lugar de punto com, punto org o lo que sea, usan punto onion.

Todos observaron cómo Keller introducía en la barra de direcciones la primera línea de texto que había copiado del interior de la portada del diario. Luego le añadió el sufijo y pulsó la tecla *enter*.

El navegador Tor tardó bastante más que uno normal en cargar una página web en los tres monitores interconectados de la mesa de Keller, pero al final lo hizo.

—Bingo —dijo Keller con una sonrisa—. Es una página de la *dark web*.

En cuanto se cargó el sitio, apareció una ventana emergente solicitando una contraseña de inicio de sesión.

Todos intercambiaron miradas de preocupación.

—Déjame ver la foto que has hecho —le pidió Keller a Hunter.

Hunter sacó el móvil y se la enseñó.

—Tal vez una de estas líneas es la contraseña —sugirió Keller.

—Tal vez —admitió Hunter—, pero ¿para acceder a qué?

—Podría ser cualquier cosa —respondió Keller, encogiéndose de hombros—. Una base de datos, un foro privado…

—Solo hay una manera de averiguarlo —intervino la capitana Blake.

—¿Lo intento? —preguntó Keller a Hunter.

Hunter se lo pensó un segundo.

—Adelante.

Keller tecleó la segunda de las cuatro líneas de texto en el campo de la contraseña: DOPS1207102375

En cuanto pulsó la tecla *enter*, apareció un icono con reloj de arena sobre la ventana emergente. Un segundo después, apareció un mensaje: «Inicio de sesión correcto».

—Estamos dentro —anunció Keller, medio sorprendido.

La ventana emergente desapareció de la pantalla, revelando el sitio de la *dark web* que había detrás.

Los cuatro se quedaron en silencio, tratando de comprender lo que estaban viendo.

—¿Qué demonios es esto? —La capitana Blake hizo la pregunta que todo el mundo estaba pensando.

—No estoy muy seguro —respondió Hunter.

Tardó un par de segundos más en darse cuenta de lo que realmente estaba mirando.

Fue entonces cuando apareció algo nuevo en la parte izquierda de la pantalla.

—Tiene que ser una broma. —Las palabras escaparon de los labios de Hunter—. Esto no puede ser real.

Entonces apareció algo más en la pantalla, también en el lado izquierdo.

Garcia dejó caer los brazos y sintió que el corazón se le hundía hasta el fondo del estómago.

—¡Oh…, joder!

Cincuenta y seis

El hombre no tenía ninguna duda de que su plan funcionaría. No hacía falta más preparación, y por eso podía permitirse pasar la mañana sentado frente al gran monitor de pared, dentro de la sala de control en el sótano del viejo edificio de Santa Clarita. Durante la última hora y media, no había hecho otra cosa que observar a los tres sujetos que tenía encerrados en las celdas situadas justo al final del pasillo donde estaba sentado. Podía pasarse fácilmente días estudiando a quien tuviera en esas celdas, como si se estuviera dando un atracón de alguna adictiva serie de televisión.

El hombre tecleó una orden en el teclado de la mesa de control que tenía delante y la imagen de la pantalla pasó de la celda uno a la dos.

No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que el hombre de la celda dos empezaba a alterarse de nuevo. Se había levantado de su posición de oración, que había mantenido durante casi cuarenta minutos, y había empezado a pasearse por la celda.

Caminar por las celdas era algo que todos los sujetos acababan haciendo. A veces lo hacían como ejercicio, otras por miedo y otras por rabia y frustración. Para el hombre, reconocer la diferencia entre los tres tipos era fácil.

Un sujeto que hacía ejercicio caminaba con paso firme y decidido, no había distracciones ni interrupciones. Se movía de la puerta de la celda a la cama, o de pared a pared, siempre en un bucle continuo, hasta que se cansaba. Algunos podían hacerlo durante horas. También hacían flexiones, abdominales y sentadillas.

Un sujeto que se paseaba por la celda por miedo caminaba con un ritmo muy inestable. Los pasos eran vacilantes y el recorrido se interrumpía constantemente, la mayoría de las veces con lágrimas.

Por último, un sujeto que marcaba el paso por ira y frustración seguía un patrón más definido, los pasos eran mucho más pesados. El recorrido también era irregular, lleno de interrupciones. Algunos sujetos, de vez en cuando, daban puñetazos y patadas a las paredes o a la cama. Algunos también gritaban a pleno pulmón, pero solo lo hacían una vez y nunca más. Las celdas estaban equipadas con un medidor de ruido. Si el nivel de ruido superaba los sesenta decibelios —más o menos el volumen de una conversación entre dos personas—, dos aspersores empapaban la celda —y, por tanto, al sujeto— con agua helada.

El sujeto de la celda número dos se paseaba por ella con pasos

pesados y furiosos mientras murmuraba algo para sí mismo.

Llevaba allí solo dos días, pero no lo había secuestrado porque las voces se lo hubieran ordenado. No, lo había secuestrado porque el hombre lo necesitaba para su plan.

El hombre se recostó en la silla, apoyó los pies en la mesa de control y entrelazó las manos detrás de la cabeza. Disfrutaba observando las reacciones de sus sujetos.

—Los humanos son tan predecibles… —dijo en voz alta, mientras el sujeto daba varios puñetazos a la almohada.

De repente, sonó un pitido en el armario metálico situado a la derecha de la mesa de control.

Los ojos del hombre se dirigieron hacia él y frunció el ceño. Un segundo después, sus pies volvieron al suelo y arrastró la silla hacia la unidad.

El pitido continuó.

El hombre pulsó la barra espaciadora del portátil situado en el segundo estante de la unidad para activarlo.

El pitido persistía.

La pantalla del portátil se encendió y el hombre se quedó mirándola durante unos largos segundos antes de que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—Bueno, bueno —dijo con voz animada—. Me preguntaba cuándo volverías a aparecer.

El hombre miró la pantalla del ordenador, esperando a que se cargara la información. Cuando lo hizo, su sonrisa se convirtió en una carcajada.

Cincuenta y siete

Dentro del despacho de Vince Keller, cuatro pares de ojos estaban completamente pegados a las tres pantallas de su mesa.

Las expresiones de Hunter y Garcia eran una combinación de asombro y quizá un poco de miedo.

—Sabéis lo que es esto, ¿verdad? —preguntó Keller, recorriendo con la mirada los rostros de las personas que estaban con él. No obtuvo respuesta—. Es una sala de chat. De las antiguas. ¿Os acordáis de ICQ? ¿AOL? Esto es más o menos lo mismo, la única diferencia real es que esta es una sala de chat privada.

Keller tenía razón. Lo que había aparecido en las pantallas de su ordenador era exactamente igual que una vieja sala de chat, con dos paneles. El grande de la derecha mostraba el contenido de la conversación entre los participantes en la sala de chat. El de la izquierda mostraba los nombres, o en este caso los alias, de dichos participantes. Cuando la sala de chat se cargó en las pantallas de Keller, solo apareció un alias en la parte superior del panel de la izquierda, Miles Sitrom, que en ese caso los representaba a ellos, pero casi de inmediato se unieron al chat dos nuevos participantes. Sus alias eran Voz 1 y Voz 2.

A Hunter se le hizo un nudo en el estómago. Había acertado con las voces. Eran personas reales y no la creación distorsionada de una mente esquizofrénica.

Sus ojos y los de Garcia se quedaron clavados en la pantalla.

—¿Estáis bien? —preguntó Keller—. Parece que habéis visto a un par de fantasmas.

De repente, apareció una línea de texto en la parte superior del panel de la derecha.

> Voz 1: Vaya sorpresa, Miles Sitrom. No esperaba saber de ti tan pronto. No hasta dentro de unos días, al menos. ¿Has conseguido ya al sujeto que te pedimos?

—Joder, joder, joder —fue todo lo que Garcia pudo decir en ese momento. Se volvió hacia Hunter, cuya mirada seguía fija en las pantallas.

En el panel derecho apareció una nueva línea de texto.

Voz 2: ¿Miles Sitrom? ¿Estás ahí?

—Mierda —dijo Garcia, tapándose la nariz y la boca con la mano—. ¿Qué hacemos? —le preguntó a Hunter.

Hunter sabía que si no respondían, quienquiera que fueran Voz 1 y Voz 2 sabrían de inmediato que no estaban hablando con el verdadero Miles Sitrom. Y aunque no podía prever las consecuencias que tendría eso, no hacía falta ser clarividente para predecir que no serían buenas.

Su mente pasó de cero a cien en medio segundo. Sus manos volaron hacia el teclado del escritorio.

—¿Vas a responder? —preguntó Garcia, con los ojos como platos.

Hunter se detuvo un segundo antes de que sus dedos empezaran a teclear. Sentía el corazón martilleándole en el pecho. Escribió:

Sí, estoy aquí. Y no, aún no he conseguido al sujeto.

Todos leyeron la respuesta de Hunter en la pantalla antes de centrar su atención en él.

Hunter tuvo que pensar rápido. Sabía que no podía dejarlo ahí. Necesitaba explicarse antes de que llegara la siguiente pregunta.

—¿Se puede rastrear este ordenador? —preguntó a Keller, que lo miró con el ceño fruncido—. La dirección IP de este ordenador —aclaró Hunter—, ¿pueden rastrearla?

—No —respondió Keller—. Nuestros cortafuegos codifican la dirección IP. No se puede rastrear. Y además estamos usando la *dark web*, no hay forma de rastrearlo.

Eso era lo que Hunter necesitaba oír. Empezó a teclear de nuevo.

Mi ordenador se ha estropeado. Tengo uno nuevo y estoy reinstalando el software, como el navegador Tor. Solo es una prueba para asegurarme de que todo funciona sin problemas.

La cabeza de Garcia se inclinó ligeramente hacia la derecha mientras asentía.

—Bien pensado.

—Pero ¿se lo tragarán? —dijo Hunter, nervioso.

Estaba a punto de escribir algo más y desconectarse cuando apareció una nueva línea de texto en la pantalla.

Voz 1: ¿Qué le ha pasado a tu ordenador?

Todas las miradas se dirigieron de nuevo a Hunter. Escribió:

Daños por agua. No tenía arreglo.

Hubo un intervalo de dos segundos antes de que los dedos de Hunter volvieran a moverse por el teclado.

Volveré a ponerme en contacto pronto.

Hunter miró a Keller.

—¿Cómo salgo de la sala de chat?

Las manos de Keller volaron hacia el teclado y simplemente cerró el navegador Tor.

—Ya está —dijo—. Nos hemos desconectado.

La capitana Blake miró a Keller con una pregunta en los ojos.

—El navegador Tor no conserva el historial de navegación —explicó Keller—. Y borra automáticamente todas las *cookies* que se hayan generado durante la sesión, que también se termina en cuanto cerramos el navegador.

Los brazos de Hunter cayeron pesadamente a sus lados, como si toda su energía lo hubiera abandonado de golpe.

—Esto es una locura —dijo Garcia, dando un paso atrás.

—Un momento —dijo la capitana Blake, levantando un dedo—. ¿Esto significa que…?

—Significa que estábamos equivocados, capitana —la interrumpió Hunter.

—¿Equivocados en qué?

—En casi todo —respondió Hunter—. Nuestro asesino es sin duda un psicópata, pero no es esquizofrénico, como creíamos al principio. —A pesar de que el chat ya no estaba en las pantallas, Hunter las señaló—. No oye voces en su cabeza. Habla con ellas a través de una sala de chat de la *dark web*. Las voces a las que se refiere en su diario son en realidad otras personas. —Hizo una pausa, como si necesitara tiempo para ordenar sus pensamientos—. Otras personas que le piden asesinatos… asesinatos específicos. Nuestro asesino no está loco ni delira. Es un mercenario…, un comerciante de la muerte. Y las voces no son una manifestación de su subconsciente. Son compradores. Son sus clientes en línea.

—¿Y qué compran exactamente? —preguntó la capitana Blake—. No es que este asesino entregue las víctimas a esos compradores, así que ¿qué les está dando?

Fue entonces cuando otra pieza del nuevo rompecabezas encajó por

fin en su sitio para Hunter.

—Imágenes.

Todos se volvieron hacia él.

—La cámara que encontramos dentro del ataúd en el parque Deukmejian —dijo, dirigiéndose principalmente a Garcia y a la capitana—. El asesino no la estaba usando para grabar para sí mismo. Lo estaba retransmitiendo en directo para que las personas que estaban detrás de las voces, las que fueran, pudieran verlo. Eso es lo que hace. Eso es lo que vende. Eso es lo que entrega: emisiones en directo de tortura y muerte. Las personas detrás de las voces hacen sus pedidos enfermizos por internet. Le dicen qué aspecto debe tener la víctima, cómo debe ir vestida y lo demás. Le dicen lo que quieren que les haga: cómo torturarlas y, al final, cómo asesinarlas. Y quién mejor que para cumplir sus sádicas fantasías que un… —Hunter volvió a hacer una pausa—. ¡Hijo de puta! —Sacudió la cabeza y soltó una risa sin rastro de humor—. Claro que sí —dijo al darse cuenta—. El alias. —Se giró hacia Keller—. ¿Tienes un trozo de papel y un bolígrafo?

—Sí. —Keller rápidamente le entregó ambos a Hun ter.

Hunter anotó el alias antes de explicárselo.

—Miles Sitrom: la primera palabra no se pronuncia «mails», se pronuncia «miles». —La pronunciación de Hunter cambió por completo—. Y la segunda palabra, Sitrom, es *mortis* escrito al revés. Es latín. *Miles mortis* significa «soldado de la muerte».

Cincuenta y ocho

El aire dentro del ya claustrofóbico despacho de Vince Keller parecía haberse vuelto aún más denso y difícil de respirar. Los ojos de Garcia y de la capitana Blake se mantuvieron fijos en Hunter mientras digerían sus palabras.

—¿No estarás hablando en serio? —preguntó la capitana Blake, con los ojos muy abiertos.

—Tiene razón —confirmó Keller, asintiendo levemente con la cabeza—. *Miles mortis* significa «soldado de la muerte» en latín.

—¡Hijo de puta! —escupió Garcia—. Supongo que esto confirma lo del exmilitar de una vez por todas.

Keller lo miró con el ceño fruncido, pero se guardó la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—¿Qué hay de las otras dos líneas de texto en la portada del diario? —preguntó la capitana Blake—. ¿Son también direcciones de la *dark web*?

—No lo creo —respondió Keller—. La combinación de letras y números parece errónea.

—Bueno —insistió la capitana—. ¿Podemos probar solo para estar seguros?

—Por supuesto —confirmó Keller. Se dirigió a Hunter—. ¿Puedo volver a ver la foto que hiciste de la portada?

Hunter entregó su teléfono a Keller, que volvió a abrir su navegador Tor y escribió rápidamente la tercera línea de texto de la portada del diario en la barra de direcciones del navegador. Añadió el sufijo «.onion» al final y pulsó la tecla *enter*.

Esta vez la nueva página se cargó en un abrir y cerrar de ojos. Era una página de error.

«No se puede conectar».

—Nada —dijo Keller, antes de repetir lo que acababa de hacer, ahora utilizando la cuarta y última línea de texto de la portada del diario.

La misma página de error se volvió a cargar en su pantalla.

«No se puede conectar».

—Como imaginaba —dijo Keller—. No son direcciones web.

—Entonces, ¿qué demonios son? —preguntó la capitana Blake. La irritación en su voz era innegable.

Hunter se giró hacia Keller cuando, de repente, una nueva pieza del rompecabezas encajó en su sitio.

—En la *dark web* —dijo—, la moneda que se utiliza es el bitcoin, ¿verdad?

—Sí, es correcto —confirmó Keller.

Los ojos de Hunter se dirigieron a su móvil, que seguía sobre la mesa de Keller.

La mirada de Keller siguió la de Hunter y su rostro se iluminó. Sabía exactamente lo que Hunter estaba a punto de sugerir.

—Esas dos líneas de texto —preguntó—, ¿podrían ser cuentas Bitcoin? ¿O contraseñas para acceder a ellas?

—Perfectamente —confirmó Keller, con una leve sonrisa asomando a sus labios—. Y si tu teoría sobre que este tipo vende asesinatos en la *dark web* es cierta, tiene muchísimo sentido.

—¿Podemos rastrearlas? —preguntó la capitana Blake—. ¿Esas cuentas Bitcoin?

—En absoluto —respondió Keller—. Si se trata de contraseñas para acceder a una cuenta o varias, no hay forma de rastrearlas. Incluso si fueran los números de cuenta, no podríamos hacer nada. La razón de ser de la *dark web* es el anonimato. Podríamos tener su cuenta y contraseña, podríamos entrar en ella y aun así no obtendríamos un nombre. Las cuentas Bitcoin no son cuentas bancarias normales.

La capitana Blake iba a preguntar algo más cuando Hunter la detuvo con un gesto de la mano.

—Capitana —dijo, con voz urgente pero sin agresividad—. Podemos repasar todo esto y lo que usted quiera cuando volvamos al Departamento, pero ahora mismo tenemos que decidir qué hacer con el diario. Sí, hemos averiguado por qué el asesino tiene tantas ganas de recuperarlo, pero eso no cambia el hecho de que me llamará a las cinco de esta tarde con instrucciones para devolvérselo.

—El localizador sigue siendo una buena idea —dijo Keller, atrayendo los ojos de todos hacia él—. Lo siento. —Levantó las mano en señal de rendición—. Sé que no formo parte de la investigación, pero, si se me permite decirlo… si podemos encajar un localizador en su diario, y me parece que puedo hacerlo, creo que tenéis una gran oportunidad de atrapar a ese tipo… sea quien sea. En realidad, nada cambia con respecto al plan original, excepto que, en lugar de colocar un localizador en la portada, lo haré en la contraportada.

Nadie en esa sala necesitaba que lo convencieran.

—Me parece bien —dijo la capitana Blake.

—Estoy de acuerdo —se unió Hunter—. No tenemos ninguna razón para cambiar nuestro plan, a menos que…

—A menos que encontremos algo más escondido en la contraportada —dijo Garcia, anticipándose a lo que Hunter estaba a punto de decir.

—Pues vamos a comprobarlo, ¿no? —dijo Keller, haciendo un gesto

hacia la puerta.

Cincuenta y nueve

Los cuatro se apresuraron a volver al laboratorio de electrónica número dos. Allí, Keller recolocó con cuidado la lámina de cuero interior de la portada en su lugar original, sin volver a aplicar pegamento; lo haría más tarde. En ese momento, su principal preocupación era echar un vistazo a la contraportada. Quitó el film protector que cubría el diario y avanzó hasta la última página, dejando al descubierto el interior de la cubierta trasera y una lámina de cuero idéntica a la que acababa de quitar. Volvió a encender la pistola de vapor y, mientras esperaba a que se calentara, cubrió el cuerpo de la agenda con film protector.

—Esto podría llevar unos veinte minutos —anunció al grupo—. Quizá más.

—¿Podemos ayudarte en algo? —preguntó Hunter.

—Por desgracia, no.

—Bueno, yo me quedo —dijo Garcia, rodeando el banco de trabajo hasta el otro lado—. Este ir y venir de aquí al Departamento es tedioso, y aunque quiero revisar todas las entradas del diario, ya no tenemos prisa por averiguar por qué el asesino lo quería recuperar con tanta urgencia.

Hunter asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Hay alguna máquina de café por aquí? —preguntó la capitana Blake.

—Sí, claro —respondió Keller, mientras se cambiaba de nuevo las gafas por las de aumento—. Vaya al final del pasillo y gire a la derecha. La verá.

—La acompaño —dijo Garcia, mientras la capitana Blake llegaba a la puerta—. ¿Quieres algo? —le preguntó a Hunter, que negó con la cabeza—. ¿Vince?

—No, gracias.

Cuando Garcia y la capitana Blake salieron de la sala, la pistola de vapor emitió un pitido detrás de Keller. La alcanzó, cogió el bisturí y empezó por la esquina superior derecha de la lámina de cuero, la esquina exterior.

—¿Crees que se lo han tragado? —preguntó Keller a Hunter—. Lo de los daños por agua y la reinstalación del *software*.

—No lo sé —respondió Hunter—. Pero no se me ocurrió otra cosa.

—Ha sido una buena respuesta —admitió Keller—, pero lo que me preocupa es… y perdona por entrometerme en algo que

probablemente no debería, pero ¿y si ellos, las «voces», intentan contactar con Miles Sitrom, sea quien sea, solo para confirmarlo?

—Es un riesgo —reconoció Hunter—, pero no creo que lo hagan.

—¿Por qué no?

—Estoy dispuesto a apostar que ese chat es la única forma que tienen de ponerse en contacto —explicó Hunter—. Porque a ambas partes les interesa permanecer en el más absoluto anonimato.

—Es cierto —convino Keller.

—Una vez que nos conectamos —continuó Hunter—, las voces dijeron que no esperaban tener noticias de nuestro asesino todavía, probablemente porque entienden que su encargo, fuera cual fuera, le llevará unos días al asesino.

—¿Qué tipo de encargo?

Hunter exhaló.

—Víctimas que encajen con un perfil específico.

Keller se quedó en silencio y miró a Hunter a través de sus gafas de aumento.

—El verdadero asesino no solo está ocupado buscando a esa nueva víctima, sino que también tiene que lidiar con el problema del diario perdido, así que estoy bastante seguro de que no se pondrá en contacto con las voces hasta dentro de unos días.

—Y si lo del localizador funciona —dijo Keller—, no necesitaréis unos días.

—Esa es la idea —coincidió Hunter.

Garcia y la capitana Blake volvieron al laboratorio. Para entonces, Keller había conseguido derretir unos dos centímetros de pegamento.

—¿Cómo va eso? —preguntó la capitana Blake.

—No creo que vayamos a encontrar ningún secreto oculto en la contraportada —respondió Keller, sin levantar la vista.

—¿Y eso por qué? —preguntó Garcia, acercándose al banco de trabajo.

—El pegamento de la portada —explicó Keller— se disolvió mucho más rápido que este, lo que me hizo sospechar antes. Lo que me indica es que el pegamento de la portada fue manipulado antes, como ahora sabemos que ha ocurrido, pero la lámina de la contraportada ofrece mucha más resistencia, lo que indica que sigue tal y como salió de fábrica. No ha sido manipulada.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó la capitana Blake.

—En teoría, sí. Vamos a comprobarlo.

Keller tardó veintinueve minutos en disolver por fin el pegamento que sujetaba la lámina de cuero a la contraportada. Cuando por fin la levantó, todos respiraron aliviados. Tal como Keller había predicho,

no había nada oculto allí.

En silencio, Keller estudió la cubierta durante un minuto entero.

Todos esperaron.

—No creo que vayamos a tener problemas —anunció finalmente Keller—. Solo tengo que rebajar un poco la cubierta y estoy bastante seguro de que puedo insertar aquí un localizador de veinticuatro horas sin problemas. Podríais pasar la mano por el interior de la contraportada y no notaríais nada.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó la capitana Blake.

—Alrededor de media hora para fabricar el localizador —respondió Keller—. Luego, tal vez otra media hora para volver a pegar ambas láminas en su lugar, pero... —Levantó un dedo para que nadie lo interrumpiera—. Para que el localizador sea tan fino como el papel, no puede llevar un botón de activación ni una batería que necesite mantener la energía durante más de veinticuatro horas. —Keller asintió mirando a Hunter y a Garcia.

—Sí, claro —aceptó Garcia.

—Además —continuó Keller—, debido a lo fino que será , tendrá una señal limitada. Si la persona que estemos rastreando coge el metro o entra en un edificio y baja más de un nivel por debajo del suelo, la señal se interrumpirá.

—Entendido —dijo Hunter.

—Entonces —continuó Keller—, si no necesitáis el diario para nada urgente en este momento y el asesino te dará instrucciones sobre cómo devolvérselo a las cinco de esta tarde, sugiero que esperemos hasta quizá las tres o las cuatro para activar el localizador. —Consultó su reloj. Casi era la una de la tarde—. Si lo activamos dentro de una hora, cuando termine de fabricarlo, estaríamos malgastando unas horas preciosas.

—Buena observación —admitió la capitana Blake.

—Puedo volver a pegar la lámina a la portada para ganar tiempo —dijo Keller—, y empezar con el localizador, pero quizá debería esperar hasta las cuatro de esta tarde para activarlo, colocarlo en su sitio y sellar la cubierta.

—Es tu decisión, Robert —dijo la capitana Blake—. Tú eres quien va a recibir la llamada y a lidiar con las instrucciones de ese cabrón.

—¿Estás seguro de que, si activas el localizador sobre las cuatro de la tarde, tendrás tiempo suficiente para colocarlo en su sitio y sellarlo sin problemas? —preguntó Hunter a Keller.

—Estoy seguro.

—De acuerdo. Haz lo que tengas que hacer.

Sesenta

Una vez que todos estuvieron de vuelta en el Edificio de la Administración de la Policía, la capitana Blake volvió a su despacho y Hunter y Garcia regresaron a sus mesas y a las entradas del diario.

Aunque ya no parecía necesario buscar la razón por la que el asesino deseaba tanto recuperarlo, Hunter siguió leyendo cada página con calma y detenimiento, intentando aún leer entre líneas. Tal vez ya sabían por qué el diario era tan importante para él, pero las entradas aún podían revelar información valiosa sobre la identidad del asesino, una ubicación o tal vez incluso quiénes eran las voces.

Los segundos pasaban y, cuanto más leían, más atónitos se quedaban. Todos aquellos asesinatos —el nivel de barbarie, de sadismo, lo grotesco de todo— no eran obra de un psicópata descontrolado en plena oleada homicida. Eran barbaridades, dolor inimaginable, sadismo y atrocidades por encargo. Las víctimas estaban siendo asesinadas simplemente porque algunas personas querían verlo, porque querían que sus fantasías enfermizas se hicieran realidad.

—¿Sabes qué? —dijo Garcia desde su mesa, interrumpiendo los pensamientos furiosos de Hunter—. Ni siquiera sé a quién me gustaría echarle el guante ahora mismo. No sé si a ese mercenario de mierda o si a los gilipollas sin carácter que piden y pagan para que ocurran esos asesinatos. Esos putos raros tienen todas esas fantasías enfermizas en sus cabezas, pero ni siquiera tienen las agallas de llevarlas a cabo ellos mismos. Pagan a otro para que haga el trabajo sucio por ellos y luego se sientan delante del ordenador a ver el resultado y probablemente a tocarse mientras tanto.

—Puede que tengas razón —concedió Hunter—. Tal vez lo hacen por eso, o tal vez solo están siendo inteligentes y cubriendo sus huellas. Así no corren ningún riesgo. Si cae alguien, será el propio asesino, no ellos. Son fantasmas en el ciberespacio, Carlos. Inidentificables. Probablemente ni siquiera el asesino sepa quiénes son.

Garcia exhaló con rabia.

—O tal vez su fetiche —continuó Hunter—, su fantasía, en realidad es solo mirar, no participar. Lo creas o no, eso existe.

—Aun así —dijo Garcia, con un gesto de fastidio—, son tan culpables como el asesino.

—De eso no hay duda —convino Hunter.

Garcia se dejó caer en su asiento, abatido.

—Este mundo ha perdido el norte. Ha perdido el sentido… la dignidad. —Sacudió la cabeza—. Esto no es un videojuego, ¿sabes?

Esto es la vida real… gente real.

Hunter se quedó callado, pero no podía estar en desacuerdo con su compañero. La única diferencia era que él había llegado a la conclusión de que la humanidad había perdido el norte hacía ya mucho tiempo.

Tras una breve pausa, ambos detectives retomaron la lectura del diario. A Hunter le parecía que con cada nueva entrada que leía el nivel de violencia y sadismo subía un peldaño. Las víctimas habían sido sometidas a algunos de los métodos de tortura y a las muertes más horribles que se pudiera imaginar. Había mutilaciones, decapitaciones, técnicas e instrumentos de tortura antiguos —que el asesino había tenido que fabricar él mismo con madera y metal—, desmem bramientos, personas quemadas vivas, devoradas por ratas hambrientas y mucho más. Al igual que en las dos primeras entradas, casi todas las nuevas terminaban con coordenadas específicas de longitud y latitud que indicaban el lugar donde se habían enterrado los restos de la víctima. En dos casos, los restos se habían arrojado al océano y sin duda se habrían perdido para siempre. Una tercera víctima, una estudiante de veintidós años de la UCLA, fue incinerada y sus cenizas fueron arrojadas por el retrete. Hunter y Garcia tendrían que informar a los padres de la joven.

—Me siento mal —dijo Garcia, mientras terminaba de leer otra entrada—. Tengo náuseas. —Se levantó y se llevó una mano a la parte superior del pecho mientras hacía una mueca de dolor—. ¿Por qué entrada vas?

—Acabo de terminar la número diez —respondió—. Me quedan seis. ¿Y tú?

—Una menos que tú. ¿Has encontrado algo? —preguntó Garcia, sabiendo que Hunter había estado leyendo entre líneas—. ¿Alguna pista o detalle que nos ayude?

Hunter negó con la cabeza, despacio y con gesto pensativo.

—Nada. Si las personas detrás de las voces en esa sala de chat cubrieron sus huellas con el anonimato, el asesino ha hecho lo mismo siendo extremadamente cuidadoso con lo que escribió.

—Lo del localizador en el diario —dijo Garcia, masajeándose el pecho—. Tiene que funcionar. Debemos detener a ese tipo.

Hunter asintió en silencio, porque compartía el mismo temor. Si el plan del localizador no funcionaba, estaba seguro de que no volverían a saber nada de ese asesino. Sin duda, él y las voces cerrarían la sala de chat de la *dark web* que habían visto antes y simplemente crearían otra con una dirección diferente: problema resuelto. El asesino también podría cambiar de ciudad: ir a otro lugar como Chicago, Nueva York, Dallas o donde fuera, porque la ciudad en la que actuaba no influía en el resultado final. Podía encontrar víctimas en cualquier

parte.

—Tengo que ir a buscar algo con azúcar —dijo Garcia, todavía luchando con la sensación de malestar que le subía por la garganta—. Un refresco o algo así. ¿Quieres algo?

—No —respondió Hunter—. Gracias.

Como si estuviera planeado, justo cuando Garcia salía de la oficina, el móvil de Hunter sonó en el bolsillo de su chaqueta.

—Detective Hunter —dijo tras llevarse el teléfono a la oreja—, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Hola —dijo una joven voz femenina—. ¿Qué tal?

El cerebro de Hunter tardó un par de segundos en asociar aquella voz con un rostro. Y, en cuanto lo hizo, la preocupación se apoderó de él.

—¿Angela? —preguntó con la voz llena de aprensión.

—Sí, ¿quién creías que era? —La voz de Angela, en cambio, sonaba aburrida—. Solo quería saber a qué hora vendrás con la *tablet* que me prometiste.

—Espera un segundo. ¿Cómo me estás llamando? —preguntó Hunter—. ¿De quién es el teléfono que está utilizando?

—Pues… mío, por supuesto.

—¿Cómo puedes estar usando tu teléfono si me diste la tarjeta SIM? —Por reflejo, Hunter metió la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta. No encontró nada.

—Bueno… Sí que te la di…, pero luego te la quité.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Sus dedos seguían hurgando en el bolsillo en busca de la tarjeta.

—Cuando estábamos sentados fuera, en el jardín trasero. Yo estaba fumando, ¿lo recuerdas?

Hunter no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Por qué lo hiciste? ¿No oíste ni entendiste por qué te pedí que me la dieras ? El asesino podría estar rastreándote ahora mismo. Tienes que colgar, ya. —Hunter se detuvo un segundo. Sabía que debería haberle quitado el teléfono en lugar de la tarjeta SIM. Se maldijo en voz baja.

—Sí, claro que entendí por qué lo hiciste, pero vamos, ya hablamos de esto. Ese tipo no es James Bond. Rastrear el teléfono de un desconocido no es tan sencillo. Además, me está protegiendo «lo mejor de lo mejor», son tus palabras, no las mías, y no creo que ese tipo tenga ganas de morir o de pudrirse en la cárcel. No va a plantarse así como así en un piso franco de la Policía de Los Ángeles, ¿no? Y relájate, que no he estado mucho tiempo usando el móvil. Solo necesitaba un par de canciones que me ayudaran a empezar el día. Sin

mi música motivadora, no me levanto ni de la cama.

—¿Música? —Hunter se puso de pie de un salto—. Angela, ¿cuándo volviste a poner la tarjeta SIM en tu teléfono?

—Esta mañana temprano. Cuando me desperté. Y solo escuché dos canciones. Ni siquiera escuché diez minutos de *streaming*.

—Por Dios, Angela.

—Muy bien. De acuerdo. Sacaré la tarjeta de nuevo. No te olvides de la *tablet*, ¿vale?

Y justo antes de que Angela colgara, Hunter escuchó a través del teléfono un sonido lejano que le heló la sangre. Parecía el timbre de una puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, con la voz cargada de preocupación, pero ya era demasiado tarde. Lo siguiente que oyó fue cómo se cortaba la llamada.

Sesenta y uno

Garcia abrió la puerta del despacho de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos apenas una fracción de segundo antes de que Angela terminara la llamada con Hunter. Al entrar en la oficina, se llevó la lata de refresco a los labios y dio un largo sorbo.

—No, no cuelgues… —casi gritó Hunter por el teléfono—. ¿Angela…? ¿Angela…? —Volvió a mirar la pantalla. La llamada se había cortado.

—¿Estabas hablando con Angela? —preguntó Garcia, y soltó una carcajada mientras se acercaba a su mesa—. Todavía te contesta con chulería, ¿eh? Esa chica necesita aprender modales.

Hunter ni siquiera lo escuchó. Estaba demasiado concentrado buscando en el registro de llamadas recientes y pulsando el botón de rellamada. Volvió a acercarse el teléfono a la oreja y esperó.

—La persona a la que llama no está disponible en este momento —dijo una voz grabada, indicando que Angela había apagado el teléfono.

Hunter buscó rápidamente en sus contactos los números de los dos agentes de la SIS. Primero llamó a Martin. El teléfono sonó una, dos… cinco veces antes de que saltara el buzón de voz. Hunter dejó un mensaje urgente: «Llámame» y colgó. Luego marcó el número de Jordan y obtuvo exactamente el mismo resultado.

—Tienes que estar de coña —dijo, antes de volver a dejar el mismo mensaje.

—¿Qué demonios está pasando, Robert? —preguntó Garcia.

Hunter le explicó con rapidez la conversación que acababa de tener con Angela.

—¿Estás seguro de que lo que has oído era un timbre? —preguntó Garcia.

—Eso me ha parecido.

—Pero ¿podría haber sido otra cosa? —insistió Garcia.

—Sí —respondió Hunter—, pero entonces, ¿por qué nadie contesta al teléfono?

Garcia no tenía respuesta a esa pregunta.

Hunter volvió a llamar a Angela y escuchó el mismo mensaje automático de antes.

Llamó al teléfono de Martin: saltó el buzón de voz Llamó al teléfono de Jordan: saltó el buzón de voz.

Llamó de nuevo a los tres, y obtuvo el mismo resultado.

—Esto no puede estar pasando —murmuró mientras miraba el reloj: era casi la una y media de la tarde. Cogió su chaqueta.

—¿A dónde vas? —preguntó Garcia.

—Al piso franco.

Garcia consultó su reloj.

—¿Dónde está? ¿En Calabasas?

—Sí.

—Si tenemos suerte con el tráfico, supone una hora de ida y otra de vuelta —dijo Garcia—. Eso significa que puede que no volvamos aquí hasta las cuatro. ¿No crees que es arriesgarse demasiado? Podemos llamar a la comisaría de Malibú y pedirles que envíen una patrulla. Estarán allí en diez o quince minutos.

—Lo sé —respondió Hunter, dirigiéndose ya hacia la puerta mientras marcaba el número de Shannon Hatcher—. Vamos a hacer eso también.

Sesenta y dos

Hunter sabía que Garcia tenía razón. Una simple llamada a la comisaría de Malibú, bajo cuya jurisdicción se encontraba la ciudad de Calabasas, haría que enviaran de inmediato una patrulla al piso franco. Dado que el tráfico en Calabasas no era tan denso como el de Los Ángeles, no tardarían más de diez minutos en llegar. Eso significaba que Hunter tendría una respuesta en quince minutos como máximo, pero intentaba ser lo más práctico posible. Podía pasar esos quince minutos sentado en la oficina, esperando con angustiosa expectación, o ganar tiempo avanzando hacia el piso franco por si se confirmaran sus peores temores.

El hecho de que ninguno de los agentes de la SIS hubiera contestado al teléfono en los últimos cinco minutos hizo que el miedo recorriera cada célula del cuerpo de Hunter. Las normas del protocolo de protección de testigos de la SIS eran claras: el agente o agentes que custodiaban a un testigo debían estar localizables las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Si no respondían a una llamada a cualquier hora del día o de la noche, saltaban las alarmas. En el caso de que los dos agentes de un equipo de dos no cogieran sus teléfonos móviles más de una vez, sabrían que era porque algo iba terriblemente mal.

Al salir de la oficina, Hunter llamó a la central y pidió que le pusieran en contacto con el Departamento del Sheriff de Malibú. Habló con el subjefe y le pidió que enviara un coche patrulla a la dirección del piso franco por un código tres y un posible código seis: llamada de emergencia y posible inspección fuera del vehículo.

Mientras Hunter saltaba al asiento del copiloto del coche de Garcia, intentó llamar a los agentes de la SIS una vez más.

—¿Todavía nada? —preguntó Garcia.

Hunter le hizo un gesto con la cabeza.

Algo iba mal. Algo iba muy mal.

Sesenta y tres

El sargento David Brooks y el cabo Sergio Rivera acababan de terminar de devorar una *pizza* Toscana picante tamaño familiar cuando recibieron por radio una petición de asistencia de la Policía de Los Ángeles. La solicitud era para un código seis con indicación de extrema precaución en una dirección que estaba a menos de seis minutos de su ubicación actual.

—Central —dijo el sargento Brooks por la radio—, aquí la unidad dos-tres-ocho. Estamos a unos cinco minutos. Nosotros nos encargamos.

Cuando Brooks y Rivera volvieron a subirse a su Ford Escape, la central dio al sargento toda la información necesaria. Con las sirenas a todo volumen, el cabo Rivera, que se había puesto al volante, giró a la derecha en Paul Revere Drive y pisó el acelerador, conduciendo el todoterreno blanco y negro a cien kilómetros por hora en una zona residencial limitada a cincuenta. A esa velocidad y con las sirenas despejando el camino, cubrieron la corta distancia entre la pizzería y la dirección del piso franco en menos de cuatro minutos. Al llegar al final de la calle, el cabo Rivera redujo la velocidad y apagó la sirena.

La calle sin salida en la que se encontraban no era larga: cuatro casas en total, tres a la izquierda y una a la derecha. La casa que buscaban era la última de la izquierda. Desde el principio de la calle, vieron un Cadillac ATS negro aparcado justo delante de la casa.

—Ese es el coche de los agentes de la SIS —dijo el sargento Brooks, señalando con la mano izquierda—. Lo que significa que deberían estar dentro.

—Lo que significa que deberían haber contestado al teléfono —respondió el cabo Rivera.

El sargento asintió.

Rivera aparcó justo detrás del coche de los agentes, pero lo hizo de tal forma que bloqueó parcialmente la vía de escape del Cadillac, por si acaso.

—De acuerdo —dijo el sargento Brooks—. Vamos a revisar la casa.

Ambos agentes salieron del coche y se acercaron con mucha cautela a la vivienda. Al pasar junto al Cadillac, el cabo apoyó una mano en la ventanilla del conductor y miró dentro. Todo parecía estar en orden.

Desde el camino de entrada, el sargento Brooks estudió la fachada de la casa. La única ventana delantera estaba casi tapada por el alto follaje del jardín delantero, pero aun así pudo ver que las cortinas estaban echadas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la puerta principal estaba entreabierta.

—La puerta está abierta —anunció, mientras abría el cierre de seguridad de la funda de su arma.

«Eso nunca es una buena señal», pensó el cabo Rivera, siguiendo su ejemplo.

Ambos agentes desenfundaron sus armas y se acercaron a la puerta principal. El sargento Brooks tomó posición a la izquierda y el cabo Rivera, a la derecha.

El sargento llamó al timbre antes de gritar desde el exterior.

—¿Hay alguien en la casa? Somos del Departamento del Sheriff.

No hubo respuesta.

Tocó el timbre una vez más y volvió a llamar.

—¿Hola? ¿Hay alguien dentro? Somos del Departamento del Sheriff.

Nada.

El sargento empujó lentamente la puerta. La central le había dado los nombres de los dos agentes de la SIS.

—Agentes de la SIS James Martin y Darnel Jordan —llamó con voz alta y firme—. Somos del Departamento del Sheriff de Malibú. Vamos a entrar en la casa. Por favor, identifíquense si alguno de ustedes está dentro.

Silencio absoluto.

El sargento Brooks hizo un gesto con la cabeza al cabo Rivera, quien, en un movimiento muy bien ensayado, giró sobre sí mismo ciento ochenta grados a la derecha y se situó en la entrada. Tenía los brazos extendidos y su pistola Smith and Wesson M&P9 bien sujeta con ambas manos. Sus ojos, buscando un objetivo, se movieron de inmediato hacia la derecha.

Una fracción de segundo después, el sargento Brooks repitió el giro que había hecho su compañero, solo que girando el cuerpo hacia la izquierda. También sostenía su arma, una Glock 21 Gen 3, con las dos manos y apuntaba hacia la izquierda. Ambos agentes buscaron cualquier señal de peligro.

Pero no encontraron peligro.

Encontraron algo mucho peor.

Sesenta y cuatro

Cuando Hunter y Garcia llegaron a la casa de fachada verde de Calabasas, cuarenta y nueve minutos después de haber salido de su oficina, la calle ya estaba abarrotada de personal del Departamento del Sheriff. Habían llegado cuatro patrullas más y ya se había establecido un perímetro al principio de la calle.

Un joven cabo levantó la cinta negra y amarilla de la escena del crimen para que Garcia pudiera entrar y aparcar a la derecha. Pocos segundos después de que Garcia aparcara, aparecieron otros dos coches en la parte alta de la calle.

Hunter y Garcia salieron del Honda Civic de Garcia e, instintivamente, su mirada se movió arriba y abajo por la carretera. Había tantos agentes paseando que parecía que se estuviera celebrando una conferencia del Departamento del Sheriff en algún lugar.

Sin perder un segundo más, ambos detectives se precipitaron hacia la última casa de la izquierda. La expresión en el rostro de Hunter mostraba la ira que sentía.

Al llegar al perímetro interior, que se había establecido en el porche de la casa, los recibió un agente de policía corpulento, con un espeso bigote y entradas pronunciadas en el pelo.

—Ustedes deben ser los detectives de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos —dijo el sargento Brooks.

—Así es —confirmó Garcia. Él y Hunter le mostraron sus credenciales—. ¿Usted fue el primero en llegar a la escena?

El sargento asintió con la cabeza.

—Sí, el cabo Rivera y yo. —Señaló a otro agente que estaba junto al coche aparcado justo detrás del Cadillac ATS negro—. Recibimos la llamada de la central poco antes de las dos de la tarde. Llegamos menos de cinco minutos después.

Empezaron a caminar hacia la puerta principal.

—Al acercarnos a la casa —continuó el sargento—, nos dimos cuenta de que la puerta principal estaba entreabierta. Seguimos el protocolo habitual. Al no obtener respuesta —cuando los tres llegaron a la puerta, el sargento Brooks los detuvo un segundo—, entramos y esto fue lo que encontramos. —Hizo un gesto a los dos detectives para que accedieran en la casa.

Hunter fue el primero en cruzar la puerta. La rabia que sentía en su interior se multiplicó por diez al chocar de frente con la tristeza.

Garcia entró en el salón una fracción de segundo después que Hunter. Se tapó la boca con la mano derecha y maldijo en voz baja a

todo y a todos.

En el suelo, a unos cuatro pasos de la puerta, el agente de la SIS Darnel Jordan yacía bocarriba sobre un charco de su propia sangre. Le habían disparado dos veces en el pecho y una en la cabeza. Su pistola de 9 mm estaba a poco más de un metro de su mano derecha.

En el sofá rojo de la esquina, a la derecha de la puerta principal, el agente James Martin estaba tendido contra el respaldo del sofá. También él había recibido dos disparos en el pecho y uno en la cabeza. Tenía la pistola junto a la mano derecha.

Hunter se tomó un segundo, con la mano derecha cerrada en un puño al lado de su cuerpo.

—¿Y la chica? —preguntó al sargento Brooks, pasando junto a los dos cadáveres en dirección a los dormitorios.

—No hay ni rastro de ella —respondió el sargento, mientras su boca se torcía con incomodidad—. Pero hay un mensaje.

Aquellas palabras detuvieron en seco a Hunter y Garcia.

—¿Un mensaje? —preguntó Garcia.

El sargento Brooks asintió mientras señalaba con el índice derecho hacia el cuarto de baño. La puerta ya estaba abierta.

—Ahí dentro. Es imposible no verlo.

Los dos detectives entraron en el baño y su atención se dirigió de inmediato hacia el gran espejo situado sobre el lavabo. En letras grandes, escritas de nuevo con pintalabios rojo, había una sola frase:

Te dije que no podrías protegerla.

Garcia cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia delante, con la barbilla casi tocándole el pecho.

Hunter, en cambio, mantuvo los ojos bien abiertos, fijos en el mensaje. Justo en ese momento, dos sentimientos demoledores se apoderaron de su cuerpo, haciéndole temblar: la culpa y el fracaso. Exhaló con fuerza, tratando de recomponerse. No lo consiguió. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y salió del cuarto de baño en dirección a la habitación que había ocupado Angela. No había sangre por ninguna parte. Tampoco había señales de lucha.

—¿Crees que está muerta? —preguntó Garcia, deteniéndose junto a la cama deshecha.

—No, todavía no —respondió Hunter, con voz firme pero derrotada —. Aún no ha recuperado el diario, así que la utilizará como moneda de cambio. Además, sus cosas han desaparecido —dijo, comprobando el armario—. Si su intención era matarla enseguida, ¿qué sentido

tendría coger sus cosas antes de llevársela con él?

—¿Cómo es posible? —preguntó Garcia, mientras volvían al salón, con la voz temblorosa por la rabia—. Estos hombres eran agentes de la SIS. Reciben un entrenamiento del máximo nivel y son los mejores en lo que hacen. Este agente —señaló el cuerpo de Darnel Jordan en el suelo— fue claramente quien abrió la puerta. —Rodeó el cadáver y el charco de sangre, y se acercó a la pistola del agente: una HK VP9 semiautomática táctica. Del bolsillo de su chaqueta, Garcia sacó un bolígrafo, enganchó el arma por el guardamonte y se la acercó a la nariz antes de negar con la cabeza mirando a Hunter—. No huele a pólvora. Ni siquiera llegó a disparar. —Se acercó al sofá e hizo lo mismo con el arma de James Martin—. Lo mismo aquí. Entonces, ¿cómo dos agentes de la Sección Especial de Investigación de la Policía de Los Ángeles, altamente entrenados, son ejecutados de esta manera?

El sargento Brooks no tenía la respuesta, pero parecía muy interesado en oírla.

—Obviamente no los pillaron por sorpresa —continuó Garcia—, porque este hombre… —volvió a señalar el cuerpo de Darnel Jordan en el suelo— se acercó a la puerta para abrirla. Sin embargo, ninguno de los dos agentes consiguió disparar a su agresor. ¿Cómo es posible?

—Porque nuestro asesino también está muy bien entrenado y probablemente sea un experto en comba te cuerpo a cuerpo en espacios reducidos —respondió Hunter, acercándose a la puerta principal—. Así que el asesino llamó a la puerta. —Trató de imaginar la escena—. Seguro de que ya tenía preparada una historia muy creíble. Algo así como «Siento mucho molestarle, pero estoy buscando a mi hija, o al perro de mi hija. ¿No la habrá visto por casualidad?».

El sargento Brooks se rascó un lado de la cabeza.

—Podría haber llevado consigo una fotografía para hacer su historia más creíble —dijo Hunter—. El agente que abrió la puerta, Darnel Jordan, seguramente siguió el protocolo, rechazó la pregunta e intentó deshacerse del desconocido lo más rápido posible, pero el desconocido insistió. Tendría lágrimas en los ojos e insistiría para que el agente echase un vistazo a la foto, diciéndole que su hija tiene cinco años o algo así. El agente cedió y la miró, aunque solo fuera un segundo. Fue todo el tiempo que necesitó el asesino. Probablemente tenía el arma lista, escondida detrás de la foto. —Hunter utilizó las manos para mostrar la posición—. Bang. Bang. Dos disparos en el pecho. El agente se tambaleó hacia atrás y el asesino dio un solo paso hacia el interior de la casa.

Mientras Hunter recreaba la escena, Garcia y el sargento Brooks se giraron para mirar el sofá.

—La puerta principal se abre hacia la izquierda si estás dentro de la

casa —explicó Hunter—, y hacia la derecha si estás fuera. Así que, desde la puerta, el asesino vio la parte del salón que quedaba a su izquierda. Sabía que allí no había nadie, así que al entrar, giró el cuerpo hacia la derecha, buscando un objetivo. Encontró al segundo agente, James Martin, sentado en el sofá. El agente vio que su compañero se tambaleaba y cogió su pistola, pero era demasiado tarde. El asesi no ya estaba dentro, con su arma lista para disparar. Bang, bang. Otro dos tiros en el pecho. ¿Has examinado las heridas de bala?

Garcia asintió.

—Ambos, disparos en el corazón y a escasos milímetros el uno del otro.

—Lo que nos dice que también es un experto tirador —concluyó Hunter—. Así que el asesino sabía que ambos agentes estaban muertos, pero no se fiaba. Está entrenado para no correr riesgos: dos tiros en el pecho y uno final en la cabeza. Se trata de un método táctico de ejecución a corta distancia conocido como el Taladro de Mozambique o el Taladro del Fracaso.

—¿Es una técnica militar? —preguntó Garcia.

—Y de asesinos —confirmó Hunter—. Así que, después de dispararles dos veces en el pecho, se acercó al primer agente —Hunter se situó junto al cuerpo de Darnel Jordan en el suelo— y realizó un disparo para rematarlo, directo al cerebro. Luego se acercó al segundo agente e hizo lo mismo.

—¿Crees que usó silenciador? —preguntó Garcia otra vez.

—No me cabe duda —respondió Hunter.

—Entonces, ¿Angela no oyó nada de esto, salvo el timbre? —dedujo Garcia.

—Probablemente no —confirmó Hunter—. El resto es sencillo. Fue a su habitación, llamó a la puerta y la sedó. Se acabó el juego para nosotros.

Sesenta y cinco

Hunter tenía razón. Angela nunca tuvo la más mínima oportunidad de luchar.

—Tengo que colgar —le dijo a Hunter por teléfono y, sin darle la oportunidad de responderle, cortó la llamada. Una fracción de segundo antes de hacerlo, había oído sonar el timbre de la puerta principal.

Angela sabía que Hunter intentaría llamarla de inmediato, así que pulsó y mantuvo pulsado el botón de encendido del teléfono para apagarlo. Acto seguido, utilizó el clip que había usado antes para extraer la tarjeta SIM y la guardó.

DING, DONG.

Otra vez el timbre.

Angela miró la hora. Era casi la una y media de la tarde.

—¿Esos dos han pedido comida sin preguntarme si quería algo? —dijo en voz alta, mientras buscaba sus deportivas debajo de la cama. No le gustaba andar descalza por la casa—. Menudos capullos. Me comería una *pizza* ahora mismo… o tal vez pollo frito.

Angela se ató los cordones de los zapatos y se puso de pie, dispuesta a echarles la bronca a Martin y Jordan por no haberle pedido nada, pero ni siquiera tuvo la oportunidad de salir de la habitación. Cuando se acercaba a la puerta, sonaron tres golpes rápidos.

—Ah, ¿ahora sí venís a preguntarme si quiero? —murmuró, y abrió la puerta de un tirón.

Su cerebro tardó un segundo en darse cuenta de que el hombre alto que tenía delante no era ninguno de los dos agentes de la SIS.

Ese segundo bastó para sellar su destino.

Cuando cruzó la mirada con él, la jeringuilla que el hombre llevaba en la mano derecha ya estaba a medio camino de su cuello. La aguja le atravesó la piel, se incrustó en el músculo y liberó dos miligramos del sedante de acción rápida flunitrazepam.

Angela ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

—Tranquila —le dijo el hombre, mientras le sujetaba la nuca con la mano izquierda—. Todo acabará pronto… muy pronto.

Sesenta y seis

En el camino de regreso al Departamento, ni Hunter ni Garcia dijeron una palabra. Tenían el gesto sombrío y la mirada desencajada.

Cuando por fin llegaron al Edificio de la Administración de la Policía de Los Ángeles, Hunter tenía un nudo en el estómago, así que mientras Garcia volvía directamente a la oficina de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, Hunter se desvió para ir al baño. Se echó agua fría en la cara antes de mirarse en el espejo. Sus ojos parecían cansados, sin luz. Estaba a punto de decirle algo al hombre que le devolvía la mirada en el espejo cuando le sonó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Respondió sin mirar la pantalla.

—Detective Hunter, Unidad de Crímenes Ultraviolentos.

—Robert, soy Vince. Todo está listo. El localizador está instalado. Solo tengo que activarlo y sellar la lámina, lo que no debería llevarme más de veinte minutos. La tapa delantera ha quedado igual que antes y, si se me permites decirlo, se ve perfecta.

—Genial —respondió Hunter—. Dijiste que el localizador podrá emitir la señal durante veinticuatro horas, ¿verdad?

—Correcto.

—Vale. —Hunter consultó su reloj. Eran más de las cuatro de la tarde—. Ponte con ello.

—Enseguida —respondió Keller. Estaba a punto de colgar cuando Hunter lo detuvo. Una nueva idea acababa de surgir en su cabeza. Era arriesgada, pero podría servirle de seguro.

—Vince, espera un momento —dijo Hunter—. Nece sito algo más.

—Claro.

—Un plan de contingencia.

—¿Qué tienes en mente?

Hunter le explicó su idea.

Durante los segundos siguientes, Keller se quedó en silencio. Finalmente, habló.

—¿Estás seguro de esto, Robert?

—No al cien por cien —admitió Hunter—, pero aun así quiero hacerlo. Podría salvar una vida. Llevarse a Angela fue su seguro. Este es el mío.

—¿Llevarse a quién?

—No importa. —Hunter desestimó la pregunta—. ¿Puedes hacerlo? ¿Tenemos tiempo suficiente?

—Claro. No hay problema. Me pongo con ello ya mismo.

—Iré a las cinco menos veinte a recoger el diario.

—Muy bien, nos vemos entonces. Ah, y no olvides de traer tu móvil

contigo. Te daré una *tablet* con la aplicación de rastreo, pero también puedo instalarla en tu teléfono.

—No te preocupes. Lo llevaré conmigo.

Sesenta y siete

Exactamente a las cinco menos veinte, Hunter y Garcia se encontraban de nuevo en la recepción del edificio Piper Tech. Esta vez no tuvieron que esperar, ya que Keller había dejado instrucciones específicas a todas las recepcionistas para que hicieran pasar a ambos detectives en cuanto llegaran.

En la segunda planta, Keller acababa de terminar cuando Hunter y Garcia aparecieron en la puerta del laboratorio de electrónica número dos.

—Vaya —dijo Keller—, qué sincronización. Acabo de terminar de sellar la contraportada hace menos de un minuto. —Les hizo entrar en el laboratorio con un gesto de la mano—. Venid, echadle un vistazo.

Ambos detectives se acercaron al banco de trabajo. Keller le entregó el diario a Hunter con la contraportada abierta.

—Pasa el dedo por la lámina de cuero y dime si notas algo.

Hunter lo hizo. No había protuberancias ni bultos, nada que indicara que había sido manipulada. Comprobó los bordes de la lámina de cuero, donde Keller había vuelto a aplicar el pegamento. Perfecto. Hunter observó cómo Garcia también pasaba los dedos por la lámina antes de girar el diario para ver la portada. Otro trabajo impecable.

—Está perfecto —dijo Hunter, cerrando el diario.

—Gracias. —Keller parecía muy orgulloso del trabajo que había hecho. Se giró hacia el banco de trabajo y cogió dos *tablets* que estaban a la derecha de donde había estado el diario—. Recuerdo que tu capitana dijo que tendrías un equipo de los SWAT y otro de la SIS siguiéndote, así que he instalado la aplicación de rastreo en estas dos *tablets*.

Keller las encendió. La aplicación de rastreo ya estaba cargada y abierta en las pantallas. Mostraba un punto rojo parpadeante en un mapa.

—Como he dicho antes, la señal que emite el localizador no es muy potente y funciona utilizando torres de telefonía móvil. Eso significa que esto es tan eficaz como un móvil. Así que, en lugares donde un teléfono perdería la señal, esto también la perderá.

—Lo entendemos —dijo Hunter.

—¿Tenéis vuestros móviles? —preguntó Keller—. Se tarda menos de un minuto en instalar la aplicación.

—Claro.

Hunter y Garcia se los entregaron. Keller guio a ambos detectives hasta su pequeño y abarrotado despacho, conectó los teléfonos al

ordenador de su mesa y cargó en ellos la aplicación de rastreo.

—Ya está —dijo, devolviéndoles los teléfonos—. Todo preparado y listo para funcionar.

—Gracias, Vince.

—Robert —llamó Keller cuando Hunter y Garcia salían de su despacho. Hunter se giró de nuevo hacia él—. Buena suerte. Espero que el plan funcione.

—Yo también —dijo Hunter antes de cerrar la puerta tras de sí.

Sesenta y ocho

Hunter y Garcia regresaron al Edificio de la Administración de la Policía a las 16:53, siete minutos antes de que el asesino volviera a llamar a Hunter. La capitana Blake los esperaba en su despacho, pero esta vez no estaba sola.

—Detective Hunter, detective Garcia —dijo, mientras ambos entraban en la sala—. Este es el agente Terrance Shaffer, jefe de los SWAT. —Señaló a su izquierda a un hombre muy alto y delgado con barba de tres días—. Y este es el agente Trevor Silva, jefe de la SIS. —Señaló a la persona de su derecha: un hombre de casi metro noventa, moreno, de hombros anchos y musculoso que podría confundirse fácilmente con un defensa profesional de fútbol americano—. Cada uno de ellos lidera un equipo de seis agentes que os seguirán en cuanto ese asesino de mierda llame para dar instrucciones.

—Nuestros equipos están listos y esperando su señal, detective —dijo el agente Silva, mientras él y el agente Shaffer estrechaban la mano de Hunter.

La rabia que ardía en sus ojos se transmitió en su apretón de manos, que con unos kilos más de presión les habría roto los huesos.

La noticia de que dos agentes de la SIS de la Policía de Los Ángeles habían sido asesinados ese mismo día había corrido como la pólvora por todo el Departamento. Sí, era cierto que algunas unidades no se llevaban especialmente bien. La rivalidad entre algunas divisiones se consideraba incluso normal. Pero, cuando un compañero caía en acto de servicio, todas las unidades y divisiones del Departamento de Policía de Los Ángeles dejaban a un lado cualquier disputa o rencilla y se unían como una sola. La rivalidad existía, sí, pero también existía el respeto.

—Gracias —respondió Hunter, antes de entregar a cada jefe de equipo una de las *tablets* que Keller le había dado minutos antes. Mientras lo hacía, les explicó las limitaciones del localizador.

—Ambos equipos utilizarán coches sin distintivos —dijo el agente Silva, asintiendo a la explicación de Hunter—. Dos agentes en cada coche, o a pie, según lo requiera la situación, repartidos por las posibles rutas de acuerdo con su posición. —Golpeó con el dedo índice la pantalla de su *tablet*—. Todo ello desde una distancia segura. Pero en el caso de que su plan sea meterse en el metro o en los sótanos de algún edificio, puedo garantizarle que uno de los vehículos con un equipo de dos hombres llegará a dicho lugar en treinta segundos o menos. Los demás irán justo detrás. El apoyo aéreo también estará volando sobre la zona, listo para intervenir si es necesario.

—También está esto —dijo el agente Shaffer, entregándole a Hunter un pequeño auricular con forma de riñón—. Encaja bien en el oído y nos permitirá oírlo y que usted nos oiga.

Hunter se colocó el auricular en la oreja izquierda.

—¿Qué tal? —preguntó el agente Shaffer.

—Es cómodo.

—Como siempre —intervino la capitana Blake—, se activará un rastreo automático en cuanto recibas cualquier llamada, tanto en el móvil personal como en el de trabajo. No creemos que sea tan estúpido como para darnos una ubicación, pero… —Se encogió de hombros con un gesto que decía: «Nunca se sabe».

—De verdad espero que lo haga —dijo el agente Silva.

Hunter lo miró durante un largo instante. La rabia en los ojos del agente no solo seguía ahí, sino que parecía intensificarse.

—Créanme, nadie desea más que yo atrapar al asesino, pero debo insistir en que, pase lo que pase, no se utilizará fuerza letal. Tiene como rehén a Angela Woods, de veintiún años. Hasta que estemos seguros de que ella está a salvo, el asesino, sea quien sea, tiene todas las cartas y tenemos que jugar según sus reglas.

El agente Silva no rehuyó la mirada de Hunter.

—James y Darnel no eran solo agentes de la SIS —dijo, con la voz cargada de dolor pero firme. Sus párpados caídos le daban un aire distraído, como si no fuera demasiado listo, pero era solo una ilusión: Trevor Silva era una de las mentes más brillantes de la Sección de Investigaciones Especiales de la Policía de Los Ángeles—. Eran amigos, amigos de verdad, mis amigos. Ambos tenían familia, hijos que nunca volverán a ver a su padre, mujeres que nunca volverán a dormir junto a su marido. —Hizo una pausa, haciendo todo lo posible por contener su ira—. ¿Tiene familia, detective Hunter? ¿Mujer? ¿Hijos?

—No, no tengo.

El agente Silva asintió.

—Entonces, no puede entender…

—Mire —intervino la capitana Blake, dirigiéndose a Silva—, comprendo que eran agentes de la SIS, y quizá no los conocíamos tan bien como usted, pero seguían siendo agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles, lo que hace que esto sea personal para todos nosotros. Todos hemos hecho el juramento de proteger y servir. El detective Hunter tiene razón. Ante todo, nuestro deber es proteger la vida de una civil inocente, y eso significa que no se utilizará fuerza letal hasta que tengamos confirmación de que la rehén está sana y salva. ¿Entendido?

La capitana frunció el ceño profundamente. Su mirada amenazaba con decapitar al jefe del equipo de la SIS.

Él le sostuvo la mirada, pero no respondió.

—¿Entendido, agente Silva? —Su voz era atronadora.

—Sí.

Los ojos de la capitana Blake se dirigieron entonces al agente Shaffer.

—Sí, señora.

—Una vez que tengamos la confirmación de que está bien y a salvo… —la capitana se encogió de hombros, indiferente—, se acabaron las contemplaciones.

—Será mejor que pongamos fin a esta conversación absurda —dijo Garcia, consultando su reloj—. Son las cuatro cincuenta y nueve. Nos queda un minuto.

En ese preciso momento, llamaron a la puerta del despacho de Hunter y Garcia.

—Adelante —dijo Hunter.

La puerta se abrió y un joven agente uniformado entró con un pequeño sobre de FedEx en la mano.

—¿Detective Hunter? —preguntó desde el umbral.

—Sí —respondió él.

—Acaba de llegar esto para usted, señor. —El agente entró y le tendió el sobre a Hunter—. Pone «Urgente».

Hunter frunció el ceño. No esperaba ningún paquete.

—¿Para mí? ¿Justo ahora?

—Correcto, señor.

Hunter recorrió la sala con la mirada.

A pesar de que todos tenían la misma expresión de desconcierto, sabían que aquello no era una coincidencia.

Hunter cogió el sobre, lo abrió y volcó el contenido en su mano derecha.

Un móvil.

Las cinco en punto.

El teléfono sonó en la mano de Hunter.

Sesenta y nueve

Nadie tuvo que preguntar. Todos los que estaban en el despacho de Hunter y Garcia sabía quién estaría al otro lado de la línea, incluso antes de que Hunter descolgase. En la pantalla se leía «Número desconocido».

—No tenías por qué matarlos —dijo Hunter, tras descolgar y poner inmediatamente el altavoz. Consiguió que su tono no desprendiera rabia.

Todo se acercaron.

Hunter sostuvo el teléfono frente a su cara, a escasos centímetros de la boca.

—Detective Hunter —dijo la voz masculina. Era la misma voz ronca y carente de emoción que Hunter había oído por teléfono el día anterior—, te advertí que no podrías protegerla, ¿verdad?

—No tenías por qué matarlos —repitió Hunter.

—¿De verdad? —respondió la voz—. ¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Pedirles que me entregaran a la chica? No creo que eso hubiera funcionado.

Por el rabillo del ojo, Hunter vio cómo cambiaba la expresión del agente Silva. Al instante, levantó una mano hacia el agente para impedir que dijera nada.

El agente Shaffer puso una mano a modo de advertencia en el hombro del agente Silva.

—Así que ahora que ya sabes cuál es el trato —continuó el hombre —, hablemos de lo que de verdad importa. ¿Lo tienes?

Hunter bajó la cabeza hasta el pecho y volvió a llenar sus pulmones de aire.

—Sí, lo tengo —respondió.

—Bien.

La línea se cortó.

Hunter miró la pantalla, confuso. La persona que llamaba había colgado.

—Pero ¿qué demonios…? —murmuró Hunter, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Garcia.

—Ha colgado —respondió Hunter.

—¿Cómo? —La capitana Blake parecía consternada—. ¿Por qué?

—No lo… —empezó a decir Hunter, pero fue interrumpido por un nuevo tono de llamada. La melodía de ese timbre era diferente de la

primera.

Hunter volvió a mirar la pantalla.

Era una videollamada.

La mirada de Hunter volvió a recorrer la sala.

Como si lo hubieran ensayado, todos le hicieron un gesto con la cabeza para que aceptara la llamada.

Hunter deslizó el pulgar por la pantalla para contestar. La pantalla cambió inmediatamente a una imagen en directo. En la parte superior de la pantalla se encendió una lucecita verde para indicar que la cámara del teléfono que miraba a Hunter se había activado.

En la pantalla, la iluminación del otro lado no era muy buena, lo que hacía que la imagen fuera oscura e inestable. Lo único que Hunter podía ver era una tosca pared blanca. Parecía un sótano.

Todos se colocaron rápidamente detrás de Hunter para ver la pantalla, pero él se apartó enseguida. Giró el teléfono para alejarlo de su cara un segundo y negó con la cabeza.

Garcia y el agente Silva levantaron las manos para indicar que lo habían entendido.

Hunter volvió a enfocar el teléfono hacia él.

—Enséñamelo —ordenó el hombre.

Hunter seguía viendo una pared.

—¿Que te lo enseñe? —preguntó.

—Sí. Acabas de decirme que lo tienes. Así que enséñame mi diario. Ya.

Hunter volvió a alejar el teléfono de su cara. Dio un paso a la derecha y cogió el diario de su escritorio. Lo sostuvo a la altura del pecho y apuntó la cámara hacia el cuaderno.

En la pequeña pantalla, a pesar del extraño ángulo, Hunter vio movimiento. Entonces apareció alguien con una máscara de hombre lobo de goma.

—Ábrelo —dijo el Hombre Lobo.

—¿Alguna página en particular? —preguntó Hunter.

—Sorpréndeme.

Hunter abrió el diario por una página al azar, más o menos por la mitad.

El Hombre Lobo la examinó durante cinco segundos.

—Otra página —ordenó.

Hunter obedeció.

El hombre pasó otros cinco segundos examinándola.

—Es curioso cómo tener algo, o a alguien, que usar como moneda de cambio puede hacer que todo avance mucho más rápido, ¿verdad?

—Ya tenía el diario —respondió Hunter—. No tenías que matarlos.

No tenías que llevarte a Angela.

—Pero ahora también sabes que no debes intentar nada —respondió el Hombre Lobo—. Lo que nos lleva a la verdadera razón de esta llamada. Primero, empecemos con las reglas. Una: yo hablo, tú obedeces. Sin preguntas. Sin peros. Si cuestionas algo de lo que digo, la ladrona muere. —Una breve pausa—. Dos: voy a ponerte una serie de tareas. Cada una de ellas tendrá un límite de tiempo. Si te retrasas un segundo en alguna de ellas, la ladrona muere.

Todos los presentes intercambian miradas de preocupación.

—Tres —continuó el Hombre Lobo—: sé que tendrás gente siguiéndote. Sería estúpido si creyera lo contrario. No me importa, pero, si alguien interfiere en alguna de las tareas que te dé, la ladrona muere. —Otra breve pausa—. Eso es todo. Tres reglas muy simples. ¿Las has entendido, detective Hunter?

—Sí.

El agente Silva se rascó la nuca, incómodo.

—Vamos con tu primera tarea. ¿Estás listo? —El Hombre Lobo no esperó respuesta—. ¿Sabes dónde está el Downtown Independent Theater?

Hunter entrecerró ligeramente los ojos.

—Sí, claro. Está a la vuelta de la esquina.

—Así es —confirmó el Hombre Lobo—. Coge el diario, dirígete allí a pie, compra una entrada para la película que empieza en diez minutos y siéntate en la butaca K16, en la última fila.

—¿Y si ya hay alguien sentado en la K16? —preguntó Hunter.

—Entonces, pídele a ese alguien que se cambie de sitio —respondió el Hombre Lobo—. Y, detective, no seas gilipollas y no enseñes la placa en la taquilla. Compra la entrada como cualquier persona normal.

Hunter asintió a la pantalla.

—Vale.

—Tienes cinco minutos para llegar. Esos cinco minutos empiezan… ahora.

La línea se cortó.

Setenta

En cuanto el Hombre Lobo colgó, los agentes Shaffer y Silva cogieron sus radios y ordenaron a sus equipos que tomaran posiciones cerca del Downtown Independent Theater.

—Robert —dijo la capitana Blake—, tienes cinco minutos. Vete. Ya.

Hunter giró sobre sus talones y cogió el diario de su escritorio. Justo entonces, el teléfono que tenía en la mano volvió a sonar, deteniendo a todos en seco.

—Pero ¿qué demonios…? —murmuró Garcia.

Hunter miró la pantalla: otra videollamada.

Contestó.

Cuando la pantalla volvió a cobrar vida, la imagen del Hombre Lobo se materializó una vez más.

—Una última cosa, detective Hunter. Hay algo más que quiero enseñarte.

—¿Y qué es? —preguntó Hunter.

—Solo mantén los ojos en la pantalla.

Hunter lo hizo y, un segundo después, la imagen empezó a desplazarse lentamente hacia la derecha, arrastrándose por la cruda pared blanca durante unos tres o cinco segundos antes de detenerse de nuevo. La expresión de Hunter al mirar la pantalla hizo que todos los presentes fruncieran el ceño.

—¿Qué está pasando? —articuló en silencio Garcia.

Con el dedo índice, Hunter les indicó que se acercaran de nuevo.

Todos se agruparon detrás de Hunter y en un instante sus ceños fruncidos se transformaron en expresiones de consternación.

—Pero ¿qué cojones…? —murmuró el agente Sha ffer.

Lo que estaban viendo era a un joven que aparentaba unos veintiún años, veintidós a lo sumo. Sus rasgos habrían sido atractivos, de no ser por el estado en que se encontraba. Tenía el pelo, largo y negro, sucio y despeinado. Su flequillo, empapado en sudor, estaba pegado a su frente, y parte de él caía sobre su ojo izquierdo. Sus ojos, muy oscuros, eran ahora de un feo tono rosado y las ojeras, junto con lo hinchados que parecían, indicaban que llevaba días sin dormir o llorando, o una combinación de ambas cosas. La barba incipiente delataba que llevaba al menos tres días sin afeitarse. Tenía los labios muy resecos, con grietas en las comisuras.

—¿Quién demonios es? —susurró la capitana Blake a Hunter.

Él se encogió de hombros y negó suavemente con la cabeza.

La cámara se alejó lo justo para revelar que el joven está sentado en una pesada silla de metal. Tenía los brazos atados por detrás, sujetos

al respaldo. Sus pies descalzos estaban atados a las patas de la silla por los tobillos. La camiseta blanca que llevaba, al igual que su pelo, estaba sucia y empapada de sudor.

—Mira hacia arriba —oyeron que el Hombre Lobo ordenaba al joven—. Mira a la cámara.

Lentamente, el chico obedeció.

El Hombre Lobo se acercó para enfocar solo su rostro. Los ojos del joven estaban llenos de un terror absoluto.

—No seas tímido —dijo el Hombre Lobo—. Preséntate al detective.

Sin más, los ojos del joven se llenaron por completo de lágrimas, pero, al oír la palabra *detective*, Hunter también vio aparecer en ellos algo más: esperanza.

—Por favor, ayúdame —dijo el joven con voz apenas audible y estrangulada por las lágrimas.

—Tranquilo —dijo Hunter con voz firme—. Te encontraremos. Confía en mí.

—«Por favor, ayúdame» no es tu nombre, ¿verdad? —dijo el Hombre Lobo.

Los ojos aterrorizados del chico titubearon un momento, antes de volver a centrarse en la cámara.

—Dile tu nombre —volvió a ordenar el Hombre Lobo, esta vez con ira.

—Me llamo Clay… —dijo el joven entre lágrimas—. Clay Heath.

De inmediato, Garcia anotó el nombre.

—Diles tu dirección —ordenó el Hombre Lobo—. ¿Dónde vives?

—Yo… vivo con mis padres en… —Clay hizo una pausa, como si hubiera olvidado su propia dirección—. Apartamento 15, 2098 Butler Avenue, al oeste de Los Ángeles.

Garcia anotó la dirección.

—Ahora diles lo que haces.

—¿Lo que hago? —Clay parecía confuso.

—Sí —confirmó el Hombre Lobo—. ¿En qué trabajas?

Clay negó con la cabeza a su captor.

—No tengo trabajo. Soy estudiante a tiempo completo en la UCLA.

—Díselo a la cámara, no a mí.

Clay miró a la cámara y repitió lo que acababa de decir.

—Clay —dijo Hunter—. Trata de mantener la calma…

—Cállate de una puta vez, detective. —El Hombre Lobo cortó en seco a Hunter—. Esto no es un diálogo. No es una conversación. Es una lección.

—¿Una lección? —preguntó Hunter.

Todos fruncieron el ceño.

—Sí, una lección, así que presta atención. —El Hombre Lobo se dirigió de nuevo a Clay—. Diles lo que estudias en la UCLA.

—Eh… —Clay volvió a quedarse bloqueado—. Estudio… —Tardó un par de segundos en acordarse—. Química. —Las lágrimas volvieron a sus ojos y su voz sonó estrangulada—. Ayúdame… Por favor… Ayúdame.

En ese momento, la imagen tembló un instante, se oyó un chasquido y luego la imagen se estabilizó de nuevo.

El Hombre Lobo había colocado el teléfono en un soporte.

En la pequeña pantalla de Hunter, todos vieron los ojos de Clay mirar hacia arriba antes de que su cabeza comenzara a moverse lentamente hacia la izquierda. Hunter lo comprendió enseguida: Clay seguía con la mirada los movimientos del Hombre Lobo al apartarse de detrás del teléfono.

Con rapidez, Hunter se giró y se puso de espaldas a los demás, tratando de evitar de nuevo que el Hombre Lobo los viera.

Hunter acertó. De repente, el Hombre Lobo apareció detrás de la silla de Clay. Como la cámara del teléfono enfocaba la cara del joven, lo único que se veía del Hombre Lobo era parte de su torso. Quienquiera que fuera en realidad, sin duda, era un individuo fuerte y en excelente forma física.

—Muy bien —dijo el Hombre Lobo—, retomemos nuestra lección, ¿te parece? —Pasaron tres segundos en silencio—. Estoy seguro de que has entendido las reglas que te he puesto. También de que entiendes las consecuencias si rompes alguna de ellas o no las cumples a tiempo.

—Sí —respondió Hunter mientras miraba su reloj. Ahora tenía menos de cuatro minutos para llegar al Downtown Independent Theater.

—Así que la lección aquí es… No me jodas, detective Hunter. Si lo haces, esto es lo que le pasará a la ladrona.

La mano izquierda enguantada del Hombre Lobo agarró el pelo de Clay y tiró de su cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su cuello desnudo. Una fracción de segundo después, la mano derecha del Hombre Lobo apareció en la imagen. Sujetaba con firmeza un reluciente cuchillo de caza de acero inoxidable. Su hoja afilada como una cuchilla tocó la piel del cuello de Clay tan rápido que Hunter casi no lo vio venir.

—No —gritó, pero ya era demasiado tarde. En un abrir y cerrar de ojos, la hoja cortó la garganta de Clay de izquierda a derecha como si solo atravesara aire. Un torrente de sangre brotó de la herida y empezó a correr por el cuerpo del joven.

Hunter vio cómo los ojos de Clay se abrían de par en par, llenos de sorpresa y horror, mientras toda esperanza desaparecía de ellos en una fracción de segundo.

Nadie iba a ayudarlo.

Nadie iba a salvarlo.

Clay lo supo en ese instante.

Abrió la boca y su cuerpo empezó a luchar instintivamente por sobrevivir. Jadeó intentando coger aire, sin embargo, solo consiguió emitir un sonido ahogado que puso la piel de gallina a todos los presentes. Pero su lucha, su desesperación, no sirvió de nada. El oxígeno ya no llegaba a sus pulmones, pues la brillante hoja le había seccionado la tráquea.

El Hombre Lobo echó la cabeza de Clay hacia atrás, mostrando la gran herida abierta en la garganta del joven. La sangre seguía cayendo por su torso como una cascada densa y roja.

Los ojos de Clay parpadearon lentamente: una, dos, tres veces… y luego ya no.

Su cuerpo dejó de luchar.

Su garganta dejó de jadear.

La vida abandonó al joven para siempre.

—Hijo de puta —gritó el agente Silva. En ese momento, no podía importarle menos si el Hombre Lobo se enteraba de que Hunter no estaba solo. Pero al asesino tampoco parecía molestarle el hecho de que hubiera otros escuchando.

—Lección terminada —dijo con voz gélida, soltando la cabeza de Clay.

El cuerpo sin vida del joven se desplomó sobre la silla. La sangre seguía cayendo por su torso como un sudario carmesí.

—Tienes… dos minutos y cuarenta y ocho segundos para completar la primera tarea. —Y añadió—: Si yo fuera tú, me pondría en marcha.

El asesino colgó.

Setenta y uno

A pesar de la rabia y la consternación por lo que acababa de presenciar, Hunter sabía que tenía que correr para llegar a tiempo al Downtown Independent Theater. No había tiempo para enfadarse o disgustarse.

Cogió el diario, se metió en el bolsillo el móvil que le había enviado el Hombre Lobo y salió corriendo de su despacho.

Tardó treinta y nueve segundos en cruzar la planta de detectives y bajar volando seis tramos de escaleras hasta la planta baja del edificio.

Dos minutos y nueve segundos.

En lugar de salir por la puerta principal, que lo dejaría en West First Street, Hunter pasó de largo el mostrador de recepción y subió un nuevo tramo de escaleras en el lado este del edificio. Esas escaleras llevaban a un jardín exterior que daba a South Main Street.

Un minuto y cuarenta y cuatro segundos.

Cruzó el jardín a toda velocidad, ignorando el cartel de «Por favor, no pisar el césped», y se dirigió hacia la escalera exterior que lo llevaría a la calle de abajo. Diecisiete segundos después, estaba en South Main Street, justo al lado de un restaurante mexicano llamado Señor Fish.

Un minuto y veintisiete segundos.

Desde donde había aterrizado Hunter, el camino hasta el Downtown Independent Theater era una línea recta: tenía ciento setenta metros por delante. Sin siquiera recuperar el aliento, salió disparado como un velocista olímpico. Al cruzar West Second Street con el semáforo para peatones en rojo, Hunter obligó a una moto a girar bruscamente a la izquierda, casi provo cando un accidente.

—¡¿Pero tú estás loco o qué?! —oyó gritar al motorista mientras alcanzaba la acera del otro lado.

Faltaban cien metros para llegar.

Un minuto y dieciséis segundos.

La acera no estaba nada concurrida, lo que facilitó las cosas. Hunter recorrió los cien metros restantes en dieciséis segundos, lo que le dejaba exactamente un minuto para comprar una entrada, entrar en el teatro y encontrar el asiento K16.

Tuvo suerte. Al llegar a la taquilla solo había dos personas delante de él, una pareja joven de unos veinte años. La película que proyectaban era *Send Me to the Clouds*.

La pareja compró sus entradas y entró.

—Una, por favor —dijo Hunter con urgencia al llegar a la ventanilla —. ¿Se asignan los asientos o puedo sentarme donde quiera?

El taquillero, un hombre delgado de unos sesenta y cinco años, miró a Hunter con ojos cansados.

—Se asignan —contestó, girando el monitor para que Hunter pudiera ver el plano de la sala—. Los asientos en azul están libres —dijo el hombre. Su voz sonaba como si hubiera fumado y cantado *blues* la mayor parte de su vida—. Los rojos están ocupados.

—¿El asiento K16 está ocupado? —preguntó Hunter, tratando de localizarlo con la mirada.

—¿Está en rojo? —preguntó el anciano.

—Sí —respondió Hunter.

—Entonces está ocupado.

El siguiente asiento libre en la fila K era el número catorce.

—De acuerdo, me quedo con el K14 —dijo Hunter, consultando el reloj. Le quedaban treinta y ocho se gundos.

—Son dieciséis con treinta y cinco, por favor.

Hunter le dio al hombre un billete de veinte dólares.

—Quédese con el cambio.

Hunter prácticamente lanzó su entrada al acomodador al pasar junto a él.

—Señor —dijo el joven—, necesita el resguardo para el asiento.

Pero Hunter ya no lo escuchaba. Había doblado la esquina de un pasillo corto y, dos segundos después, abrió de un empujón las puertas de la sala.

Veinticuatro segundos.

La película aún no había empezado.

Hunter subió corriendo las escaleras hasta la última fila de asientos: la fila K. Desde la puerta, tardó cuatro segundos en llegar al asiento que le habían asignado, el K14. No se sentó. En su lugar, se dirigió a la mujer que estaba sentada en el K16.

—Lo siento —dijo, mostrando sus credenciales—. Policía de Los Ángeles, necesito ese asiento.

—¿Cómo dice? —preguntó el hombre que estaba en el asiento K15, frunciendo el ceño.

—Lo siento mucho, pero necesito el asiento K16 —explicó Hunter—. Es un asunto oficial.

Diecisiete segundos.

—¿Necesita el asiento de mi novia por un asunto oficial? —dijo el hombre, poniéndose de pie. En su tono se percibía un deje de sarcasmo.

Catorce segundos.

—Así es —respondió Hunter.

—Ah, vale —continuó el hombre—. ¿Y qué clase de asunto oficial requiere este asiento?

Once segundos.

Hunter no tenía tiempo para explicaciones. En lugar de responderle, abrió el lado izquierdo de su chaqueta para mostrarle la funda de su arma.

—Necesito ese asiento, señor. De verdad.

Ocho segundos.

El hombre levantó las manos en señal de rendición. Su novia, en cambio, soltó un grito ahogado y salió disparada del asiento.

Todas las cabezas dentro de la sala se giraron para ver lo que estaba ocurriendo en la última fila.

—No sucede nada —les tranquilizó Hunter.

Dos segundos.

—No me voy a quedar aquí —le espetó la mujer a su novio, mientras pasaba junto a Hunter.

El novio intentó sostenerle la mirada a Hunter.

—Necesito tu nombre —dijo—. Voy a poner una…

Se acabó el tiempo.

De repente, oyeron sonar un móvil, lo que hizo que de nuevo todos se girasen, tratando de identificar de dónde procedía el sonido.

Volvió a sonar.

Todos miraron hacia abajo.

Hunter apartó al novio y se agachó para mirar bajo al asiento K16.

Volvió a sonar.

Hunter metió la mano debajo del asiento. Pegado con cinta adhesiva en la parte inferior había un móvil. Hunter lo arrancó de la cinta y miró la pantalla: videollamada entrante.

Hunter la aceptó y la imagen del Hombre Lobo volvió a aparecer en la pequeña pantalla.

—Hola, detective —dijo el Hombre Lobo—. Me alegro de que hayas conseguido llegar al cine a tiempo.

—Pero ¿qué cojones…? —dijo el novio, mirando a Hunter con incredulidad.

Con un dedo, Hunter le indicó que se callara. El gesto fue tan firme y autoritario que el hombre se quedó en silencio de inmediato.

—Si todavía tienes el móvil que te he hecho llegar hace unos minutos —continuó el Hombre Lobo—, deshazte de él.

Hunter sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y lo dejó caer sobre el asiento.

—Muy bien —dijo—. ¿Y ahora qué?

—¿Aún tienes el diario?

—Por supuesto —respondió Hunter, levantando el libro encuadernado en cuero para que el Hombre Lobo pudiera verlo.

—Excelente. —Hubo una pausa muy rápida—. ¿Listo para la

segunda tarea, detective? No esperó a que respondiera—. Quiero que utilices la salida de emergencia que hay en la parte delantera de la sala para salir.

Instintivamente, Hunter levantó la vista para localizarla: estaba a la izquierda de la pantalla.

—Vale, ¿y a dónde tengo que ir?

—¿Sabes dónde está el Grand Central Market?

—Sí, en South Broadway Street. A dos manzanas de aquí.

—Correcto —confirmó el Hombre Lobo—. El baño de hombres está al fondo del mercado. Ve al último cubículo a la izquierda. Tienes dos minutos y medio para llegar. —El Hombre Lobo pulsó un botón de su reloj—. Corre.

La llamada se cortó.

Setenta y dos

Mientras Hunter bajaba a toda prisa en dirección a la salida de emergencia, escuchó la voz del agente Shaffer con claridad en su oído izquierdo.

—Recibido, detective Hunter. Los equipos ya están en camino.

—Diles que mantengan las distancias —respondió Hunter—. Y que no se acerquen al baño del fondo del mercado.

—Entendido.

Bajo la atenta mirada de todos los que estaban dentro del cine, Hunter bajó las escaleras como una exhalación. Desde la fila K, tardó nueve segundos en llegar a la salida de emergencia junto a la pantalla.

Dos minutos y veintiún segundos.

La salida de emergencia daba a un callejón trasero que conducía al aparcamiento del edificio. Hunter tuvo que zigzaguear entre varios coches para llegar al extremo oeste, donde se encontró con su primer problema: la puerta de malla metálica que conectaba el aparcamiento con South Spring Street estaba cerrada con cadena y candado.

—¡Mierda! —soltó Hunter, tirando de la cadena tan fuerte como pudo.

—¿Qué ocurre? —La voz del agente Shaffer retumbó en su oído izquierdo—. ¿Qué ha sucedido, detective?

—La puerta de atrás del aparcamiento tiene una cadena. Por eso quería que usara la salida de emergencia. Sabía que desde allí sería la forma más rápida de llegar al Grand Central Market.

Dos minutos y siete segundos.

—¿Puedes treparla? —preguntó el agente Shaffer.

—Podría —respondió Hunter—, pero esto es más fácil y rápido.

Metió la mano en la chaqueta para sacar su pistola Mark 23, dio un paso atrás, apuntó al candado y apretó el gatillo. El disparo retumbó por el callejón y por las calles colindantes como si hubiera estallado una bomba, pero la bala del calibre 45 que salió del cañón del arma semiautomática de Hunter prácticamente desintegró el candado. El impacto fue tan fuerte que también destrozó un par de eslabones de la cadena, que cayó al suelo con estrépito. Hunter uso el tacón de su bota derecha para abrir el portón de una patada.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó el agente Shaffer por el auricular—. ¿Acabas de disparar a la puerta?

—Sí —respondió Hunter, que ya corría por South Spring Street en dirección a West Third Street—. Más o menos.

Hunter oyó al agente Shaffer gritar por radio a sus equipos SWAT que se retiraran.

Un minuto y cincuenta segundos.

Hunter llegó a la esquina de South Spring Street con West Third y giró a la derecha, sin dejar de correr hacia el oeste. Estaba a una manzana y media del Grand Central Market.

Un minuto y treinta y nueve segundos.

Hunter cubrió los siguientes cincuenta metros con bastante facilidad, pero su corazón empezaba a golpear su pecho con fuerza. Sus fosas nasales ya no conseguían absorber suficiente oxígeno para alimentar sus pulmones. El sudor le corría por el cuello y la espalda, y empezaba a acumularse ácido láctico en sus músculos.

«Definitivamente, me estoy haciendo demasiado mayor para estas mierdas», pensó, mientras miraba por encima del hombro para comprobar el estado del tráfico. A esa hora —fin de la jornada laboral — el caos era absoluto.

Hunter necesitaba cruzar West Third Street, y rápido. Se detuvo al borde de la acera y esperó… un segundo, dos, tres…

«Estoy perdiendo demasiado tiempo», pensó.

Cuatro segundos, cinco…

Un minuto y veintiún segundos.

—A la mierda —dijo Hunter en voz alta, y se lanzó.

Su pie derecho pisó el asfalto y, si el conductor del Mazda 6 azul que iba hacia él no hubiera estado atento ni hubiera frenado tan bruscamente como pudo, Hunter habría acabado con las dos piernas rotas.

El fuerte chirrido de los neumáticos contra el asfalto hizo que todos los transeúntes se giraran y miraran en dirección a Hunter. El susto hizo que el corazón de Hunter se saltara un par de latidos y que el estómago se le encogiera. Instintivamente levantó un brazo para protegerse del impacto, haciendo que casi se le cayera el diario. El Mazda 6 consiguió detenerse por completo a escasos cinco centímetros de Hunter.

—¿Te has vuelto loco, maldito suicida? —gritó el conductor por la ventanilla.

El coche situado a la izquierda del Mazda, un Kia Optima blanco, también frenó bruscamente, pero se había adelantado un metro y medio con respecto al Mazda, bloqueándole el paso. La respuesta de Hunter fue saltar y deslizarse por el capó del Kia, lo que dejó boquiabierto al conductor.

Tras superar el salto sobre el capó, Hunter aterrizó de lleno en un hueco entre dos coches. Avanzó dos pasos y esperó a que pasara una furgoneta por el último carril antes de llegar por fin a la acera del otro lado. Estaba a cuarenta y cinco metros del Grand Central Market.

Un minuto y dos segundos.

Pero ahora tenía otro problema. Para llegar al Grand Central Market, también tenía que cruzar South Broadway, una calle mucho más transitada que la que acababa de atravesar.

Hunter miró el semáforo peatonal: quedaban veintidós segundos hasta que se iluminara el muñeco verde.

—No —murmuró, antes de volver a bajarse del bordillo, pero esta vez esperó a que se abriera un hueco. Tardó solo dos segundos en aparecer, entre un Jeep Cherokee rojo y un Ford Fusion negro. Extendió la mano derecha, indicando al conductor del Ford Fusion que redujera la velocidad.

El conductor lo hizo, pero también pulsó con rabia el claxon mientras maldecía desde detrás del volante.

Cincuenta y seis segundos.

Hunter avanzó hasta el segundo carril y, a partir de entonces, fue como un viejo videojuego en el que una gallina loca intentaba cruzar una carretera muy transitada. Mientras buscaba el hueco adecuado para avanzar, Hunter movía el cuerpo a la izquierda, a la derecha, otra vez a la izquierda, de forma casi cómica. Tuvo que dejar pasar dos vehículos antes de poder cruzar el segundo carril.

Cuarenta y nueve segundos.

Hunter llegó al tercer carril y, una vez más, hizo su pequeña baile antes de colarse entre una furgoneta blanca y una moto.

El cuarto carril era más fácil, ya que solo tenía un sentido de circulación. En el centro de Los Ángeles, en hora punta, eso significaba coches pegados unos a otros. Hunter rodeó rápidamente un Chrysler 200 verde antes de llegar al otro lado de South Broadway.

Cuarenta y tres segundos.

Hunter cubrió la distancia desde su posición hasta la entrada del Gran Central Market en siete segundos.

Y se encontró con un nuevo problema: faltaban dos semanas para Navidad y el mercado estaba abarrotado de gente. El baño estaba al fondo del todo.

—¿Cómo voy de tiempo? —preguntó Hunter.

—Le quedan treinta y seis segundos —respondió el agente Shaffer.

Hunter no se podía permitir pararse a pensar. Ni siquiera a recuperar el aliento.

—Esto va a ser un desastre —dijo, mientras llegaba a la entrada del mercado casi a toda velocidad.

Consiguió esquivar por los pelos a una pareja con dos niños pequeños que salía, pero a partir de ese momento se convirtió en un festival de empujones. Tenía treinta y tres segundos para llegar al último cubículo dentro del baño masculino justo al fondo del mercado, y una multitud de compradores navideños no iba a impedir

que Hunter llegara a tiempo.

—Perdón —gritó, con voz urgente y firme—. Policía de Los Ángeles, abran paso… Policía de Los Ángeles, abran paso.

Mientras repetía esas palabras en un bucle interminable, Hunter zigzagueaba, giraba y hacía lo imposible por evitar chocar con el mayor número posible de compradores. A los que no consiguió esquivar los apartó de su camino como pudo. Algunos acabaron en el suelo. Algunos fueron empujados sobre otros, que también acabaron en el suelo.

Mientras Hunter se abría paso a empujones entre la multitud, la gente le gritaba improperios y palabras de indignación. Algunos gritaban la más famosa del repertorio estadounidense: —Voy a demandarte por esta mierda.

Los empujones, las sacudidas, los giros… todo ello le estaba robando tiempo. Tardó veintiún segundos en llegar al baño de hombres, al fondo del mercado.

—¿Tiempo? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo me queda?

—Doce segundos —informó el agente Shaffer.

Hunter irrumpió en el baño como una bola de demolición. Una vez pasados los urinarios, encontró dos filas de cuatro cubículos: uno a la izquierda y otro a la derecha. Los dos últimos cubículos de la izquierda tenían las puertas cerradas.

Hunter se apresuró hacia la última y probó la puerta: estaba cerrada.

—Ocupado —gritó una voz masculina, aguda, desde detrás de la puerta.

«Por supuesto que tenía que estar ocupado», pensó Hunter.

Nueve segundos.

—Policía de Los Ángeles, esto es un asunto oficial. Necesito entrar ahí.

—¿Un asunto oficial? —respondió el hombre, incrédulo—. ¿Tiene que hacer una cagada oficial o qué?

Tres segundos.

—Señor, esto no es una broma.

Se acabó el tiempo.

De repente, Hunter oyó un tono de llamada amortiguado procedente del interior del cubículo.

—Pero ¿qué coño…? —escuchó exclamar al hombre desde el interior.

No había tiempo para explicaciones.

Hunter dio un paso atrás y, al igual que había hecho con la verja del aparcamiento minutos antes, lanzó el tacón de su bota derecha contra la puerta del cubículo con toda la fuerza que tenía. La endeble cerradura saltó de inmediato. La puerta salió despedida hacia atrás

como si hubiera sido golpeada por la onda expansiva de una explosión, y fue a estamparse contra las rodillas del ocupante del cubículo.

—¿Qué coño? —Se levantó de un salto.

Hunter entró y vio a un hombre con sobrepeso, medio asustado, medio sorprendido, sentado en el retrete con los pantalones bajados hasta los tobillos. En la mano derecha tenía un puñado de papel higiénico arrugado.

—¿Qué coño te pasa? —gritó el hombre.

El teléfono volvió a sonar.

Hunter miró a su alrededor, tratando de localizar de dónde venía el sonido.

El hombre siguió insultando a Hunter.

—Cállese —ordenó Hunter, señalándolo con un dedo.

El hombre se calló al instante.

El teléfono volvió a sonar.

Hunter miró al hombre.

El sonido parecía venir de detrás de él.

Hunter se inclinó hacia la izquierda para mirar por detrás del corpulento hombre.

El tono amortiguado volvió a sonar.

Venía del interior del tanque de la cisterna.

—Disculpe —dijo Hunter, dando un paso a la izquierda del inodoro, obligando al hombre a inclinar su cuerpo hacia el otro lado. Hunter levantó la tapa del depósito de agua y encontró un nuevo teléfono pegado a la parte inferior. Lo despegó y miró la pantalla.

Videollamada entrante.

Hunter la aceptó y enfocó la cámara hacia su cara.

—Estaba a punto de colgar —dijo el Hombre Lobo, mientras su rostro se materializaba en la pequeña pantalla.

—Bueno, aquí estoy —respondió Hunter, un poco sin aliento.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó el hombre en el retrete —. ¿Estás jugando a algo?

—Oh —el Hombre Lobo sonó sorprendido—, ¿hay alguien ahí contigo?

—Yo estaba aquí primero —dijo el hombre en voz alta.

—Vamos, detective Hunter, gira el teléfono. Déjame conocer a nuestro nuevo amigo.

—Lo siento —dijo Hunter al hombre, antes de hacer lo que le pedía.

El hombre se sonrojó de inmediato, pero el Hombre Lobo no llegó a verle la cara, ya que él levantó la mano derecha para tapársela.

—Qué coño, tío —refunfuñó—. Estoy en el puto retrete. No quiero

ser parte de tu juego pervertido.

El Hombre Lobo rio animadamente.

Hunter volvió a enfocar el teléfono hacia él.

—¿Y ahora qué?

—¿Todavía tienes el diario?

Hunter frunció el ceño mirando la pantalla.

—Claro que lo tengo, ¿o pensabas que se me había caído en los últimos dos minutos y medio?

—Enséñamelo.

Hunter lo hizo.

—¿De verdad necesitáis tener esta conversación aquí? —preguntó el hombre del retrete—. Necesito cagar y me estoy aguantando todo lo que puedo, pero estoy a punto de perder la batalla.

—Lo siento —dijo Hunter con un tono sincero—. Me disculpo de nuevo por irrumpir así.

—Tío, solo vete, por favor.

Hunter salió del cubículo, cerrando como pudo la puerta ahora rota tras de sí.

—Ha sido divertido, ¿eh?

—Sí, divertidísimo —respondió Hunter, sin un ápice de humor en la voz—. Entonces, ¿qué quieres que haga ahora?

—Deshazte del teléfono viejo.

Hunter buscó el teléfono en el bolsillo, se lo enseñó al Hombre Lobo y luego lo tiró a la papelera del baño.

—Vale, ¿y ahora?

—El hotel Westin Bonaventure, ¿lo conoces?

—¿El de South Figueroa Street?

—Ese. Está a cinco manzanas y media de allí. Sube al piso treinta y cuatro y encuentra la suite 3452. Ve a pie. Cuando llegues al hotel, usa las escaleras, no el ascensor. Tienes doce minutos. Vete.

El Hombre Lobo colgó.

Setenta y tres

El Westin Bonaventure Hotel and Suites era el hotel más grande de la ciudad de Los Ángeles: treinta y cinco pisos de altura, más de mil trescientas habitaciones y ciento treinta y cinco *suites*. El hotel también ofrecía a sus huéspedes restaurantes de alta cocina, *spa* de lujo, piscinas y un restaurante giratorio con bar en la última planta, desde donde había unas vistas espectaculares de la ciudad de Los Ángeles.

—Doce minutos para recorrer cinco manzanas y media a pie. —Esta vez fue la voz de Garcia la que sonó en el auricular de Hunter. Obviamente iba en el coche con el agente Shaffer, de los SWAT—. ¿Y luego subir treinta y cuatro pisos por las escaleras? Eso es una locura.

—No hay mucho que pueda hacer al respecto —respondió Hunter, saliendo ya del baño a toda velocidad.

—Si sales del mercado por las puertas de atrás —dijo Garcia—, llegas a South Hill Street. Gira a la derecha, no a la izquierda. Toma West Third Street, y a partir de ahí es una carrera en línea recta durante cuatro manzanas hasta llegar a South Flower Street. Luego a la izquierda otra manzana más y llegarás a la entrada trasera del hotel, que está dos niveles por debajo del vestíbulo principal, en South Figueroa Street. Es más rápido llegar por ahí.

—Bien pensado —dijo Hunter, mientras empujaba la puerta de la salida de emergencia al fondo del mercado. Eso le evitó tener que abrirse paso entre la multitud una vez más.

Once minutos y cuarenta y un segundos.

Tal y como Garcia había sugerido, Hunter giró a la derecha por South Hill Street, en dirección a West Third Street. Cubrió esa media manzana en diecisiete segundos.

Once minutos y veinticuatro segundos.

Una vez que Hunter llegó a West Third Street, tal y como Garcia le había dicho, era una carrera recta de cuatro manzanas hasta South Flower Street.

Cruzar las carreteras supuso un pequeño problema, pero no tanto como Hunter había esperado. En total, los cruces le hicieron perder veintitrés segundos más. El nuevo problema de Hunter eran sus botas, de estilo vaquero y polipiel, con un tacón de casi cuatro centímetros. Definitivamente, no estaban hechas para correr.

Cuando había llegado al Grand Central Market, ya le dolían los pies. Después de haber recorrido dos manzanas de West Third Street, ya pedían clemencia y su paso empezaba a ralentizarse.

—Debería haber pensado en cambiarme los zapatos antes de salir —

jadeó.

Cuando por fin recorrió las cuatro manzanas y llegó a la esquina de West Third Street con South Flower Street, notó que las botas le habían arrancado piel, y bastante. Su ritmo también se había deteriorado seriamente. En total, desde el mercado hasta su posición actual —incluidos los veintitrés segundos extra en los cruces—, Hunter había consumido seis minutos y veintinueve segundos de los doce que tenía.

Le quedaban cuatro minutos y treinta y dos segundos para subir treinta y cinco pisos.

Desde la esquina de la calle donde se encontraba Hunter, aún quedaba una manzana y media hasta llegar al hotel Westin Bonaventure, pero justo en ese momento, sus pies le gritaban: «Por favor, basta ya».

—A la mierda —se dijo a sí mismo.

—¿A la mierda el qué? —preguntó con preocupación el agente Shaffer a través del auricular.

—Mis botas —respondió Hunter, mientras se apoyaba rápidamente en la pared de un edificio, se las quitaba y las dejaba en la acera. Eso le costó otros siete segundos—. Pídele a alguien que las recoja, por favor. Están justo en la esquina de West Third con South Flower.

—¿Qué quiere decir con «que las recoja»? —preguntó el agente Shaffer—. ¿Te has quitado las botas y las has dejado tiradas en la calle?

—Sí —respondió Hunter, mientras echaba a correr otra vez, llevando solo calcetines en los pies—. Me estaban matando.

Su ritmo mejoró un poco, pero seguía sin ser el ideal. Las botas ya le habían causado daños que obligarían a cualquiera a cojear al caminar, no digamos al correr.

Hunter hizo todo lo posible por ignorar el dolor y, con un torpe esprint, cubrió la última manzana y media en treinta y un segundos.

—Estoy en el hotel —dijo Hunter con la voz entrecortada—. ¿Tiempo?

—Le quedan tres minutos y cincuenta y cuatro segundos —respondió el agente Shaffer.

—Genial —dijo Hunter, pasando a toda velocidad por delante del aparcacoches del hotel y del portero antes de entrar en el vestíbulo trasero.

Era absolutamente imposible que el portero del hotel no se diera cuenta de que un hombre que corría cojeando entraba en el hotel en calcetines, que para entonces ya estaban destrozados.

—Señor —llamó el portero en voz alta, corriendo tras Hunter.

—Policía, tengo prisa —gritó Hunter por encima del hombro, sin detenerse ni mirar atrás.

Antes de que el portero pudiera atravesar las puertas, se le acercó una mujer delgada y morena, que le puso una fuerte mano en el hombro, deteniéndolo. Con mucha discreción, le mostró la placa que llevaba en la mano izquierda mientras le susurraba unas palabras al oído izquierdo.

El portero miró la placa y primero frunció el ceño al oír sus palabras, antes de abrir los ojos con sorpresa.

Un segundo después, la mujer desapareció dentro del hotel.

Cuando la mujer entró en el vestíbulo trasero, Hunter ya había subido cuatro tramos de escaleras, que solo le llevaron al vestíbulo principal del hotel, en South Figueroa Street, dos plantas más arriba.

Había dos tramos de escaleras en zigzag por nivel. Hunter subía los escalones de dos en dos, a veces de tres en tres. A ese ritmo, cubría un tramo entero de escaleras —catorce peldaños— en unos cuatro o cinco segundos.

—¿Tiempo? —volvió a preguntar Hunter, mientras subía las escaleras que daban al vestíbulo principal.

—Tres minutos y veintisiete segundos —respondió Garcia.

—No voy bien —dijo Hunter, llegando al primer piso—. Nada bien. —Siguió subiendo dos o tres escalones cada vez, pero ya sabía que no llegaría a tiempo al piso treinta y cuatro.

Cuando Hunter llegó a la sexta planta, le dolían las piernas. La acumulación de ácido láctico también le estaba debilitando los músculos.

Dos minutos y cuarenta y dos segundos.

A partir del noveno piso, Hunter tuvo que utilizar la barandilla para ayudar a sus doloridas piernas a seguir subiendo.

—¿Tiempo? —preguntó entre jadeos al llegar a la décima planta.

—Tienes exactamente dos minutos, Robert —le dijo Garcia—. ¿En qué planta estás?

—Subiendo a la once.

—¡Mierda! —exclamó Garcia.

—Eso es muy útil —replicó Hunter con sarcasmo—. Gracias.

Sabía que, aunque lograra subir diez pisos en un minuto, no llegaría al piso treinta y cuatro a tiempo. A pesar de ese conocimiento, iba a dar lo mejor de sí.

Los diez pisos siguientes le parecieron un maratón. De algún modo, Hunter encontró la energía y consiguió subirlos en un minuto y once segundos.

Cuarenta y nueve segundos.

Trece pisos por delante.

Suplicando a sus piernas que no se rindieran, Hunter tardaba ahora unos once segundos en subir cada planta.

Piso veintidós: treinta y ocho segundos.

Piso veintitrés: veintisiete segundos.

Piso veinticuatro: dieciséis segundos.

Piso veinticinco: cinco segundos.

Las piernas le temblaban. El corazón le retumbaba en el pecho.

Cuatro, tres, dos, uno…

Hunter estaba a medio camino entre las plantas veinticinco y veintiséis cuando sonó el teléfono de su bolsillo. Era el teléfono que había cogido del depósito de agua del retrete del baño del Grand Central Market.

Con mano temblorosa, lo sacó, pero ya se imaginaba lo que el Hombre Lobo estaba a punto de decirle.

Hunter aceptó la solicitud de una nueva videollamada.

—Vaya, vaya —dijo el Hombre Lobo sacudiendo la cabeza, en cuanto su rostro se materializó en la pantalla del teléfono—. Por favor, dime que no es cierto, detective. Me parece que no has conseguido llegar a tiempo al piso treinta y cuatro.

Hunter no paraba de subir. El teléfono de su mano derecha temblaba de un lado a otro mientras seguía subiendo de dos a tres escalones cada vez.

—Esto ha sido una… —dijo Hunter, completamente sin aliento. Había llegado al piso veintiséis y ya estaba subiendo hacia el veintisiete— tarea imposible… y lo sabes.

—¿Aun así sigues intentándolo?

Hunter no respondió.

Planta veintisiete alcanzada. A por la veintiocho.

—Vaya, debo admitir que admiro tu compromiso.

Planta veintiocho.

—¿Todavía… quieres… tu diario? —preguntó Hunter, medio tosiendo las palabras.

Planta veintinueve.

—Ja, ja, ja, ja. —El Hombre Lobo se rio sin una pizca de humor—. Por favor, detective, no me digas que estás tratando de negociar conmigo.

Planta treinta.

—Bueno… si todavía… lo quieres…, yo… todavía… lo tengo.

Planta treinta y uno.

—Me gustas, detective Hunter. No eres de los que tiran la toalla, por muy perdida que parezca la pelea.

Planta treinta y dos.

—Respeto eso en la gente. ¿En qué planta estás aho ra mismo?

—Treinta y tres… —La voz de Hunter era un susurro.

—¿Qué, en serio?

Hunter tosió, tratando de llevar más oxígeno a sus pulmones. Sentía que las piernas empezaban a fallarle y se agarró a la pared para mantener el equilibrio.

—No —respondió—. No en la treinta y tres… Estoy en la planta… treinta y cuatro.

Hunter levantó el teléfono y lo dirigió hacia el número que había en la pared junto a la puerta: el treinta y cuatro.

Setenta y cuatro

Hunter se detuvo junto a la puerta que comunicaba las escaleras con el piso treinta y cuatro. El pecho le latía con tanta fuerza que pensó que le iba a dar un infarto. Volvió a toser, pero esta vez sintió el sabor amago de la bilis en la boca.

—¿Te encuentras bien, detective? —preguntó el Hombre Lobo—. No suenas muy bien.

—Nunca he estado mejor —respondió Hunter, escupiendo al hablar sin querer. Por fin encontró fuerzas para empujar la puerta y salir al rellano de la planta treinta y cuatro—. Pues… ya estoy aquí…

—¿En serio?

—Sí… Planta treinta y cuatro…

—Pero no has llegado a tiempo, detective.

—Venga ya… —suplicó Hunter, mientras el oxígeno por fin empezaba a entrar con algo más de facilidad en sus fosas nasales—. Estoy aquí.

—¿Aquí dónde?

—En el piso treinta y cuatro.

—Vale, pero ¿estás cerca de la habitación 3452?

Hunter había estado tan centrado en alcanzar la planta treinta y cuatro del hotel que había olvidado que también necesitaba llegar a una habitación concreta. Levantó la cabeza para mirar el largo y luminoso pasillo que discurría a izquierda y derecha de donde se encontraba. Ambos lados parecían no tener fin antes de doblar la esquina. Sus ojos se dirigieron a la placa de la pared que indicaba qué habitaciones había a cada lado. La habitación 3452 estaba a su izquierda. Tomó aire de nuevo y se alejó por el pasillo, tan rápido como se lo permitían sus doloridas piernas.

Las habitaciones se alineaban a ambos lados del pasillo. La primera que Hunter pasó a su derecha tenía el número 3426. La habitación 3452 no estaba tan lejos.

—¿Estás corriendo otra vez, detective?

Hunter tardó unos segundos en llegar a la habitación 3452.

—Ya estoy aquí. Mira —dijo Hunter, enfocando el número de la puerta con el teléfono—. Habitación treinta y cuatro cincuenta y dos. Estoy aquí.

—Sí, ya lo veo —dijo el Hombre Lobo—. Pero, como le he dicho, no has llegado a tiempo. Recuerdas la regla número dos, ¿verdad, detective Hunter? Si te retrasas aunque sea un segundo en cumplir

cualquiera de las tareas que se te encomiendan, la ladrona muere. Y, según mi reloj, has llegado tarde.

—Vamos —insistió Hunter—. Nadie habría conseguido llegar desde el mercado hasta aquí y luego subir sesenta y ocho tramos de escaleras en doce minutos. Era una tarea imposible.

—Te equivocas, detective. No era en absoluto una tarea imposible. Puedo pensar en un puñado de tipos que habrían llegado allí con tiempo de sobra.

Hunter volvió a llenar sus pulmones de aire.

—Déjame adivinar… —dijo, y por un instante dudó, pero pensó que a esas alturas no tenía mucho que perder—. Estás hablando de algunos de tus compañeros del ejército, ¿me equivoco?

El Hombre Lobo hizo una pausa e incluso a través de la pequeña pantalla del teléfono que tenía en la mano, Hunter pudo ver cómo se intensificaba la expresión en sus ojos.

Hunter se preguntó si había cometido un error fatal.

—Estoy impresionado —dijo el Hombre Lobo tras varios largos segundos de silencio—. Y sí, algunos de mis compañeros del ejército habrían realizado esa tarea en menos de diez minutos. Así que has fracasado, detective Hunter. La ladrona tiene que morir.

—Si la matas, nunca volverás a ver tu diario. ¿Lo entiendes?

—¿Me estás amenazando, detective?

—No es una amenaza. Es un hecho. Tú quieres el diario. Nosotros queremos a la chica. Es un simple intercambio. Estoy aquí, justo delante de la habitación treinta y cuatro cincuenta y dos. Así que dejémonos de tonterías y hagámoslo.

Justo en ese momento, por el rabillo del ojo, Hunter vio salir al primer equipo de dos hombres por la misma puerta de la escalera por la que él había entrado momentos antes. Un instante después, apareció un segundo equipo, esta vez saliendo del ascensor. Con la misma mano que sostenía el diario, Hunter utilizó el dedo índice derecho para indicar a ambos equipos que debían retirarse. El Hombre Lobo no era idiota. No se habría encerrado en una habitación del piso treinta y cuatro de un hotel. Detrás de esa puerta, Hunter probablemente encontraría su próxima tarea.

—Tienes razón, detective —respondió el hombre lobo—. Quiero recuperar mi diario. Y, ya que no te has rendido en las escaleras cuando se ha terminado el tiempo, ya que te has esforzado por completar la tarea a pesar de todo, me dejaré de tonterías. Hagámoslo. —Una nueva pausa, esta vez un poco más larga—. A la derecha de la habitación 3452 hay una puerta sin numerar. ¿La ves?

—Sí.

—No está cerrada con llave. Quiero que la abras. Mantén la cámara enfocando lo que haces.

Hunter dirigió el teléfono hacia la puerta sin numerar, extendió la mano y giró el pomo. La puerta se abrió hacia dentro.

—Bien —dijo el Hombre Lobo—. El interruptor de la luz está a la derecha de la puerta.

Hunter alargó el brazo y lo encendió. Se encontró en una habitación de tamaño medio en la que tres grandes carros de lavandería ocupaban la mayor parte del espacio. Los tres estaban vacíos.

—Esta es la lavandería del piso treinta y cuatro —informó el Hombre Lobo a Hunter—. En la pared del fondo verás una compuerta grande. Es el conducto de la ropa sucia. Ábrela y deja caer el diario por ahí. Ya.

—¡Mierda! —Hunter oyó la voz del agente Shaffer en su oído—. Está en la puta lavandería. Que todos los equipos bajen a la lavandería AHORA.

«Buen truco de distracción», pensó Hunter.

—Ya, detective —ordenó de nuevo el Hombre Lobo.

—¿Y Angela? —preguntó Hunter—. El trato era el diario por Angela.

—El trato también era que cumplieras todas las tareas en el tiempo que te marcase. No estamos aquí para discutir, detective. Deja caer el diario por la compuerta y tendrás a la chica. Tienes mi palabra. Si no, te prometo que recibirás un nuevo pedazo de esa zorrita en la puerta de tu casa cada día durante los próximos dos meses, ¿me oyes? Tienes tres segundos. Uno, dos…

Hunter ya no tenía forma de ganar tiempo. No arriesgaría la vida de Angela por el diario. Además, tenía un plan de contingencia preparado. Corrió hacia la compuerta de la pared, la abrió y dejó caer el diario por el conducto.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —dijo el hombre lobo antes de colgar.

Setenta y cinco

—¡Mierda!

Por las radios, los tres equipos SWAT formados por dos hombres cada uno oyeron a su jefe, el agente Terrance Shaffer, gritar el improperio.

—Está en la puta lavandería. Que todos los equipos bajen a la lavandería AHORA.

Los tres equipos de la SIS recibieron exactamente la misma orden de su jefe, el agente Trevor Silva. El problema era que dos de los seis equipos se habían posicionado junto al ascensor y las escaleras de la planta treinta y cuatro. Otro equipo se había situado un piso más abajo y otro, un piso más arriba, por si el Hombre Lobo tenía pensado algún plan de fuga descabellado. Los dos últimos equipos estaban abajo, vigilando las salidas delantera y trasera del hotel.

La lavandería del hotel Westin Bonaventure estaba situada en el subnivel uno. Los cuatro equipos de las plantas treinta y tres, treinta y cuatro y treinta y cinco tardarían demasiado en bajar al sótano. Los dos equipos de la planta baja eran los que tenían más posibilidades, y al recibir la orden de sus jefes, los cuatro agentes atravesaron corriendo el amplio vestíbulo, lujosamente decorado, en dirección a la escalera, pero solo consiguieron dar un total de cinco pasos antes de ser interrumpidos por el sonido chirriante de una alarma de incendios.

El vestíbulo de la recepción estaba bastante concurrido a esa hora del día. Había huéspedes que llegaban y se registraban, huéspedes que se registraban para salir, huéspedes que intentaban pedir indicaciones o información y gente simplemente sentada, charlando.

En el concurrido vestíbulo, la alarma de incendios provocó de inmediato una oleada de movimientos por todas partes. Todos los huéspedes empezaron a mirar a su alrededor con asombro, levantando las manos para indicar que no sabían qué estaba sucediendo. Al principio, el personal reaccionó igual, con miradas de asombro y confusión, pero en cuestión de segundos, cuando todos se dieron cuenta de que lo que estaba ocurriendo no era un simulacro, empezó a moverse. Los botones, los conserjes, los recepcionistas, los vigilantes de seguridad, el director del hotel… todos corrían de un lado a otro, intentando coordinar la salida ordenada de los huéspedes. Para evitar un embotellamiento en las puertas del hotel, los porteros las mantuvieron abiertas de par en par mientras los huéspedes, algunos de ellos arrastrando sus maletas, las atravesaban.

Esa primera evacuación —la de los huéspedes que ya estaban en el vestíbulo— se desarrolló con bastante fluidez, pero aún faltaban por

salir los huéspedes que estaban dentro de sus habitaciones. De las más de mil trescientas habitaciones del hotel Westin Bonaventure, mil doscientas dos estaban ocupadas. De las ciento treinta y cinco *suites*, ciento uno estaban ocupadas. No todos los huéspedes estaban en sus habitaciones en ese momento, pero los que estaban eran suficientes para llenar un teatro de tamaño medio.

A los quince segundos de sonar la alarma, los largos pasillos de todas y cada una de las plantas se convirtieron en una concurrida autopista de huéspedes vestidos con todo tipo de ropas. Sus voces nerviosas se unieron a la estridente alarma y, de pronto, todo el edificio se convirtió en una colmena de zumbidos y ruidos.

Aunque sabían que no tenían ninguna posibilidad de llegar a la lavandería lo bastante rápido, los cuatro equipos de las plantas treinta y tres, treinta y cuatro y treinta y cinco se lanzaron hacia la escalera, solo para encontrarse con un atasco de huéspedes.

La normativa contra incendios de California especifica que los ascensores no deben utilizarse durante una evacuación por incendio —solo las escaleras—, por lo que la alarma de incendios del hotel Westin Bonaventure estaba programada para desactivar automáticamente todos los ascensores.

De vuelta en el vestíbulo de recepción, mientras intentaban abrirse paso hasta la puerta de acceso a las escaleras, los dos equipos de la planta baja fueron recibidos por un muro de gente que avanzaba en dirección contraria. Cuanta más gente lograban esquivar, más gente encontraban, ya que nuevos huéspedes empezaban a llegar al vestíbulo desde las plantas superiores.

—El objetivo podría ser cualquiera que esté saliendo del hotel en este momento —dijo por radio el agente de los SWAT Karl Hudson, jefe de uno de los dos equipos.

—Y por eso hay un localizador oculto dentro del diario que ahora tiene él —respondió el agente Shaffer en el auricular del agente Hudson—. Estoy entrando en el vestíbulo ahora mismo con la aplicación del localizador.

Hudson y su compañero de equipo se giraron de inmediato hacia la entrada principal del hotel.

Con su metro noventa y cinco de estatura, el agente Shaffer sobresalía por encima de la mayoría de los huéspedes que intentaban salir del hotel. Garcia, que medía metro ochenta y ocho, estaba a su lado. El equipo SWAT no tardó nada en localizarlos. Justo detrás de ellos iba el agente Trevor Silva, de la SIS, que estaba al frente del segundo equipo situado en la planta baja.

Los siete se reunieron junto al largo mostrador de recepción.

—Disculpen, caballeros —dijo un hombre bajo y regordete que salió de detrás del mostrador—. Por favor, salgan del edificio. El punto de

encuentro en caso de incendio está al otro lado de la calle, junto al aparcamiento de Enterprise. —Señaló con la mano derecha. La placa de su chaqueta decía «Luis Tornado, conserje».

—Policía de Los Ángeles —dijo Garcia, mostrando su placa. Pensó en decirle al conserje que la alarma era en realidad una distracción, creada por la persona a la que perseguían, pero enseguida se lo pensó mejor. En su lugar, todo lo que dijo fue—: Nos quedamos.

Los otros seis miembros del grupo policial miraron con seriedad al empleado del hotel.

—Como quieran —dijo él, levantando ambas manos antes de girarse rápidamente para seguir a los demás.

El vestíbulo empezaba a parecerse a un Walmart en Black Friday, a medida que más y más huéspedes salían de las escaleras.

Los agentes Silva y Shaffer dejaron sus *tablets* en el mostrador de recepción para comprobar el avance del punto rojo parpadeante.

Pero no había ningún punto rojo en el mapa.

—¿Dónde coño está? —preguntó el agente Silva—. ¿Funciona esta mierda? —Sus ojos buscaron los de Garcia.

—Tal vez todavía está abajo, en el subnivel uno —respondió Garcia —. No es un localizador muy potente. Si está bajo tierra, no emitirá señal.

—Entonces bajemos y acorralémoslo —sugirió el agente Shaffer—. Vosotros dos —señaló a dos agentes de la SIS—, id a… —Pero antes de que pudiera terminar la frase, un punto rojo apareció de repente en el mapa y empezó a parpadear.

Setenta y seis

—¿Qué está pasando? —La voz de Hunter sonó fuerte y clara a través de los auriculares de los siete miembros del grupo—. ¿Dónde está?

—El localizador acaba de empezar a emitir señal —dijo Garcia a su compañero.

—Vale, ¿y en qué parte del hotel está?

Garcia se unió al resto del grupo mientras todos miraban con atención el mapa en las pantallas de las *tablets*.

—No está en el hotel —respondió el agente Silva—. Ya no. Acaba de salir por una puerta de personal, en algún lugar de la parte trasera del hotel.

Todos intercambiaron miradas de preocupación.

—Está en South Flower Street —le dijo el agente Shaffer a Hunter —. Ha debido usar la misma entrada que utilizó usted.

Otro intercambio de miradas, esta vez cargadas de urgencia.

Una fracción de segundo después, los siete salieron disparados hacia la segunda entrada del hotel, la que daba a South Flower Street. La aglomeración de gente en el vestíbulo del hotel era un problema y solo había una forma de sortearla: apartando a empujones a los que se interponían en su camino. Tardaron unos cuarenta segundos en llegar a la puerta.

—¿Dónde? —preguntó Garcia, cuando por fin salieron.

Los agentes Shaffer y Silva consultaron sus mapas. Mientras lo hacían, sus rostros se tensaron.

—Está en West Fourth Street —anunció el agente Shaffer—. Parece que está rodeando el hotel para lle gar a la entrada principal, al otro lado.

—Va a mezclarse con los huéspedes —dijo Garcia, comprendiendo el plan del Hombre Lobo—. ¿Qué mejor manera de desaparecer que entre tanta gente?

A lo lejos se oían las sirenas de los camiones de bomberos.

—Vamos —dijo el agente Silva, y dirigió al grupo en un trepidante esprint hasta West Fourth Street. Luego giraron a la izquierda y recorrieron una manzana entera. Al llegar a la esquina de West Fourth con South Figueroa, volvieron a consultar los mapas.

—Tenía razón —dijo el agente Shaffer a Garcia—. Ha cruzado la calle y se ha unido a la multitud.

—Separémonos para rodearlo —sugirió el agente Silva, antes de dirigirse a sus agentes—. Vosotros dos, conmigo. —Se giró hacia el agente Shaffer—. Nosotros iremos por South Figueroa y nos acercaremos por la izquierda. Ustedes crucen por aquí y vayan por la

derecha. Así solo tendrá dos rutas de escape: o cruza la carretera de nuevo, volviendo a la entrada principal del hotel, o entra en el edificio de Enterprise al otro lado de la calle. De cualquier manera, lo tenemos.

—Entendido —respondió el agente Shaffer, antes de volver a hablar por radio—. Equipos uno y dos, ¿dónde estáis?

—Estamos bajando lo más rápido que podemos —respondió una voz de inmediato—, pero las escaleras son un caos.

El agente Shaffer podía oír el zumbido de voces a través de la radio de su agente.

—Estamos en la planta trece —informó el agente a su jefe.

—Hacedlo mejor —respondió Shaffer—. Os necesito aquí ya.

El agente Silva y su equipo de dos hombres de la SIS ya habían cruzado South Figueroa Street y se acercaban a la multitud desde el otro lado.

El agente Shaffer echó otro vistazo al mapa.

—Vamos —ordenó, guiando a Garcia y a su equipo de dos hombres al otro lado de la calle.

La multitud que se agolpaba frente al edificio de Enterprise era numerosa y crecía por momentos, a medida que más y más huéspedes salían del hotel y cruzaban la calle.

Las sirenas de los camiones de bomberos sonaban cada vez más cerca.

—¿Dónde está? —preguntó Garcia.

El agente Shaffer comprobó el mapa.

—Es listo. Se ha metido justo en medio de la multitud.

—Movámonos —dijo Garcia.

Los cuatro empezaron a abrirse paso entre la gente.

—¿A qué distancia están? —oyeron preguntar todos al agente Silva a través de sus auriculares.

—Estamos a unos cuarenta metros del objetivo —respondió el agente Shaffer—. ¿Y usted?

—Estamos un poco más cerca, a unos veinticinco metros.

—Bien —intervino Garcia—. Acérquense hasta quedarse a unos diez metros y mantengan la posición. Distribuya a su equipo para bloquear las posibles rutas de escape si intenta huir. Nosotros nos acercaremos desde este lado para detenerlo.

—Por favor, deje que me enfrente a él —pidió el agente Silva—. Mató a dos de mis hombres.

—Esto no es una venganza —respondió Garcia con firmeza—. Esto sigue siendo una operación de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos. La detención la haremos nosotros. Mantengan la posición a diez

metros y desplieguen al equipo para bloquear sus rutas de escape, ¿entendido?

—Entendido. —El agente Silva no parecía contento.

Garcia y los tres agentes del SWAT siguieron avanzando entre la multitud.

Treinta metros.

Veinte metros.

Diez metros.

—Estamos en posición. —La voz de Silva llegó a través del auricular.

Cinco metros.

Volvieron a consultar el mapa en la *tablet*. El punto rojo parpadeaba justo delante de Garcia, en línea recta.

—No veo nada de humo —dijo una mujer bajita vestida con un albornoz blanco, que estaba de pie a la derecha de Garcia—. Si hay un incendio, ¿dónde está el humo?

Garcia ignoró a la mujer y dio otro paso adelante. No cabía duda de a quién buscaban. De pie en medio de la multitud, mirando hacia el hotel, había un hombre de complexión ancha, de casi un metro noventa. Su físico podría haber sido el de un boxeador profesional. El hombre tenía cara de preocupación. Sus ojos no dejaban de escrutar a la multitud con ansiedad. Llevaba vaqueros azules, una camiseta negra y una chaqueta de béisbol de los Dodgers. Una pequeña bolsa de deporte blanca y negra colgaba de su hombro y se apoyaba contra su cadera derecha.

El agente Shaffer ordenó a sus hombres que se desplazaran a la izquierda y a la derecha para rodear al objetivo.

La mano derecha de Garcia se movió hacia el inte rior de su chaqueta. Desabrochó la funda de su pistola y cerró los dedos en torno a la empuñadura de su pistola Sig Sauer X-Five Legion de 9 mm. Quitó el seguro con el pulgar, pero mantuvo el arma oculta bajo la chaqueta. Dio otro paso hacia delante y fue entonces cuando él y el objetivo se miraron por un instante. El hombre miró a Garcia con los ojos entrecerrados, como si de algún modo lo hubiera reconocido.

Para Garcia, los segundos siguientes transcurrieron a cámara lenta. Vio que el hombre llevaba la mano derecha hacia su bolsa de deporte, que ya estaba abierta. Parpadeó una vez y la mano desapareció dentro de la bolsa.

Garcia no pudo ver qué había cogido, porque el cuerpo del hombre le bloqueaba la vista.

El hombre volvió a mirar a Garcia y giró ligeramente el cuerpo hacia la izquierda, en dirección al detective. Se estaba recolocando.

Lo que Garcia no sabía era que el agente del SWAT Terrance Shaffer se había colocado detrás del objetivo, manteniéndolo en su línea de

visión directa. El agente Shaffer también había presenciado los movimientos del hombre. En cuanto lo vio meter la mano en la bolsa de deporte, se lanzó, y lo hizo rápido. Para cuando el sospechoso empezó a girarse hacia Garcia, el agente Shaffer ya estaba volando por los aires.

El hombre no lo vio venir.

Si aquello hubiera sido un partido de fútbol americano, el placaje probablemente habría ganado el premio a la jugada del año.

Mientras estaba en el aire, el agente Shaffer chocó con el cuerpo del sospechoso con increíble precisión, agarrándolo por la cintura. A pesar de que el hombre era, sin duda, mucho más pesado que él, el impulso de Shaffer, junto con su repentina aparición de entre una multitud, le dieron ventaja.

El fuerte impacto entre ambos catapultó al sospechoso hacia delante, haciéndolo chocar con otros dos huéspedes del hotel. Los cuatro cayeron al suelo, lo que provocó de inmediato un coro de voces sobresaltadas entre la multitud.

A pocos metros, Garcia ya había sacado el arma, al igual que los otros dos agentes del SWAT, que habían rodeado al sospechoso y le apuntaban a la cabeza.

—¡Alto! —gritó Garcia—. ¡Policía de Los Ángeles!

El hombre había caído con fuerza… con mucha fuerza. Primero se golpeó el hombro izquierdo, luego la cabeza. La bolsa de deporte, con la cremallera abierta, golpeó contra su cadera al caer y la mayor parte de su contenido se desparramó por la acera.

Aunque toda su atención estaba centrada en el hombre que estaba en el suelo, la mirada de Garcia se desvió un instante hacia los objetos que acababan de salir despedidos de la bolsa. Uno de ellos acabó casi a sus pies. Lo miró, parpadeó una, dos veces… y se quedó inmóvil.

—Pero ¿qué coño…?

Setenta y siete

CINCO MINUTOS ANTES LAVANDERÍA, SUBNIVEL UNO DEL HOTEL WESTIN BONAVENTURE

—Esta es la lavandería del piso treinta y cuatro —dijo por videollamada el Hombre Lobo a Hunter—. En la pared del fondo verás una compuerta grande. Es el conducto de la ropa sucia. Ábrelo y deja caer el diario por ahí. Ya.

Unos segundos de silencio.

—Ya, detective —ordenó de nuevo el Hombre Lobo.

—¿Y Angela? —preguntó Hunter—. El trato era el diario por Angela.

—El trato también era que cumplieras todas las tareas en el tiempo que te marcase. No estamos aquí para discutir, detective. Deja caer el diario por la compuerta y tendrás a la chica. Tienes mi palabra. Si no, te prometo que recibirás un nuevo pedazo de esa zorrita en la puerta de tu casa cada día durante los próximos dos meses, ¿me oyes? Tienes tres segundos. Uno, dos…

Vio que Hunter corría hacia la compuerta de la pared, la abría y dejaba caer el diario por el conducto.

Apenas unos segundos después, el Hombre Lobo vio que el diario caía por el conducto y aterrizaba sobre un montón de ropa sucia, dentro de un gran carro.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —dijo, antes de colgar.

En el suelo, a sus pies, el Hombre Lobo tenía una bolsa de deporte abierta. Cogió el diario de encima del montón de ropa sucia y se quitó la máscara de hombre lobo, luego buscó en la bolsa hasta dar con un aparato electrónico que se parecía a un detector de metales de mano, como los que se usan en los aeropuertos. Lo encendió y lo acercó a la portada del diario.

La aguja del aparato no se movió. Tampoco emitió ningún sonido.

Dio la vuelta al diario y acercó el aparato a menos de un centímetro de la contraportada. En cuanto lo hizo, el aparato empezó a pitar con fuerza mientras la aguja del medidor se disparaba hacia la derecha.

—Vaya, detective Hunter —murmuró el Hombre Lobo, negando con la cabeza—, me decepcionas. ¿Un localizador? ¿En serio?

Volvió a meter la mano en la bolsa de deporte y esta vez sacó un cúter de hoja gruesa.

—Muy bien, entonces. Vamos a divertirnos, ¿te parece?

Tras abrir la tapa trasera del diario, utilizó el cúter para cortarla por completo. Tardó solo un par de segundos. Luego guardó el diario en la bolsa de deporte, se acercó al botón de la alarma de incendios de la

pared, junto a la puerta de la lavandería, y lo activó.

En un instante, las treinta y cinco plantas del hotel Westin Bonaventure se llenaron con el agudo ruido de la alarma de incendios. Unos segundos después, los preocupados huéspedes y empleados del hotel empezaron a salir a los pasillos y escaleras. La confusión y el caos se apoderaron del edificio en un abrir y cerrar de ojos, que era justo lo que buscaba el Hombre Lobo.

Cogió su bolsa de deporte junto con la tapa trasera del diario, se puso la capucha sobre la cabeza y salió rápidamente de la lavandería. Los pasillos del subnivel uno ya estaban llenos de gente. Tanto huéspedes como empleados salían del gimnasio, del *spa* y de una de las cocinas, todos situados en el mismo nivel.

El Hombre Lobo se mezcló con la gente, que ya estaba siendo guiada por un empleado del hotel que indicaba a todos que utilizaran una de las salidas de emergencia en lugar de las escaleras para subir a la planta baja. Cuando el hombre se unió a la multitud, no podía creer la suerte que tenía. Solo unos pasos por delante de él, un huésped alto y corpulento acababa de salir del gimnasio. Llevaba unos vaqueros azules, una camiseta negra y una chaqueta de los Dodgers. De su hombro colgaba una pequeña bolsa de deporte blanca y negra, que además estaba abierta.

—Perfecto —murmuró para sí.

Se apresuró a alcanzarlo. Con toda la gente tan pegada, el hombre no tuvo ningún problema en deslizar la cubierta rota del diario en la bolsa de deporte del huésped.

«Esto va a ser divertido», pensó. Mientras el grupo salía del edificio y giraba a la izquierda en dirección a West Fourth Street, el Hombre Lobo dio media vuelta y volvió a entrar en el hotel.

Todavía le quedaba algo por hacer.

Setenta y ocho

Fuera, cuando el contenido de la bolsa de deporte del hombre se desparramó por el suelo, la mirada de Garcia se desvió hacia el único objeto que había acabado justo a sus pies.

Parpadeó una vez: la duda le confundía.

Parpadeó por segunda vez. Y fue entonces cuando por fin se dio cuenta de lo que estaba viendo: la contraportada arrancada del diario del asesino.

—Pero ¿qué coño…?

Los otros dos agentes del SWAT, que también tenían sus armas desenfundadas, ya se habían adelantado para ayudar al agente Shaffer. Tardaron un segundo en llegar hasta él. Enseguida inmovilizaron al hombre en el suelo, le sujetaron la cabeza contra la acera y le esposaron las manos a la espalda.

—Queda detenido como sospechoso de asesinato —dijo el agente Shaffer, mientras empezaba a leerle sus derechos—. Tiene derecho a permanecer en silencio…

—¿Qué? —gritó el hombre que estaba en el suelo—. ¿Qué demonios está pasando aquí? —Su expresión era una mezcla de ira, sorpresa y terror—. ¿Sospechoso de asesinato? ¿Qué asesinato?

El agente Shaffer ignoró las protestas del hombre y siguió leyéndoles sus derechos: —Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra…

El agente Silva, junto con sus dos agentes de la SIS, había visto el revuelo entre la multitud cuando el agente Shaffer derribó al hombre. Ellos también acudieron a ayudar al agente del SWAT.

Garcia sacó rápidamente un pañuelo de papel del bolsillo, se agachó y cogió la contraportada rota que tenía a sus pies. La giró de un lado a otro, examinándola.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —oyó preguntar a Hunter a través del auricular—. ¿Lo tenemos?

—Sí, tenemos al cabrón —respondió el agente Silva. Había llegado hasta el hombre y estaba ayudando a los SWAT a ponerlo de pie. Mientras lo sujetaba por los brazos y tiraba de él hacia arriba, acercó los labios a menos de un centímetro de su oído y le susurró—: Por favor, intenta huir, así tendré una excusa para volarte los sesos aquí… y ahora. —Soltó al hombre—. Vamos…, corre. Puedes hacerlo.

—Robert —dijo finalmente Garcia. Seguía mirando la contraportada rota—. Creo que tenemos un problema.

—¿Qué tipo de problema?

Garcia vio que los agentes Shaffer y Silva —que también habían

oído a Garcia y la respuesta de Hunter por sus auriculares— se giraban hacia él. Ambos tenían la misma pregunta escrita en la cara: «¿Qué tipo de problema?».

Garcia levantó la cubierta para mostrársela a los agentes Shaffer y Silva.

—Parece que el Hombre Lobo se nos ha adelantado —respondió Garcia a Hunter.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hunter.

—Al localizador —explicó Garcia—. Lo ha arrancado.

—¿Qué quieres decir con que lo ha arrancado?

—Ha arrancado toda la contraportada del diario, Robert. Eso es lo que llevaba encima el sospechoso que acabamos de detener: la contraportada con el localizador que habíamos escondido en el diario.

El agente Shaffer soltó al hombre de inmediato y cogió su bolsa de deporte. Rebuscó en lo que quedaba dentro durante unos segundos antes de tirar la bolsa al suelo.

—El diario no está —anunció—. ¡Joder!

Los dos agentes del SWAT ya habían cacheado al hombre. No llevaba armas ocultas, pero encontraron una cartera con ciento doce dólares en efectivo, tres tarjetas de crédito, un carné de conducir y la foto de una mujer morena sonriente junto a un niño de unos tres años. El nombre del carné coincidía con el de las tarjetas de crédito: Gabriel Quinn.

Para entonces, la multitud que se había agolpado en ese punto había retrocedido considerablemente, dejando un amplio espacio alrededor del hombre y los agentes de la Policía de Los Ángeles. El noventa y ocho por ciento de los que formaban ese gran círculo humano tenían los móviles en la mano y estaban grabando.

El agente Shaffer se acercó a Garcia y le entregó la cartera del hombre.

—Por lo visto —empezó a decirle Garcia a Hunter, pero se vio obligado a hacer una pausa, ya que por fin empezaron a llegar los camiones de bomberos a South Figueroa Street, seis en total—. Un momento… —Esperó casi un minuto hasta que todos aparcaron y apagaron las sirenas—. Vale, al parecer la persona que acabamos de detener es un tal Gabriel Quinn, tiene treinta y ocho años y es de Palo Alto.

—¿Qué demonios quieres decir con «al parecer»? —gritó el hombre, con los ojos muy abiertos por la indignación—. ¡Soy yo!

—Todo esto podría ser un truco —dijo el agente Silva, sin apartar la vista del hombre—. Todos sabemos lo listo que es este tipo.

Esta vez el hombre no rehuyó la mirada del agente.

—Será mejor que te prepares para la demanda del siglo —le dijo a Silva, con tono desafiante—. Echa un vistazo a tu alrededor, colega. ¿Ves todos esos móviles apuntándote? Bueno, eso se llama pruebas, y es lo que voy a usar para joderte.

—Señor Quinn —intervino Garcia, acercándose al hombre. Su tono era tranquilo y casi conciliador—. Soy el detective Carlos Garcia, de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos de la Policía de Los Ángeles. Tiene razón, puede que todo esto sea un malentendido. Si por favor pudiera acompañarme a uno de nuestros coches patrulla, lo aclararemos en unos minutos. —Hizo una pausa y miró la bolsa de deporte del hombre, que seguía en el suelo—. Puede que también necesitemos su ayuda.

Setenta y nueve

Desde la última vez que Hunter habló con Garcia por radio, tardó otros catorce minutos en bajar los últimos tramos de escaleras y llegar por fin hasta el vestíbulo de recepción del hotel. Tardó otro minuto y medio en atravesar la multitud y encontrar el coche patrulla al que Garcia había llevado a Gabriel Quinn.

Garcia acababa de hablar por teléfono con Shannon Hatcher cuando vio aparecer a Hunter descalzo entre la multitud.

—Acabo de hablar con Shannon —dijo Garcia, cuando Hunter llegó a su altura—. Todo concuerda. El tipo que está en el asiento de atrás —movió la barbilla en dirección al coche patrulla y al hombre alto sentado en su interior— es Gabriel Quinn, de Palo Alto. Es desarrollador web. Está en Los Ángeles para asistir a una convención, que se celebra aquí mismo, en el hotel Westin.

Hunter ya sabía que la identidad del hombre sería legítima.

—Estaba saliendo del gimnasio del hotel, en el subnivel uno —continuó Garcia—, cuando saltó la alarma.

—¿Le has preguntado si recuerda haber visto a alguien salir de la lavandería más o menos a esa hora? —preguntó Hunter.

—No le he preguntado por la lavandería —admitió Garcia—. Pero sí le he preguntado si recuerda que alguien intentara entablar conversación con él mientras salía del hotel, si alguien chocó con él o algo así… —Garcia se encogió de hombros—. El señor Quinn se ha reído. Ha dicho que todos chocaban con todos… y que todos hablaban con todos.

Hunter asintió, visiblemente decepcionado.

Garcia negó con la cabeza.

—¿Cómo coño sabía el Hombre Lobo lo del localizador?

—No lo sabía —respondió Hunter—, pero sospechaba que intentaríamos algo. Mi suposición es que tenía algún tipo de dispositivo para detectar transmisiones de ondas. Por eso encontró el localizador tan rápido.

—Joder —murmuró Garcia—. ¿Y ahora qué?

Hunter sabía que no había nada que pudieran hacer.

Los bomberos habían confirmado que no había ningún incendio. Había sido una falsa alarma, que tenía su origen en la lavandería del subnivel uno.

Hunter se detuvo un momento y miró hacia la multitud, que por fin empezaba a volver al hotel. Se preguntó si el Hombre Lobo seguiría

por allí, escondido entre la gente solo por diversión. No le habría sorprendido.

Estaba a punto de ir a hablar con Gabriel Quinn cuando sintió vibrar un teléfono en el bolsillo exterior de la chaqueta. Miró a Garcia con el ceño fruncido antes de cogerlo. En cuanto lo tuvo en la mano, el ceño de Hunter se transformó en una mirada interrogante. No reconocía ese móvil. No era el suyo ni el que llevaba consigo desde que había salido del Grand Central Market. Esta vez, no era un *smartphone*. Lo que Hunter tenía en la mano era un Motorola Doro 6520. Alzó la vista y volvió a buscar entre la multitud. Obviamente, el Hombre Lobo le había metido el teléfono en el bolsillo cuando había salido del hotel, lo que significaba que estaba cerca. Probablemente en algún lugar donde pudiera ver a Hunter en ese preciso momento. El problema era que, en ese preciso momento, la mayoría de las personas de la multitud tenían un teléfono en la mano.

Garcia tardó medio segundo en darse cuenta de lo que sucedía. Sus cejas se arquearon mientras miraba a Hunter.

—¿Estás de broma? —preguntó—. ¿Es él otra vez?

Los agentes Shaffer y Silva se unieron enseguida a los dos detectives.

Hunter abrió el teléfono: número desconocido.

Contestó.

—¿Hola?

—¿Un localizador, detective Hunter? —preguntó el Hombre Lobo—. ¿En serio? ¿Crees que soy un aficionado? Leíste el diario, ¿verdad? ¿Te parecí un aficionado?

Hunter no sabía qué responder.

—Lo único que puedo decirte ahora mismo, detective, es que tu truquito, tu localizador, ha sellado el destino de la chica.

—No lo hagas —intervino Hunter—. Ya tienes tu diario. Ese era el trato: tú recuperas el diario y nosotros a Angela. Déjala ir…, por favor. No ganas nada matándola. Déjala ir.

—Vaya, detective Hunter, me parece que estás suplicando. ¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Suplicas a un asesino que no mate?

Hunter respiró hondo.

—Sí. Te lo suplico. Por favor, déjala ir. Déjala vivir.

—Eso sí que quedaría muy feo en tu expediente, ¿no? Tu plan del localizador sale mal y le cuesta la vida a una rehén civil. Eso no puede ser bueno.

—No se trata de mí —dijo Hunter—. No puede importarme menos mi expediente. Se trata de la vida de una joven. Una mujer que cometió un error al coger tu bolso. Eso fue todo. No merece morir por ello.

—Bueno, detective Hunter, ya que estás suplicando… déjame verte suplicar.

—¿Qué?

—Quiero verte rogarme que no la mate. Quiero verte arrodillado y suplicar.

Hunter volvió a mirar hacia la multitud, que en ese momento era bastante más escasa que unos instantes atrás. La única forma de que el Hombre Lobo pudiera verlo suplicar era si, efectivamente, tenía los ojos puestos en él.

A pesar de que la multitud disminuía, Hunter no fue capaz de identificar a nadie que pareciera sospechoso.

—Estoy esperando, detective. De rodillas.

Hunter no se movió.

—De rodillas… YA.

Despacio, Hunter se arrodilló.

Garcia, el agente Shaffer y el agente Silva dieron un paso atrás y los tres lo miraron de reojo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Garcia.

—Ahora suplica.

—Por favor —dijo Hunter, aún con el teléfono pegado a la oreja derecha—. Te lo ruego. Deja vivir a Angela.

Entonces Garcia y los dos agentes lo comprendieron. Tenían que escudriñar entre la multitud.

—Hijo de puta —murmuró el agente Silva, mientras hacía señas a sus agentes para que volvieran al grupo de gente y empezaran a buscar.

—¿A quién buscamos? —preguntó uno de los agentes.

—A cualquiera que parezca sospechoso —respondió el agente Silva, indicándoles que se dispersaran entre la multitud.

—Estoy seguro de que puedes hacerlo mejor, detecti ve. Dilo más alto.

Hunter repitió las mismas siete palabras de hacía unos segundos. Esta vez, más alto.

—No, no, detective. Quiero que lo grites como si te quemaran los pulmones. Que todo el mundo sepa que quieres que la chica viva.

Hunter cogió todo el aire que pudo.

—¡POR FAVOR, TE LO SUPLICO, DEJA VIVIR A ANGELA!

Absolutamente todas las personas a su alrededor se giraron para mirar al hombre que estaba de rodillas gritando como un loco.

—Una vez más.

Hunter lo gritó de nuevo.

—Otra vez.

Hunter obedeció.

—Tienes una voz poderosa, detective.

Hubo una breve pausa, como si el Hombre Lobo estuviera pensando.

—No —anunció finalmente—. La ladrona muere. Pero te volveré a llamar para decirte dónde puedes ir a recoger su cuerpo… o lo que quede de él.

El Hombre Lobo colgó.

Hunter volvió a ponerse de pie y su mirada se dirigió de nuevo a los pocos huéspedes que aún rondaban por el exterior del hotel.

Las palabras del Hombre Lobo seguían resonando en su cabeza. No sabía quién era ni dónde estaba el asesino, pero había una cosa de la que estaba seguro: el Hombre Lobo se equivocaba. Antes de matarla, volvería a llamarlo.

Ochenta

De vuelta en el Edificio de la Administración de la Policía, Hunter y Garcia fueron llamados inmediatamente al despacho de la capitana Blake.

—Menudo jodido desastre —dijo ella desde detrás de su mesa en cuanto Hunter le explicó lo sucedido, incluida la última llamada.

—Estaba mucho mejor preparado para enfrentarse a nosotros —dijo Garcia— que nosotros para enfrentarnos a él.

—Ah, ¿eso crees? —El sarcasmo rezumaba por todos los poros de la capitana Blake—. Nos ha dado mil vueltas a todos: a vosotros dos, a los SWAT y la SIS.

Hunter mantuvo la boca cerrada y los ojos en el suelo.

—Maldita sea —continuó la capitana, poniéndose de pie—. Estamos hablando de un asesino en serie muy prolífico… y se ha enfrentado a uno de los mejores cazadores de asesinos en serie que este país ha visto jamás, y aun así ha jugado contigo a su antojo.

Los ojos de Hunter se alzaron del suelo y se clavaron en los de la capitana Blake.

—Está haciendo que esto suene como si fuera una cuestión de reputación, capitana —replicó Hunter con un tono en el que asomaba la molestia.

—No, no lo estoy haciendo. Lo que intento decir es que estoy decepcionada. ¿Cómo es posible que esto haya ocurrido con tanta facilidad?

—Porque él mandaba —respondió Hunter—. Teníamos que seguir sus reglas y obedecer sus órdenes. Siempre tenía ventaja porque sabía lo que iba a ocurrir…, sabía cuál sería el siguiente paso porque él mismo lo había preparado.

La capitana Blake cerró los ojos y utilizó la punta del dedo índice para masajearse suavemente el entrecejo.

—Así que esa pobre chica, Angela Wood, aunque no la hayamos visto morir, podemos decir que está muerta.

Garcia miró al suelo con rabia, aceptando la afirmación de la capitana Blake, pero Hunter no parecía tan convencido.

—Puede que no —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la capitana.

—Tendremos que esperar a que llame.

—Ah, ¿te refieres a la llamada en la que te da la ubicación del sitio donde podremos encontrar su cuerpo? —dijo la capitana—. Eso fue lo que te dijo que haría, ¿no?

—Sí —aceptó Hunter—, pero tengo la… corazonada de que aún no

ha terminado con nosotros. —Se encogió de hombros de forma casi imperceptible.

—¡Genial! —replicó la capitana Blake, levantando las manos—. Tú y tus malditas corazonadas acabaréis provocándome una úlcera, Robert.

Ochenta y uno

Tras salir del despacho de la capitana Blake, Hunter pasó la siguiente hora examinando las imágenes que habían obtenido de la cámara del subnivel uno del hotel Westin Bonaventure. Comprobó las grabaciones anteriores y posteriores a que saltara la alarma de incendios y en ambas ocasiones —tanto al entrar como al salir de la lavandería— la cámara había captado a quien creían que era el hombre al que llamaban el Hombre Lobo. El problema era que el hombre, sin duda, había hecho los deberes. Sabía exactamente dónde se encontraba la cámara, porque lo único que Hunter y Garcia vieron fue una figura alta con una capucha bien calada sobre la cabeza. El hombre no levantó la vista ni una sola vez ni miró en dirección a la cámara.

Cuando Hunter aparcó su viejo Buick en la plaza asignada a su apartamento, se tomó un momento para apreciar las decoraciones navideñas que adornaban las ventanas de algunos de sus vecinos. Había luces parpadeantes, nieve falsa, estrellas de colores, renos, figuras de Papá Noel, del Niño Jesús, de los Reyes Magos e incluso un Homer Simpson de tamaño real vestido de Papá Noel colgado de una ventana del quinto piso. La ventana de Hunter, en el tercero, estaba completamente vacía. Nunca celebraba la Navidad. Ya no. Cuando era niño, sí, pero después de que el cáncer se llevara a su madre en Navidad, su padre ya no se atrevió a celebrarla. Hunter creció sin el esplendor navideño: sin árbol, sin adornos, sin luces. Pero su padre siempre le compraba un regalo y le decía que era de su madre.

Hunter apartó esos recuerdos con un suspiro y comprobó su móvil: no había mensajes ni llamadas perdidas. Miró el reloj: las 20:55.

Estaba agotado. Le dolían los pies y el cuerpo por el esfuerzo físico. Cerró los ojos, se apoyó en el reposacabezas e hizo todo lo que pudo para combatir la horrible sensación que amenazaba con asfixiarlo, porque no podía dejar de pensar en Angela y en las posibles consecuencias de lo que había hecho.

¿Estaría muerta ya?

¿Habría actuado el Hombre Lobo por impulso en lugar de consultar primero su diario?

Hunter se había negado a creerlo, pero, a medida que el reloj avanzaba, la certeza se había convertido en duda, y la duda empezaba ahora a dar paso al miedo. Estaba tan perdido en sus pensamientos, tan centrado en combatir el miedo, que apenas oyó cómo se abría la puerta trasera del lado del pasajero.

Cuando giró el cuerpo para ver qué ocurría, ya era demasiado tarde.

Ochenta y dos

UN MINUTO ANTES

Al otro lado de la carretera, el hombre había estado esperando pacientemente al volante de su furgoneta. Cuando por fin vio que el Buick de Hunter giraba a la izquierda por Seville Avenue, sonrió, se bajó un poco el gorro sobre la frente, se ajustó los guantes de cuero y salió de su vehículo.

Utilizando la oscuridad de la noche como cobertura, se movió con rapidez y sigilo, cruzando la carretera y manteniéndose en las sombras. Para cuando Hunter hubo aparcado y apagado el motor, el hombre ya estaba agazapado detrás de un todoterreno azul, dos plazas a la derecha del coche de Hunter. De la parte baja de la espalda, sacó una pistola semiautomática de 9 mm y se preparó para actuar.

El hombre esperaba que Hunter saliera del coche de inmediato, pero, en lugar de eso, el detective permaneció al volante con los ojos fijos en el edificio que tenía delante.

Agachado, el hombre se acercó para esconderse detrás del coche de Hunter. Esperó un par de segundos más, pero Hunter seguía sin moverse.

—Vamos, vamos. Sal del coche, detective —murmuró, impaciente.

El hombre estaba seguro de que Hunter no lo había visto. Era demasiado bueno, demasiado profesional y tenía demasiada experiencia como para cometer un error así.

Cambió rápido de plan.

«Si él no sale, entraré yo».

El hombre se dirigió hacia el lado del pasajero, preparó su pistola y echó mano a la manilla de la puerta trasera. Contó hasta uno.

Con un movimiento casi imposible de seguir con la vista, abrió la puerta de un tirón y se deslizó en el asiento trasero como una araña.

Hunter no lo vio venir.

Se acabó el juego.

Ochenta y tres

Por puro reflejo, Hunter giró el cuerpo hacia la derecha, en dirección al ruido.

Demasiado tarde.

Antes de que pudiera parpadear, se encontró mirando el cañón de una pistola semiautomática de 9 mm equipada con silenciador.

—Detective Hunter —dijo el hombre con su habitual tono monótono—. Encantado de conocerte por fin.

La mirada de Hunter abandonó el arma del hombre y se posó en su rostro.

«Así que este es el hombre que se esconde tras la máscara de hombre lobo —pensó Hunter—. El hombre que vende sus asesinatos en la *dark web*».

El hombre que tenía delante rondaba los cuarenta y llevaba un gorro negro bien calado sobre la frente. Sus ojos, oscuros como una noche sin estrellas, eran tan fríos que podrían haber pertenecido a un cadáver. Tenía una cicatriz irregular que le atravesaba el puente de la nariz —una nariz que, sin duda, se había roto antes—, pero no era la única cicatriz que adornaba su rostro. En la barbilla, una en forma de medialuna comenzaba en el borde izquierdo del labio inferior y se curvaba hacia la derecha, terminando en la punta de la mandíbula. Esa cicatriz en particular no se había curado bien, la piel era gruesa y correosa. La cara del hombre era cuadrada, los labios carnosos, las cejas pobladas y la mandíbula fuerte. Su complexión era musculosa, pero no del tipo que se consigue en el gimnasio. No, era el tipo de músculo definido que se obtiene con el trabajo físico duro. Vestía uniforme de combate negro y botas militares negras.

En ese momento, Hunter pensó que el hombre sentado en su asiento trasero parecía un héroe de acción. Lo único que le faltaba era la barba de cinco días.

—Muy bien —continuó el hombre—, esto es lo que necesito que hagas, detective: necesito que te gires y mires al frente. Luego quiero que pongas ambas manos por detrás del asiento, una a cada lado, como si estuvieras un abrazándolo por la espalda. Ya.

Hunter sostuvo la mirada del hombre durante un segundo.

El hombre cargó su arma.

—Ya, detective.

Hunter se giró para mirar hacia su edificio antes de hacer exactamente lo que le había ordenado.

En un suspiro y con una increíble destreza, el hombre ató las manos de Hunter con una brida.

—Vale —dijo Hunter—. ¿Y ahora qué?

En lugar de responder, el hombre salió del coche por el lado del conductor y abrió la puerta de Hunter.

Hunter lo miró, intrigado.

Sin dejar de apuntarle a la cara, el hombre metió la mano en la chaqueta de Hunter y cogió su arma, su móvil, su placa y las esposas.

—Vaya —comentó mientras observaba la pistola de Hunter—. ¿Una Heckler & Koch Mark 23? Veo que sabes de armas, detective. —El hombre asintió—. Me gusta. De la vieja escuela y el arma ofensiva preferida del Mando de Operaciones Especiales de Estados Unidos. —El hombre se guardó la pistola de Hunter en la parte baja de la espalda—. ¿Llevas armas de reserva? —preguntó.

—No —respondió Hunter—. No llevo.

—Bueno —el hombre se encogió de hombros—, lo comprobaré de todos modos.

Le palpó el torso, las piernas y los tobillos. No encontró nada.

—¿Contento? —preguntó Hunter.

El hombre esbozó una fría sonrisa.

—Ya ni siquiera sé lo que significa esa palabra.

Esas palabras activaron la faceta de psicólogo de Hunter.

El hombre dejó las esposas en el regazo de Hunter y, a continuación, se metió la mano en el bolsillo y sacó un gran cuchillo de combate.

—Tú y yo vamos a dar un pequeño paseo, detective —dijo el hombre, mientras utilizaba el cuchillo para cortar la brida y liberarle las manos. La pistola seguía apuntando a su cabeza.

Hunter miró fijamente al hombre mientras se masajeaba las muñecas.

—Ahora —continuó el hombre, mientras daba un paso atrás—, coge las esposas y espósate las manos a la espalda. No hace falta que salgas del coche. Solo inclínate un poco hacia delante. Hazlo ya, y despacio.

Hunter siguió sus instrucciones.

—¿Un paseo? —preguntó—. ¿A dónde vamos?

—Vamos a ver a tu amiguita, la ladrona —contestó el hombre, indicándole con un gesto que saliera del coche.

Hunter obedeció.

—Camina delante de mí —ordenó el hombre, señalando con la barbilla en dirección a la carretera—. ¿Ves esa furgoneta oscura al otro lado de la carretera? Vamos allí. Si haces un solo movimiento en falso, será lo último que hagas en esta vida. ¿Está claro?

—Cristalino.

Caminaron despacio y en silencio hasta llegar a la furgoneta. Una vez allí, el hombre abrió la puerta lateral.

—Ahora, ponte de cara a la furgoneta —ordenó.

Hunter lo hizo.

El hombre chasqueó la lengua con desprecio mientras negaba con la cabeza.

—No deberías haberlo hecho, detective. Ahora, por culpa de tu estúpido jueguecito, tendré que enseñarte de lo que soy capaz. No solo quiero que veas lo que le voy a hacer a esa zorra. Quiero que estés allí. Quiero que huelas su miedo. Quiero que escuches sus gritos. Quiero que saborees su sangre. Pero, sobre todo, quiero que recojas sus pedazos.

El hombre golpeó con la empuñadura de la pistola la nuca de Hunter.

Todo se oscureció.

Ochenta y cuatro

Cuando Angela Wood se despertó sobresaltada de un sueño sin sueños, la confusión se apoderó de ella casi de inmediato. Miró frenéticamente alrededor de la habitación, moviendo la cabeza de forma espasmódica, como una gallina en busca de comida, pero todo a su alrededor era oscuridad, una oscuridad densa y sólida, lo suficiente para hacerle creer que tenía los ojos cerrados cuando sabía que estaban completamente abiertos. De repente, su cuerpo empezó a temblar por una combinación de miedo y frío. Se abrazó a sí misma para tratar de darse algo de calor, frotándose con fuerza la piel erizada de los brazos. No estaba desnuda, pero notaba que su ropa estaba un poco húmeda. Agarró el cuello de la camiseta y se lo acercó a la nariz. No olía a sudor.

—¿Dónde coño estoy?

En cuanto pronunció esas palabras, sintió un tan dolor insoportable en la garganta que la hizo estremecerse. Por reflejo, se llevó la mano al cuello. Fue entonces cuando por fin recordó: el piso franco, la llamada a la puerta de su habitación, el hombre, el doloroso pinchazo en el cuello.

Angela permaneció sentada durante un largo rato, con la respiración entrecortada y los temblores intensificándose. Se encogió, acercando las piernas hacia el pecho, buscando conservar algo de calor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba atada. Tenía frío y la ropa húmeda, pero, aparte del dolor de garganta, se sentía bien. Ni siquiera estaba mareada. Estiró las piernas y volvió a pegarlas contra el cuerpo. Definitivamente, no le dolían. Hizo lo mismo con los brazos: también estaban bien.

Angela se obligó a sentarse y esperó. No tenía mareos ni le dolía la cabeza. Respiró hondo e intentó pensar.

Lo primero que tenía que hacer era averiguar dónde estaba. Sentía el cuerpo un poco rígido por haber estado tumbada sobre una superficie dura e incómoda. La inspeccionó con las manos, palpando cada centímetro a su alrededor: una cama individual con armazón de metal y un colchón fino.

Angela giró las piernas y se sentó en el borde de la cama, con los dedos de los pies desnudos tocando el frío suelo de cemento.

Por un momento dudó, su miedo luchaba contra sus ganas de salir de allí.

Ganaron las ganas.

Se puso de pie, pero se quedó quieta un segundo.

No estaba mareada.

No sentía las piernas débiles.

Como una ciega completamente desorientada, extendió los brazos en todas direcciones, buscando algo. No tocó más que el vacío. Se giró hacia la derecha y dio pequeños pasos en línea recta. Contó los pasos que daba. Ocho pasos después, llegó a una pared desnuda que parecía de ladrillo.

Angela extendió los brazos hacia la derecha, hasta encontrar una esquina. Luego se giró hacia la izquierda. Mantuvo la mano derecha apoyada en la pared y con la izquierda siguió tanteando el camino delante de ella. Ocho pasos más y se topó con una segunda pared. Volvió a girar a la izquierda y avanzó. Esta vez solo dio tres pasos. La pared pasó de ser de ladrillos a ser de metal macizo: una puerta. Pero, en cuanto la tocó, durante una fracción de segundo, toda la habitación se iluminó con un destello de luz cegadora, como si el *flash* de una cámara se hubiera disparado justo delante de ella. El destello fue acompañado de un fuerte estallido. La descarga eléctrica fue tan inesperada que su cuerpo reaccionó de forma automática, y retrocedió hasta caer de nuevo sobre la cama. El dolor estalló en su interior, haciendo que le ardiera el brazo, y a su cerebro le quedó claro por fin que escapar de aquella habitación era absolutamente imposible.

Ochenta y cinco

Hunter recobró el conocimiento cuando le arrojaron un cubo de agua helada a la cara. Asustado, levantó la cabeza del pecho y de inmediato empezó a toser, jadeando. El repentino movimiento hizo que sintiera un dolor de cabeza que podría haber resucitado a un muerto. Empezaba en la parte posterior del cráneo y se extendía hacia delante, envolviéndole toda la cabeza, los ojos, la nariz y la boca.

—Hora de despertarse.

Hunter estaba sentado en una especie de silla metálica, gruesa y pesada. Le habían atado las manos con bridas por detrás del respaldo de la silla. Además, cada mano estaba sujeta al respaldo con otra brida. Tenía los tobillos cruzados en forma de X y atados también con bridas, y cada uno estaba sujeto individualmente con otra brida a una pata de la silla. Por mucha fuerza que le quedara, sabía que no podría liberarse sin una herramienta afilada para cortarlas.

La habitación en la que se encontraba era amplia y cuadrada, y las paredes eran de bloques de hormigón macizo.

Hunter levantó un poco la barbilla para mirar el techo. Ocho bombillas halógenas iluminaban la habitación. Al otro lado, desde la silla en la que estaba inmovilizado, distinguía una mesa de control con un gran monitor colgado en la pared justo encima. A la derecha de la mesa había un armario alto de metal lleno de aparatos electrónicos y equipos informáticos. Había un segundo armario a la derecha, que parecía cerrado con llave. A la izquierda de la mesa de control había una puerta metálica. Apoyado en ella estaba el hombre al que Hunter conocía como el Hombre Lobo. A sus pies, Hunter vio un cubo de metal vacío.

Hunter tosió de nuevo antes de sacudir la cabeza para intentar deshacerse de parte del agua que seguía goteando de su pelo mojado a sus ojos. El movimiento reavivó la intensidad del dolor de cabeza.

El Hombre Lobo levantó la mano derecha para mostrarle a Hunter su diario. Le faltaba la contraportada.

—Necesito la información que has tachado —dijo. Su voz seguía siendo monótona, pero su enfado era evidente.

Abrió el diario, y Hunter vio que la fina lámina de cuero que cubría el interior de la portada había sido retirada. Las cuatro líneas escritas a mano que Vince Keller había descubierto aquella misma mañana en el laboratorio de la Unidad de Electrónica se habían tachado con un grueso rotulador negro. La información era imposible de leer.

Ese era el plan de contingencia de Hunter.

Aquella tarde, una vez conocida la noticia de que el Hombre Lobo

había asesinado a los dos agentes de la SIS en el piso franco solo para llegar hasta Angela, Hunter había llamado a Keller y le había pedido que regresara al laboratorio, copiara toda la información de la tapa y luego la tachara. Keller se había mostrado escéptico al respecto. Era, en efecto, un plan arriesgado, pero Hunter sabía que la información que aparecía en el reverso de la portada del diario era la única razón por la que Angela seguía viva, y tenía el presentimiento de que el Hombre Lobo le haría alguna jugarreta durante el intercambio, si es que llegaba a producirse. Ocultar un localizador en la portada del diario había sido una buena idea, pero Hunter no podía arriesgarse a ir al intercambio sin algún tipo de plan de respaldo, por muy desesperado que fuera.

Había memorizado la información, pero también tenía la foto guardada en el móvil.

—La necesito ya —dijo el Hombre Lobo.

—Lo sé —dijo Hunter, esforzándose por sonar lo más tranquilo posible. La ropa mojada le helaba el cuerpo, haciéndole temblar—. Esa es la verdadera razón por la que me has traído aquí. Porque necesitas esa información.

El Hombre Lobo estudió al detective atado a la silla de metal durante unos largos segundos.

—Ah, ya veo —dijo finalmente, dando un par de pasos hacia delante—. Crees que lo que hiciste: tachar la información, guardarla en algún lugar seguro… —El hombre lobo hizo una pausa y entrecerró los ojos al mirar a Hunter, antes de que una chispa de comprensión volviera a iluminarlos. Sonrió con frialdad—. Déjame adivinar: ese lugar seguro es tu cabeza, ¿verdad? Lo has memorizado todo, ¿a que sí?

Hunter no respondió.

—Claro que sí. —Otra sonrisa del Hombre Lobo, esta sin el menor atisbo de humor—. ¿Así que crees que eso te daría qué, detective Hunter, algún tipo de poder de negociación?

Una vez más, Hunter guardó silencio.

—Por favor, déjame adivinar otra cosa —continuó el Hombre Lobo, dejando el diario sobre la mesa de control—. Quieres intercambiar la información que tienes en la cabeza por esa zorra, ¿me equivoco?

—Solo intento cumplir el trato original —replicó Hunter. Cada palabra que pronunciaba hacía que el dolor le estallara con más fuerza en la cabeza—. El diario por Angela, ¿recuerdas? Tenía el presentimiento de que no cumplirías tu parte del trato, así que improvisé.

El Hombre Lobo soltó una risa sarcástica.

—Lo dice el tipo que puso un localizador en la contraportada de mi diario —dijo—. Tú rompiste las reglas primero, detective. No yo.

Habrías recuperado a la chica. Te di mi palabra.

—¿Y se suponía que debía confiar en ti? —replicó Hunter.

La mirada del Hombre Lobo se encontró con la de Hunter.

—Sí, se suponía que sí.

Justo en ese momento, Hunter percibió algo en la voz y los ojos del Hombre Lobo que no esperaba: una sinceridad que casi le convenció de que decía la verdad.

Decidió poner a prueba a su oponente.

—La confianza hay que ganársela —dijo—. Deberías saberlo. Es una de las primeras cosas que te enseñan en el ejército.

Ese comentario pilló por sorpresa al Hombre Lobo, que volvió a clavar los ojos en Hunter.

—¿Estás seguro de que quiere ir por ahí, detective? —preguntó, con el cuerpo cada vez más tenso—. ¿Qué sabrás tú del ejército? Nunca has servido. Nunca has estado de misión. Nunca has visto un combate.

Por el tono de su voz, Hunter se dio cuenta de que había tocado una fibra sensible. Tuvo que tomar una decisión en una fracción de segundo: seguir insistiendo o dejarlo pasar.

Decidió presionarlo.

—En la academia de policía nos enseñan muchos de los mismos principios que en el ejército —respondió—. Y te equivocas. Cada investigación en la que he participado es una misión. Cada vez que he tenido que enfrentarme a un criminal de cualquier tipo es un combate. Ambos hemos servido a nuestro país, pero lo hemos hecho de formas diferentes, eso es todo.

—Oh, ¿eso es lo que crees, detective? ¿De verdad? ¿Que somos iguales?

—No, no creo que seamos iguales —respondió Hunter—. Hay una gran diferencia entre tú y yo. Yo no me pasé al otro bando. No traicioné la confianza de mi país ni el juramento de proteger y servir que hice hace años. No empecé a asesinar gente por dinero y a vender las imágenes en la *dark web*.

Al decir esas palabras, Hunter vio que algo cambiaba en la mirada del Hombre Lobo.

Fue entonces cuando supo que había tomado la decisión equivocada.

No debería haber presionado.

Ochenta y seis

Un golpe bien dirigido al plexo solar —una compleja red de nervios situada en el abdomen— puede provocar espasmos en el diafragma, paralizándolo momentáneamente. Cuando eso ocurre, los pulmones se vacían de golpe, y la persona siente como si le hubieran arrancado el aire del cuerpo. Respirar se vuelve difícil y al corazón le cuesta recuperar su ritmo.

Las últimas palabras de Hunter al Hombre Lobo parecieron tener el mismo efecto: casi lo dejaron sin aliento. Sus miradas seguían fijas la una en la otra. No hacía falta ser un experto para ver que el exmilitar ardía de rabia.

Hunter se arrepintió de inmediato de lo que acababa de decir. Tal vez debería haber esperado un poco más antes de jugar esa carta, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Decidió que lo mejor era seguir adelante.

—Sí —admitió con voz firme y tono sereno—, averiguamos qué significaban esas líneas de texto. Encontramos la sala de chat de la *dark web*. Encontramos a las «voces».

Por un instante, el Hombre Lobo pareció a punto de perder el control.

—¿Iniciaste sesión? —preguntó con voz cargada de furia.

En lugar de responder, Hunter observó al hombre que tenía delante.

—¿Iniciaste sesión? —volvió a preguntar el Hombre Lobo, esta vez con los dientes apretados.

—Sí —admitió finalmente Hunter—. Lo hice. Un nombre ingenioso, por cierto, Miles Sitrom. Suena como un nombre americano común. Pero la segunda palabra al revés es *mortis*. Júntalas y pum: *miles mortis*. Soldado de la muerte en latín. ¿Es así como te ves?

El Hombre Lobo no se movió.

—¿Alguna de las voces entró en la sala? —preguntó—. ¿Hablaste con alguien?

Una vez más, en lugar de responder, Hunter estudió al hombre que tenía delante.

—Será mejor que me respondas, detective, o juro por Dios que esa zorrita de ahí dentro morirá, aquí y ahora. —El Hombre Lobo señaló con la cabeza la puerta de metal que tenía detrás.

—Sí —dijo Hunter, asintiendo una sola vez—. La voz uno y la voz dos. Se unieron al chat apenas unos segundos después de que iniciara sesión.

Ese fue el segundo golpe de Hunter al plexo solar mental del Hombre Lobo. Vio que los ojos del asesino brillaban de furia.

—Escúchame bien, y escucha con atención, detective. Necesito que recuerdes esa conversación. Necesito saber lo que se dijo, y me refiero a las palabras exactas que escribiste… y a las palabras exactas que usaron las voces. La vida de esa zorra depende de ello.

—No se dijo mucho —respondió Hunter.

—Me importa una mierda cuánto se dijo. Pero necesito saber exactamente qué se habló. Palabra por palabra, sea mucho o poco. Y necesito saberlo ya.

En la voz del Hombre Lobo empezó a notarse un nerviosismo que antes no estaba.

—De acuerdo —dijo Hunter. Y le relató con calma todo lo que había ocurrido aquella misma mañana en el despacho de Vince Keller. Recordaba cada palabra.

Una vez que Hunter le contó la historia del ordenador dañado por el agua que se había inventado como excusa para justificar por qué había entrado en la sala de chat, el Hombre Lobo cerró los ojos como si sintiera dolor.

—Las voces rastrearon tu ordenador —dijo el Hombre Lobo—. Su tecnología es de última generación. Sabían que no era yo.

—No, no lo hicieron —contraatacó Hunter—. Porque la nuestra también lo es. Los cortafuegos que protegen los ordenadores de la División de Investigación Técnica enmascaran la dirección IP y desvían la conexión varias veces. Estuvimos conectados menos de dos minutos. Aunque tuvieran la tecnología para descifrar la dirección, no hubo tiempo suficiente para que lo hicieran. Y eso sin contar que la conexión se hizo a través de la *dark web*. Quizá podrían rastrearlo en una película, pero no en la vida real.

—Aun así, no deberías haberlo hecho, detective. No deberías haber iniciado sesión. Y por eso vas a tener que pagar.

El Hombre Lobo cogió el arma que había sobre la mesa de control y apuntó a la cabeza de Hunter. El silenciador había desaparecido.

—Dijiste que en la academia de policía te enseñan los mismos principios que en el ejército, ¿verdad? —preguntó.

Todo el cuerpo de Hunter se puso rígido.

El exmilitar no dio a Hunter la oportunidad de contestar.

—Bueno, deja que te haga otra pregunta, detective: ¿te enseñaron a disparar así?

El Hombre Lobo apretó el gatillo dos veces seguidas.

La famosa ráfaga doble.

Ochenta y siete

Angela Wood estaba sentada en la oscuridad, con la espalda apoyada en la fría y áspera pared de hormigón, los brazos rodeando las piernas y la cabeza gacha, metida entre las rodillas. Aún le dolía la mano de la descarga eléctrica que había recibido antes. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar.

Había olvidado lo agotador que era llorar. Había olvidado cuánta energía requería: física, mental y emocionalmente. Tras la muerte de su hermano, Angela había pasado meses a merced de las lágrimas. Esos meses de llanto le habían drenado tanta energía que a veces se desmayaba sin motivo aparente.

En aquel momento, sentada en aquella celda oscura y fría, Angela se sentía tan destrozada como en aquellos horribles meses.

Físicamente, sabía que no sería capaz de correr más que un niño de diez años. Estaba tan asustada que cualquier cosa —un ruido al otro lado de la puerta, que se encendiera la luz, incluso el zumbido de una mosca al pasar junto a su oído— hacía que rompiera a llorar otra vez y que su cuerpo temblara de forma incontrolable.

La oscuridad en la que estaba sentada, unida a su frágil estado emocional, había hecho que perdiera la noción del tiempo. No podía decir si llevaba encerrada en aquella celda horas, días o incluso semanas. Su mente ya no procesaba las cosas con claridad. Lo único que podía hacer era concentrarse en su respiración —inspirar, espirar, inspirar, espirar—, pero el miedo hacía que incluso respirar se le hiciera cuesta arriba.

Angela acababa de soplar una tercera bocanada de aire tibio en sus manos ahuecadas para intentar calentarlas cuando, de repente…

¡BANG! ¡BANG!

Escuchó dos estallidos que sonaron como una explosión. Tan fuertes que hicieron vibrar la puerta de su celda, casi activando los aspersores del techo.

En un abrir y cerrar de ojos, los latidos del corazón de Angela se aceleraron, porque sabía exactamente qué era ese sonido. Ya lo había oído antes.

Eran disparos.

Ochenta y ocho

En el interior de la sala de control subterránea, el disparo de la pistola de 9 mm sin silenciador del Hombre Lobo sonó como un cañonazo y rebotó en las paredes.

El humo y el inconfundible olor a pólvora llenaron el aire de la habitación, lo que hizo sonreír al Hombre Lobo. Le encantaba ese olor. De repente, soltó una sonora carcajada.

En la silla de metal, a unos ocho pasos del exmilitar, Hunter permanecía absolutamente inmóvil, con los ojos fijos en el arma que el Hombre Lobo aún sostenía con firmeza y el pecho subiendo y bajando a un ritmo extraño.

—Tendrías que verte la cara —dijo el Hombre Lobo. Se echó a reír —. Madre mía, eso ha sido gracioso.

Por lo fuerte que se reía el Hombre Lobo, Hunter se dio cuenta de que estaba completamente desequilibrado.

El Hombre Lobo tardó casi un minuto en calmarse.

—En fin, mi pregunta sigue en pie, detective: ¿te enseñaron a disparar así en la academia de policía?

La puntería del exmilitar había sido impecable. Hunter no solo había oído los dos disparos, sino que también había sentido el desplazamiento del aire ocasionado por las balas. El primer proyectil pasó a menos de dos centímetros de su oreja derecha y el segundo, a menos de dos centímetros de la izquierda.

Hunter volvió a llenar sus pulmones de aire para intentar calmar sus nervios y que su cuerpo dejara de temblar. Tenía la sensación de que el corazón se le había subido hasta la garganta.

Esperó un momento para ver si sentía algún dolor: nada. Finalmente movió la cabeza, primero a la derecha y luego a la izquierda, y repasó su cuerpo con la mirada en busca de sangre… Nada.

—Verás, detective Hunter, lo que no entiendes es que soy el mejor —dijo el Hombre Lobo con orgullo—. Con una pistola fiable como esta… —levantó su Sig Sauer P228—, puedo acertar a un blanco en movimiento del tamaño de una pelota de baloncesto a más de ciento ochenta metros. ¿A un blanco inmóvil con condiciones de viento favorables? —Se encogió de hombros—. A unos doscientos setenta, quizá un poco más. Ya lo he hecho antes. Dame un rifle de francotirador y puedo tumbar a un objetivo a más de un kilómetro de distancia. Eso es lo que el ejército estadounidense me enseñó a hacer, detective.

Hunter notó que parte de la tensión en la voz y el comportamiento del Hombre Lobo había empezado a disiparse, y tenía una idea

bastante clara de por qué.

Ya había estado antes en situaciones similares —cara a cara con un asesino—, en las que el asesino tenía la sartén por el mango y podía haber acabado con la vida de Hunter en un abrir y cerrar de ojos, pero, en lugar de hacerlo, el asesino se ponía a hablar.

Sin excepción alguna, siempre había una razón detrás de los asesinatos de todos y cada uno de los asesinos en serie. Esa razón —o razones— podía no tener mucho sentido para nadie más que para el asesino; y, en el fondo, todos sentían una necesidad casi incontrolable de explicarse. Querían que los demás comprendieran por qué lo hacían. Querían que, aunque solo fuera por un instante, alguien viera el mundo a través de sus ojos, por muy distorsionada que fuera su visión. Pero, sobre todo, querían que el mundo entendiera que no se consideraban locos.

En el caso de alguien como el Hombre Lobo, ese deseo de ser comprendido —de explicarse— estaría multiplicado por mil, y no era difícil entender por qué.

El Hombre Lobo era un exmilitar. Más aún, era un veterano, alguien que había cumplido al menos una misión en el extranjero. Había luchado por su país, había matado por su país y estaba dispuesto a morir por su país. Eso significaba que había pasado parte de su vida viviendo bajo uno de los códigos de conducta más estrictos que existían, el del ejército de Estados Unidos, que, dicho en términos sencillos, se resumía en una sola palabra: honor.

Hunter comprendió que tenía que haber una razón muy poderosa para que alguien que había estado dispuesto a vivir, matar y morir en nombre del honor hubiera dado un giro de ciento ochenta grados con respecto a lo que antes creía de todo corazón. Y el Hombre Lobo querría que Hunter supiera cuál era esa razón. Un giro tan drástico en la personalidad de alguien —sobre todo cuando ese alguien había jurado proteger a los oprimidos— también arrastraba consigo dos de las emociones más destructivas que existen desde el punto de vista psicológico: la culpa y la vergüenza.

Hunter tenía la experiencia suficiente para saber que, si un asesino quería hablar, lo mejor era dejar que lo hiciera.

—Así es, detective —continuó el Hombre Lobo—. El ejército me enseñó a matar personas con armas, con mis propias manos, y era bueno en lo que hacía. —Hizo una pausa, como si estuviera reconsiderando sus palabras—. No, en realidad, era brillante en lo que hacía. Era el mejor.

Hunter esperaba que continuase, pero volvió a que darse callado. También tenía la experiencia suficiente para saber que eso no era una

buena señal. Decidió insistir.

—¿Eras de las Fuerzas Especiales? —preguntó.

El Hombre Lobo rio sarcásticamente.

—Comparado con lo que hacíamos nosotros, detective, las Fuerzas Especiales eran un grupo de aficionados.

Sostuvo la mirada de Hunter durante unos largos segundos y, poco a poco, su postura se fue relajando. De repente, se encogió de hombros con indiferencia, como diciendo: «Bah, qué más da».

—Éramos una unidad clandestina —explicó el Hombre Lobo—. Un equipo de eliminación, un escuadrón de asesinos… llámalo como quieras. —Volvió a dejar el arma sobre la mesa de control.

Eso sí era una buena señal.

—¿Cómo os llamabais? —preguntó Hunter con verdadero interés.

El Hombre Lobo sonrió.

—Oficialmente, no teníamos nombre. —Volvió a encogerse de hombros—. Oficialmente, no existíamos. No encontrarás ningún documento o registro electrónico sobre nosotros. ¿Cómo puedes encontrar algo sobre una unidad sin nombre? ¿Dónde se busca? ¿Qué hay que buscar? Ni siquiera usaron nuestros nombres reales. Nos alistaron con nombres falsos para proteger la unidad. Pero, como broma, a veces nos referíamos a nosotros mismos como Misión Imposible, porque desde el principio nos dejaron claro que si alguna de nuestras operaciones fracasaba, si alguno de los miembros de nuestro equipo era capturado o moría en acción, nuestro Gobierno negaría tener conocimiento sobre nosotros. —Hizo una pausa—. Misión Imposible, ¿lo pillas?

Hunter arqueó las cejas en respuesta.

—Nunca nos desplegaron en ningún sitio para mantener la paz —continuó el Hombre Lobo—, para ayudar a los necesitados, para proteger a los débiles, para inspeccionar terreno hostil, para buscar armas de destrucción masiva ni ninguna de las demás patrañas que nuestro Gobierno tiende a contar a la prensa y al público cada vez que nuestras tropas se unen a un conflicto. Si nos desplegaban en algún lugar, era para acabar con todo… a veces con un solo individuo, a veces con todo un grupo. No tomábamos rehenes ni negociábamos. Lo que hacíamos era poner fin a una situación que estaba fuera de control. Y le poníamos fin de verdad.

De nuevo, el Hombre Lobo se quedó callado. De nuevo, Hunter volvió a intervenir, pero esta vez sin rodeos.

—¿Y qué ocurrió?

El Hombre Lobo miró a Hunter sin mostrar emoción alguna.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo alguien que fue entrenado para matar o morir por su país, alguien que formaba parte de una unidad militar de élite, alguien que

vivía según un código de conducta muy estricto… acaba vendiendo asesinatos en la *dark web*?

El Hombre Lobo volvió a reír. Esta vez no era una risa sarcástica, sino desengañada.

—Porque resulta, detective —respondió—, que la prensa y el público no son los únicos a los que miente nuestro Gobierno. —Dejó que sus ojos se encontraran con los de Hunter una vez más y Hunter vio algo distinto en ellos. Aunque no supo identificar exactamente qué era.

El Hombre Lobo se pasó una mano por la boca, en un gesto que parecía algo nervioso; como si el exmilitar estuviera debatiéndose entre explicar lo que acababa de decir o dejarlo estar.

—A la mierda —dijo finalmente, levantando las manos con indiferencia—. ¿Quieres saber la verdad, detective… la auténtica verdad?

—Sí.

—Bien. Espero que estés cómodamente sentado. —Se rio de su propio chiste.

Ochenta y nueve

Con aspecto tranquilo y completamente imperturbable, el Hombre Lobo se apoyó en la mesa de control y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nuestra unidad fue seleccionada a dedo —comenzó—. Pero no me refiero a soldados en activo, reclutas de los marines, cadetes del ejército, miembros de los Navy SEAL ni a nadie que ya estuviese vinculado a nuestras fuerzas armadas. Me refiero a que nos seleccionaron entre los perdidos.

Hunter frunció el ceño.

—¿Los perdidos?

—Eso es lo que éramos todos —respondió el exmilitar—. Personas perdidas, sin rumbo y con mucha rabia dentro. No teníamos nada que perder, y sí demasiadas cuentas pendientes con el mundo.

Hunter seguía con gesto de no entenderlo del todo.

—Me reclutaron a los catorce años —reveló el Hombre Lobo—. En un reformatorio. —Se rio—. Apuesto a que no sabías que nuestro ejército hacía eso, ¿verdad?

Hunter negó con la cabeza.

—No, no lo sabía.

—Mi madre luchó contra su adicción a las drogas y al alcohol desde que tengo memoria. —La ira y la tristeza se mezclaron en los ojos del Hombre Lobo—. Así que, para mantener su adicción, no a su familia, y con «su familia» me refiero a mí, acabó prostituyéndose. La mayoría de sus clientes venían al cuchitril de apartamento en el que vivíamos, en Edison. Eso está en Fresno, de donde soy. En fin, odiaba estar en casa. Odiaba ver a todos esos hombres yendo y viniendo. Odiaba ver sus caras sonrientes. Odiaba oír los ruidos que salían de la habitación de mi madre. Lo odiaba todo de aquella vida, de aquel lugar, así que me pasaba casi todo el tiempo fuera, y crecí en la calle, en uno de los barrios más peligrosos de Fresno. Y créeme, detective, era un niño que estaba muy enfadado.

Hizo una pausa y volvió a pasarse la mano por la boca.

—Mi primer encontronazo con la policía fue a los doce años. —Volvió a encogerse de hombros—. Bueno, once y medio, pero a quién le importa, ¿verdad? Me detuvieron por robar en una tienda. A partir de ahí, entré y salí de los reformatorios como si fueran tiendas de chucherías.

—¿Y tu padre? —se atrevió a preguntar Hunter.

—Nunca lo conocí. Nunca supe quién era. Creo que ni siquiera mi madre lo sabía con certeza. —Esas palabras fueron pronunciadas sin rodeos, sin rastro de emoción.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Hunter—. ¿O hermanas?

—No. —El Hombre Lobo se señaló a sí mismo—. Un gran error fue suficiente para mi estúpida madre.

Hunter intentó reajustar su posición, pero, con los brazos atados por detrás del respaldo de la silla y los tobillos a las patas de esta, su rango de movimiento era muy limitado.

—A los catorce años —continuó el Hombre Lobo—, mientras cumplía de nuevo una corta condena en el reformatorio, recibí la visita de alguien a quien no había visto en mi vida. —Se rio entre dientes—. Se hacía llamar Atlas. Eso era todo. Sin apellido. Era un tipo grande, musculoso, con un bigote horrible y unos ojos negros que parecía que podían verte el alma. Lo primero que me dijo fue que había conocido a cientos de chavales como yo: chicos enfadados, cabreados con la vida, abandonados por aquellos que deberían quererlos más. Chicos llenos de vida, pero sin nada con lo que llenarla. Chicos sin familia o con una familia que no los quería. Chicos que siempre acababan en centros de menores. Me dijo que nueve de cada diez de esos chicos acabarían inevitablemente convirtiéndose en criminales peligrosos y que, para cuando cumplieran veinticinco, estarían cumpliendo cadena perpetua… o muertos y enterrados.

Hunter sabía que eso era muy cierto.

—Entonces me preguntó si quería acabar siendo uno más en las estadísticas o si quería hacer algo con mi vida de mierda: algo que ayudara a los demás y salvara vidas, algo que me hiciera dejar de ser un donnadie, algo que me diera una familia, la familia que siempre había querido y que nunca tuve.

Hunter percibió un nuevo matiz en la voz del Hombre Lobo. Algo parecido al orgullo.

—Bueno —continuó—, Atlas sabía hablar. Y era muy convincente. Sabía qué botones tenía que tocar. Sabía cómo hacer que un chaval de catorce años que estaba cavando lentamente su propia tumba dejara de sentirse un desecho. Ese día fue la primera vez en mi vida que sentí que importaba, que no era un error. Y caí. Me creí el discurso de mierda de Atlas y al día siguiente me enviaron a un campo de entrenamiento especial, el mismo día que me sacó del reformatorio.

El fuego de la ira seguía ardiendo en los ojos del Hombre Lobo, pero ahora era un tipo de ira diferente, esta vez llena de dolor.

—Mi problema fue —aclaró— que me volqué por completo en ese entrenamiento de locos porque me gustaba lo que me enseñaban. —Hizo una pausa y rec tificó—: No, eso no es cierto. Me encantaba lo que me enseñaban: cómo hacer daño a la gente, cómo matar. Me encantaba cómo me hacía sentir. Me encantaba el poder que me daba. —Volvió a hacer una pausa, esta vez con intención—. También nos entrenaron en contraespionaje, informática, explosivos, vigilancia,

interrogatorios… En cualquier cosa que se te ocurra. Durante casi cinco años nos hicieron trabajar hasta la extenuación. Ni un día de descanso. Siete días a la semana. Cincuenta y dos semanas al año. Dieciséis horas al día. No daban un respiro a nadie, ni siquiera en Navidad. Cinco años después, yo era una máquina de matar disciplinada y obediente. Entonces empezaron las misiones: Kuwait, Irán, Irak, Somalia, Haití… Estuvimos prácticamente en todas partes. Incluso nos enviaron en misiones de eliminación a países con los que no estábamos en conflicto. Apuesto a que eso tampoco lo sabías, ¿verdad, detective?

Hunter volvió a negar con la cabeza.

El Hombre Lobo se masajeó la nuca con la mano derecha.

—Durante años —le dijo a Hunter—, ninguno de nosotros cuestionó jamás una orden. Nos entrenaron para no hacerlo. Nos lavaron el cerebro desde el primer día para que creyéramos que, si nos enviaban a cualquier país, a cualquier territorio, era para eliminar una amenaza real contra la seguridad nacional. Lo curioso es que, desde el principio, algunas cosas nos parecieron mal. ¿Por qué teníamos que eliminar a familias enteras? No parecía correcto, pero nunca nos preguntamos por qué. Ese «por qué» no formaba parte de nuestro vocabulario. Hasta que, durante una de nuestras misiones, prácticamente me ordenaron violar a una mujer.

Por primera vez desde que había empezado a contarle su historia, el Hombre Lobo rompió el contacto visual con Hunter.

—Aquella orden, o ¿cómo decirlo?, *sugerencia firme,* de alguna manera atravesó la coraza que me había creado para no cuestionarme nada. Fue entonces cuando pregunté: «¿Por qué?».

El Hombre Lobo volvió a quedarse callado. Era obvio que el recuerdo de aquel incidente en particular le removía por dentro.

—¿Te dieron alguna respuesta? —preguntó Hunter.

El Hombre Lobo se rio.

—Sí. Me dijeron que teníamos que darles una lección. Algo así como «Ellos nos lo hacen a nosotros, nosotros se lo hacemos a ellos».

Hunter frunció el ceño casi sin darse cuenta.

—Sí, lo sé —dijo el Hombre Lobo, al ver su expresión—. Así que la siguiente pregunta que hice fue: «¿Cuándo ha violado un soldado iraní a una ciudadana estadounidense?». No obtuve respuesta, solo me dijeron que no debía cuestionar las órdenes.

—Pero aun así te negaste a cumplirla —dijo Hunter.

El Hombre Lobo volvió a hacer una pausa y se quedó mirando al detective una vez más.

—Leíste la entrada del diario —dijo con una sonrisa amarga.

Hunter asintió una sola vez.

—Sí —confirmó el Hombre Lobo—, me negué. —Hizo una pausa y su mirada se volvió distante—. Es curioso cómo funcionan los traumas de la infancia, ¿no? Puedo asesinar sin pestañear. Puedo destripar a una persona, decapitarla, torturarla de formas de las que probablemente nunca hayas oído hablar, puedo herirla hasta dejarla a un pelo de la muerte y aun así mantenerla con vida…, pero no puedo violar a nadie.

Pasaron cinco segundos de silencio antes de que el Hombre Lobo consiguiera deshacerse del recuerdo.

—En fin, algunos dirán que fue entonces cuando empezaron los problemas, con mi negativa a obedecer, pero otros miembros del equipo ya se estaban dando cuenta de que algunas de las cosas que nos ordenaban hacer durante algunas de nuestras misiones no estaban bien. Cosas que no encajaban en el contexto de «algo que marcaría la diferencia… algo que ayudaría a los demás y salvaría vidas». —Levantó una mano excusándose—. No me malinterpretes, detective. Sé con certeza que hemos salvado a nuestro país y defendido la seguridad de nuestros ciudadanos en innumerables ocasiones, pero también sé con la misma certeza que algunas de nuestras misiones fueron una farsa… y de las gordas.

»No actuábamos por el bien de nuestro país ni de la seguridad nacional. Actuábamos por intereses de personas, partidos políticos, empresas o lo que fuera… Al final daba igual, porque en la cúspide de esa cadena estaba el mayor de todos los dioses americanos, el único que importa a la mayoría: el dinero. Pero todos habíamos sido bien entrenados, o debería decir lobotomizados, porque en muchas de nuestras misiones no fuimos capaces de ver las señales. Y créeme, detective, las señales estaban ahí. Pero bueno, más vale tarde que nunca, ¿no? —Se rio.

Hunter permaneció callado, así que el Hombre Lobo continuó: —Poco después de que empezáramos a dudar de algunas órdenes concretas, comenzamos a tener dudas sobre misiones enteras, y ese fue el principio del fin. Diez meses después, nuestra unidad fue disuelta y borrada del mapa. No importó que hubiéramos ejecutado con éxito más de trescientas cincuenta misiones con solo dos bajas por nuestra parte. No importó que todos estuviéramos dispuestos a sangrar por nuestro país, a matar por él, a dar la vida por él. Nada de eso importó, porque aquellas máquinas de matar disciplinadas y obedientes ya no parecían tan eficientes, y nuestra obediencia estaba empezando a mostrar algunas grietas. La disolución de nuestra unidad fue un golpe devastador para todos nosotros. No porque nos encantara lo que hacíamos, sino porque éramos un equipo clandestino. Misión Imposible, ¿recuerdas?

Hunter ya se imaginaba lo que venía a continuación.

Noventa

El Hombre Lobo apartó la mirada un segundo, con los ojos desenfocados.

—Así que —dijo, volviendo a centrar su atención en Hunter—, con la disolución de la unidad, regresamos a suelo americano para encontrarnos en la misma posición en la que estábamos cuando nos reclutaron a los catorce años: descartados, rechazados, abandonados, traicionados… solo que esta vez por la familia que nos prometieron a todos aquel primer día.

Hunter detectó verdadero dolor en la voz del exmilitar.

—Cuando dejas el frente, empiezan a pasarte cosas extrañas… aquí dentro.

El Hombre Lobo utilizó el dedo índice para golpear el lado derecho de su cráneo, pero lo hizo tan fuerte que parecía que se estaba apuñalando.

—Durante nuestras misiones, hicimos y vimos cosas para las que nadie en este mundo está realmente preparado. Y créeme, detective… esas imágenes, esos olores, esos sonidos, esas texturas, todo eso… todo tiene una forma muy particular de joderte la cabeza, una forma muy concreta de marcar tu mente y tu alma.

El Hombre Lobo hizo una pausa para tomar aire antes de continuar.

—A los pocos meses de estar de vuelta en la tierra de la libertad, esas cicatrices mentales empezaron a hacerse visibles, y eran mucho más profundas de lo que nadie habría imaginado. Todos nosotros… estábamos rotos. Solo que aún no lo sabíamos.

Hunter apenas podía imaginar lo que años de estar en primera línea con una unidad de asesinos podía hacerle a la mente humana.

—Muy pronto —dijo el Hombre Lobo—, nuestras vidas empezaron a resquebrajarse, igual que nuestra salud mental. Todos empezamos a mostrar síntomas de trastorno por estrés postraumático. De repente, mi memoria empezó a deteriorarse, sobre todo la de corto y medio plazo, los últimos cinco o siete años. —Volvió a golpearse la cabeza con el dedo índice, esta vez con menos fuerza—. Olvido cosas, cosas importantes. También olvido personas… y caras, pero no es una pérdida de memoria coherente. Por ejemplo, puedo recordar ciertas cosas de, digamos, hace tres años, pero otras de la misma época han desaparecido por completo. Aunque, en comparación con el resto de mi equipo, a mí me tocó la parte fácil.

Hunter preguntó sin palabras, con una simple inclinación de cabeza.

—Josh desarrolló depresión psicótica y ansiedad grave —explicó el Hombre Lobo—. Milo desarrolló depresión crónica y algún tipo de

trastorno de pánico. Stu también desarrolló depresión aguda y paranoia. Darren, trastorno bipolar tipo uno. Sabes lo que es, ¿verdad?

Hunter asintió.

—De los demás no me acuerdo. —El exmilitar sacudió la cabeza con rabia—. Quiero decir que no recuerdo quiénes son. No recuerdo sus caras. No recuerdo nada de ellos. —Se tomó un segundo para serenarse—. No pedíamos mucho, ¿sabes? Todo lo que queríamos era que nuestro Gobierno, nuestro ejército, cuidara de los suyos… como debería ser. Después de todo lo que hicimos por este país, después de arriesgar nuestras vidas una y otra vez, todo lo que queríamos era no ser abandonados, pero éramos una unidad fantasma. Nuestra existencia nunca fue oficial, ¿recuerdas? Nosotros, como individuos, tampoco existimos nunca de verdad.

El Hombre Lobo exhaló enfadado.

—Así que volvimos al país por el que estábamos dispuestos a morir y no teníamos nada: ni trabajo ni dinero ni seguro médico ni ayuda ni apoyo… Nada. —Empezó a pasearse de nuevo frente a la silla de Hunter—. Como ya te he dicho, detective, todos estábamos rotos, con las mentes llenas de cicatrices y fracturadas por infligir y ver tanta muerte, tanto daño, tanto dolor. Éramos bombas de relojería a punto de estallar. Y ellos lo sabían. Nuestro Gobierno lo sabía. Pero les importábamos una mierda. Para ellos era más barato y fácil mirar hacia otro lado mientras nos hundíamos.

Ahora la ira también se reflejaba en los movimientos del Hombre Lobo: tenía los puños apretados, se mordía los labios y se frotaba la cara.

—Lo único que queríamos era algo de ayuda para lidiar con los malditos demonios que tenemos aquí dentro. —Volvió a clavarse el dedo índice en la cabeza—. Y son cientos. Y siguen viniendo cada segundo de cada día… sin parar.

—¿No había nadie en el ejército con quien pudierais hablar? —preguntó Hunter—. ¿Qué hay del tal Atlas?

El Hombre Lobo se rio.

—Ninguno de nosotros lo había visto en años. Ni siquiera sabemos si sigue vivo. Tampoco llegamos a saber su verdadero nombre.

—¿No había nadie más?

—No. Y créeme, detective, lo intentamos. Misión Imposible, ¿recuerdas? Oficialmente, nunca fuimos parte del ejército. No hay registros sobre nosotros. —El Hombre Lobo se encogió de hombros—. Sin ayuda del Gobierno y sin dinero para buscar ayuda por nuestra cuenta, empezamos a derrumbarnos.

Hizo una pausa y tragó en seco.

—Josh y Milo se volaron la cabeza. El matrimonio de Stu se rompió por el deterioro de su salud mental. No conseguía trabajo. No podía

alimentar a su familia. ¿Sabes lo degradante y humillante es eso, detective? No poder dar de comer a tu propia familia.

Hunter no respondió, pero su expresión delataba lo que sentía.

—Una semana después de que su mujer lo dejara, Stu se ahorcó.

Fue el turno de Hunter de exhalar con fuerza.

—También estuve así de cerca de acabar con mi vida unas cuantas veces. —El exmilitar utilizó el pulgar y el índice para mostrar a Hunter un hueco no mayor que un pelo—. El día que estuve más cerca, me interrumpió un golpe en la puerta. Era Darren. Sé que vio la angustia, la desesperanza en mis ojos. Ahí fue cuando me habló de la *dark web*. Al principio, pensé que estaba bromeando. Luego me enseñó un par de páginas en las que se podían comprar fotografías y vídeos de gente muriendo. Algunos a causa de enfermedades, otros durante la guerra, otros en sus camas de hospital, otros grabados o fotografiados por casualidad, como al ser atropellados por un coche o un tren, al caer por un acantilado o lo que fuera. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Hunter nunca había visto ninguna de esas páginas, pero no le sorprendía que existieran.

El Hombre Lobo rio entre dientes.

—Hay gente ahí fuera pagando para ver morir a otras personas, y pagando bien. Qué mal está el mundo, ¿eh, detective? Lo admito, me quedé de piedra, y fue entonces cuando Darren me miró y dijo: «¿Y si hacemos asesinatos por encargo?».

El Hombre Lobo no actuaba solo. Había alguien más con él: Darren.

—Y hablaba en serio —continuó el Hombre Lobo—. Muy en serio. —Levantó ambas manos en un gesto de rendición—. Al principio me pareció una locura. «No puedo ir por ahí matando a ciudadanos americanos por dinero», le dije a Darren. Había jurado protegerlos, no acabar con ellos. Me habían entrenado para dar mi vida por ellos, no para quitarles la suya. Pero la respuesta de Darren a mi argumento fue muy convincente. Me dijo que él y todos los de nuestra unidad también lo habían jurado. Y que eso era exactamente lo que habíamos hecho… durante años. Como te he dicho, detective, ejecutamos más de trescientas cincuenta misiones con éxito.

»Darren siguió contándome un montón de cosas que ya no recuerdo, pero insistió en que habíamos cumplido nuestra parte. Habíamos hecho aquello para lo que nos habían entrenado. Habíamos protegido el país y a sus ciudadanos. Y tenía razón, detective. El número de vidas que hemos salvado es incalculable. Hay miles y miles de ciudadanos americanos durmiendo en sus camas esta noche, haciendo el amor con sus parejas, besando a sus hijos, riendo con sus amigos y seres queridos… viviendo sus vidas sin saber siquiera que la razón por la que pueden hacer todas esas cosas es porque nosotros hicimos

nuestro trabajo, y lo hicimos bien.

»Y mira lo que hemos conseguido haciendo bien nuestro trabajo, detective. Mira lo que nos ha traído salvar todas esas vidas: Josh y Milo y Stu… muertos. No asesinados por nuestros enemigos, sino por sus propias manos porque ya no podían soportarlo. —El Hombre Lobo gritó esas últimas palabras—. Tú no lo conocías, detective, pero Stu era el tipo de persona que no temía a nadie ni a nada. Se habría enfrentado a un rinoceronte y probablemente le habría pateado el culo. Era el tipo más divertido que he conocido y se ahorcó porque no podía permitirse comprar una barra de pan para alimentar a sus hijos. ¿Dónde está la justicia en eso?

No era la primera vez que Hunter escuchaba historias similares sobre exmilitares ignorados y tratados como parias por el país por el que habían estado dispuestos a morir.

—Darren y yo —continuó el Hombre Lobo— ya íbamos por el mismo camino que Josh, Milo y Stu. Lo sé porque también vi la desesperación en sus ojos… igual de intensa que la que había en los míos. Estaba luchando con los mismos pensamientos oscuros que yo. —El Hombre Lobo hizo una pausa y tomó aire—. Entonces Darren dijo algo así como que teníamos dos opciones: empeñarnos en vivir o empeñarnos en morir. Y eso me hizo pensar, detective. Salvamos miles de vidas americanas, así que ¿y si nos lleváramos algunas como pago? Nos lo habíamos ganado. Nos lo debían. Este país nos lo debía. ¿Qué esperan que hagamos cuando nuestro propio Gobierno nos traiciona?

El Hombre Lobo hizo una pausa y se crujió los nudillos contra las palmas de las manos. Su mirada se volvió distante.

—Aquel día —prosiguió—, justo antes de que Darren llamara a mi puerta… La razón por la que había decidido acabar con mi vida fue porque estaba vagando por las calles del centro de Los Ángeles y vi a un veterano sentado en una esquina: sin lavar, con la ropa rota, hambriento. Tenía un trozo de cartón en las manos que decía algo así como «Veterano sin hogar. Solo intento sobrevivir. Por favor, ayúdame. Cualquier cosa que puedas darme será bienvenida. Por favor, no me descartes como hizo mi Gobierno. Que Dios te bendiga». Aquel día volví a casa y pensé: ¿para qué seguir viviendo? Preferiría estar muerto a acabar así… y lo estaría, si Darren no hubiera aparecido en mi puerta. —El Hombre Lobo se encogió de hombros—. No es como si tuviera que hacer algo que nunca hubiera hecho antes. Matar es para lo que me entrenaron, para lo que me programaron, y lo que mejor se me da. Cuando eres tan bueno en algo, y quiero decir bueno de verdad, lo normal es que sigas haciéndolo. Y yo era muy bueno.

Hunter vio en sus ojos el destello del orgullo y el ego: el lado narcisista del psicópata que llevaba dentro salía a la superficie.

—Darren tenía mucha más experiencia con la *dark web* que yo —continuó el Hombre Lobo—. Utilizamos una de las páginas que me enseñó aquel primer día para lanzar muy sutilmente una «sugerencia» sobre su idea. —Hizo comillas en el aire con los dedos—. Al día siguiente, alguien se puso en contacto con nosotros. Nos sugirieron crear una sala de chat muy privada.

—Las voces —dijo Hunter.

—Las voces —confirmó el Hombre Lobo—. En una semana, teníamos diez. Debería haber empezado el diario entonces, cuando recibimos la primera petición de una de las voces, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza.

—¿Cuántas hubo? —preguntó Hunter—. Antes de empezar el diario… ¿cuántas víctimas hubo?

El Hombre Lobo soltó una risita.

—¿De verdad crees que soy capaz de recordarlo? —Negó con la cabeza—. No tengo ni idea. Seguro que unas cuantas. Pero hay algo que sí puedo decirte, detective: durante el tiempo que fui militar y me encomendaron misiones, creí que había visto todo tipo de mal, todo tipo de tortura, todo tipo de degradación y humillación posible… Pero estaba equivocado. Algunas de las cosas que piden las voces superan todo lo que he visto o hecho en el frente… sin lugar a dudas.

—¿Tienes idea de quiénes son las personas que hay detrás de las voces?

El Hombre Lobo se rio.

—Entiendes el concepto de la *dark web*, ¿verdad, detective? Son personas anónimas, muy ricas y poderosas, repartidas por todo el mundo. Nunca sabremos quiénes son, a menos que ellos quieran que lo sepamos, y créeme, detective, no quieren. Pero lo que sí puedo decirte es que Darren estaba equivocado. Poder comprar una barra de pan, poder alimentarse a sí mismo y a su familia… nada de eso consiguió salvarlo. Hace un año y medio, durante uno de sus episodios depresivos más graves, se tiró desde lo alto de un edificio en el centro de Los Ángeles.

En ese momento, dos emociones distintas golpearon a Hunter: el alivio de saber que no había un segundo asesino suelto y la tristeza de saber que otro exmilitar se había quitado la vida porque el Gobierno no le había dado la ayuda que tan desesperadamente necesitaba y merecía.

—Hasta donde yo sé —dijo el Hombre Lobo—, soy el único que queda de mi unidad. Todos los demás están muertos. No los mató el enemigo, sino el país que tantas veces defendimos.

La sala se quedó en silencio por un momento. Hun ter no supo qué

decir.

—Así que, ahora que sabes la verdad sobre quién soy y por qué mato, volvamos a lo importante, detective. Los códigos. Los necesito, y los necesito ya.

Hunter negó con la cabeza.

—Suelta a Angela y te los daré. Antes no.

El Hombre Lobo lo miró con incredulidad.

—¿De verdad crees que solo porque hayamos tenido una pequeña charla puedes negociar conmigo? ¿En serio? —Cogió el arma semiautomática que había dejado sobre la mesa de control.

—Suéltala y te daré los códigos —dijo Hunter—. Te doy mi palabra.

—Vale. —El Hombre Lobo asintió con una sonrisa burlona—. Los códigos por su vida. Parece un trato justo. Podemos hacerlo así. Pero primero, hazme un favor, ¿quieres? Echa un vistazo a esto.

Buscó un interruptor en el panel de control y lo encendió.

Noventa y uno

El gran monitor colgado en la pared, justo encima de la mesa de control, cobró vida. En menos de un segundo apareció una imagen en la pantalla.

Los ojos de Hunter se dirigieron hacia ella y sintió que las manos se le crispaban a la espalda mientras el pecho se le encogía con un escalofrío.

La imagen mostraba una pequeña habitación. Al igual que en la que él estaba, las paredes eran de bloques de hormigón y el suelo, de cemento. Apoyada contra una de las paredes había una cama individual de estructura metálica.

En la cama, hecha un ovillo, con la cabeza escondida entre los brazos y abrazando sus piernas, estaba Angela Wood. Hunter no necesitaba verle la cara para saber que era ella.

Cuando la imagen se materializó en la pantalla, Hunter vio cómo el cuerpo de Angela se estremecía ligeramente antes de quedarse rígido. Levantó la cabeza de los brazos en un gesto medio sorprendido, antes de parpadear un par de veces y mirar alrededor de la habitación durante un par de segundos. Después, levantó la vista y miró hacia la cámara. Tenía los ojos rojos e hinchados. Por la forma en que había mirado alrededor de la habitación y luego hacia la cámara, Hunter llegó a dos conclusiones: una, la habitación probablemente había estado a oscuras hasta entonces, y dos, sabía exactamente dónde estaba la cámara dentro de su celda.

—Está justo al otro lado de esa puerta —le dijo el Hombre Lobo a Hunter, señalando con el pulgar sobre el hombro derecho hacia la puerta que había detrás de él.

—Te daré los códigos —dijo Hunter de nuevo—, pero tienes que dejarla ir. No te sirve de nada. Solo tiene veintiún años. Está tratando de reconstruir su vida después de perder a su hermano pequeño.

Hunter hizo una pausa porque vio la sorpresa en los ojos del Hombre Lobo. Eso no lo sabía. Ese podría ser el enfoque que Hunter necesitaba, al menos para Angela.

—El hermano de Angela, Shawn, solo tenía once años cuando fue secuestrado, violado y asesinado.

Hunter usaba nombres en lugar de pronombres: era una forma de humanizarlos. Si aún quedaba algo de humanidad en el Hombre Lobo, necesitaba apelar a ella, sobre todo porque el Hombre Lobo parecía tener un cierto código moral con respecto a la violación. Lo había dejado claro con la historia que le había contado.

—El cuerpo salvajemente mutilado de Shawn fue encontrado cinco

semanas después —explicó—. Aquello destrozó a Angela. Y a su familia. Angela solo intenta recomponer los pedazos de su mente. Es un alma rota que intenta reconstruirse. Igual que tú y los soldados de tu unidad. Dale la oportunidad de hacerlo.

—¿Y lo hace convirtiéndose en una ladrona? —replicó el Hombre Lobo—. ¿Una carterista? Muy bonito.

«Lo dice el tipo que se gana la vida vendiendo asesinatos por internet», pensó Hunter, pero se lo guardó para sí.

—Todos cometemos errores —dijo en su lugar—. Somos humanos. Cuando el dolor nubla la mente, el pensamiento racional a veces pierde la batalla y la gente toma malas decisiones. Nadie está libre de eso. Es parte del proceso de curación, parte del esfuerzo que hacemos por levantarnos tras una pérdida que nos ha hundido. Por favor, dale una oportunidad y se dará cuenta de que ha cometido un error. Es una buena persona, pero ahora mismo se siente perdida y hecha pedazos. Está rota, pero sé que encontrará su camino. Por favor… Te daré los códigos, déjala ir. Dale una oportunidad.

La mirada del Hombre Lobo se intensificó mientras volvía a observar a Hunter.

—Ya que estás tan preocupado por su vida —dijo—, déjame preguntarte algo, detective. ¿Darías tu vida por la suya?

Le tocaba a Hunter estudiar al hombre que tenía delante. ¿Hablaba en serio?

—¿Morirías por ella, detective? —volvió a preguntar el Hombre Lobo, mientras miraba la pistola que sostenía en la mano—. Si ahora mismo te ofreciera la oportunidad de cambiar tu vida por la de ella, a la mierda los códigos, a la mierda todo lo demás… ¿Lo harías? ¿Morirías por ella, aquí y ahora?

Fue la mirada decidida del exmilitar la que le dijo a Hunter que no podía hablar más en serio.

—¿Morirías por ella, detective? —insistió.

—Sí —respondió Hunter, con voz firme y tono decidido—. Lo haría.

El Hombre Lobo hizo una pausa y se rascó la mejilla izquierda con el cañón de su semiautomática.

—¿Lo harías? ¿Estás seguro?

—Si de verdad estás dispuesto a intercambiar mi vida por la suya…, sí —reiteró Hunter.

—Entonces, si la libero —dijo el Hombre Lobo—, ¿puedo dispararte en la cara ahora mismo? —Extendió el brazo y apuntó el arma a la cara de Hunter—. ¿Puedo volarte la cabeza?

—Si la dejas ir primero y me das tu palabra de que no volverás a ir tras ella, entonces sí, cambiaré mi vida por la suya.

Los ojos del hombre lobo se entrecerraron. Dos segundos después, el brazo con el que sostenía el arma se relajó y lo bajó a un lado de su cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó el Hombre Lobo—. ¿Por qué darías tu vida por alguien a quien apenas conoces? Tengo curiosidad, detective. —Su interés sonaba sincero.

Hunter intentó sin éxito sacudirse parte de la tensión, que había subido desde sus brazos y piernas atados hasta formar un nudo en la base de su cuello.

—Porque juré proteger y servir —explicó—. Porque llevo en este mundo mucho más tiempo que ella y ya he vivido mi vida. He luchado contra mis demonios. A algunos los he vencido, a otros no. Angela todavía es joven. Tiene mucho por lo que vivir, mucho que ver, que experimentar. Merece una oportunidad. Me paso los días rodeado de muerte, dolor, sufrimiento, maldad… y todo lo que es malo en un mundo que no mejora. Un mundo cada vez menos compasivo, menos comprensivo. Tal vez ya he tenido suficiente. Y si el trato es salvar la vida de alguien que tiene mucho más por lo que vivir que yo, lo considero un buen intercambio.

La sinceridad en el tono de Hunter sorprendió al Hombre Lobo.

—Eso es muy noble, detective.

—No es tan diferente de lo que hiciste tú, en realidad —añadió Hunter—. Estabas dispuesto a dar tu vida por los ciudadanos de este país. Por gente a la que no conocías. Gente a la que jamás habías visto. Gente que ni siquiera sabías que existía. —Hunter negó con la cabeza—. Ahí me llevas mucha ventaja.

El Hombre Lobo asintió mientras reflexionaba sobre las palabras de Hunter.

—Buen discurso, detective, y puedo simpatizar con la parte de haber «tenido suficiente». Pero, si de verdad estabas dispuesto a morir por esa zorra ladrona, tengo una sorpresa para ti. —Se giró y tecleó una orden en el teclado de la mesa de control.

Los ojos de Hunter se dirigieron al monitor de la pared y lo que vio hizo que se le erizara el vello de la nuca.

La imagen se dividió en cuatro: dos en la fila superior y dos en la inferior, cada una ocupando una cuarta parte de la pantalla.

Las de la fila superior mostraban a dos mujeres que Hunter no había visto nunca. Estaban encerradas en celdas idénticas a la de Angela.

La mujer de la primera imagen —arriba a la izquierda— parecía tener unos veinticinco años y llevaba el pelo rubio y largo recogido en un moño suelto. Estaba sentada con la espalda apoyada en la pared y las rodillas pegadas al pecho.

La segunda imagen —arriba a la derecha— mostraba a una mujer de pelo negro corto y rizado, al estilo de Betty Boop, que parecía tener

unos años más que la de la primera imagen. Al igual que los de Angela, tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

Las dos imágenes de la fila inferior mostraban una celda vacía —abajo a la izquierda— y la celda de Angela —abajo a la derecha—.

—¿Quiénes son esas dos mujeres? —preguntó Hunter, mientras su atención oscilaba entre el Hombre Lobo y el monitor.

—Quiénes son no es importante. Lo importante es que entiendas que todas van a morir si no me das esos códigos. —El brazo del Hombre Lobo volvió a levantarse y apuntó de nuevo su arma a la cabeza de Hunter—. Ahora, detective.

Hunter se sorprendió del error que acababa de cometer. Debería haberle enseñado esas imágenes después de que Hunter le hubiera dado los códigos, no antes.

—No —dijo, sosteniendo la mirada del Hombre Lobo.

El exmilitar parpadeó, incrédulo.

—¿Perdón?

—No me estás escuchando. Te doy los códigos a cambio de sus vidas —dijo Hunter—. Déjalas ir a todas y te daré los códigos…, y aún me tendrás a mí.

El Hombre Lobo se rio.

—Eres un hijo de puta testarudo, ¿verdad? —Se rascó la barbilla mientras consideraba la propuesta de Hunter—. De acuerdo —dijo tras un largo momento de deliberación—. Espera aquí. Ahora vuelvo… —Se giró y salió de la sala de control por la puerta metálica que había tras él.

Noventa y dos

Justo antes de salir de la sala de control, el Hombre Lobo tecleó otra orden en el teclado de la mesa de control y la imagen del monitor volvió a cambiar. Pasó de la pantalla dividida en cuatro a una sola imagen, pero no mostraba a Angela Wood. Esta vez, toda la pantalla se llenó de imágenes de la cámara de seguridad del interior de la celda de confinamiento número uno: la de la mujer rubia.

En la pantalla, Hunter vio que la mujer se protegía los ojos de la intensa luz con una mano, antes de mirar a su alrededor como un pajarillo que acabara de percibir el peligro, moviendo la cabeza con brusquedad. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se hizo un ovillo junto al cabecero de la cama, juntando ambas manos como si rezara. Pasaron un par de segundos antes de que sus ojos se dispararan en dirección a la puerta de la celda. Un instante después, la puerta se abrió de golpe y el Hombre Lobo entró en escena.

La mujer lo miró con ojos temerosos, pero, al fijarse en la pistola que llevaba en la mano derecha, el miedo se transformó en terror.

El Hombre Lobo inmovilizó a la mujer con una mirada fría como el hielo, sin decir una sola palabra: ni una explicación ni una amenaza ni un gesto de piedad. Tan solo levantó el arma, apuntó a la cabeza de la mujer y apretó el gatillo.

A través de la pantalla de la sala de control, Hunter vio que la cabeza de la mujer prácticamente estallaba al recibir el disparo justo en el centro de la frente. La sangre empañó el aire como si el Hombre Lobo hubiera disparado a una lata de pintura roja en aerosol. La pared de detrás de la mujer estaba manchada de sangre, fragmentos de hueso, piel, pelo y masa encefálica. Su cuerpo se desplomó al instante. Sus brazos, aún unidos por las manos entrelazadas, cayeron sobre su regazo.

—No —gritó Hunter con todas sus fuerzas—. ¡Hijo de puta! ¡No!

El Hombre Lobo se apartó de la puerta de la celda, la cerró tras de sí y regresó a la sala de control. Allí, tecleó una nueva orden y la imagen del gran monitor volvió a cambiar. Esta vez, la pantalla se dividió en dos: izquierda y derecha. La imagen de la izquierda mostraba a la mujer peinada a lo Betty Boop. La de la derecha mostraba a Angela Wood.

—¿Por qué la has matado? —gritó Hunter—. ¿Por qué?

El Hombre Lobo respondió con una sonrisa cínica.

Hunter respiró hondo e hizo algo que normalmente nunca hacía: dejó que la ira recorriera su cuerpo.

—¿Por qué la has matado? —repitió, con la voz temblorosa por la

rabia.

—Porque has insistido en tratar de negociar conmigo, detective. —La voz del Hombre Lobo, en cambio, sonaba tranquila—. Parece que te niegas a entender que aquí no tienes ningún poder. Quizá esto te lo deje más claro. —Hizo una pausa y volvió a dejar el arma sobre la mesa de control—. Bien, intentémoslo de nuevo, ¿te parece? Los códigos, detective.

Hunter apretó los ojos con fuerza mientras intentaba controlarse.

—No tenías que matarla. ¿Quién era?

—Ya estás otra vez —dijo el Hombre Lobo—. Necesito que te concentres, detective. Olvídate de la rubia. Olvídate de quién era o de cuántos años tenía. Se ha ido. —Señaló la pantalla—. Y lo mismo les pasará a esas dos si no me das esos códigos.

Hunter sabía que la partida estaba perdida, pero el policía que había en él no le permitía rendirse. Tenía que intentar salvar a Angela y a la mujer morena.

—Vale —dijo—. Los códigos y mi vida por ellas dos.

El Hombre Lobo parecía no creerse lo que acababa de oír.

—Por Dios, todavía estás tratando de negociar conmigo. ¿Estás loco? ¿De verdad quieres que mueran? Porque no tengo ningún problema con eso. —Se giró, cogió el arma y dio un paso hacia la puerta de metal.

—No, espera —suplicó Hunter—. Por favor, escúchame. Es un trato justo. Una cosa por otra: los códigos por la mujer morena y mi vida por la de Angela.

Las cejas del exmilitar se alzaron con extrañeza.

—No se puede pedir un compromiso mayor que ese —añadió Hunter. Sabía que tenía que apelar a algo con lo que el Hombre Lobo pudiera identificarse, algo que entendiera… el tipo de honor en el que una vez creyó—. Estoy dispuesto a dar mi vida por esto. Es el mismo tipo de compromiso que asumiste por este país hace años. Es el último sacrificio. Una vida por otra. Tú habrías dado la tuya por este país, por sus ciudadanos. Yo estoy dando mi vida por la suya. Y aun así obtendrás los códigos.

Los labios del Hombre Lobo se fruncieron en una fina línea mientras se rascaba la barbilla con el cañón del arma.

—De acuerdo —aceptó finalmente—. Dame los códigos y tienes mi palabra de que las liberaré a ambas.

—No —contraatacó Hunter—. No funciona así. Las liberas primero y luego te doy los códigos.

—El problema con eso, detective —replicó el Hom bre Lobo—, es que no sabes dónde estás. Así que deja que te ponga en situación. Estamos en medio de la nada. Si abro la puerta y las dejo salir, no llegarán muy lejos porque no hay ningún sitio al que puedan ir desde

aquí. La única forma de sacarlas de aquí es sedarlas y dejarlas en algún lugar donde puedan encontrar el camino de vuelta. Tienes mi palabra de soldado de que lo haré. Es lo mejor que puedo ofrecerte. Ese es el único trato que vas a conseguir. Te dije que deberías haber confiado en mí antes cuando te aseguré que liberaría a la ladrona una vez que recuperara mi diario, y lo habría hecho. Mi palabra es lo único que me queda. Nunca he faltado a ella y siempre siempre la cumplo.

Había una mezcla de sinceridad y dolor en las palabras del Hombre Lobo.

Hunter sopesó sus opciones, aunque, en realidad, solo tenía una.

—Ese es el trato —presionó el Hombre Lobo—. Si no lo aceptas, volveré por esa puerta y le volaré la cabeza a la mujer del pelo oscuro. Y podrás verlo desde la comodidad de tu asiento. —Señaló hacia el monitor de la pared—. Luego regresaré aquí y será tu última oportunidad.

La atención de Hunter se centró de nuevo en las dos mujeres de la pantalla. No le cabía duda de que el Hombre Lobo no iba de farol. Si Hunter no le daba los códigos, mataría a la mujer del pelo oscuro sin dudarlo. Después, el siguiente movimiento lógico sería matar a Angela y, luego, a Hunter.

El Hombre Lobo también tenía el móvil de Hunter. Después de que Hunter muriera, era lógico que entrara en él para ver qué encontraba, y encontraría la foto con los códigos.

—Los códigos, detective.

Hunter contuvo la respiración un segundo.

—¿Tengo tu palabra de que las liberarás y no volverás a ir tras ellas?

El Hombre Lobo le sostuvo la mirada.

—Tienes mi palabra.

Dada la situación de Hunter, no había nada más que pudiera hacer. Por muchas vueltas que le diera, parecía que el juego había terminado para él.

Respiró hondo y, al hablar, casi se le quebró la voz.

—La dirección de la *dark web* es… —empezó, pero el Hombre Lobo lo interrumpió.

—La dirección y el nombre de usuario todavía los tengo —dijo el Hombre Lobo, dirigiéndose de nuevo al ordenador de la mesa de control, donde abrió un programa o una página web, Hunter no podía distinguirlo desde donde estaba sentado—. Los uso con regularidad. Los otros dos códigos son mi… —Se lo pensó un segundo—. Podría decirse que un tipo especial de seguro. Y los necesito ya, detective.

Hunter cerró los ojos mientras dictaba.

—El primero es: 122001FOBRhino.

El Hombre Lobo lo escribió antes de teclearlo. Un par de segundos después sonrió.

—Fantástico. El siguiente.

—15052004MNF-I —dijo Hunter.

Una vez más, el Hombre Lobo lo escribió antes de teclearlo. Otra sonrisa de satisfacción.

—Ahora déjalas ir —dijo Hunter—. Me has dado tu palabra.

—Lo he hecho —aceptó el Hombre Lobo—, y la mantendré, pero primero tienes que morir. Ese era el trato, ¿no? Los códigos a cambio de la mujer del pelo oscuro y tu vida por la de la ladrona.

Hunter permaneció en silencio.

El Hombre Lobo cogió su arma.

—Eres un buen hombre, detective. Tienes honor e integridad, algo bastante raro hoy en día. Deberías haberte alistado en el ejército, habrías sido un excelente soldado. Por desgracia, esta vez te has enfrentado a alguien que es mejor que tú…, mucho mejor que tú, en realidad, y en este mundo de mierda en el que vivimos, sobrevive el más fuerte. —Extendió el brazo y apuntó a la frente de Hunter—. Adiós, detective.

Cada músculo del cuerpo de Hunter se tensó, pero siguió sosteniendo la mirada del exmilitar. No pensaba cerrar los ojos y esperar la muerte. No le daría esa satisfacción.

Hunter vio que el dedo del Hombre Lobo se tensaba sobre el gatillo de su P228 y, de pronto, su subconsciente captó algo que hasta entonces había pasado por alto: «Esta vez te has enfrentado a alguien que es mejor que tú…, mucho mejor que tú, en realidad».

Ahí estaba de nuevo: el ego del exmilitar, el lado narcisista del psicópata que rugía desde algún lugar de su interior.

Hunter ya había estudiado y tratado muchos casos similares. Entendía cómo funcionaba la mente de una persona narcisista. Sabía cómo presionarla.

Las siguientes palabras salieron de sus labios casi involuntariamente, ya que su subconsciente simplemente las escupió.

—Sí, me entrenaron —dijo—. Y mejor que a ti.

Noventa y tres

Con el arma en la mano, apuntando a la cabeza de Hunter, el Hombre Lobo frunció el ceño al oír las palabras del detective.

—¿Qué has dicho?

—Antes me has preguntado si en la academia de policía me habían enseñado a disparar como tú. ¿Lo recuerdas?

—Sí. —La presión del exmilitar sobre el gatillo se aflojó un poco.

—Bueno, pues esa es mi respuesta —dijo Hunter—. Sí, me entrenaron. Y mejor que a ti.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios del Hombre Lobo.

—No hagas esto, detective. Es ridículo.

—¿El qué?

—Tú, agarrándote a un clavo ardiendo. Es ridículo. Sabes que vas a morir. Sabes que no tienes escapatoria. ¿Qué estás tratando de hacer, alargar lo inevitable? ¿Por qué?

—Cree lo que quieras creer —respondió Hunter—, pero con una pistola soy mejor tirador que tú.

La carcajada del Hombre Lobo sonó sincera.

—Esa es una afirmación muy atrevida, detective. Me has visto disparar, ¿verdad?

—Sí —respondió Hunter—, y eres bueno, de eso no hay duda. Pero yo soy mejor. Dame un arma y te lo demostraré.

Otra carcajada.

—Claro, por supuesto, ahora mismo te paso una pistola. Espera un segundo.

Bajó el arma, se giró e hizo ademán de dirigirse al armario cerrado del rincón, pero se detuvo a los dos pasos.

—Ah, sí, perdona, se me había olvidado. No puedo darte un arma porque podrías dispararme. Vamos, detective, deja de hacer el ridículo. No supliques. ¿Qué sentido tiene retrasar esto más? Como has dicho, llevas más tiempo en este mundo que esa zorra. Has vivido tu vida. Has luchado contra tus demonios. Ganaste algunas batallas, perdiste otras. Hoy, este demonio ha ganado. —Y se señaló a sí mismo con el pulgar.

Hunter no tenía ni idea de a dónde quería llegar con todo aquello. Nadie iba a rescatarlo, pero sabía que su única opción era seguir provocándolo.

El instinto más básico que posee el ser humano es el de supervivencia. Cuando el cuerpo se da cuenta de que está a punto de perder la lucha por la vida, entra en una especie de modo hiperactivo. El pensamiento racional desaparece y el cerebro empieza a enviar

señales desesperadas de «lucha con más fuerza» a todas partes: músculos, pulmones, corazón, cerebro. Esas señales tienen una compañera, la adrenalina, que lo potencia todo. Los músculos se fortalecen, los pulmones absorben más oxígeno de lo normal… y así sucesivamente. El cuerpo, como organismo vivo, quiere vivir, pase lo que pase. Y como el cuerpo de Hunter estaba atado, era su cerebro el que peleaba por él.

—Creo que el que tiene miedo de hacer el ridículo eres tú —dijo Hunter—. No dejas de repetir que eres el mejor en esto, el mejor en aquello…, pero la verdad es que te da miedo que te demuestren lo contrario, ¿a que sí?

—¿Eso es lo que piensas?

—Es bastante obvio, ¿no crees? Y, en este caso, sé que disparo mejor que tú.

El Hombre Lobo sonrió a Hunter.

—¿Y cómo te gustaría demostrarlo, detective? ¿Quieres que vayamos al campo de tiro?

—Por mí, perfecto —dijo Hunter—. O podemos salir y disparar a latas, botellas de cerveza, lo que quieras. Elijas lo que elijas, te voy a ganar igual.

El cerebro de Hunter empezaba a actuar por pura desesperación.

—O podemos dispararnos el uno al otro, si lo prefieres. —La sugerencia de Hunter le sorprendió incluso a él mismo, pero mantuvo el rostro impasible.

La propuesta detuvo al exmilitar. La sonrisa desapareció de sus labios y su mirada escrutó al detective.

Hunter sabía que eso sonaba a locura, pero, tal y como estaban las cosas, iba a morir de todos modos. Así que mejor morir luchando.

—Al estilo de los duelos del lejano Oeste —añadió. Una vez más, la desesperación pudo más que el pensamiento racional—. Un solo disparo cada uno. El ganador se lo lleva todo.

Por la expresión de sus ojos, Hunter supo que el narcisista que había dentro del Hombre Lobo se estaba planteando la idea muy seriamente. Y decidió insistir.

—¿Tienes miedo de poner tu vida en juego?

El Hombre Lobo exhaló y entrecerró los ojos.

—Si lo hacemos, el trato queda anulado. Después de matarte, porque eso es lo que va a pasar, no las liberaré. —Volvió a señalar el monitor—. Las mataré justo después de matarte a ti o se las venderé a las voces, de forma que morirán entre gritos y sufrimiento. ¿Estás de acuerdo con eso?

El vacío que Hunter sentía en el estómago se agrandó hasta

convertirse en un agujero negro.

—Si te mato ahora —continuó el Hombre Lobo—, ellas quedarán libres como te he prometido. Estarás muerto, pero habrás salvado dos vidas. Un último acto muy digno como detective de la Policía de Los Ángeles. Si te mato en un «duelo», en cambio, las dos morirán. ¿Estás seguro de que quieres ser el responsable de sus muertes, detective? Porque esto no será una apuesta. No tienes ninguna oportunidad contra mí en un tiroteo cara a cara.

El Hombre Lobo tenía un argumento válido: o salvaba dos vidas, o se jugaba las tres. El problema, pensó Hunter, era que en su mente las dos opciones eran arriesgadas. No tenía garantías de que el Hombre Lobo las fuera a dejar en libertad, más allá de la palabra del soldado. Y eso podía no significar nada, pero, aunque así fuera, aunque el Hombre Lobo cumpliera su promesa y liberara a Angela y a la otra rehén, aunque no volviera a perseguir a ninguna de las dos… seguiría persiguiendo a otras personas, secuestrándolas y vendiéndoselas a las voces. A la larga, era un mal trato, lo mirara Hunter como lo mirara.

Decidió confiar en sí mismo.

—Supongo que eso ya lo veremos —respondió Hunter.

Con otra amplia sonrisa en los labios, el Hombre Lobo se acercó al armario metálico situado a la derecha de la mesa de control y lo abrió con una llave que había sacado de su bolsillo.

Hunter vio que el Hombre Lobo buscaba algo dentro del armario, pero no pudo distinguir qué era, ya que su cuerpo le impedía ver.

—Me gustas, detective Hunter. Me gusta el hecho de que quieras caer luchando. No puedo culparte. Yo haría lo mismo. Como he dicho, deberías haber estado en el ejército.

Cuando el exmilitar se giró hacia él, Hunter por fin pudo ver lo que había sacado del armario: una pistola Ruger SR22.

—Y sé cómo vamos a hacerlo.

El Hombre Lobo dejó la nueva arma sobre la mesa de control y volvió al armario, de donde cogió otra cosa. Esta vez cogió un chaleco antibalas de Kevlar, que se puso de inmediato.

La cara de Hunter se convirtió en una enorme interrogación.

Una vez que el exmilitar se hubo puesto el chaleco, cogió la pistola que había dejado sobre la mesa. La SR22 era mucho más compacta que la Sig Sauer P228 de 9 mm que había estado usando antes.

—Esta es una Ruger SR22 —explicó—. Seguro que la has visto antes. —Pulsó un botón del arma y liberó el cargador—. Tiene diez cartuchos.

Con el pulgar, empezó a extraer todas las balas del cargador. Extrajo nueve de ellas y se detuvo, dejando solo una. Se aseguró de que

Hunter viera lo que hacía. Luego volvió a encajar el cargador en el arma y cargó esa única bala.

—Estoy seguro de que no necesito explicar que el tipo de daño que causa una bala del calibre 22 es mínimo, sobre todo si se compara con algo como esto. —El Hombre Lobo volvió a mostrarle su P228—. A diferencia de una bala de 9mm, una del calibre 22 no detendrá a un enemigo que venga hacia ti, no es lo bastante potente… a menos que esa bala impacte justo en un órgano vital.

Con el dedo índice se señaló primero el corazón y luego la frente.

—Bueno —continuó el Hombre Lobo—. Como puedes ver, llevo el corazón protegido por un chaleco antibalas, así que la única parte vital de mi cuerpo expuesta es la cabeza. —Volvió a señalarla—. Así es que esto es lo que vamos a hacer, detective. Voy a desatarte una mano, la de disparar, y te entregaré la Ruger SR22. Como has visto, solo hay una bala en la recámara y ninguna en el cargador, lo que te proporciona una oportunidad y solo una de dar en el blanco. Justo aquí. —Su dedo índice señaló el centro de su frente una vez más—. Esta es la única forma de detenerme, detective. Una bala del calibre 22 en mi cerebro me detendrá. Una bala del calibre 22 en cualquier otra parte de mi cuerpo… —Se encogió de hombros.

Hunter no había contado con el chaleco antibalas.

—Así que, continuando con las reglas del juego, tú tendrás la Ruger SR22 de una sola bala y yo tendré mi Sig Sauer P228 de 9mm. —El Hombre Lobo le mostró una vez más su arma—. Ahora, lo que necesitas saber es que mi cargador contiene balas expansivas. Por eso la cabeza de la mujer rubia ha explotado como una sandía.

Hunter exhaló.

Las balas expansivas estaban diseñadas para expandirse en el momento del impacto, a veces hasta el doble de su diámetro original. Cuando eso ocurría, la bala se ralentizaba y transfería una mayor cantidad de energía cinética al objetivo, causando una herida mucho mayor y, en consecuencia, mucho más daño que una bala convencional. Eran el tipo de munición más letal disponible en el mercado.

—Bien —el Hombre Lobo continuó con las reglas del juego—, los brazos pegados a los lados del cuerpo. —Hizo una demostración—. Contaré hasta tres. Para igualar las cosas, te prometo que me quedaré lo más quieto posible. A la de tres, disparamos.

—¿Se supone que debo confiar en que no dispararás antes de tiempo? —preguntó Hunter.

—¿Se supone que debo confiar en que *tú* no dispararás antes de tiempo? —El Hombre Lobo le devolvió la pregunta a Hunter—. Tú

también vas a tener un arma, detective.

Hunter se quedó callado.

—Recuerda —continuó el Hombre Lobo—, tienes una sola bala en el arma y estás atado a una silla bastante pesada, así que no se te ocurra herirme y luego pedir ayuda. —Sacudió la cabeza despreocupadamente—. Eso no va a ocurrir. Una bala del calibre 22 no me detendrá.

El Hombre Lobo colocó la pistola Heckler & Koch Mark 23 que le había quitado a Hunter sobre la mesa de control. Demasiado lejos para Hunter, pero al alcance de su mano.

—Esto es para que no se te ocurra ninguna idea, detective, e intentes dispararme a la pistola que tengo en la mano —continuó—. Recuerda que estás atado a esa silla. Solo tendrás libre el brazo con el que disparas. Herido o no, podré alcanzar tu pistola y terminar el trabajo mucho antes de que llegues a mí. Y sí, puedo disparar con las dos manos. Si eliges disparar para herir, es cosa tuya, pero, a la de tres, te prometo que dispararé a matar. Y te volaré la cabeza. Después de eso, como he dicho, o las mato a las dos, o se las vendo a las voces.

Hizo una pausa y sonrió a Hunter.

—Entonces, ¿estás preparado?

Hunter sabía que ya no había marcha atrás.

Noventa y cuatro

Con calma, el Hombre Lobo regresó al mismo armario de donde había sacado la SR22 y el chaleco antibalas; cogió un afilado cuchillo de acero inoxidable y se acercó a la silla de Hunter.

—Ahora liberaré el brazo con el que disparas y te daré el arma —dijo a un silencioso y tenso Hunter—. Nos sentaremos uno frente al otro, con las armas bajadas al lado de nuestras sillas. A la de tres, levantamos el brazo y disparamos. Eso es todo. Simple. Como has dicho, un duelo al estilo del lejano Oeste. —Levantó la parte delantera de la camisa de Hunter.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —preguntó Hunter, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Tranquilo, detective. No eres mi tipo. —El Hombre Lobo deslizó la pistola Ruger SR22 en la parte delantera de los pantalones de Hunter—. Tienes mi palabra de que no dispararé antes de tiempo. Confío en que tú tampoco lo harás, pero soy rápido y tengo buen ojo, así que, si veo el más mínimo movimiento de tu brazo antes de que acabe la cuenta, dispararé. —De la parte baja de su espalda, el Hombre Lobo sacó su Sig Sauer P228 y se la mostró—. Hagamos esto como caballeros, ¿de acuerdo?

Hunter apenas podía creer que aquel tipo se refiriera a sí mismo como un caballero.

El Hombre Lobo se acercó al respaldo de la silla.

Cortó la brida que sujetaba el brazo derecho de Hunter a la silla.

Cortó la brida que sujetaba la muñeca derecha de Hunter a la izquierda. El brazo izquierdo seguía atado a la silla, al igual que las dos piernas. En cuanto tuvo libre el brazo derecho, Hunter lo estiró y lo dobló varias veces para que la sangre volviera a circular con normalidad. Hizo lo mismo con los dedos.

—Sí —dijo el exmilitar, mientras daba la vuelta a la silla para mirar a Hunter, con su P228 firmemente sujeta en la mano derecha y apuntando al detective—. Muévelo un poco. Haz que la sangre vuelva a circular. Yo espero.

Con el arma aún apuntando a Hunter, caminó hacia atrás hasta llegar a su silla, a unos ocho pasos de distancia.

—¿Estás listo, detective? —preguntó al cabo de varios minutos.

Hunter exhaló mientras la adrenalina inundaba su cerebro y su cuerpo. Preparado o no, sabía que el Hombre Lobo no esperaría más.

Volvieron a mirarse a los ojos.

—Ya puedes coger tu arma —dijo el Hombre Lobo.

Hunter se levantó la camisa y rodeó con los dedos la empuñadura

de la Ruger SR22.

—Tranquilo, detective. Sin movimientos bruscos. No querrás que lo malinterprete y te dispare antes de tiempo, ¿verdad?

Despacio, Hunter sacó el arma y sintió su peso en la mano. El cargador vacío la hacía bastante ligera.

—Bien, ahora deja caer el brazo a un lado de la silla. La bala ya está cargada, ¿recuerdas?

El brazo de Hunter cayó a un lado de la silla y apoyó el dedo índice el gatillo. Sentía el corazón retumbarle en el pecho mientras un remolino de mariposas se agitaba en su estómago.

El Hombre Lobo asintió y dejó caer el brazo a un lado de la silla.

—Este es el final, detective Hunter —dijo. Su voz sonaba serena, resignada.

Hunter mantuvo la mirada fija en el rostro del Hombre Lobo. Y le sorprendió lo que vio. El exmilitar no mostraba ninguna expresión. Ni ira ni compasión ni arrepentimiento… nada. Estaba ante un hombre que, como acababa de decir, iba a matar o a morir en los próximos segundos, y lo afrontaba como si estuviera a punto de servirse un tazón de cereales. Tampoco parecía reaccionar psicológicamente ante el peligro. La dilatación de sus pupilas, el tono de su piel y su respiración seguían siendo exactamente los mismos.

—Muy bien —dijo el Hombre Lobo con un leve asentimiento—. Vamos allá.

El corazón de Hunter retumbó con más fuerza aún en su pecho.

—A la de tres. Y te voy a demostrar quién es el mejor.

Hunter inspiró por la nariz, intentando tomar todo el oxígeno que podía sin hacer un movimiento demasiado brusco. Sus ojos no se apartaban del exmilitar.

—Uno.

El rostro del Hombre Lobo seguía impasible, su brazo colgaba inerte a un lado de su silla.

Hunter se preguntó si cumpliría su palabra o si dispararía al llegar a dos, en lugar de hacerlo al llegar al tres. La anticipación le provocó un cosquilleo en el brazo, pero luchó contra él con todas sus fuerzas. Lo último que necesitaba era que le temblara la mano.

—Dos.

El Hombre Lobo no se movía en absoluto. Ni siquiera parecía respirar.

Hunter acomodó el dedo en el gatillo de la SR22. Relajó los hombros y exhaló por la boca justo cuando la cuenta llegó a tres.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos alzaron el brazo.

Solo uno de ellos consiguió disparar su arma.

Noventa y cinco

UNOS MINUTOS ANTES

Tras oír los dos disparos que le parecieron dos explosiones, Angela Wood empezó a pasearse por la pequeña celda.

—¿Qué demonios está pasando ahí fuera? —preguntó con una voz lo bastante alta como para que resonara en las paredes de hormigón, pero lo bastante baja como para no activar los aspersores del techo.

Angela sintió que todo su cuerpo temblaba. Se le secó la boca y luchó por respirar. Sentía como si las paredes de la celda se le vinieran encima, como si unos dedos invisibles se cerraran a su alrededor. Sabía exactamente lo que se avecinaba porque ya se había sentido así unas cuantas veces: eran los síntomas inequívocos de un ataque de pánico.

—No… Por favor, no —suplicó a su cuerpo y a su cerebro—. Ahora no. Ahora no necesito esto.

Cerró los ojos con fuerza e hizo todo lo posible por concentrarse en su respiración, tratando de calmarla antes de que se descontrolara por completo.

—Respira, Angie —se susurró a sí misma—. Respiraciones largas y profundas, nada de jadeos.

Eso fue lo que un médico le dijo una vez que hiciera.

Angela tardó varios minutos, pero el ejercicio funcionó y consiguió controlar la respiración y detener el ataque de pánico antes de que se apoderara de ella.

Cuando su respiración se estabilizó, oyó el sonido de una puerta que se cerraba en algún lugar fuera de su celda, seguido de pasos.

—¿Qué coño…? —susurró, antes de acercarse a la puerta de su celda. Sabía que no debía pegar la oreja a la puerta, aunque eso era justo lo que quería hacer.

—¿Hola? —llamó con cautela—. ¿Hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta.

—¿Hola? —volvió a llamar.

Nada.

Angela se acercó a la puerta todo lo que pudo sin tocarla. Estaba a punto de gritar una vez más cuando algo se le adelantó.

¡BANG!

Un tercer disparo, pero esta vez sonó como si hubiera venido de mucho más cerca que los dos anteriores. Prácticamente, justo delante de su puerta. El sonido fue tan fuerte que empezó a llover agua helada del techo.

El miedo la embistió como un tren a toda velocidad y se apartó de

la puerta con rapidez.

«Algo va mal —pensó—. Algo va muy mal».

Fue entonces cuando un nuevo pensamiento acudió a su mente, haciendo que su corazón casi se detuviera.

«¿Y si no soy la única? ¿Y si tiene a otros rehenes encerrados en celdas como esta? ¿Y si está enfadado y va por ahí matándolos a todos? ¿Y si yo soy la siguiente?».

Intentó pensar con claridad, pero su confuso cerebro no se lo permitía.

Los aspersores del techo finalmente se detuvieron, pero justo cuando lo hicieron…

¡BANG!

Un cuarto disparo.

Este no reactivó los aspersores del techo, pero sí hizo que el corazón de Angela volviera a desbocarse.

—Ni de coña voy a quedarme aquí sentada esperando a que ese psicópata venga a matarme —se dijo , mientras volvía a la cama—. No voy a acabar así. Si caigo, caeré luchando.

Se colocó frente a la puerta en posición de defensa: el cuerpo inclinado hacia delante, la pierna izquierda delante y la derecha detrás, dispuesta a impulsarse con todas las fuerzas que le quedaban.

—La única forma de entrar aquí es por esa puerta, enfermo hijo de puta —murmuró, respirando hondo para darse ánimos—. Y, en cuanto se abra, voy a ir a por ti como un puto rayo. Puede que me mates, pero te voy a romper las putas costillas antes de irme.

A través del pequeño hueco entre la puerta y el suelo de cemento, Angela vio aparecer dos sombras oscuras: pies. Alguien se había acercado a su celda.

—Allá vamos.

Una llave giró en la cerradura de su celda.

Angela apretó los puños.

La puerta se abrió y Angela salió disparada hacia delante como una bala humana.

Noventa y seis

Siete décimas de segundo: eso fue lo que duró el duelo entre Hunter y el Hombre Lobo.

Ambos alzaron los brazos con rapidez, pero, incluso antes de que comenzara la cuenta atrás, el Hombre Lobo ya sabía que ganaría.

El arma de Hunter era mucho más ligera que la suya, y sabía que eso le daba ventaja al detective, pero, aun así, la potencia de su 9 mm frente al calibre 22 de Hunter le daba una ventaja mucho mayor.

Tal como había explicado antes, la única forma en la que podría detenerlo sería si la única bala de Hunter le daba justo en la frente. El proyectil tenía que perforar su cráneo y luego su cerebro para detenerlo… y ese era el problema. Incluso desde una distancia de ocho pasos, Hunter tendría que apuntar para dar en el blanco, mientras que el Hombre Lobo no lo necesitaba. Su bala expansiva causaría enormes daños allá donde impactara: estómago, pecho, brazo, pierna, cabeza… daba igual. Con que lo alcanzara, el combate estaría prácticamente decidido. Incluso si le daba en la pierna, el dolor del hueso destrozado y los nervios y músculos rotos sería tan intenso que Hunter soltaría el arma de inmediato.

Y sería el fin del juego.

Si la primera bala no lo mataba, la segunda, disparada contra un Hunter herido, le volaría la cabeza.

«Esto es jodidamente fácil», pensó el Hombre Lobo antes de contar hasta tres.

Al llegar a tres, sabía que Hunter estaba prácticamente muerto, al igual que las dos rehenes de las celdas.

Noventa y siete

Cuando Angela oyó girar la llave dentro de la cerradura de la puerta de su celda, respiró hondo por última vez y retuvo el aire en los pulmones.

Sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar esa pelea. El hombre, su captor, era mucho más grande y fuerte que ella, y sin duda llevaría un arma. Incluso si conseguía golpearle en el estómago o, mejor aún, en las costillas, y arrancarle el arma de la mano, estaba segura de que el daño que le causaría no sería suficiente para detenerlo, pero ya no le importaba.

En los últimos segundos, había intentado aceptar que estaba a punto de morir. Había pensado en la muerte muchas veces en los últimos años, pero nunca en morir a manos de un extraño. Si ese era el destino que le esperaba, que así fuera, pero no se iría sin plantar cara. Lucharía con uñas y dientes, mordería, golpearía, daría patadas y cabezazos, lo que hiciera falta. Antes de cerrar los ojos por última vez, se prometió a sí misma que le haría daño a aquel malnacido.

La cerradura cedió.

Angela apretó la mandíbula con fuerza y, a partir de ese momento, todo se movió a cámara lenta.

La puerta comenzó a abrirse.

Angela esperó.

«Todavía no», se dijo a sí misma. Si se movía demasiado pronto, chocaría con la puerta y no con su captor.

La puerta se abrió un poco más.

—Espera, Angie, espera.

Un poco más.

—Ya casi.

La puerta estaba suficientemente abierta.

—Ahora.

Lo último en lo que pensó Angela antes de catapultarse hacia delante con todas sus fuerzas fue en su hermano.

«Esto es por ti, Shawn —pensó—. Siento haberte fallado, pero pronto estaremos juntos».

Ni en el mejor de los casos se habría imaginado un resultado así.

En cuanto la puerta se abrió del todo, se lanzó desde su posición agachada con toda la fuerza que le quedaba. El grito feroz que había estado encerrado en su garganta durante tanto tiempo por fin escapó, haciéndola sonar como una leona herida.

Le bastaron tres zancadas para que su cabeza chocara con el estómago y las costillas del hombre. A pesar de su grito, oyó crujir una de sus costillas.

El sorprendido hombre salió despedido hacia el pasillo, y el impacto fue tan fuerte que perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo, dejando caer su arma en el proceso.

De algún modo, Angela consiguió mantenerse de pie. Estaba lista para asestar la patada más fuerte que había dado en su vida a la mandíbula del hombre cuando…

—Angela —llamó Hunter desde el suelo, con la mano izquierda contra su costilla rota—, ¿qué coño haces?

Noventa y ocho

UN PAR DE MINUTOS ANTES

—Tres.

Ambos alzaron los brazos con rapidez, pero solo uno de ellos consiguió disparar su arma.

Al igual que el Hombre Lobo, Hunter era un tirador de primera, uno de los mejores de todo el Departamento, pero también sabía con certeza que el exmilitar era mucho mejor tirador que él…, mucho más preciso. Lo había demostrado al no darle en la cabeza por menos de dos centímetros, dos veces, en una ráfaga doble. Hunter era bueno, pero no tanto. Lo sabía.

También sabía que ese duelo no se ganaría con puntería. Desde una distancia de unos ocho pasos, estaba seguro de que ambos podían dar en el blanco, incluso bajo presión, pero lo peor era que Hunter sabía que él era el único que necesitaba dar en el blanco: la frente del Hombre Lobo. La bala del exmilitar podía darle en casi cualquier parte del cuerpo y el poder destructivo de la munición expansiva de 9 mm haría el resto. Así que Hunter sabía que la única forma de ganar aquel duelo sería haciendo trampas o con algún truco de magia.

Y eligió la magia.

En cuanto el Hombre Lobo le entregó la SR22, su mente analítica empezó a calcular las probabilidades.

El primer factor que tuvo en cuenta fue el peso de las armas.

La SR22, con el cargador lleno, pesaba alrededor de seiscientos treinta y cinco gramos, pero el cargador de Hunter estaba vacío. Todo lo que tenía era una bala en la recámara. Con el cargador vacío, la SR22 pesaba apenas cuatrocientos cincuenta gramos, lo que no ocurría con la P228. Descargada, la P228 pesaba alrededor de ochocientos cuarenta gramos. Su cargador era más grande y las balas, más pesadas que las de la SR22. Y el cargador del Hombre Lobo estaba casi lleno. Hunter calculó que el arma del exmilitar pesaría al menos medio kilo más que la suya.

El segundo factor que tuvo en cuenta fue la presión necesaria en cada gatillo para activar y liberar el martillo. Al ser un arma mucho más pequeña y ligera, la SR22 requería alrededor de un kilo y medio de presión en el gatillo para disparar. Una Sig P228 salida de fábrica necesitaba unos cinco kilos y medio. Muchos profesionales modificaban sus armas para aligerar el gatillo y hacerlas más rápidas,

pero incluso si ese fuera el caso de la P228 del Hombre Lobo, la reducción en la presión del gatillo no sería de más de dos kilos. Modificada o no, la SR 22 de Hunter ofrecía una respuesta mucho más rápida que la P228 del Hombre Lobo.

Esos dos factores por sí solos —el hecho de que el arma del Hombre Lobo pesara algo más de medio kilo que la de Hunter y la presión considerablemente mayor del gatillo necesaria para activar y liberar su martillo— le darían a Hunter un par de fracciones de segundo de ventaja en un juego que ambos sabían que no duraría más de un segundo. Esa pequeña ventaja era justo lo que Hunter necesitaba para que su truco de magia funcionara, porque el truco estaba en el movimiento de su brazo.

Al llegar a tres, todo el brazo del Hombre Lobo se disparó hacia arriba, buscando una posición de disparo.

Hunter, por su parte, había decidido que, llegado ese momento, en lugar de mover todo el brazo desde la posición de reposo a la de disparo, se limitaría a doblar el codo y disparar. Eso le permitiría disparar desde la altura de la cintura —una posición con la que se sentía muy cómodo disparando—, y ahí estaba la clave de su truco, porque esa posición inclinaba el ángulo de su disparo.

El Hombre Lobo no mentía cuando le había dicho que la única forma de detenerlo sería meterle una bala en el cerebro, lo que significaba que en circunstancias normales —un disparo horizontal—, Hunter tendría que darle al Hombre Lobo de lleno en la frente. Pero la bala de Hunter viajaba en ángulo ascendente, comenzando a la altura de la cintura, y eso significaba que ahora su bala podía dar al exmilitar prácticamente en cualquier parte de la cara.

Y eso fue lo que ocurrió.

La bala de Hunter alcanzó al Hombre Lobo justo debajo de la nariz. A pesar de ser un proyectil pequeño, desde una distancia tan corta la bala del calibre 22 era lo bastante potente como para atravesar hueso, tejido muscular y cartílago, y alcanzar el cerebro por la parte inferior de la cuenca del ojo. Una vez dentro, atravesó el mesencéfalo y la glándula pituitaria, antes de perder impulso y detenerse en la parte superior del lóbulo parietal.

La destrucción fue grave e irreversible, y el cerebro del exmilitar dejó de funcionar mucho antes de que pudiera enviar a su dedo la orden de apretar el gatillo.

Hunter vio cómo su bala le alcanzaba en la cara. El orificio de entrada era mínimo —prácticamente del tamaño de un orificio nasal, quizá un poco más pequeño—, pero, debido al ángulo de desplazamiento ascendente de la bala, Hunter sabía que alcanzaría la masa encefálica. Allí, su poder destructivo sería letal.

Cuando el proyectil alcanzó al Hombre Lobo, una fina niebla de

sangre se elevó desde la herida, tiñendo el aire justo delante de su cara. Su cabeza se echó violentamente hacia atrás y su torso se estrelló contra el respaldo de la silla. Su brazo, que apenas había comenzado a alzarse, siguió moviéndose por inercia, pero su mano perdió por completo la fuerza y soltó la P228, que salió volando por los aires en dirección a Hunter, a quien casi dio en la cabeza.

El brazo del Hombre Lobo cayó junto a su cuerpo inerte y ya sin vida. Su cabeza se ladeó un poco hacia la izquierda. Sus ojos, aún abiertos, miraban fijamente a Hunter. Había en ellos una expresión fría y decidida.

La sangre brotaba desde la herida de la nariz hasta la boca y la barbilla, antes de gotear sobre su pecho. Sus piernas se estremecieron de forma espasmódica durante un par de segundos, antes de detenerse por completo. La vida, para el Hombre Lobo, se había extinguido finalmente.

Hunter tardó otro minuto entero en recuperar el aliento y sentir que su corazón empezaba a calmarse.

Seguía atado a la silla. Solo tenía libre el brazo derecho, pero el Hombre Lobo ya no estaba.

Respiró hondo otra vez y echó todo el peso de su cuerpo hacia delante, haciéndose caer al suelo junto con la silla. Utilizó el brazo libre para amortiguar la caída y luego se arrastró por el suelo de cemento hasta llegar a la mesa de control. El sudor le goteaba por la frente. Aún no se creía que hubiera conseguido burlar a la muerte una vez más.

Hunter recuperó el aliento otra vez y buscó el cuchillo de acero inoxidable que el Hombre Lobo había utilizado para cortar las bridas minutos antes. Lo había dejado en la mesa de control.

No tardó nada en liberarse por completo de la silla.

Colgadas del cinturón del Hombre Lobo, encontró las llaves de las celdas. Las cogió y atravesó la puerta metálica situada a la izquierda de la mesa de control, que el Hombre Lobo había dejado abierta. El pasillo poco iluminado que vio al cruzar la puerta era mucho más largo de lo que había esperado. De hecho, parecía no tener fin antes de curvarse hacia la izquierda en forma de L. Solo había dos puertas en la pared izquierda, separadas por unos veinte metros.

Hunter revisó las llaves que tenía en las manos. Por el monitor de la sala de control, sabía que Angela estaba en la celda número tres. Recorrió el pasillo hasta el final y luego giró a la izquierda. La celda número tres estaba justo delante de él.

Llegó hasta ella y la abrió. En cuanto empujó la puerta, alguien se le echó encima con tanta fuerza que oyó crujir una de sus costillas.

Noventa y nueve

EDIFICIO DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA POLICÍA DOMINGO, 13 DE DICIEMBRE

—¿Y bien? —preguntó la capitana Blake cuando Hunter y Garcia entraron en su despacho y cerraron la puerta tras de sí. Había convocado una reunión temprana en previsión de su reunión informativa de la tarde con el jefe de Policía y el alcalde de Los Ángeles—. ¿Habéis terminado por fin con esa casa de los horrores?

El escondite del hombre lobo resultó estar una estructura grande y en ruinas en los límites de un bosque en Santa Clarita. Según descubrieron, era una antigua residencia de ancianos abandonada hacía más de diez años. Durante los dos últimos días, Hunter, Garcia y un pequeño equipo de forenses habían estado examinando cada rincón.

—Nosotros sí —respondió Garcia, echando una fugaz mirada a Hunter antes de volver a mirar a la capitana Blake—. Los forenses seguirán allí durante un tiempo. A saber cuántas muestras diferentes de ADN recogerán ahí dentro.

—Me lo imagino —reconoció la capitana, antes de dar un sorbo a su café—. ¿Qué habéis averiguado hasta ahora?

Garcia se rio entre dientes.

—Qué no hemos averiguado, capitana. —Volvió a mirar a Hunter, que tomó el relevo.

—El verdadero nombre del asesino era Dean Turner —comenzó—. Tenía cuarenta y dos años y era natural de Fresno. Vino a Los Ángeles después de que se disolviera su «unidad de eliminación».

Hunter ya había informado a Garcia y a la capitana Blake de la historia que le había contado el Hombre Lobo.

—Pero seguimos sin tener confirmación real de que esa «unidad de eliminación» existiera, ¿no? —preguntó la capitana—. Ni siquiera de que ese monstruo hubiera estado de verdad en el ejército.

—No —respondió Hunter—. Y no la tendremos nunca, capitana. Como le he explicado, era un equipo clandestino. Sin nombre en clave, sin distintivos… nada. Para mantenerlo en secreto, todos los miembros se alistaron con nombres falsos. Es el tipo de equipo que nuestro Gobierno, nuestro ejército, no quiere que nadie sepa que existe.

La capitana Blake se recostó en la silla y entrelazó los dedos.

—¿Sabemos al menos a cuántas personas asesinó desde que llegó a Los Ángeles? —preguntó—. ¿Sabemos siquiera cuándo llegó aquí?

—Le pregunté cuántas víctimas hubo antes de que empezara a escribir el diario —dijo Hunter—, pero no se acordaba. Solo dijo que estaba seguro de que habían sido unas cuantas.

—¡Joder! —maldijo la capitana en voz baja—. ¿Así que definitivamente fueron más de dieciséis?

—Sin duda —asintió Hunter.

—Al alcalde le va a encantar —dijo la capitana, sarcástica—. ¿Qué hay sobre las rehenes del escondite?

Los ojos de Hunter se ensombrecieron al recordar al Hombre Lobo entrando en la celda de la mujer rubia y disparándole en la cara.

—La que asesinó mientras yo estaba allí se llamaba Alexandra Berger —dijo—. Veinticuatro años, de Santa Mónica. Encontramos su bolso, con el carné de conducir y las llaves de casa, escondido en una de las habitaciones. Compartía piso, también en Santa Mónica, con su novio, Luke Bradford. Le di la noticia ayer.

La capitana Blake negó con la cabeza mientras arqueaba las cejas. Sabía muy bien lo difícil que era transmitir ese tipo de noticias.

—¿Y la otra?

—Se llama Silvia Hinton, y es de Garland, Texas. Tiene veintiséis años. Sus padres han volado hasta aquí para quedarse con ella. Como es lógico, aún está en estado de *shock*, así que no hemos podido obtener una declaración completa.

—¿Sabemos cuándo la secuestró?

—Hace cinco días —confirmó Hunter—. La señorita Hinton es enfermera en el hospital infantil de Sunset Boulevard. Al parecer, se la llevaron cuando se subía al coche tras terminar un turno de tarde.

—¿Y cómo está?

—Físicamente, está bien; un poco desnutrida, pero bien. ¿Psicológicamente? Sin duda quedará traumatizada. ¿Hasta qué punto? Solo el tiempo lo dirá.

—¿Y Angela Wood?

—Está un poco conmocionada —respondió Hunter—, pero está bien. Le van a dar el alta esta mañana. Cuando salga de aquí, la recogeré y la llevaré a su casa.

—Además —añadió Garcia—, anoche encontraron el cuerpo sin vida de Clay Heath en el subnivel uno del aparcamiento en obras que hay frente al hotel Wes tin Bonaventure. Las obras se interrumpieron hace un par de semanas, por algo relacionado con el presupuesto, por eso el cuerpo no fue encontrado hasta anoche por un grupo de adolescentes.

—Así que el asesino degolló al pobre chico —dijo la capitana— y luego cruzó tranquilamente la carretera hacia el hotel para esperar a Robert y el diario.

—Exacto —coincidió Garcia.

La capitana Blake se terminó el café y se puso de pie. Tenía cara de preocupación.

—¿Y esa sala de chat que vimos en la *dark web*? —preguntó—.

¿Podemos localizar a esa gente, a «las voces»? ¿Podemos pedir ayuda al FBI o a la Interpol?

—No, no podemos —respondió Hunter—. Ese es el atractivo de la *dark web*, capitana. Es imposible de rastrear. Pueden comprar o vender lo que quieran allí, con la seguridad de que nunca serán identificados.

La capitana Blake se detuvo junto a la ventana de su despacho y contempló el cielo durante un instante, con la mirada perdida.

—Es un mundo triste y muy oscuro en el que vivimos —comentó Garcia—, cuando la gente no solo puede vender esas cosas por internet, sino que hay cientos… miles de personas ahí fuera dispuestas a comprarlas y no hay nada que podamos hacer al respecto. Me cabrea.

—No podemos salvar al mundo entero, Carlos —dijo Hunter—. No podemos salvar a todo el mundo. Lo sabes. Lo único que podemos hacer es seguir haciendo lo que hacemos: dar lo mejor de nosotros en el trabajo, salvar a los que podemos salvar, proteger a los que podemos proteger… y meter entre rejas a los que atrapamos.

—Robert tiene razón, Carlos —dijo la capitana Blake, girándose hacia sus detectives—. Lo único que podéis hacer es seguir dando lo mejor de vosotros en el trabajo, y no podría pediros más. Así que quitad esas caras largas, id a tomaros un par de dónuts y un vaso de leche, y seguid haciendo lo que mejor sabéis hacer.

—¿Se refiere a estar guapos todo el día? —preguntó Garcia.

—Fuera de aquí —ordenó la capitana, señalando la puerta.

Cien

DOMINGO, 13 DE DICIEMBRE

Mientras Garcia volvía a su despacho, Hunter fue en coche al hospital Good Samaritan, en Wilshire Boulevard. Angela Wood lo esperaba en la recepción junto a una enfermera.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Hunter, después de firmar los papeles del alta. Había utilizado su seguro médico para cubrir la estancia de Angela en el hospital.

—Estoy bien —respondió ella mientras caminaban hacia el coche—. Me alegro de haber salido de aquí. La comida del hospital es horrible.

—¿Quieres que vayamos a comer algo? —preguntó Hunter.

—No, estoy bien. Gracias. —Se detuvo justo cuando Hunter abría la puerta del pasajero de su Buick—. Mira, no tienes que llevarme a casa. Puedo ir andando o coger el autobús. Me habría ido hace horas, pero no te dan el alta si no viene alguien a recogerte.

—Venga, sube de una vez, ¿quieres?

A regañadientes, Angela se sentó en el asiento del copiloto.

—Tienes que pensar en comprarte un coche nuevo. Esta… cosa se está cayendo a pedazos… y huele fatal.

—No es verdad —replicó Hunter, un poco ofendido—. ¿A qué huele?

—A viejo —respondió Angela—. Huele a viejo.

Hunter no respondió, pero hizo una mueca al girar a la izquierda.

—¿Cómo va la costilla? —preguntó Angela en un tono mucho más suave que de costumbre.

—Está negra y azul —respondió Hunter—. Y duele como el demonio, pero sobreviviré. Me han vendado muy bien.

—Lo siento mucho. —Angela sonaba sincera—. El placaje no era para ti.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no gritaste mi nombre antes de abrir la puerta? De verdad pensé que cuando se abriera sería mi final.

—Ya, debería haberlo hecho —admitió Hunter.

—Sí, habría sido mejor.

—En cualquier caso —dijo Hunter con una sonrisa—, fue un placaje cojonudo.

Angela le devolvió la sonrisa.

—Para que lo sepas —dijo, mientras Hunter giraba a la derecha en West 6th Street—, se acabó. Voy a dejar de ser carterista.

—¿En serio? —Hunter parecía complacido, pero no sorprendido.

—Sí. Me prometí a mí misma que, si salía con vida de ese apestoso agujero, lo dejaría. Y yo cumplo mis promesas.

—Eso es fantástico —dijo Hunter con una sonrisa—. ¿Tienes algún plan? ¿Sabes lo que te gustaría hacer?

—Todavía no, pero ya lo averiguaré.

Hunter metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel.

—Toma. —Se lo entregó a Angela.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras desdoblaba la nota. Contenía un nombre y un número de teléfono—. ¿Quién es Richard Cole?

—Es un amigo mío, y es el jefe de seguridad del grupo Bloomingdale's en Los Ángeles. Le he hablado de ti y le encantaría que lo llamaras para concertar una entrevista contigo.

—¿Una entrevista? ¿Para qué?

—Para un trabajo.

Angela lo miró confusa.

—Tal y como ellos lo ven —explicó—, es mucho mejor tener a alguien con tus habilidades de su lado que en su contra. Estoy seguro de que podrías enseñarles algunas cosas, como a qué estar atentos y en quién fijarse.

Angela mantuvo la mirada fija en Hunter, pero la expresión de sus ojos se suavizó un poco.

—Es un buen trabajo y el sueldo no está nada mal —añadió Hunter —. Estoy seguro de que lo harás muy bien. Llámale. Además, es un tío muy majo.

Angela se guardó el papel en el bolsillo y permaneció en silencio los diez minutos siguientes.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo finalmente.

—Claro.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

Hunter parpadeó y la miró como si tratara de entenderla.

—Me refiero a que he sido una borde contigo. Lo sé porque lo soy con todo el mundo. No confío en la gente, así que ser borde es mi mecanismo de defensa. Pero esta vez ser así ha costado la vida a dos agentes, y lo siento muchísimo. —A Angela se le humedecieron los ojos y le tembló la voz—. Fui estúpida, fui egoísta… Fui mucho más que una borde… y ahora están muertos. —Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Nunca me lo perdonaré mientras viva. Lo siento mucho.

El profundo remordimiento que transmitía su voz impregnó el ambiente.

—No soy una mala persona —continuó, mientras se secaba las lágrimas—. Al menos no solía serlo. Por favor, créeme.

—Te creo —respondió Hunter.

—Quiero volver a ser quien era. Quiero empezar de nuevo. Ya no quiero seguir siendo así.

—Eso está muy bien —dijo Hunter—. Y un trabajo nuevo y legal puede ser ese nuevo comienzo que estás buscando. Llama a Richard.

Angela intentó atrapar la mirada de Hunter, pero él la mantuvo fija en la carretera.

—No has respondido a mi pregunta —insistió—. ¿Por qué estás siendo tan amable conmigo?

—Porque conozco a muchas personas como tú, Angela —respondió finalmente Hunter—. Yo fui una vez como tú. Y todos nosotros, no importa lo duros o fuertes que creamos ser, todos cometemos errores y necesitamos un poco de ayuda de vez en cuando, porque nadie puede ser fuerte todo el tiempo. Lo sé, porque lo he intentado… y he fracasado.

Las lágrimas volvieron a los ojos de Angela.

—En realidad, no estoy haciendo nada extraordinario —dijo Hunter con ternura—. Intento ayudar a una amiga a rehacer su vida, eso es todo. Solo intento ser buena persona.

Angela hizo una pausa.

—Eres mucho mejor persona que la mayoría de las que he conocido. Créeme.

Volvieron a callarse durante otro minuto.

—¿De verdad piensas lo que acabas de decir? —preguntó Angela, mientras se secaba las lágrimas una vez más.

—¿Lo del trabajo? —respondió Hunter—. Por supuesto que…

—No, lo del trabajo no —interrumpió Angela—. Sobre ayudar a una amiga. ¿Me consideras tu amiga?

Esta vez fue Hunter quien buscó los ojos de Angela.

—Así es. Y esperaba que tú también me vieras así.

Angela esbozó una tímida sonrisa.

—Me encantaría ser tu amiga. De verdad.

Hunter se detuvo delante del edificio de Angela y apagó el motor.

—Entonces, ¿llamarás a Richard?

—Creo que sí. Sí, lo haré.

—Estupendo. Por cierto, han arreglado tu puerta. —Hunter le entregó a Angela las llaves de la nueva cerradura.

—Ya era hora. —Cogió las llaves, hizo una pausa y luego se inclinó rápidamente para darle a Hunter un beso en la mejilla—. Gracias… por todo.

Hunter sonrió y la vio desaparecer dentro del portal y subir las escaleras.

Giró la llave de contacto y el motor falló.

Lo intentó de nuevo.

Nada.

Una vez más.

Nada.

—Maldita sea. —Se dejó caer contra el respaldo—. Igual sí que debería cambiar de coche.

El último en morir

Gerritsen, Tess 9788742812679
350

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tres niños desconocidos entre sí se ven unidos por unos actos de violencia extrema que parecen carecer de motivo. Huérfanos y solos, son acogidos como estudiantes en Evensong, un internado para niños emocionalmente traumatizados en un remoto bosque salvaje de Maine.

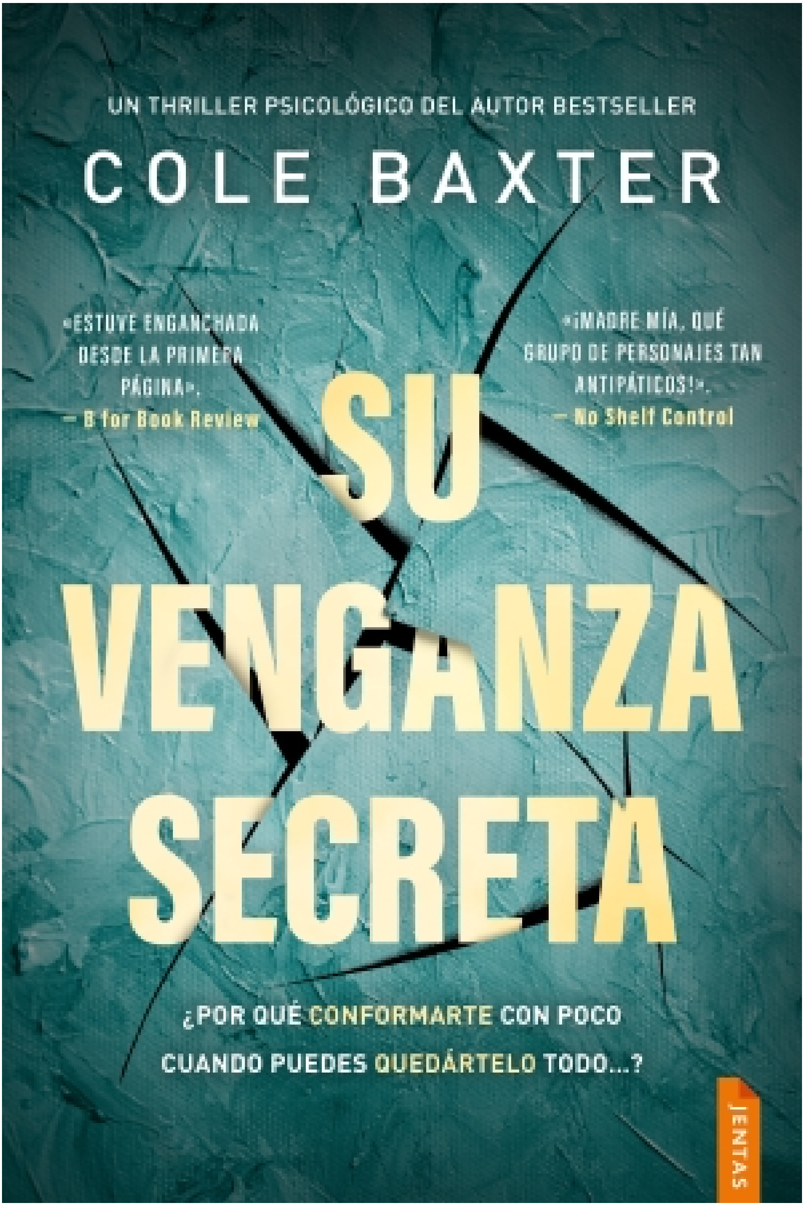
¿ES UN LUGAR SEGURO?

La patóloga forense Maura Isles ya tiene una conexión con la escuela: Julian 'Rata' Perkins, el chico de dieciséis años que conoció durante un caso anterior, ahora vive allí. Pero Isles sospecha que los fundadores de Evensong pueden estar usando la escuela para sus propios intereses. Y su preocupación crece cuando se le pide a la detective Jane Rizzoli que investigue otro atentado contra la vida de uno de los huérfanos de la escuela.

¿O UN LUGAR DE PELIGRO?

Jane y Maura pronto descubrirán que incluso una escuela protegida por puertas cerradas y kilómetros de bosque no puede ahuyentar la amenaza creciente. Y, cuando tres muñecas de ramitas salpicadas de sangre son encontradas colgando de un árbol, empiezan a preguntarse si la amenaza realmente proviene de fuera de la escuela… o de dentro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Su venganza secreta

Baxter, Cole
9788742813966
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Por qué conformarte con poco cuando puedes quedártelo todo…?

Tras doce años de matrimonio, tanto Anna como Paul han decidido que quieren divorciarse, pero ninguno se lo ha dicho todavía al otro.

Cuando Anna descubre que su marido ha gastado una gran suma de dinero de la cuenta conjunta, contrata a un detective privado para averiguar qué está ocultando. Al enterarse de que Paul se está viendo con otra mujer, empieza a tramar un plan y contacta con el marido de la amante para que puedan vengarse.

Sin saber nada de los planes de Anna, pero harto de sus constantes reproches, Paul busca consuelo y amor en Marianne, una mujer de la que se ha enamorado profundamente. Pero además de su propio matrimonio, hay otro problema aún mayor: Marianne también está casada y su marido, Cameron, un exsoldado con trastorno por estrés postraumático, podría convertirse en su peor enemigo si no tienen cuidado.

Las cosas se complican aún más cuando Paul se entera de que podría ser el único heredero de los bienes de su difunto tío. Anna enseguida ve la oportunidad perfecta para quitarle todo a Paul y dejarle sin un centavo, pero cuando su meticuloso plan da un giro letal, empieza a preguntarse hasta qué punto debe confiar en su cómplice… y qué estará dispuesta a hacer para recuperar lo que es suyo.

«**¡Madre mía, qué grupo de personajes tan antipáticos!** Todos con sus propios planes y secretos. **Me encantó cómo se fue desentrañando todo**».
No Shelf Control ☆☆☆☆☆

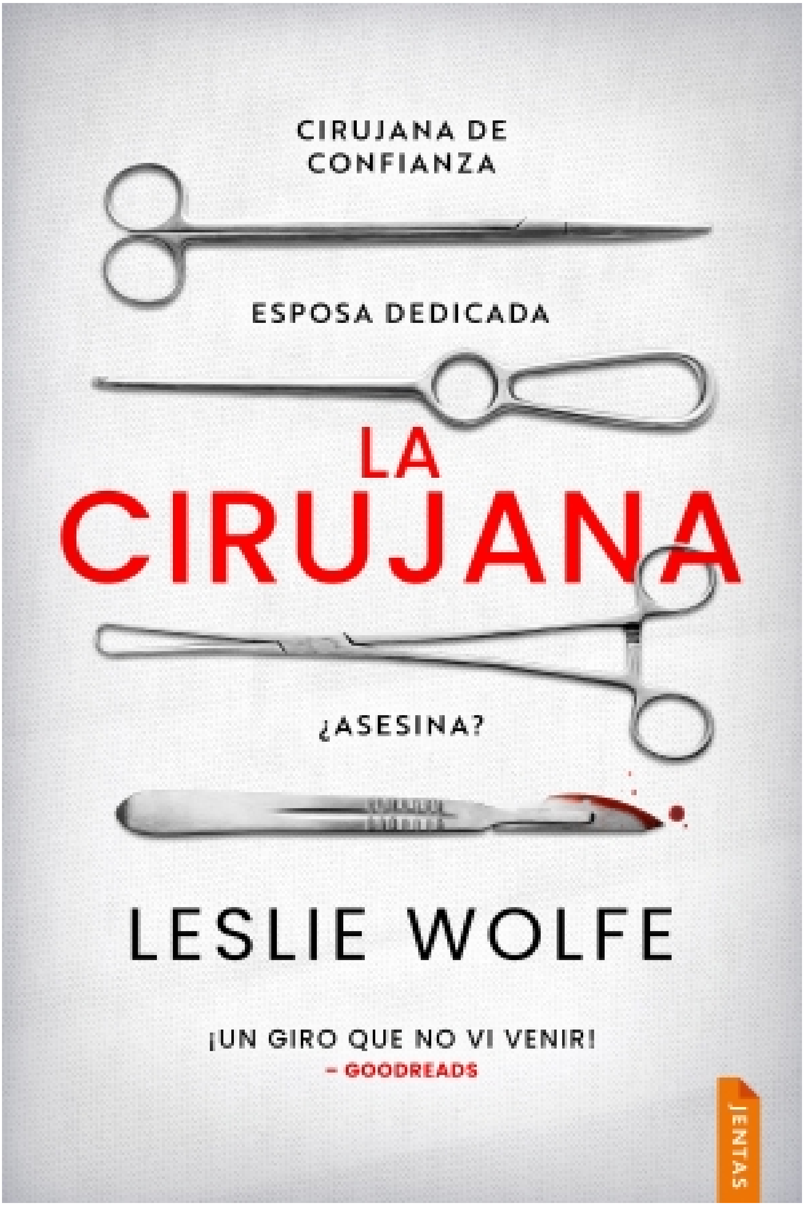
«Estuve **enganchada desde la primera página**. Me encantaron los personajes que ha creado el autor… Fue **una lectura realmente entretenida** y devoré el libro».
B for Book Review ☆☆☆☆☆

«**Imposible de soltar**… No empieces este libro por la noche si no estás dispuesto a quedarte despierto hasta el amanecer».
Books 4 Less ☆☆☆☆☆

«**Montones de giros impactantes**… **Recomiendo muchísimo este libro** a quien le gusten los thrillers psicológicos».
Jody's Bookish Haven ☆☆☆☆☆

«Este libro tiene todo lo que buscas en un thriller: giros inesperados, relaciones prohibidas y, además, **un detective privado».**
Book Review Crew ☆☆☆☆☆

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie 9788742812631
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... **¡¡Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ☆☆☆☆☆

«**Me estaba aferrando a cada palabra… Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**… ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ☆☆☆☆☆

«**¡¡¡Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba

constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… **¡Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas!**». – *Reseña en Goodreads* ☆☆☆☆☆

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… **¡Suspense increíble, absolutamente adictivo!**». – *@rubie_reads* ☆☆☆☆☆

«**¡Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ☆☆☆☆☆

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El marido de mi hija

Hurst, Daniel 9788742814086
300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Se va a casar con el hombre de sus sueños. Pero ¿pagará el precio con su vida?

Mi hija, Ellie, avanza por el pasillo, preciosa con su vestido de encaje hasta los pies y radiante de felicidad. Mientras intercambia sus votos con Kyle, deslumbrante con su elegante traje negro, solo puedo esperar que esta vez todo sea distinto…

Mientras la lluvia de confeti cae sobre los hombros de la feliz pareja, intento convencerme de que Kyle Beaumont es un hombre bueno, nada que ver con el exnovio de Ellie, que quiso matarla.

Sin embargo, apenas unos días después de la ceremonia, descubro una carta, y mi mundo se viene abajo al darme cuenta de lo que esconde mi yerno. Ellie corre peligro, y su pasado está a punto de alcanzarla.

Pero soy su madre y no me detendré ante nada para protegerla…

«**Totalmente adictivo**, lo leí de una sentada. Me encantó el giro explosivo e inesperado del final… Me tuvo en vilo, mordiéndome las uñas con el corazón a mil por hora… **Un thriller trepidante, imposible de soltar y lleno de giros sorprendentes**».
Bookworm86 ☆☆☆☆☆

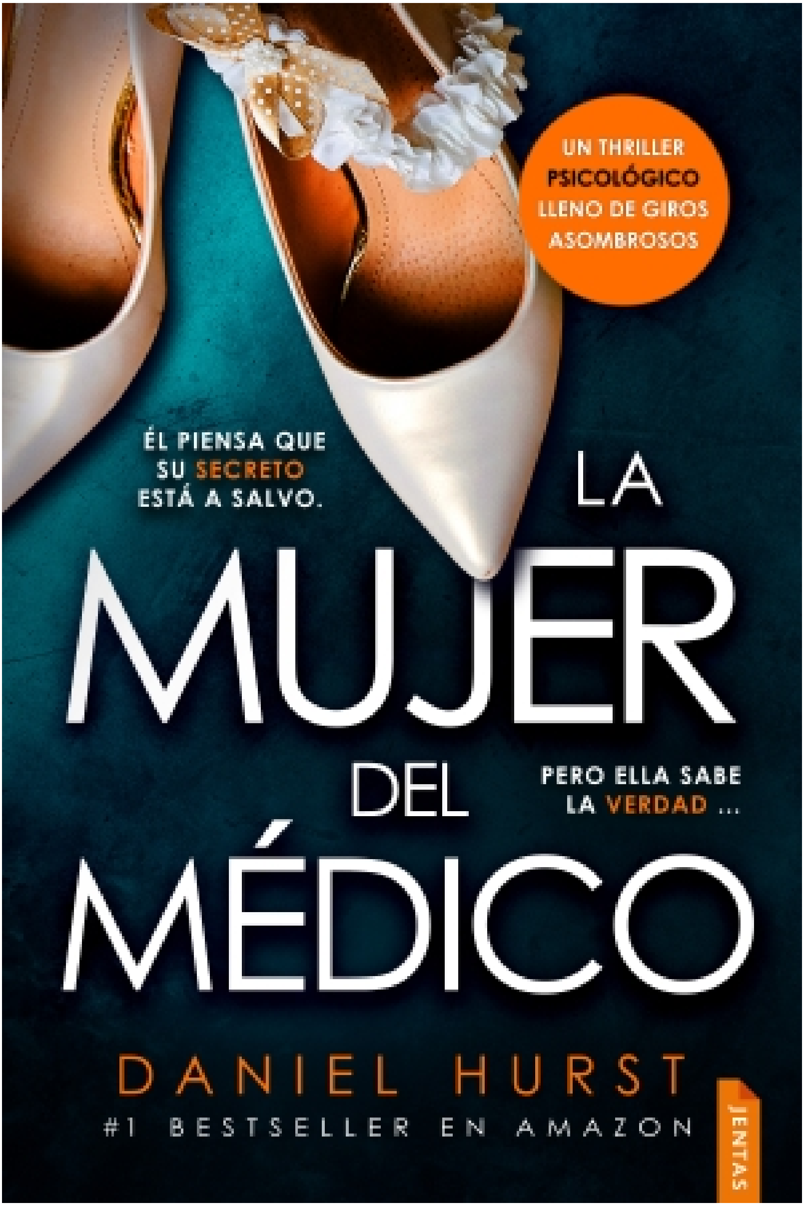
«**¡Dios mío… lo devoré!** ¡Esos giros tan inesperados me dejaron completamente descolocada!… Merece mucho más que cinco estrellas, es **una lectura imprescindible**».
Heidi Lynn's Book Reviews ☆☆☆☆☆

«**¡Me encantó!**… Te garantizo que no podrás dejarlo hasta que llegues al final… **Fantástico**».
Blue Moon Blogger ☆☆☆☆☆

«Es una lectura **trepidante y llena de suspense**».
Robin Loves Reading ☆☆☆☆☆

«Una historia **adictiva** que **engancha** desde el principio… **Pura diversión**… **Ameno**, con **ritmo ágil, intriga y drama**».
Openbook Posts ☆☆☆☆☆

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel 9788742812716
282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Escrito en sangre
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta

Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Sesenta
Sesenta y uno
Sesenta y dos
Sesenta y tres
Sesenta y cuatro
Sesenta y cinco
Sesenta y seis
Sesenta y siete
Sesenta y ocho
Sesenta y nueve
Setenta
Setenta y uno
Setenta y dos
Setenta y tres
Setenta y cuatro
Setenta y cinco
Setenta y seis
Setenta y siete
Setenta y ocho
Setenta y nueve
Ochenta
Ochenta y uno
Ochenta y dos
Ochenta y tres
Ochenta y cuatro

Ochenta y cinco
Ochenta y seis
Ochenta y siete
Ochenta y ocho
Ochenta y nueve
Noventa
Noventa y uno
Noventa y dos
Noventa y tres
Noventa y cuatro
Noventa y cinco
Noventa y seis
Noventa y siete
Noventa y ocho
Noventa y nueve
Cien